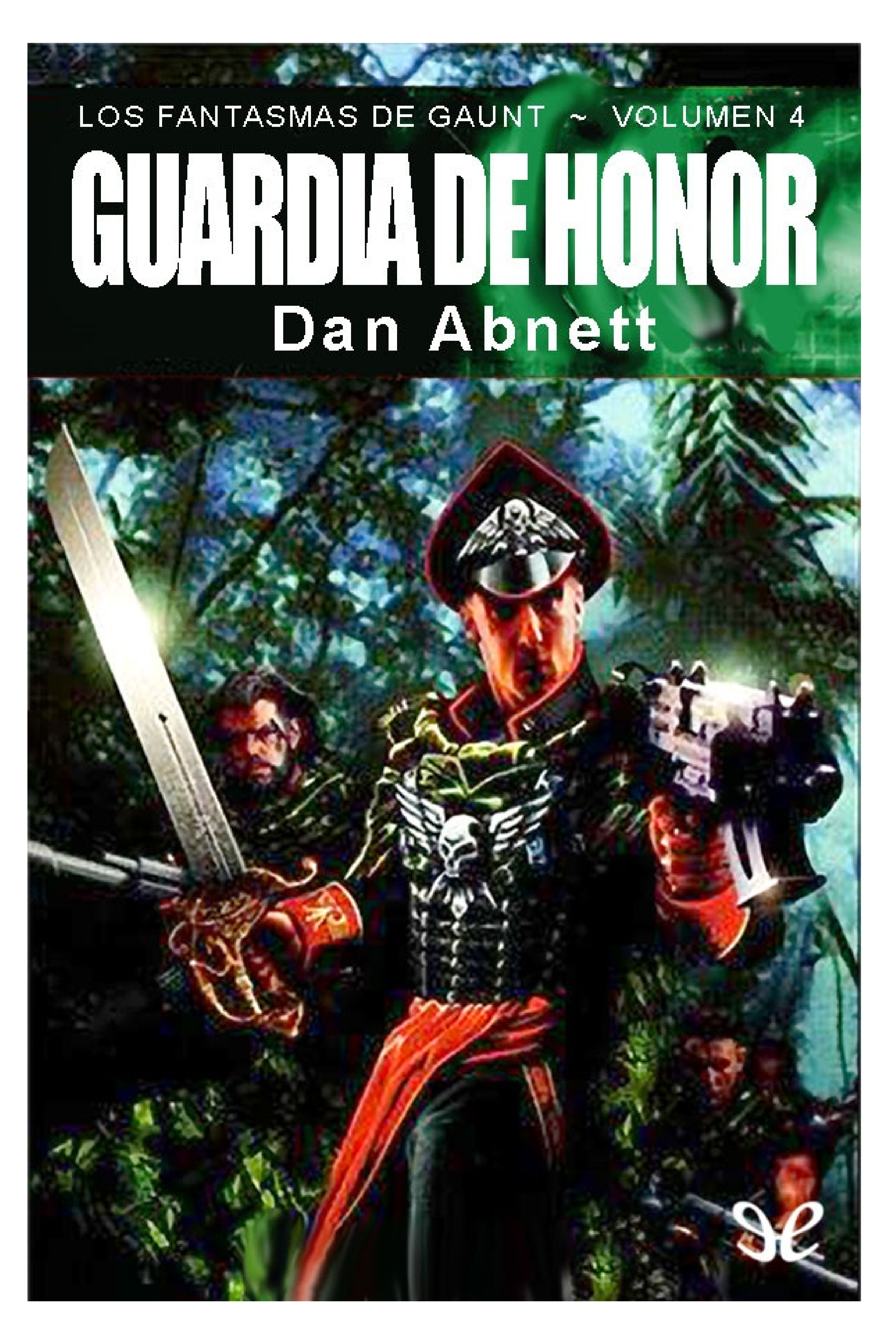

LOS FANTASMAS DE GAUNT ~ VOLUMEN 4
GUARDIA DE HONOR
Dan Abnett

Los transmisores enloquecieron. Gaunt escucho ráfagas sostenidas de láser y armas automáticas. Los pastores, que de pronto eran varias docenas, surgían de entre los agitados animales. Portaban armas. Al despojarse de sus ropas, vio tatuajes y seda verde. Gaunt empuño su pistola bolter. Los infardi los tenían rodeados…

El comisario Gaunt y sus fantasmas vuelven al frente de batalla en un mundo-santuario de vital importancia táctica y espiritual. Pero las envilecidas fuerzas del mal no van a dejarles saborear la victoria durante mucho tiempo. En mitad de un feroz contraataque, Gaunt es enviado a recuperar la reliquia mas preciada de todas, los restos de la antigua Santa que abrió el camino de la Humanidad hacia las estrellas.



Dan Abnett

Guardia de honor

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. La Santa 1

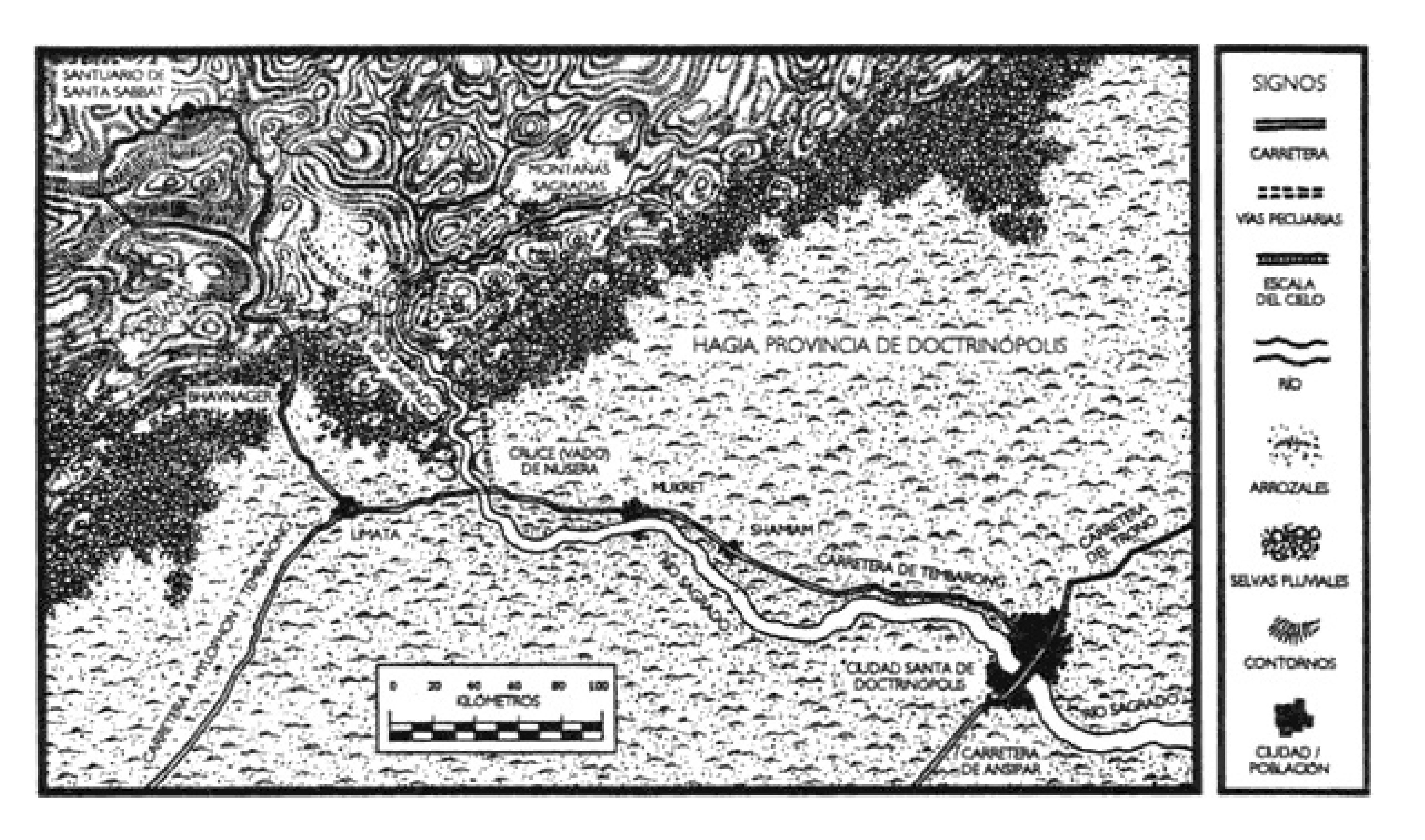
ePub r1.2
epublector 18.02.14


FOR TANITH - FOR THE EMPERO

Título original: *Honour Guard*
Dan Abnett, 2001
Traducción: María Dolors Gallart, 2000

Editor digital: epublector
ePub base r1.0




SIGNOS
CARRETERA
VÍAS PECUARIAS
ESCALA DEL CIELO
RÍO
ARROZALES
SELVAS FLUVIALES
CONTORNOS
CIUDAD / POBLACIÓN
SANTUARIO DE SANTA SABBAT
MONTAÑAS SAGRADAS
BHAVNAGER
HAGIA, PROVINCIA DE DOCTRINÓPOLIS
CRUCE (VADO) DE NUSERA
MUKRET
SHAMIAM
LIMATA
RIO SAGRADO
CARRETERA DE TEMBARONG
CARRETERA DEL TRONO
CIUDAD SANTA DE DOCTRINÓPOLIS
RIO SAGRADO
CARRETERA DE ANSIPAR
KILÓMETROS

La monumental cruzada imperial para liberar al conjunto de los Mundos de Sabbat del dominio del Caos duraba ya más de una década y media cuando el Señor de la Guerra Macaroth inició sus osados asaltos sobre el sistema Cabal, de vital importancia estratégica. Esta fase de la reconquista duró casi dos años completos y en ella se puso en práctica un osado plan de invasión en varios frentes concebido por el propio Macaroth. Se lanzaron asaltos imperiales simultáneos contra diecinueve planetas clave, entre ellos tres de los notables mundos fortaleza, que minaron la determinación de un enemigo numéricamente superior pero menos organizado.

Por sus crónicas de guerra, sabemos que Macaroth tenía plena conciencia de la magnitud de su jugada. De acabar con éxito, esta fase del asalto prácticamente garantizaría una victoria imperial generalizada para la campaña. Si fracasaba, la totalidad de las fuerzas de la cruzada, un ejército armado de más de mil millones de hombres, podía resultar totalmente arrasado. Durante dos años amargos y sangrientos, el destino de la Cruzada de los Mundos de Sabbat estuvo pendiente de un hilo.

Los análisis serios de este período se centran inevitablemente en los teatros a gran escala de los mundos fortaleza, en especial en la guerra de dieciocho meses para apoderarse del enorme mundo fortaleza de Morlond. Pero varios de los asaltos secundarios de la cruzada que tuvieron lugar durante esta fase son merecedores de un estudio más minucioso, especialmente la liberación del santuario de Hagia y los notables acontecimientos que allí se produjeron a continuación…

Fragmento de Una historia de las Últimas Cruzadas Imperiales



UNO

Un día para ser héroes

Entre los remolinos del río y las ráfagas del viento, que mis pecados se conviertan en virtudes

Catecismo de Hagia,

Libro 1, cap. 3, vers. XXXII.

Habían ahorcado al rey con alambre de espino en una plaza de la ciudad al norte del río.

La llamaban plaza de la Sublime Tranquilidad y era una superficie de ocho hectáreas de basalto rosado abrasada por el sol y rodeada de los elegantes muros de mosaicos del Universitariat Doctrinus. Nada que se pareciera a una sublime tranquilidad había sucedido allí en los diez últimos días. Los Peregrinos del Pater se habían ocupado de ello.

Ibram Gaunt proyectaba sobre las losas una sombra de contornos nítidos, en forma de murciélago, mientras corría en busca de una nueva protección con su chaqueta de asalto flotando al viento. El sol estaba en el cénit y un resplandor implacable calcinaba el duro suelo. Gaunt sabía que el sol, sin duda, estaría quemando también su piel, pero lo único que sentía era el viento fresco y ensordecedor que barría la extensa plaza.

Encontró refugio tras un transporte Chimera de tropas volcado y quemado y sustituyó el cargador vacío de su pistola bolter con un movimiento de la mano enguantada.

A lo lejos oyó una especie de detonación y sobre el blindaje chamuscado del Chimera aparecieron unas melladuras metálicas. Disparos distantes cuyo sonido le llegaba arrastrado por el viento.

Muy atrás, al otro lado de las piedras calcinadas de la plaza, pudo ver a los hombres de la Guardia Imperial, con sus negros uniformes, que se desplegaban con gran cautela disponiéndose a seguirlo.

Eran sus hombres, soldados de los Primeros de Tanith. Gaunt vio cómo se dispersaban y volvió a mirar al rey, al gran rey que había sido, por cierto. Se preguntó otra vez cuál era su nombre.

Descompuesto, hinchado, humillado, el noble cuerpo colgaba de una horca formada por tirantes y ejes de camión oxidados y ya no podía responderle. Los miembros más allegados de su corte y de su familia se balanceaban junto a él.

Más detonaciones. Una profunda melladura apareció en el duro metal junto a la cabeza de Gaunt. El impacto lanzó al aire restos de pintura.

Mkoll se puso a cubierto junto a él empuñando su rifle láser.

—Le ha llevado su tiempo —dijo Gaunt bromeando.

—¡Ja! Lo que pasa es que lo entrené demasiado bien, coronel-comisario.

Intercambiaron una sonrisa burlona.

Otros soldados se unieron a ellos tras cruzar corriendo la plaza. Uno se sacudió y cayó a medio camino. Su cuerpo quedaría allí, tirado a la intemperie y sin que nadie llorase su muerte, por lo menos durante una hora más.

Larkin, Caffran, Lillo, Vamberfeld y Derin consiguieron ponerse a cubierto. Los cinco se deslizaron hasta colocarse junto al jefe de los Fantasmas y a Mkoll,

comandante de exploradores del regimiento.

Gaunt intentó ver lo que había al otro lado del Chimera.

Volvió a refugiarse detrás del vehículo cuando las armas lejanas descargaron de nuevo sus proyectiles a su alrededor.

—Cuatro tiradores. En la esquina noroccidental.

Mkoll sonrió y sacudió la cabeza, como un padre que amonesta a su hijo.

—Por lo menos nueve. ¿No ha atendido a nada de lo que le enseñé, Gaunt?

Larkin, Derin y Caffran rieron. Todos ellos eran Tanith, genuinos Fantasmas, veteranos.

Lillo y Vamberfeld observaron con extrañeza esa aparente falta de respeto. Eran hombres de la Colmena Vervun, recién incorporados al regimiento de los Fantasmas. Los Tanith los llamaban «sangre fresca» en sus mejores momentos, y «mamarrachos» cuando lo que pensaban en el fondo era «carne de cañón», si tenían un día especialmente cruel.

Los nuevos reclutas de la Colmena Vervun llevaban los mismos uniformes negro mate de faena y la misma armadura que los Tanith, pero el color de su piel y su porte los diferenciaban claramente.

También se distinguían por sus rifles láser de reciente fabricación y culata de metal y por las insignias de plata especiales, en forma de hacha-rastrillo, que lucían en el cuello del uniforme.

—No se preocupen —dijo Gaunt al notar sus sonrisas inquietas—. Mkoll suele estirar el pie más de lo que da la manta. Ya lo pondré en su sitio cuando hayamos terminado.

Más detonaciones y más melladuras.

Larkin buscó un lugar desde donde echar un vistazo y apoyó con experimentada soltura su arma de francotirador, acabada en madera de nal, en una abertura del maltrecho blindaje. Era el mejor tirador del regimiento.

—¿Puede hacer blanco? —preguntó Gaunt.

—Puede apostar que sí —aseguró el hombre de pelo entrecano colocando su arma en la posición óptima con la suavidad propia de un amante.

—Entonces vuéleles la maldita cabeza, por favor.

—Eso está hecho.

—¿Cómo… cómo puede ver? —preguntó Lillo asomándose con expresión incrédula. Caffran tiró de él hacia abajo salvándolo de la muerte por los pelos, ya que en aquel instante impactaron varios disparos láser donde él había estado hacía un segundo.

—Tiene la mirada más aguda de todos los Fantasmas —sonrió Caffran.

Lillo le respondió con un gesto afirmativo, pero no le gustó el aire de superioridad del Tanith. Al fin y al cabo él era Marco Lillo, soldado de carrera, veintiún años en

Vervun Primario, y aquí lo trataban como a un muchacho, de apenas veinte años, y todos lo mandaban.

Lillo se volvió y apuntó con su rifle láser.

—Quiero al rey, al gran rey, sea cual sea su nombre —dijo Gaunt en voz baja mientras pasaba distraídamente el dedo por una antigua cicatriz que tenía en la palma de la mano—. Quiero que lo bajen de ahí. No está bien que se pudra ahí arriba.

—De acuerdo —concedió Mkoll.

Lillo creyó que tenía un blanco y disparó una ráfaga cerrada hacia el otro extremo de la plaza. Las ventanas enrejadas del lateral del Universitariat explotaron hacia el interior, pero la fuerte brisa amortiguó el ruido de los impactos.

Gaunt echó mano del arma de Lillo y lo arrastró hacia abajo.

—No malgaste munición, Marco —dijo.

«¡Sabe mi nombre! ¡Sabe mi nombre!» Lillo estaba casi fuera de sí. Miró a Gaunt disfrutando plenamente de aquel reconocimiento. Ibram Gaunt era como un dios a sus ojos. Había llevado a la Colmena Vervun a la victoria diez meses atrás, librándola de una derrota segura. Como prueba de ello llevaba la espada.

Lillo contempló al coronel-comisario: su alta estatura y su fuerte constitución, el pelo rubio muy corto medio oculto por la gorra de comisario, los rasgos enjutos de su rostro vehemente que tan bien se correspondían con su nombre. Gaunt llevaba el uniforme negro de su cuerpo y encima la chaqueta de cuero de faena y la capa de camuflaje que caracterizaba a los Tanith. Tal vez no fuera un dios ya que al fin y al cabo era de carne y hueso, pensó Lillo… pero seguía siendo un héroe.

Larkin estaba disparando. Su rifle hacía un ruido chirriante.

La frecuencia de los disparos que les pasaban rozando la cabeza se redujo.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Vamberfeld.

Mkoll lo cogió de la manga y señaló con la cabeza al edificio que tenían detrás.

Vamberfeld vio a un hombrón… un verdadero gigante… que se asomó desde el refugio y disparó un lanzamisiles.

El misil serpenteante, con su estela de humo, hizo impacto en una cornisa del extremo occidental de la plaza.

—¡Prueba otra vez, Bragg! —dijeron a coro riéndose Derin, Mkoll y Larkin.

Otro misil se elevó por encima de ellos y voló la esquina opuesta de la plaza. Las piedras fragmentadas se esparcieron por la zona.

Gaunt ya estaba de pie y corría, lo mismo que Mkoll, Caffran y Derin. Larkin seguía disparando sus certeros proyectiles desde su refugio.

Vamberfeld y Lillo salieron detrás de los Tanith.

Lillo vio que Derin se tambaleaba y caía al ser alcanzado por un disparo de láser.

Se detuvo y trató de ayudarlo. El soldado de Tanith tenía el pecho convertido en una masa sanguinolenta y sufría convulsiones. Lillo no podía llevarlo él solo. Mkoll

apareció junto al apurado Lillo y entre los dos arrastraron a Derin, poniéndolo a cubierto tras el improvisado cadalso, entre la lluvia de disparos de láser que seguían rebotando en las losas del suelo.

Gaunt, Caffran y Vamberfeld consiguieron llegar a la otra esquina de la plaza.

Gaunt desapareció por el agujero que había abierto el misil de Bragg, esgrimiendo su zumbante espada de energía. Era el arma ceremonial de Heironymo Sondar, antiguo señor de la Colmena Vervun, y Gaunt la llevaba ahora como honrosa distinción por su valiente defensa de la Colmena.

La penetrante hoja de color azul eléctrico relumbraba al descargarse sobre las formas que había dentro de la cavidad.

Caffran se introdujo detrás de él disparando desde la altura de la cadera. Pocos Fantasmas lo superaban en el arte del asalto. Era rápido e implacable.

Le cubría las espaldas a Gaunt con su arma resplandeciente.

Niceg Vamberfeld había sido empleado comercial allá en Verghast antes del Acta de Consolación. Había pasado por una instrucción dura y eficaz, pero todo esto era nuevo para él. Siguió a los otros dos, sumergiéndose de repente en un lúgubre mundo de sombras y de llameantes armas de energía.

Disparó a quemarropa contra algo nada más atravesar la abertura. Otra sombra se abalanzó sobre él con una carcajada y Vamberfeld le clavó la bayoneta. Ya no podía ver al comisario-coronel ni al joven soldado Tanith. En realidad no conseguía ver una maldita cosa. El pánico empezó a apoderarse de él. Algo le disparó de cerca y un proyectil láser le pasó rozando el oído.

Volvió a disparar, cegado por la luz del láser y oyó el ruido de un cuerpo al desplomarse.

Algo lo cogió por detrás.

Hubo un impacto y una nube de polvo y sangre. Vamberfeld cayó torpemente con un cadáver encima. De cara contra la ardiente suciedad, Vamberfeld fue recuperando la vista y se encontró rodeado por una luz azulada.

Con la espada de energía humeante, Ibram Gaunt le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

—Buen trabajo, Vamberfeld. Hemos tomado la brecha —dijo.

Vamberfeld estaba mudo de asombro… y además cubierto de sangre.

—Mantenga la calma —le aconsejó Gaunt—. Esto va mejorando…

Estaban en un claustro o en una galería, o al menos eso le pareció al deslumbrado verghastista. Chorros de luz se introducían por las complejas celosías de piedra caliza, pero las secciones de las ventanas principales estaban protegidas con paneles de madera en forma de ornamentados mosaicos. El aire era seco e inerte y estaba cargado con los olores residuales de los disparos de láser, de fycelina y de sangre fresca.

Vamberfeld podía ver a Gaunt y a Caffran que se movían delante de él. Caffran iba examinando las paredes del claustro buscando posibles blancos mientras Gaunt revisaba a los enemigos muertos.

Los muertos. Los temidos infardi.

Después de conquistar Hagia, las fuerzas del Caos habían adoptado el nombre de infardi que significaba «peregrinos» en la lengua del lugar, y cambiaron también sus uniformes por otros de seda verde que imitaban las túnicas de seda verde del santuario. El nombre también era una burla ya que al elegir un nombre en la lengua local, el enemigo mancillaba la santidad del lugar. Durante seis mil años, éste había sido el santuario de Santa Sabbat, una de las más veneradas entre los santos imperiales y a la cual debían su nombre todo el sector y esta cruzada imperial. Al apoderarse de Hagia y proclamarse peregrinos, los elementos del Caos cometían el acto más execrable de cuantos podían cometerse. Era mejor no pensar en los ritos profanos que habrían celebrado aquí, en los lugares santos de Hagia.

Vamberfeld había aprendido todo lo relativo al Pater Pecado y su escoria del Caos en las reuniones informativas del regimiento celebradas en la nave de transporte, pero verlo era otra cosa. Miró el cadáver más próximo: un hombre corpulento, nudoso, vestido de seda verde. Sus vestiduras desgarradas dejaban ver una intrincada red de tatuajes: imágenes de Santa Sabbat en grotesca reunión con lascivos demonios, imágenes del infierno, runas del Caos que se superponían y profanaban los símbolos sagrados.

Sintió que se le iba la cabeza. A pesar de los meses de entrenamiento a que lo habían sometido después de unirse a los Fantasmas, todavía no estaba en forma; era un empleado de oficina que jugaba a ser soldado.

Su pánico se hizo más intenso.

De repente, Caffran había empezado a disparar otra vez rasgando la oscuridad con sus fogonazos. Vamberfeld no conseguía ver a Gaunt. Se echó cuerpo a tierra y preparó su rifle como le había enseñado el coronel Corbec durante la instrucción fundamental y preparatoria. Sus disparos empezaron a recorrer la columnata por delante de Caffran, apoyando las salvas del joven Tanith.

A lo lejos, un grupo de figuras verde reluciente atravesaron rápidamente el claustro disparando rifles láser y armas automáticas contra ellos. Vamberfeld también podía oír los cánticos.

Cayó en la cuenta de que cánticos no era la palabra precisa. Mientras se acercaban, las figuras murmuraban, musitaban frases largas y complejas que se superponían y entrelazaban. Sintió que un sudor frío le recorría por la espalda. Volvió a disparar. Éstos eran soldados infardi, la elite de Pater Pecado. Imploró la protección del Emperador porque estaba metido en esto hasta el cuello.

Gaunt puso rodilla en tierra a su lado, apuntó y disparó la pistola bolter que

sujetaba con las dos manos. El trío de armas imperiales empezó a contrarrestar el avance infardi en aquel estrecho espacio.

Hubo un fogonazo y un bramido sordo, y a continuación, una luz se proyectó de lado sobre los infardi. Tras abrir otra brecha en el claustro, entraron más Fantasmas que empezaron a disparar al enemigo.

Gaunt se puso de pie. Ahora la lucha frente a él era esporádica. Conectó su intercomunicador.

Se produjo un chasquido de estática que Vamberfeld oyó en sus propios auriculares.

—Uno, aquí tres. Despejando el espacio. —Una pausa, ruido de disparos—. Confirmo que está despejado.

—Aquí uno, tres. Buen trabajo, Rawne. Despliéguense hacia el interior y aseguren el recinto del Universitariat.

—Tres, recibido.

Gaunt miró a Vamberfeld que seguía en el suelo.

—Ya puede levantarse —le dijo.

Mareado, con el corazón saliéndose del pecho, Vamberfelt estuvo a punto de desplomarse al salir al sol y al viento de la plaza. Pensó que iba a desmayarse o, peor aún, a vomitar. Se quedó con la espalda apoyada en la piedra caliente del claustro y respiró hondo, dándose cuenta de lo fría que estaba su piel.

Trató de encontrar algo en que fijar su atención. Por encima de la estupa y las cúpulas doradas del Universitariat, miles de banderas, penachos y banderolas flameaban movidas por el eterno viento de Hagia. Según le habían dicho, los fieles las ponían porque creían que inscribiendo sus pecados en ellas, el viento se los llevaría y quedarían absueltos. Eran tan numerosas…, de tantos colores, formas, diseños…

Vamberfeld apartó la mirada.

La plaza de la Sublime Tranquilidad estaba ahora llena de Fantasmas que avanzaban, cien o más, desplegándose por las losas rosadas, comprobando las puertas y las entradas al claustro. Un gran grupo se había reunido en tomo a la horca donde Mkoll estaba descolgando los cadáveres.

Vamberfeld se dejó resbalar por la pared hasta quedar sentado sobre las losas de piedra de la plaza. Empezó a temblar.

Todavía seguía temblando cuando lo encontraron los médicos.

Mkoll, Lillo y Larkin estaban descolgando el maltratado cadáver del rey cuando Gaunt se acercó. El coronel-comisario miró con consternación los restos torturados. Había reyes a montones en Hagia, un mundo feudal controlado por ciudades-estado en nombre del Dios-Emperador, donde cada ciudad tenía su rey. Pero el rey de Doctrinópolis, la primera ciudad de Hagia, era el más eminente, lo más parecido que tenía Hagia a un señor planetario, y ver al funcionario de más rango del Imperio tan

gravemente desfigurado ofendía el corazón de Gaunt.

—Infareem Infardus —musitó Gaunt al recordar por fin el nombre del rey que figuraba en sus placas de información. Se quitó la gorra e hizo una reverencia—. Que el Dios-Emperador le conceda descanso eterno.

—¿Qué hacemos con ellos, señor? —preguntó Mkoll indicando con un gesto los maltrechos cadáveres.

—Lo que indiquen las costumbres locales —respondió Gaunt mirando en derredor.

—¡Soldado! ¡Venga aquí!

El soldado Brin Milo, el más joven de los Fantasmas, fue corriendo al oír la llamada de su comandante. Milo había sido el único civil salvado de morir en Tanith, salvado por el propio Gaunt. Había servido como asistente de Gaunt hasta que tuvo edad para ser soldado. Todos los Fantasmas respetaban su estrecha relación con el coronel-comisario, por eso, aunque era un soldado raso, Milo gozaba de una consideración especial.

Personalmente, Milo odiaba que los demás lo consideraran como su mascota.

—¿Señor?

—Quiero que encuentres a algún responsable local, un sacerdote, si puede ser, y que averigües qué tratamiento quiere que se les dé a estos cadáveres. Quiero que se haga según las costumbres locales, Brin.

Milo asintió y saludó.

—Me ocuparé de ello, señor.

Gaunt se dio la vuelta. Más allá del majestuoso Universitariat y los tejados abigarrados de Doctrinópolis, se elevaba la Ciudadela, un enorme palacio de mármol blanco que coronaba una alta meseta de roca. Pater Pecado, la inteligencia demoníaca que regía los destinos del ejército de herejes en este mundo, estaba por allí. La Ciudadela era el principal objetivo, pero llegar a ella podría resultar una labor lenta y sangrienta para las fuerzas imperiales que iban avanzando por Doctrinópolis calle a calle.

Gaunt llamó a su oficial de radio, Raglon, y le ordenó que estableciese contactos con el segundo y el tercer frente. Raglon acababa de establecer contacto con el coronel Farris, comandante de los Centenarios Brevianos, que estaba en el punto de ataque del tercer frente, abriéndose camino a través del norte de la ciudad, cuando oyeron nuevos disparos provenientes del Universitariat. La unidad de Rawne combatía otra vez con el enemigo.

Cuatro kilómetros al este, en las estrechas calles del barrio conocido como la Ciudad Vieja, el segundo frente de los Tanith estaba absolutamente rodeado. La Ciudad Vieja era una madriguera de laberínticas callejuelas que se abrían camino entre edificios altos, vacilantes, que servían de enlace entre pequeños centros

comerciales y grandes mercados. Un gran número de infardi, expulsados de las defensas sobre el río sagrado por el impulso inicial de las fuerzas armadas imperiales, habían venido a parar aquí.

Ganar terreno era una ardua tarea, casa por casa, edificio por edificio, calle por calle, pero los Fantasmas de Tanith, maestros en el arte del sigilo, dominaban la lucha callejera.

El coronel Colm Corbec, segundo oficial al mando de los Fantasmas, era un hombrón desgreñado, enorme y ocurrente, al que sus hombres adoraban. Su buen humor, y la pasión que ponía en todo, los impulsaba a seguir adelante; su fortaleza y autoridad los inspiraban. Ejercía el mando por puro carisma, incluso tal vez más que el propio Gaunt, e indudablemente más que el mayor Rawne, tercer oficial del regimiento, famoso por su implacable y cínica eficiencia.

Ahora mismo, el carismático liderazgo de Corbec no le servía de mucho. Acorralado por el fuego sostenido de las armas láser en un abrevadero que había a la vuelta de la esquina de la calle, no hacía más que blasfemar. El sistema intercomunicador de que estaban provistos los hombres de la Guardia estaba bloqueado y el sonido llegaba distorsionado por los altos edificios circundantes.

—¡Dos! ¡Aquí, dos! ¡Respondan, cualquier unidad! —rugía Corbec manipulando su audífono cubierto de goma—. ¡Adelante! ¡Adelante!

Una ráfaga de láser sacudió el abrevadero haciendo saltar por los aires esquirlas de piedra caliza. Corbec volvió a ponerse a cubierto.

—¡Dos! ¡Aquí, dos! ¡Vamos!

Corbec tenía la cabeza pegada a la base del abrevadero. Le llegaba el olor a piedra húmeda y podía ver nítidamente, a escasos centímetros de sus ojos, unas diminutas arañas colgando de sus telas transparentes en forma de cono, pegadas a los bajorrelieves de las paredes.

Sentía que la piedra caliente se estremecía contra su mejilla cuando los disparos láser impactaban al otro lado.

Su microteléfono farfulló algo, pero la transmisión quedó ahogada por el ruido de un cazo metálico y dos jarras de barro que cayeron del borde del abrevadero.

—¡Repitan! ¡Repitan otra vez!

—Jefe, nosotros…

—¡Otra vez! ¡Aquí dos! ¡Repitan!

—… hacia el oeste, nosotros…

Corbec lanzó una pintoresca blasfemia y se arrancó el auricular. Se arriesgó a asomarse por el borde del abrevadero y retrocedió de inmediato. Una descarga de láser le pasó rozando y explotó contra la pared que tenía a sus espaldas. De no haberse movido, le habría arrancado la cabeza.

Se arrastró hacia atrás con la espalda pegada al abrevadero y comprobó la carga de

su láser. En la recámara curva de su arma con empuñadura de madera apenas quedaba un tercio de la carga, de modo que la desechó y colocó una nueva. El bolsillo derecho de su armadura pectoral estaba lleno de cargadores a medio usar. Siempre los cambiaba por uno de carga completa cuando tenía ocasión. Los de media carga los conservaba para resistir en la trinchera. Más de un soldado había muerto por agotársele el cargador en medio de un fuego cruzado cuando no había tiempo para recargar.

Se oyó una fuerte detonación enfrente. Corbec se dio la vuelta al notar un cambio en el estruendo de los disparos. El sonido seco de las armas infardi llegaba ahora mezclado con el ruido más penetrante y agudo de los rifles imperiales.

Sacó la cabeza por encima de su parapeto, y al ver que no se la habían arrancado, se puso de pie y corrió por el estrecho callejón.

Por delante de él se combatía. Saltó por encima del cuerpo de un infardi atravesado en una puerta. La calle era estrecha y sinuosa y estaba bordeada a uno y otro lado por altos edificios. Avanzó rápidamente entre las sombras y los parches de luz.

Salió justo detrás de tres Fantasmas que disparaban desde su refugio al otro lado de un mercado. Uno de ellos era un hombre corpulento al que reconoció de inmediato aunque estaba de espaldas.

—¡Kolea!

El sargento Gol Kolea era un ex minero que había luchado en la Colmena Vervun en una de las compañías improvisadas en que se había organizado la resistencia. Ni uno solo, ni el más curtido en el combate de los Tanith, sentía nada que no fuera respeto por este hombre y por su abnegada determinación. Los verghastitas prácticamente le rendían culto. Era un gigante de expresión cansada y tranquila, casi tan corpulento como el propio Corbec.

El coronel se puso a cubierto a su lado.

—¿Qué hay de nuevo, sargento? —preguntó Corbec con una mueca, superando con su voz el ruido de las armas.

—Nada —respondió Kolea. Corbec sentía por él una enorme simpatía, pero tenía que admitir que el ex minero no tenía sentido del humor. En los meses transcurridos desde que los nuevos reclutas se habían unido a los Fantasmas, Corbec no había conseguido mantener con Kolea una conversación intrascendente ni una charla personal, y estaba casi seguro de que a los demás les pasaba lo mismo. Claro que en la batalla de la Colmena Vervun había perdido a su mujer y a sus hijos, de modo que no le debían quedar muchas ganas de reírse ni de hablar.

Kolea señaló los cajones de mercancía medio podrida que les servían de parapeto.

—Estamos acorralados aquí. Tienen tomados los edificios del otro lado del mercado y de la parte oeste de la calle.

Como para confirmar sus palabras, una ráfaga de disparos láser barrió de lado a lado su posición.

—Maldita sea —musitó Corbec—. Ese lugar está plagado de ellos.

—Creo que es el edificio del gremio de mercaderes. Están en el cuarto piso y son muchos.

—O sea que no podemos avanzar —observó Corbec atusándose el bigote—. ¿Y por los lados?

—Yo ya lo intenté —intervino el cabo Meryn, otro de los Fantasmas allí parapetados—. Me arrastré hacia la izquierda para buscar un callejón.

—¿Resultado?

—Casi me vuelan el culo.

—Gracias por intentarlo —dijo Corbec con un gesto de aprobación.

Con una risita, Meryn volvió a dedicarse a disparar.

Corbec avanzó a gatas por el refugio pasando por donde estaba el tercer Fantasma, Wheln, y se parapetó bajo una carretilla metálica de las que usaban los trabajadores del mercado. Echó una mirada rápida a un lado y al otro. Donde él se encontraba, Kolea, Meryn y Wheln tenían cubierto el extremo del callejón, y otros tres escuadrones de Fantasmas se habían apostado en los pisos bajos de los locales de ambos lados desde donde disparaban. A través de una ventana destrozada, vio al sargento Bray y a otros varios.

En el lado opuesto, una avanzadilla de soldados infardi se había adueñado de toda la manzana. Corbec estudió la zona a conciencia para hacerse cargo de todos los detalles. Siempre había sostenido que las guerras se ganan antes con cerebros que con bombas. Claro que también creía que, llegada la ocasión, no estaba de más dejarse la piel luchando.

«Eres un hombre complejo», le había dicho una vez el sargento Varl. Por supuesto, habían estado de juerga y los dos se habían puesto ciegos de sacra. El recuerdo hizo sonreír a Colm Corbec.

Agachando la cabeza, Corbec llegó en una carrera hasta el edificio vecino, la tienda de un alfarero. Había fragmentos de porcelana y de cerámica por todo el suelo, tanto dentro como fuera. Hizo una pausa cerca del agujero abierto por una granada en la pared lateral.

—¡Eh, los de dentro! ¡Soy Corbec! —gritó—. ¡Voy a entrar, no me cosáis a tiros!

Se deslizó al interior.

En la vieja tienda estaban parapetados soldados como Rilke, Yael y Leyr que disparaban a través de las persianas bajadas de las ventanas. A Corbec le dio la impresión de que las celosías tenían un millón de agujeros y que por cada uno de ellos entraba un rayo de luz cargado del humo que poblaba el denso aire del local.

—¿Os lo pasáis bien, muchachos? —preguntó Corbec. Hubo varios comentarios

en voz baja sobre las lascivas inclinaciones de su madre y de algunas otras mujeres de su familia.

—Me alegra ver que mantenéis el buen humor —replicó mientras pisoteaba los trozos de vasijas que cubrían el suelo.

—Por Feth, jefe, ¿qué demonios está haciendo? —preguntó Yael, un joven de apenas veintidós años con la inclinación a la rebeldía propia de su edad. A Corbec le gustaba mucho esa forma de ser.

—Usando la cabeza, hijo —sonrió Corbec mientras señalaba su enorme bota de campaña y volvía a aporrear el suelo con ella.

Corbec limpió una parte del suelo de los restos de cerámica y abrió una trampilla tirando de una argolla de metal.

—Un sótano —anunció entre las sordas exclamaciones de los otros tres.

Dejó caer la trampilla de golpe y se acercó a gatas a la ventana.

—Pensad un poco, mis valientes garañones Tanith. Echad un vistazo ahí fuera.

Obedeciéndole, echaron una mirada a través de las destrozadas lamas de la persiana.

—El mercado está elevado… como en una plataforma. ¿Veis allí, junto a aquella pila de contenedores? Tiene que haber una trampilla. Os apuesto lo que queráis a que hay un laberinto de sótanos destinados a almacén debajo de todo el mercado… y probablemente también debajo del ayuntamiento.

—Y yo a que hará que nos maten a todos antes de mediodía —gruñó Leyr, un veterano de treinta y cinco años, mal encarado, de la milicia de Tanith Magna.

—¿Acaso he hecho que os maten alguna vez? —preguntó Corbec.

—Ésa no es la cuestión…

—Entonces cierra la boca y escucha. Vamos a estar aquí hasta el día del juicio final si no conseguimos salir de este punto muerto. Hagamos las cosas bien. Pensemos que esta cloaca de ciudad fue construida hace miles de años y está llena de pasadizos subterráneos y catacumbas.

Conectó su intercomunicador y ajustó el brazo flexible del micrófono para acercarlo a sus labios.

—Aquí dos. ¿Me oye, seis?

—Seis a dos. Sí, señor.

—Bray, mantenga a sus hombres donde están y abra fuego contra la fachada del ayuntamiento en… digamos… diez minutos. ¿Podrá hacerlo?

—Seis, recibido. Lluvia de fuego en diez.

—Bien por usted. Dos a nueve.

—Aquí nueve, dos. —Corbec oyó la voz tensa de Kolea por el canal.

—Sargento, estoy en la tienda de un alfarero enfrente de usted. Deje a Meryn y Wheln donde están y reúnase conmigo.

—Entendido.

Unos segundos después, Kolea se introducía por el agujero abierto por la granada. Encontró a Corbec iluminando con su linterna la trampilla abierta del sótano.

—Usted sabe de túneles ¿no es cierto?

—De minas. Fui minero.

—Es lo mismo, todo está bajo tierra. Prepárese, vamos a bajar. —Se volvió hacia Leyr, Rilke y Yael—. ¿Quién tiene sed de aventuras y una bolsa llena de cargas explosivas?

La respuesta fue otro gruñido.

—Tú te salvas, Rilke. Quiero que tengas vigiladas esas ventanas. —Rilke era un francotirador de primera, sólo superado por el campeón del regimiento, Larkin. Iba armado con un láser de aguja de precisión—. Dales todas las cargas explosivas que tengas a estos valientes voluntarios.

Leyr y Yael se acercaron a la trampilla. Cada uno de ellos, lo mismo que Corbec y Kolea, llevaban veinte kilos de armadura corporal de un compuesto negro mate encima de sus uniformes de faena y debajo de sus capas de camuflaje. La mayor parte de ese peso correspondía a los bolsillos modulares de malla repletos de munición, linternas, cuchillos con sus respectivas vainas, intercomunicadores a prueba de agua, rollos de cuerda, esparadrapo quirúrgico, aglutinante ferroplástico, textos imperiales sobre fundaciones, cuñas para abrir puertas, bengalas y todo el equipamiento estándar de la Guardia Imperial.

—Vamos a andar muy justos —musitó Leyr con amargura mirando el agujero que mostraba la linterna de Kolea.

—Dejad todo lo que pueda estorbar —dijo Kolea mientras se despojaba de su capa de camuflaje. Leyr y Yael obedecieron, al igual que el propio Corbec. Las capas quedaron en el suelo junto con otros objetos variados. Las cuatro copias del Manual de Perfeccionamiento de la Infantería Imperial cayeron al mismo tiempo sobre las capas.

Los hombres miraron a Corbec un poco avergonzados.

—Bah, está todo aquí —dijo Corbec golpeándose la sien con el dedo.

El sargento Kolea hundió una lanza en el suelo y anudó a ella el extremo de su cuerda de escalar para luego dejar caer el rollo por el agujero.

—¿Quién va delante? —preguntó.

Corbec hubiera preferido cederle la delantera a Kolea, pero ésta era su apuesta y quería que los demás lo vieran confiado.

Cogió la cuerda, se colgó el rifle del hombro y se dejó caer por el agujero.

Kolea bajó tras él, seguido de Leyr y de Yael en retaguardia. El pozo tenía unos ocho metros de profundidad. El esfuerzo hizo que Corbec empezara a sudar casi de inmediato. Aunque había dejado gran parte de su equipo, el volumen mismo de su

malla y su armadura limitaba sus movimientos y desplazaba su centro de gravedad.

Hizo pie en medio de la oscuridad y encendió su linterna. El aire era denso y fétido. Se encontró en un sótano de unos cuatro metros de ancho cuyas paredes rezumaban un líquido rancio que olía a podrido. Sus botas chapotearon en el desecho semisólido y el fango.

—¡Por Feth! —exclamó Leyr al tocar el suelo.

Un sinuoso pasadizo abovedado conducía hacia el almacén subterráneo. Tenía menos de un metro de altura y apenas medio metro de ancho. A pesar de haber reducido tanto su equipo y sus armas, tenían que avanzar de lado y en fila india. El cieno del suelo parecía tirar de sus botas hacia abajo.

Corbec sujetó su linterna al soporte de la bayoneta, por debajo del cañón de su rifle láser. Trató de nivelar el arma lo mejor que pudo, se agachó y encabezó la marcha adentrándose en aquella oscuridad espesa.

—Puede que no haya sido la mejor idea de la galaxia meternos nosotros dos en esto —le llegó desde atrás el comentario de Kolea.

Era lo más parecido a una broma que Corbec había oído jamás de labios de Kolea. Después de «Prueba otra Vez» Bragg, ellos dos eran los hombres más corpulentos de los Primeros de Tanith. Ni Leyr ni Yael medían más de dos metros.

Corbec sonrió.

—¿Cómo se las arreglaba en las minas?

Kolea se deslizó y adelantó a Corbec con dificultad.

—Avanzábamos a gatas cuando las vetas descendían. Pero hay otras maneras. Observe.

Corbec iluminó a Kolea con su linterna para poder verlo y que lo vieran también los dos Tanith que venían detrás. Kolea se inclinó hacia atrás contra la pared del pasadizo hasta quedar casi sentado. Entonces empezó a avanzar por el cieno con la espalda bien pegada a la pared, de modo que la parte superior de su cuerpo permaneciera erguida, mientras mantenía los pies contra la base de la pared opuesta para no resbalar.

—Muy ingenioso —dijo Corbec con admiración.

Partió tras él, seguido de Leyr y Yael. Los cuatro se deslizaban por el pasadizo.

Por encima de sus cabezas, a través de la gruesa piedra, oyeron el fuego sostenido. Los diez minutos habían pasado y Bray había iniciado su lluvia de fuego.

Ellos iban rezagados, demasiado lentos.

El conducto se abrió en abanico y luego se ensanchó formando una amplia cavidad. Ahora el cieno les llegaba a las rodillas. Sus linternas les dejaron ver bajorrelieves de antiguos santos en las paredes.

Al menos ahora el techo era más alto.

Se enderezaron y avanzaron por el líquido cenagoso. Por los cálculos de Corbec,

debían de estar justo en el centro de los almacenes del mercado.

Otro pasadizo conducía hacia lo que él supuso sería el ayuntamiento. Ahora Corbec iba a la cabeza, a paso ligero, con la espalda pegada a la pared como les había enseñado Kólea.

Llegaron a un pozo que conducía hacia arriba.

Al iluminarlo, vieron que las paredes eran de ladrillo liso, pero el pozo era estrecho, apenas de un metro cuadrado.

Era posible subir por él confiando sólo en la fuerza de sus piernas, con la espalda apoyada contra una pared y los pies afirmados contra la otra. Otra vez Corbec llevaba la delantera.

Quejándose y sudando, subió por el conducto hasta que su cara estuvo a escasos centímetros de una trampilla de madera.

Miró hacia Kolea, Yael y Leyr que subían tras él.

—Allá vamos —dijo.

Empujó la trampilla para abrirla. Al principio no cedió, pero luego se abrió de golpe dejando entrar la luz. Corbec esperó a ver si alguien disparaba, pero no fue así. Subió lo que quedaba del pozo con gran esfuerzo y se asomó a un espacio abierto.

Estaban en los sótanos del ayuntamiento. La estancia parecía vacía salvo por los cadáveres cubiertos de moscas que yacían sobre el suelo entarimado.

Impulsándose, Corbec salió del pozo seguido por los demás.

Con las piernas húmedas y malolientes por el cieno del pasadizo, avanzaron con las armas preparadas y las linternas apagadas.

Arriba se oía el crepitar de los disparos.

Yael examinó los cadáveres.

—Escoria infardi —le dijo al coronel—. Los dejaron morir.

—Mandémosles a sus camaradas para que los acompañen —sonrió Corbec.

Los cuatro se dirigieron agrupados, esgrimiendo sus armas, a las escaleras de ladrillos que había en una esquina del sótano. Una maltrecha puerta de madera se interponía entre ellos y el primer piso.

Con el pie apoyado en la puerta, Corbec se volvió a mirar a los tres Fantasmas situados tras él.

—¿Qué me decís? ¿Es buen día para ser héroes?

Todos asintieron. Corbec abrió la puerta de un puntapié.



DOS

Los sirvientes de los muertos

Que el cielo os dé la bienvenida, porque en él tienen su morada el Emperador y sus santos.

Santa Sabbat,

Proverbios

Brin Milo, con el rifle láser colgado al hombro apuntando hacia abajo, se abrió camino a través del tráfico que llegaba a la plaza desde el sur. Destacamentos de Tanith y apoyo ligero mecanizado del Octavo Acorazado Pardus afluían al distrito del Universitariat desde las zonas de combate sudoccidentales acudiendo en apoyo del ataque del comisario. Milo se refugiaba en los portales para dejar paso a los transportes de tropas y se hacía a un lado para no chocar con los pelotones que marchaban de cuatro en cuatro.

Sus amigos y camaradas lo saludaban a su paso, y algunos incluso rompían el paso para hacerle preguntas sobre el frente. La mayor parte estaba cubierta de polvo rosado y sudor, pero en general la moral era alta. Habían mantenido una lucha intensa durante las dos semanas anteriores, pero las fuerzas imperiales habían ganado mucho terreno.

—¡Eh, Brinny, chico! ¿Qué nos espera ahí delante? —gritó el sargento Val mientras el pelotón que lo acompañaba reducía la marcha formando un grupo apretado que bloqueaba la calle.

—Poca cosa, el comisario lo ha despejado. Sin embargo, creo que el Universitariat está erizado de ellos. Rawne ha conseguido entrar.

Varl asintió, pero las preguntas de algunos de sus hombres quedaron ahogadas por el sonido de una bocina.

—¡Vamos, despejen el camino! —gritó un oficial Pardus sacando el cuerpo por la escotilla de su vehículo de mando Salamandra. Una fila de tanques lanzallamas y anchas plataformas de asedio artilladas se amontonaba detrás de él. Sonaron más bocinas y los motores rugientes levantaron nubes de polvo rosado en el aire de la estrecha calle.

—¡Vamos!

—¡Está bien, maldita sea! —respondió Varl indicando a sus hombres que se pegaran a la pared. Los vehículos Pardus pasaron con gran estrépito.

—¡Trataré de dejar algo de gloria para ti, Varl! —gritó el oficial de la unidad blindada, de pie en la parte trasera de su traqueteante vehículo y haciendo al pasar un saludo burlón.

—¡En un minuto vamos a rescatarte, Horkan! —replicó Varl mostrándole un dedo como respuesta al saludo, gesto que imitaron de inmediato todos los Tanith de su pelotón.

Brin Milo sonrió. Los Pardus eran buena gente, y estos intercambios eran sólo una muestra del buen humor con el que ellos y los Tanith cooperaban en este avance.

Detrás de los blindados ligeros venían los Troyanos y otras unidades de tractores arrastrando pesadas cargas de municiones y artillería de campaña, luego los Tanith empujando carretillas sacadas de las tejedurías. Las llevaban cargadas de cajas de munición y bidones de promethium para los lanzallamas. Llamaron a los hombres de

Varl para que ayudaran a levantar una carretilla que se había atascado en una boca de alcantarilla y Milo siguió su camino.

Avanzando en contra de la corriente de hombres y municiones, el joven soldado llegó al arco del gran puente de piedra roja que cruzaba el río. Boquetes abiertos por las bombas desfiguraban su superficie, y zapadores del regimiento Pardus estaban suspendidos a ambos lados reparando la estructura y buscando explosivos. En esta parte de Doctrinópolis, el río discurría por una profunda obra de canalización cuyos lados estaban formados por las paredes basálticas del río y por los muros de los edificios. Las tranquilas aguas eran de un color verde intenso, más oscuro que los uniformes de los infardi. Milo había oído que era un río sagrado.

Milo siguió las instrucciones del cabo Tanith que dirigía el tráfico en el cruce y abandonó la vía principal bajando unos escalones que lo llevaron hasta un sendero que seguía la pared del río pasando por debajo del propio puente. El agua lamía la piedra tres metros más abajo y reflejaba la superficie del fondo del puente en forma de ondulaciones blancas.

Siguió andando junto a la pared hasta una arcada que dominaba las aguas. Era el lugar donde el río entraba en uno de los santuarios menores, y por sus inmediaciones deambulaban algunos habitantes locales de aspecto cansado y hambriento.

Los médicos y sacerdotes locales habían transformado el santuario en un hospital improvisado en los primeros momentos del asalto, y ahora, siguiendo las órdenes de Gaunt, el personal médico imperial se había hecho cargo de él.

Allí trataban por igual a soldados y civiles.

—¿Lesp? ¿Dónde está el doctor? —preguntó Milo entrando en la penumbra iluminada por una lámpara, donde el enfermero Tanith estaba cosiendo una herida en el cuero cabelludo de un soldado Pardus.

—Allí al fondo —respondió Lesp enjugando la herida suturada con una venda empapada en alcohol. Continuamente llegaban grupos con camillas, en su mayoría con civiles heridos, y el largo y abovedado cañón del santuario se iba llenando. Lesp parecía abrumado.

—¿Doctor? ¿Doctor? —llamó Milo. Vio a sacerdotes hagianos y voluntarios vestidos con túnicas color crema que trabajaban codo con codo con el personal médico imperial, ateniéndose a los ritos y costumbres peculiares de su pueblo. Capellanes del ejército pertenecientes a la Eclesiarquía atendían a las necesidades de los imperiales ultramundanos.

—¿Quién pide un médico? —preguntó una mujer. Se puso de pie y alisó su bata roja descolorida.

—Yo —dijo Milo—. Estaba buscando a Dorden.

—Está en el campo. En la Ciudad Vieja —le explicó la cirujana Ana Curth—. Estoy a cargo de esto.

Curth era una verghastita que se había unido a los Tanith junto con los soldados de la Colmena Vervun en el Acta de Consolación. Se había dedicado a tratar eficazmente los traumatismos durante el asedio de la Colmena, y el jefe médico Dorden había quedado gratamente sorprendido por su decisión de unirse a ellos.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

—Me envía el comisario —respondió Milo con una inclinación de cabeza—. Han encontrado… —bajó la voz y condujo a la doctora a un rincón apartado—. Han encontrado al gobernante local. Un rey según creo. Está muerto y Gaunt quiere que su cadáver reciba un tratamiento acorde con las costumbres locales. Que se lo trate con el respeto que le es debido y todas esas cosas.

—No es precisamente mi especialidad —dijo Curth.

—No, pero supuse que usted o el doctor podrían conocer a algunos sacerdotes del lugar.

Curth se apartó el flequillo de los ojos y lo condujo por entre la gente que llenaba la enfermería hasta donde se encontraba una chica hagiana, vestida con la tosca túnica color crema de los becarios, que estaba cambiando el vendaje de una garganta herida.

—¿Sanian? —La chica levantó la vista. Tenía las facciones huesudas de los pobladores del lugar, ojos oscuros y unas cejas muy definidas. Llevaba el cráneo rapado salvo una trenza de pelo negro brillante que salía de la parte posterior de la cabeza.

—Sí, cirujana Curth —dijo con voz leve y musical.

«No es mayor que yo», pensó Milo, pero con la cabeza afeitada no era fácil adivinar su edad.

—El soldado Milo ha sido enviado por nuestro oficial al mando para buscar a alguien con un buen conocimiento de las costumbres locales.

—Lo ayudaré en lo que pueda.

—Dígale lo que necesita, Milo —le indicó Curth.

Milo y la chica hagiana salieron del hospital a la implacable luz del sol que bañaba la muralla del río. Ella unió las manos y saludó con ligeras reverencias al río y al cielo antes de volverse hacia él.

—¿Es usted médico? —preguntó Milo.

—No.

—¿Entonces pertenece al sacerdocio?

—No, soy estudiante del Universitariat —señaló su trenza—. Las trenzas indican nuestro rango en la sociedad. Nos llaman esholi.

—¿Qué asignatura estudia?

—Todas las asignaturas, por supuesto. Medicina, música, astrografia, los textos sagrados… ¿no es así en su mundo?

Milo sacudió la cabeza.

—Yo no tengo mundo ahora. Pero cuando lo tenía, los estudiantes de los niveles avanzados se especializaban en sus estudios.

—Qué raro…

—Y cuando haya terminado sus estudios, ¿qué título tendrá?

—¿Título? —Lo miró con extrañeza—. El título ya lo tengo. Soy una esholi. Los estudios duran toda la vida.

—Ah. —Milo hizo una pausa. Una fila de Troyanos pasó atronando el puente por encima de sus cabezas—. Verá, tengo malas noticias. Su rey ha muerto.

La hagiana se llevó las manos a la boca e inclinó la cabeza.

—Lo siento —dijo Milo sintiéndose torpe—. Mi comandante me envió para averiguar qué es lo adecuado en estos casos… para el tratamiento de sus restos.

—Tenemos que encontrar a los ayatani.

—¿Los qué?

—Los sacerdotes.



Una especie de aullido hizo que Rawne se diera la vuelta alarmado, pero sólo era el viento.

Sintió contra su cara el viento que barría las galerías y bóvedas de piedra del Universitariat. Muchas ventanas habían volado a cauda de las explosiones y las paredes estaban horadadas por las bombas, con lo cual el viento de Hagia entraba libremente.

Se quedó pensativo un momento, con su capa de camuflaje plegada sobre un hombro y el rifle cruzado sobre el abdomen con el cañón hacia abajo. Se quedó mirando a…

No sabía a ciencia cierta a qué. Una gran estancia destruida y chamuscada, con los brazos ennegrecidos de los candelabros de fundición pegados a las paredes ahumadas como arañas aplastadas. Millones de fragmentos de cristal sembraban el suelo chamuscado en cuyos bordes se veían los restos de las alfombras quemadas. Ya no tenía importancia el uso al que estaba destinada esta estancia en el pasado. Estaba vacía y despejada. Eso era lo único importante.

Rawne volvió a salir a la galería. El viento aullaba a sus espaldas colándose por los boquetes abiertos por las bombas y por entre las vigas al aire.

Su pelotón de vanguardia avanzaba. Feygor, Bragg, Mkillian, Waed, Caffran… y las mujeres.

El mayor Rawne todavía no tenía las cosas claras respecto a las mujeres. Había un buen número de ellas, verghastitas que habían optado por unirse a los Fantasmas durante el Acta de Consolación. ¡Por Feth que sabían luchar, eso estaba claro! Todas habían tenido su bautismo de fuego durante la guerra por la Colmena Vervun, trabajadoras y mujeres de los habitáculos que no habían tenido más remedio que lanzarse a combatir.

Pero eran mujeres. Rawne había tratado de hablar con Gaunt al respecto, pero el coronel-comisario se había explayado sobre las diversas e ilustres unidades mixtas y las unidades femeninas en la historia de la guardia y bla, bla, bla, y Rawne se había quedado igual que antes.

No le interesaba la historia. Lo que a él le interesaba era el futuro y estar allí para disfrutarlo.

El hecho de tener mujeres en el regimiento añadía tensión a la situación. Ya empezaban a surgir problemas. Había habido unas cuantas escaramuzas menores en las naves de transporte: hombres verghastitas empeñados en proteger el honor de sus mujeres; hombres que se echaban encima de las mujeres; mujeres que tenían que sacarse de encima a los hombres…

Era un polvorín, y seguro que no se quedaría en unos cuantos labios partidos y dientes rotos.

De lo que se trataba realmente era de que Rawne nunca había confiado demasiado en las mujeres, y que, sin duda, no había confiado nunca en los hombres que depositan demasiada confianza en las mujeres.

Caffran, por ejemplo. Uno de los Fantasmas más jóvenes: fuerte, sólido, un buen soldado. En Verghast se había relacionado con una chica local y desde entonces eran inseparables. Una pareja, ¿puedes creerlo? Y Rawne sabía de buena fuente que la chica tenía un par de niños pequeños que eran atendidos entre los demás no combatientes y seguidores del campamento en las naves escolta del regimiento.

La chica se llamaba Tona Criid, tenía dieciocho años y era delgada y de trato difícil. Llevaba el pelo decolorado y erizado y tatuajes pandilleros que hablaban de una vida dura incluso antes de la guerra de la Colmena Vervun. Rawne se quedó observándola mientras avanzaba junto a Caffran por los maltrechos corredores del Universitariat, cubriéndose el uno al otro, comprobando todas las puertas y huecos. El uniforme negro de los Fantasmas le quedaba bien. Era… atractiva.

Rawne se volvió y se rascó detrás de la oreja. Estas mujeres iban a ser la desgracia de alguien.

El pelotón de vanguardia siguió avanzando, pisando los cristales de las ventanas rotas que cubrían el suelo de los salones vacíos y sorteando los muebles destrozados. Rawne se encontró avanzando codo con codo con la otra mujer de su pelotón. Su nombre era Banda, antigua operada de las tejedurías de la Colmena Vervun que había

luchado en la famosa compañía de la guerrilla al mando de Gol Kolea. Era vivaz, bromista e impetuosa. Llevaba el rizado pelo castaño muy corto y tenía una figura algo más redondeada y femenina que la de la ágil pandillera Criid.

Rawne le hizo una indicación con un gesto silencioso y ella le respondió con un asentimiento y un guiño.

¡Un guiño!

¡Nadie le guiña el ojo a su oficial superior!

Rawne estaba a punto de ordenar un alto y lanzarle a la cara una reprimenda cuando Waed hizo una señal.

Todos se pusieron a cubierto entre las sombras, apretándose contra las paredes de la galería. Estaban cerca de un recodo. Al frente había una puerta cerrada de madera pintada de rojo, y un poco más adelante, al otro lado del recodo, una arcada. La moqueta de los salones estaba arrugada, manchada y rígida por la sangre seca.

—¿Waed?

—Movimiento. En la arcada —respondió Waed en un susurro.

—¿Feygor?

El asistente de Rawne, el implacable Feygor, confirmó con un movimiento de cabeza.

Rawne transmitió algunas órdenes con una rápida sucesión de gestos. Feygor y Waed avanzaron, agachados y pegados a la pared de la derecha. Bragg se parapetó tras la esquina y preparó su gran arma automática. Banda y Mkillian se deslizaron por el lado izquierdo del corredor hasta ponerse a cubierto tras una otomana de madera maciza apoyada contra la pared.

Caffran y Criid se colgaron los rifles al hombro, sacaron sus pistolas láser de cañón corto y se dirigieron a la puerta roja. Si, tal como parecía, daba a la misma estancia que la arcada, esto podría ampliar su campo de fuego. Una doble comprobación era la forma de cubrirse las espaldas.

Silencio absoluto. Todos ellos eran Fantasmas y se movían con el sigilo que les era habitual.

Caffran puso su mano en el picaporte de la puerta y lo giró, pero no la abrió. Lo sujetó con fuerza mientras Criid se inclinaba y aplicaba el oído a la madera pintada de rojo. Rawne vio cómo se apartaba el pelo decolorado para oír mejor. Iba a tener que…

Se dio cuenta de que iba a tener que concentrarse.

Criid miró a su alrededor e hizo el signo con la mano abierta que significa «ni el menor ruido».

Rawne asintió, se aseguró de que el pelotón pudiera verlo, levantó tres dedos y fue bajándolos uno por uno.

Cuando hubo bajado el tercer dedo, Criid y Caffran atravesaron la puerta corriendo agachados a toda velocidad. Se encontraron en una gran cámara de piedra

que había sido un scriptorium antes de que los cohetes hubieran volado las grandes ventanas ojivales que estaban frente a la puerta y destrozado los escritorios y mesas de trabajo de madera. Caffran y Criid corrieron a refugiarse entre los restos del mobiliario. Desde una arcada que había en el otro extremo de la arcada cayó sobre ellos una lluvia de disparos láser.

Al oír los disparos que llegaban desde el interior, el grupo de Rawne abrió fuego desde el arco del corredor. Pronto tuvieron respuesta.

—¡Caffran! ¿Qué tenéis ahí? —gruñó Rawne a través de su intercomunicador.

—La estancia no va directamente hasta la arcada, pero hay acceso a través de ella —le respondieron.

Caffran y Criid avanzaron a gatas entre los atriles y taburetes rotos esquivando los disparos. El suelo estaba empapado de tinta derramada y pronto se encontraron con las manos totalmente negras. Criid vio que las explosiones habían lanzado sobre las paredes del scriptorium salpicaduras de tinta: configuraciones que parecían el negativo de mapas estelares.

Caffran abrió de un tirón el bolsillo trasero y sacó una carga explosiva.

—¡Preparados para detonación! —gritó, arrancando el seguro del detonador químico y arrojando el explosivo a través de la puerta.

Una explosión sacudió el suelo y de la arcada de la galena se elevaron nubes de humo y de escombros. Feygor trató de avanzar y ver el interior.

Criid y Caffran se habían puesto de pie y se aproximaban a la puerta interior. El aire estaba impregnado de humo y había un olor penetrante a fycelina. A pocos pasos de la puerta, Criid descolgó el rifle y sacó algo de su bolsillo. Era la base de un broche o una medalla cuya superficie estaba pulida como un espejo. La enganchó encima de la boca del arma y la introdujo en la estancia por delante de sí. Un giro de muñeca y el espejo fue dejándole ver lo que había al otro lado de la puerta.

—Despejado —dijo.

Entraron. Era un anexo del scriptorium. A lo largo de una pared había prensas de metal. Tres infardi, alcanzados por la carga explosiva de Caffran, yacían, muertos, cerca de la puerta. Estaban cubiertos de tintas multicolores de los frascos que habían explotado con la detonación.

Rawne entró por el arco de la galería.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó señalando una pequeña abertura cubierta por una cortina que había al otro extremo del anexo.

—No la hemos examinado —respondió Caffran.

Rawne se acercó a la puerta e hizo a un lado la cortina. Una ráfaga de fuego láser llovió sobre él a través de la tela.

—¡Por Feth! —gritó refugiándose tras una mesa de mezclas. Disparó a través de la abertura con su rifle láser y vio a un infardi caer de lado sobre un bastidor de

pergamino arrastrándolo en su caída.

Rawne y Caffran atravesaron la puerta. Era un almacén de pergaminos y tenía esa única salida. El infardi, que tenía la cara cubierta con su túnica verde, estaba muerto.

Pero seguían oyéndose disparos.

Rawne se volvió. Sonaban fuera, en el corredor.

—Hemos dado con… —se oyó la voz de Mkillian por el intercomunicador.

—¡Por Feth! —Ése fue Feygor.

Rawne, Criid y Caffran acudieron de inmediato a la arcada, pero la intensidad del fuego cruzado les impidió asomar la cabeza. Los disparos de láser mordían la jamba de la arcada y rebotaban hacia la estancia anexa. Uno le produjo a Rawne una quemadura en el mentón.

—¡Maldita sea! —retrocedió sintiendo una fuerte punzada y conectó su microtransmisor— ¡Feygor! ¡Cuántos son!

—¡Veinte, tal vez veinticinco! Están parapetados en la sala. ¡Dioses, están lanzando una lluvia de disparos!

—¡Lanzadles un misil!

—¡Bragg lo está intentando! ¡El alimentador está atascado! ¡Oh crap…!

—¿Qué? ¿Qué? Repite.

Durante un segundo no se oyó más que el fuego feroz de los láser, luego la voz de Feygor volvió a sonar en el transmisor.

—Bragg está fuera de combate. Le han dado. ¡Maldita sea, estamos atrapados!

Rawne miró en derredor exasperado. Cridd y Caffran estaban junto a las ventanas de ojiva destrozadas en el scriptorium principal. Criid estaba asomada mirando hacia afuera.

—¿Qué le parece esto? —le preguntó Caffran al mayor.

Rawne se acercó rápidamente. Criid ya había trepado y estaba en la comisa, moviéndose lentamente por el saliente de piedra.

—Estaréis de broma… —empezó a decir Rawne.

Caffran hablaba muy en serio. Él también había trepado a la cornisa e iba detrás de Criid. Le ofreció la mano a Rawne.

El mayor se colgó el arma al hombro y aceptó la mano. Caffran tiró de él y lo ayudó a subir a la comisa.

Rawne blasfemó para sus adentros. El aire era frío y estaban muy alto. Los muros de piedra del Universitariat tenían una altura de noventa metros desde la ventana del scriptorium y caían a plomo sobre el agua verde y opaca del río. Cúpulas y torres se elevaban por encima del tejado inclinado del scriptorium. Rawne se balanceó un instante.

Criid y Caffran iban por la cornisa pegados al muro, avanzando con cuidado por encima de canalones y recogedores de aguas. Rawne los siguió. En algunos puntos

había tallas en bajorrelieve, a veces en forma de santos o de gárgolas, deterioradas por el tiempo y más anchas que la propia cornisa. Rawne se dio cuenta de que tenían que andar de lado, con la espalda hacia el vacío para poder sortear esos obstáculos.

Sintió que su pie buscaba apoyo sobre vacío y cerrando los ojos rodeó con sus brazos el cuello de piedra de un santo mientras sentía que el corazón quería salírsele del pecho.

Cuando volvió a mirar vio a Caffran a unos diez metros, pero ni rastro de la chica. ¡Por Feth! ¿Se habría caído? No, su cabeza de pelo decolorado asomó por una ventana que había más adelante, urgiéndolos para que la siguieran. Estaba otra vez dentro.

Caffran tiró de Rawne ayudándolo a meterse por la ventana rota. Se rompió las rodilleras con el emplomado y los cristales rotos del marco y tardó un minuto en recuperar el aliento. Miró a su alrededor.

Un proyectil de gran calibre había volado la estancia. Había entrado por la ventana, destrozando ese piso y el de abajo. El salón tenía un reborde de tablas rotas junto a las paredes y un agujero en el centro. Avanzaron con cuidado por lo que quedaba del suelo hasta la puerta de la estancia. Ahora los disparos se oían detrás de ellos.

Caffran los condujo hacia el corredor. La detonación había volado la puerta de madera de la sala con marco y todo y la había hecho atravesar toda la estancia hasta quedar apoyada contra la pared del otro lado. Los tres Fantasmas se desplegaron corriendo, atravesaron la estancia y fueron a salir por detrás de la posición enemiga que tenía atrapados allí a sus compañeros.

Los infardi, veintidós en total, estaban parapetados tras una serie de barricadas hechas con el mobiliario destrozado. Estaban disparando, ajenos a todo lo que pudiera haber detrás de ellos.

Rawne y Caffran sacaron sus cuchillos Tanith de plata y Criid su daga sierra, recuerdo de sus días de pandillera allá en la Colmena Vervun. Se lanzaron sobre los adeptos y acabaron con ocho de ellos antes de que los demás se enterasen siquiera del contraataque.

Luego se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo en una defensa frenética, pero Rawne y Criid habían empezado a disparar sus rifles láser y Caffran ya empuñaba su pistola.

Un infardi gritando cargó contra Rawne con su bayoneta, y éste le voló las piernas y el vientre, pero el impulso de la carga hizo caer el cuerpo sobre el mayor y lo derribó al suelo.

Rawne trató de zafarse de debajo del cuerpo resbaladizo que se retorcía. Otro infardi se lanzó sobre él blandiendo una de esas hachas locales de hoja retorcida.

Un disparo en la cabeza acabó con sus intenciones.

Rawne se levantó. Los infardi estaban muertos y su pelotón avanzaba.

—¿Feygor?

—Buena jugada, jefe —respondió Feygor.

Rawne no dijo nada. No veía la necesidad de mencionar que el ataque por sorpresa había sido idea de Caffran y Criid.

—¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Waed tiene un rasguño, está bien, pero a Bragg lo hirieron en un hombro. Vamos a tener que pedir un equipo de camilleros para trasladarlo.

Rawne asintió.

—Buen disparo a la cabeza —añadió—. Ese bastardo me tenía a tiro.

—No fui yo —dijo Feygor señalando con un pulgar mugriento a Banda. La ex trabajadora de la tejeduría sonrió, dio una palmadita a su rifle láser… y guiñó un ojo.

—Bueno… Buen disparo —refunfuñó Rawne.



En una explanada de oración, al este del recinto del Universitariat, el capitán Ban Daur estaba controlando el tráfico cuando oyó que el coronel-comisario lo llamaba por su nombre.

El ataque, en el segundo frente, del coronel Corbec había despertado a la Ciudad Vieja, y los civiles que llevaban escondidos en los sótanos y pasadizos subterráneos casi tres semanas abandonaban ahora el barrio en masa.

En la explanada larga y estrecha, la marea de cuerpos mugrientos, asustados, avanzaba hacia el oeste en una marcha lenta y pesada.

—¿Daur?

Ban Daur se volvió y saludó a Gaunt.

—Hay miles de ellos. Están atascando las rutas que van de este a oeste. He tratado de reorientarlos hacia el interior de la basílica que hay al final de esa calle. Allí tenemos equipos médicos y personal de asistencia proporcionado por las autoridades de la ciudad y el Administratum.

—Bien.

—El problema está ahí —dijo Daur señalando a una fila de tractores eléctricos Hydra de la unidad Pardus que se encontraban detenidos en el otro extremo de la explanada—. Con toda esta gente, no pueden pasar.

Gaunt asintió. Envió a Mkoll y a un grupo de Tanith a una capilla cercana y volvieron con bancos que colocaron como barreras para canalizar la marcha de los refugiados.

—¿Daur?

—¡Señor!

—Vaya hasta esa basílica y vea si puede utilizar algunos de los edificios circundantes.

—Iba a acudir con un pelotón a la Ciudad Vieja, señor. El coronel Corbec pidió más infantería de refuerzo en el distrito comercial.

Gaunt sonrió. Daur se refería al distrito del mercado, pero utilizaba una palabra de la Colmena Vervun.

—No lo pongo en duda, pero la guerra seguirá. A usted se le da bien la gente, Ban. Haga esto por mí y después puede ir a hacer que le disparen.

Daur asintió. Sentía por Gaunt un respeto sin límite, pero no le gustaba esa orden. Era igual a los otros trabajos que había venido haciendo desde su incorporación a los Fantasmas.

A decir verdad, Daur se sentía insatisfecho. La lucha por la Colmena Vervun lo había dejado vacío y triste, y se había unido a los Tanith sobre todo porque no podía soportar la idea de quedarse bajo el caparazón de la Colmena a la que había considerado su hogar. Como capitán, fue el oficial de mayor jerarquía de cuantos se incorporaron a los Tanith, y esto había hecho que le dieran un puesto en la cadena de mando en igualdad de condiciones con el mayor Rawne, como oficial a cargo del contingente verghastita, respondiendo sólo ante Corbec y Gaunt.

No le gustaba. Ese papel deberían habérselo asignado a un héroe de guerra como Kolea o Agun Soric, a uno de los hombres que por sus agallas se habían ganado el respeto de los hombres en las compañías improvisadas. La mayoría de los hombres y mujeres verghastitas que se habían incorporado a los Fantasmas eran trabajadores convertidos en guerreros, no ex militares. No sentían por un capitán de Vervun Primario el mismo respeto que profesaban a un héroe como Gol Kolea.

Pero al parecer no era así como se procedía en la guardia, de modo que Daur se vio cogido en el medio, con un cargo que no le apetecía, dando órdenes a hombres que sabía que debían ser sus comandantes, tratando de mantener bajo control la rivalidad entre los hombres de Tanith y los verghastitas y procurando ganarse su respeto.

Lo que él quería era luchar. Quería revestirse con esa clase de gloria que haría que los soldados lo mirasen con admiración.

En lugar de eso se pasaba la mayor parte de los días entre destacamentos, órdenes de despliegue y supervisión de refugiados. Eran cosas que se le daban bien, y Gaunt lo sabía, por eso lo buscaba siempre que surgían esas tareas. Era como si Gaunt no pensara en Ban Daur como un soldado sino como un hombre de recursos, un administrador, una persona capaz de tratar con la gente.

A Daur lo sacaron de sus cavilaciones unos disparos y la dispersión y los gritos de los refugiados. En la desbandada hubo quienes saltaron las barreras improvisadas de

Mkoll. Daur miró en derredor buscando un francotirador o un hombre armado entre la multitud…

Uno de los oficiales artilleros de los vehículos Pardus atascados estaba disparando al azar con su pistola contra los grupos de cometas y banderolas votivas que ondeaban por encima de la explanada de la oración. Las banderas y estandartes estaban sujetos mediante cuerdas largas a unas anillas de bronce colocadas a lo largo de la pared del templo. El oficial hacía blanco sobre ellas para entretener a sus hombres.

—¿Qué demonios está haciendo? —le gritó Daur acercándose al vehículo Hydra. Los hombres enfundados en sus uniformes pardos de faena y sus amplias capas lo miraron atónitos desde arriba.

—¡Usted! —Daur se dirigió al oficial que tenía la pistola en la mano—. ¿Pretende sembrar el pánico?

—Sólo pasar el rato —respondió el otro encogiéndose de hombros—. El coronel Farris nos ordenó que participáramos en el asalto a la colina de la Ciudadela, pero no vamos a ninguna parte ¿verdad?

—Baje ahora mismo —ordenó Daur.

El oficial echó una mirada a sus hombres, enfundó la pistola de reglamento y bajó del tractor. Era más alto que Daur, tenía una piel pálida llena de pecas y el pelo rubio. Hasta las pestañas eran rubias.

—¿Nombre?

—Sargento Denil Greer, Octava Compañía Pardus de Artillería Móvil.

—¿Usted tiene cerebro, Greer, o le basta esa sonrisa burlona para moverse por la vida?

—Señor.

Gaunt se acercó y Greer perdió parte de su aire desafiante. Su mueca desapareció.

—¿Está todo en orden, capitán Daur?

—La gente está animada, comisario. Todo va bien.

Gaunt miró a Greer.

—Escuche al capitán y muéstrele respeto. Es mejor para usted que sea él y no yo quien le llame la atención.

—Señor.

Gaunt se marchó y Daur volvió a mirar a Greer.

—Haga bajar a sus hombres y ayúdennos a hacer que esta gente despeje el camino de una manera ordenada. Asi irán más rápido.

Greer le respondió con un saludo no muy entusiasta e hizo bajar a sus hombres de los vehículos estacionados. Daur los puso rápidamente a trabajar apartando a los civiles del camino.

Daur avanzó entre la desharrapada multitud. Nadie lo miraba. Ya había visto antes aquella expresión conmocionada, fatigada, de refugiados de guerra. Él mismo

había tenido ese aspecto en la Colmena Vervun.

Una anciana, de delgadez y fragilidad extremas, tropezó entre la gente y cayó, derramando el contenido del hatillo en el que llevaba todas sus posesiones. Nadie se detuvo a ayudarla. Los refugiados se aglomeraron a su alrededor pisándole las manos mientras ella trataba de recuperar sus cosas.

Daur la ayudó a levantarse. Pesaba tan poco como un saco de astillas. Tenía el pelo completamente blanco y recogido contra el cráneo.

—Aquí tiene —dijo. Se agachó y recogió las escasas pertenencias de la mujer: lámparas votivas, un pequeño icono, algunas cuentas y una fotografía antigua de un hombre joven.

Se dio cuenta de que lo miraba con ojos empañados por la edad. Ninguno de ellos había buscado su mirada de aquel modo.

—Gracias —dijo en una voz que tenía toda la riqueza del gótico bajo antiguo—, pero yo no importo, nosotros no importamos, sólo la Santa.

—¿Qué?

—Usted la protegerá, ¿verdad? Creo que lo hará.

—Vamos, madre, avancemos.

La mujer le puso algo en la mano. Daur miró hacia abajo. Era una figurita de plata, tan desgastada que casi se habían borrado sus facciones.

—No puedo quedarme con esto, es…

—Protéjala. El Emperador querría que lo hiciera.

No quería aceptar que le devolviera la baratija, ¡maldita sea! Daur estuvo a punto de dejarla caer. Cuando se volvió a mirarla, ella había desaparecido entre la marea de cuerpos en movimiento.

Daur se quedó sin saber qué hacer, buscando entre la multitud. Se guardó la imagen en el bolsillo. Vio cerca de él a Mkoll que hacía circular a los refugiados y se dirigió a preguntar al jefe de los exploradores si había visto a la anciana.

Una mujer tropezó contra él. Un hombre que tenía delante cayó súbitamente de rodillas. En medio de la multitud alguien reventó en un estallido de sangre hirviente.

Daur oyó los disparos.

A menos de veinte metros de distancia, entre la multitud presa del pánico, vio a un tirador infardi disparando indiscriminadamente con su rifle láser. El asesino se había echado hacia atrás los sucios harapos que ocultaban su uniforme de seda verde y había irrumpido en medio de la marea de refugiados como un lobo en una manada.

Daur sacó su pistola láser, pero estaba rodeado de gente que gritaba asustada. Oyó un nuevo disparo del rifle.

Daur tropezó con un cuerpo y cayó sobre las losas. Vaciló, buscando entre las piernas que corrían a su alrededor hasta que vio una túnica verde.

Los disparos del adepto se siguieron cobrando víctimas. De pronto se abrió un

hueco.

Sujetando su pistola láser con ambas manos, Daur hizo tres disparos que atravesaron el pecho del francotirador. Casi al mismo tiempo Mkoll lo alcanzó con su láser en el cerebro desde otro ángulo.

El asesino se retorció y cayó sobre la piedra rosada. Su sangre brillante se derramó colándose por entre las losas del empedrado. El suelo a su alrededor estaba sembrado de cadáveres.

—¡Santo espíritu! —exclamó Mkoll abriéndose camino. Otros soldados Tanith pasaron corriendo, apartando a la gente y encaminándose a! extremo nororiental de la explanada. El enlace de voz empezó a crepitar.

El ruido de disparos indicaba un intenso fuego cruzado, en la dirección de la carretera de la Ciudad Vieja.

Daur y Mkoll marchaban en la dirección contraria a la de los refugiados que corrían casi en estampida. En el extremo nororiental de la explanada de la oración, un gran pilón de piedra caliza desembocaba en una larga avenida bordeada de columnas que discurría entre hileras de templos. Los Fantasmas estaban parapetados en torno al pilón y algunos se atrevían a hacer breves carreras para entrar en la avenida y refugiarse tras las bases de negras estelas de cuarcita situadas a intervalos regulares.

Los disparos de las armas de fuego, como ráfagas de diminutos cometas, barrían la columnata en ambas direcciones. La larga avenida sagrada estaba sembrada de cadáveres de nativos de Hagia amontonados en posturas poco dignas.

Tras ellos venían más Fantasmas y algunos de los artilleros de los Pardus esgrimiendo sus pistolas. Daur pudo ver al sargento Greer.

—¡Vamos! ¡Por la izquierda! —le gritó Mkoll, e inmediatamente recorrió como una flecha la distancia desde el arco hasta la base de la estela más cercana a su derecha. Cuatro de sus hombres lo cubrían con sus disparos, y otros dos corrieron detrás de él. Los disparos de láser acribillaban las losas del paseo y arrancaban esquirlas del antiguo obelisco.

Daur se desplazó hacia la izquierda, sintiendo el calor de un disparo que le pasó rozando el cuello. A punto estuvo de caer en la sombra de la base del obelisco más próximo. Otros Fantasmas corrieron a su lado: Lillo, Mkvan y otro Tanith cuyo nombre no conocía. Un hombre del Pardus también trató de seguirlo, pero fue alcanzado en la rodilla y volvió a ponerse a cubierto entre quejidos.

Daur se atrevió a mirar afuera y atisbo sombras verdes moviéndose delante de la columnata. Al parecer, el fuego más intenso provenía de un gran edificio situado a la izquierda y que Daur calculó que era el del censo municipal.

—Izquierda, doscientos metros —gritó Daur a través de su enlace.

—¡Ya lo veo! —replicó Mkoll desde el otro lado de la columnata. Daur observó mientras el jefe de los exploradores y su grupo de ataque trataban de avanzar. El fuego

cerrado los obligó a volver a cubierto.

Daur corrió otra vez, llegando a la base del siguiente obelisco de la izquierda. De repente empezaron a llover sobre él disparos desde la derecha, y al volverse vio a dos infardi sentados a horcajadas sobre el tejado de un edificio que disparaban hacia las sombras de la calle.

Daur devolvió el fuego rápidamente, descolgando el rifle láser que llevaba al hombro. Lillo y Nessa llegaron a su posición al mismo tiempo y sumaron sus disparos a los de Daur. No alcanzaron a ninguno de los infardi, pero los obligaron a retirarse del tejado poniéndose fuera de su vista. Algunas tejas rotas de la sección del tejado que habían alcanzado se desprendieron y cayeron sobre las losas del pavimento.

Mkvan se unió a ellos. El fuego cruzado era intenso, pero estaban unos buenos veinte metros más cerca del edificio del censo que el grupo de ataque de Mkoll.

—Por ahí —dijo Daur acompañando las palabras de los signos correspondientes. Nessa era una antigua trabajadora de los habitáculos que se había unido a la guerrilla y, al igual que un buen número de voluntarios verghastitas, había quedado totalmente sorda a causa de las explosiones de las bombas enemigas en la Colmena Vervun. Las órdenes por señas eran algo básico en las compañías improvisadas. La mujer hizo una señal de inteligencia. Sus facciones finas, álficas, tenían una expresión de determinación cuando introdujo un cargador nuevo en la recámara de su rifle de francotiradora.

Corriendo encorvados, cerca del suelo, los cuatro abandonaron la columnata principal y se aventuraron a través de una sala hipóstila fresca y sombría. Este templo, y el siguiente al que llegaron a través de un pequeño pasaje de columnas, estaban vacíos; la decoración y los ornamentos que los fieles no habían conseguido llevarse y esconder antes de la invasión habían sido saqueados por los infardi durante la ocupación. Los pebeteros estaban volcados, y montones de cenizas manchaban las baldosas cerámicas del suelo. Había astillas del mobiliario roto por todas partes y las esteras de oración aparecían esparcidas. A lo largo de la pared que daba al este, en una zona bañada por la luz solar que entraba por las elevadas ventanas hipóstilas, una serie de cubos y pilas de estropajos demostraban que los habitantes del lugar habían tratado de borrar las infames blasfemias que los infardi habían escrito sobre las paredes del templo.

Avanzaban de dos en dos, cubriéndose por turnos: dos permanecían quietos y apuntando con sus armas mientras los otros dos corrían hacia el siguiente punto de contacto.

La parte trasera del segundo templo daba a un recinto anexo que comunicaba con el edificio del censo. Aquí las paredes estaban revestidas de grandiorita negra que los invasores habían golpeado hasta destrozar las antiguas tallas de las paredes.

Los infardi habían apostado vigías en la parte trasera del edificio del censo. Mkvan

los distinguió y puso a los Fantasmas a cubierto mientras los proyectiles convencionales y de láser se estrellaban contra la arcada de acceso al recinto abriendo boquetes polvorientos en los sillares.

Nessa se situó y disparó. Tenía un buen ángulo y dos tiros le bastaron para derribar a un par de tiradores enemigos. Daur sonrió. Los francotiradores reconocidos, como «El loco» Larkin y Rilke, iban a tener que defender su reputación frente a algunas de las chicas verghastitas.

Daur y Mkvan atravesaron corriendo la arcada y volvieron a salir a la luz del sol para lanzar desde allí cargas explosivas a través de las puertas traseras del edificio del censo. Una fila de pequeñas ventanas de cristal que daban al paseo reventaron al unísono y por las puertas salió una nube de humo y polvo.

Los cuatro Fantasmas entraron tras montar sus bayonetas y empezaron a disparar ráfagas cortas a través del humo. Llegaron por detrás a la posición de los infardi. El intenso fuego empezaba a agrietar el ventilado interior del edificio del censo.

El avance de Daur acabó de inmediato con el bloqueo que mantenían los infardi desde el frente del edificio y aumentó las posibilidades de que las fuerzas inmovilizadas en la columnata se introdujeran en el edificio.

Ya por entonces Gaunt había avanzado hasta la línea del frente entre las estelas.

—¿Mkoll?

—Están fuertemente parapetados en el frente, señor —informó el jefe de los exploradores por su enlace—. Han dejado de prestarnos atención… Creo que ha sido obra de Daur.

Gaunt se agachó detrás de una estela e hizo una señal con la mano a la fila de Fantasmas desplegados a lo largo de la columnata. El soldado Brostin avanzó corriendo, acompañado del ruido metálico que hacían los depósitos de su lanzallamas.

—¿Qué fue lo que lo entretuvo?

—Probablemente todo ese tiroteo —replicó Brostin con impertinencia. El coronel-comisario señaló la fachada del edificio del censo.

—Hágalo desaparecer, por favor.

Brostin, un hombrón de espaldas descomunales que lucía un bigote tupido y desigual y siempre olía a promethium, levantó el lanzallamas y activó el disparador. Los tanques gorgotearon y lanzaron un chorro de fuego líquido contra el edificio del censo. Las lengüetadas amarillas del fuego lamieron la fachada y la cubrieron con una sofocante nube de humo negro.

El fuego, como una lluvia persistente, atravesó la fachada del edificio prendiendo sobre los paneles pintados y ennegreciéndolos. La pintura se ablandó, formando chorretones en algunos lugares y en otros se descascaró, y la madera del marco de la puerta fue presa de las llamas.

Brostin se adelantó un poco y lanzó nuevas llamaradas directamente a través de algunas de las estrechas troneras dispuestas para la defensa del edificio. A Gaunt le gustaba ver trabajar a Brostin. El corpulento soldado tenía cierta afinidad con el fuego, úna comprensión de la forma en que se extendía, danzaba y saltaba. Podía sacarle partido, sabía distinguir entre lo que arde rápido y lo que se quema lentamente; entre lo que produce vivas llamaradas y lo que se consume a fuego lento; era capaz de aprovechar el viento y la brisa para desplegar las llamas hacia depresiones del terreno. En este caso, Brostin no se limitaba a atacar con el fuego un emplazamiento enemigo, lo que hacía era transformarlo hábilmente en un auténtico infierno.

Según el sargento Varl, la habilidad de Brostin con el fuego se debía a su experiencia en la prevención de incendios en Tanith Magna. Gaunt así lo creía. Sin embargo, no era lo que decía el soldado Larkin, quien afirmaba que Brostin era un ex convicto con una sentencia de diez años por incendiario.

El fuego, casi blanco, fue subiendo por la fachada hasta llegar al tejado. Una sección importante de la pared frontal saltó hecha añicos hacia la calle cuando el fuego hizo presa de algún explosivo, tal vez la bolsa de granadas de un infardi. Otra sección cedió y cayó hacia dentro. Tres hombres vestidos de verde salieron por la puerta del edificio barriendo la columnata con sus armas láser. El uniforme de uno de ellos estaba en llamas. Los Fantasmas los acorralaron con sus disparos y los tres cayeron, acribillados.

Dos granadas salieron volando del edificio en llamas y explotaron en medio de la calle. A continuación otros dos infardi trataron de salir. Mkoll los mató a ambos pocos segundos después de aparecer por la puerta.

Ahora, bajo las órdenes de Gaunt, los Fantasmas disparaban hacia la fachada en llamas. Una plataforma Hydra del regimiento Pardus avanzó con su traqueteo metálico por el centro de la columnata arrastrando un manojo de cometas votivas que se habían enganchado en sus cañones y en el soporte de su antena, y llegó hasta donde se encontraba Gaunt.

El coronel-comisario montó en la plataforma que había detrás del artillero y supervisó la operación mientras los suboficiales bajaban los largos tubos de los cañones automáticos antiaéreos hasta ponerlos horizontales.

—Práctica de tiro al blanco —le indicó Gaunt.

El artillero hizo un esbozo de saludo y a continuación redujo el frente del edificio del censo a ruinas chamuscadas con su implacable potencia de tiro.

En el interior, en la parte trasera del edificio, Daur y sus hombres desandaban el camino por el que habían entrado. Del cuerpo central del mismo salía un humo negro y espeso. A Daur, medio ahogado, le llegó el olor a promethium y supo que había entrado en funcionamiento un lanzallamas. Del frente llegaba un ruido infernal.

Artillería pesada. Nada que pudiera ser transportado por un hombre.

—¡Vamos! —dijo con voz ronca, haciendo señas con la mano a Nessa, Lillo y Mkvan de que retrocedieran. Los cuatro atravesaron a tumbos la nube de humo, tosiendo, escupiendo, medio ciegos. Daur rogaba que no hubiesen perdido el sentido de la orientación.

Estaban milagrosamente intactos. Mkvan tenía un rasguño en el dorso de la mano y Lillo un corte en la frente, pero habían dado un buen golpe a los infardi y habían sobrevivido para contarlo.

Más fuego pesado del lado de la columnata. Un par de disparos de potencia mortífera, trazadores incandescentes, atravesaron una pared a sus espaldas y pasaron por encima de sus cabezas. Los disparos habían atravesado limpiamente el edificio del censo.

—¡Rayos! —gritó Lillo—. ¿Eso fue un tanque?

Daur estaba a punto de contestar cuando Nessa emitió un grito entrecortado y se dobló sobre sí misma. Daur se volvió, los ojos le ardían por el humo, pero vio a cinco infardi precipitán dose hacia ellos desde la zona central. Dos venían disparando rifles láser. A otro el fuego le había quemado la ropa que se caía a pedazos del cuerpo llagado.

Daur disparó, y sintió el roce de una ráfaga de láser en el hombro. Los disparos de Daur derribaron a dos infardi que cayeron de espaldas. Otro cargó contra Mkvan y quedó ensartado en la bayoneta del Tanith. Sin poder desprenderse, el infardi descerrajó a Mkvan un disparo a quemarropa en la cara y ambos cuerpos cayeron al suelo en medio de la humareda.

Lillo fue derribado por los otros dos que, desprovistos de armas, le clavaron las corvas uñas desgarrándole la ropa y la piel. Uno de ellos echó mano del rifle láser de Lillo tratando de apoderarse de él a pesar del anclaje al que iba sujeto. Daur se arrojó sobre el rebelde y ambos rodaron, atravesando la puerta y volviendo al cuerpo principal del edificio barrido por el fuego.

Daur sintió que el calor lo dejaba sin respiración. El infardi no dejaba de golpearlo, morderlo y clavarle las uñas. Rodaron entre el fuego. Ahora el enemigo apretaba con las manos la garganta de Daur. Este pensó en su cuchillo, pero recordó que todavía lo tenía sujeto como bayoneta a su rifle láser, y el rifle había quedado tirado en la otra habitación al lado del cadáver de Mkvan.

Daur giró y consiguió que el frenético infardi quedara encima de su cuerpo y a continuación se sacudió y retorció dando una patada hacia arriba y arrojando al adepto de cabeza por encima de la suya. El adepto rebotó en una mesa en llamas en la que aterrizó, levantando una lluvia de chispas. Se levantó, musitando algún juramento obsceno, y blandiendo la pata ardiente de una silla como si fuera una maza.

La techumbre cedió derrumbándose. Una viga de cinco toneladas, emplumada de

un extremo a otro con llamaradas amarillas y anaranjadas, aplastó al infardi contra el suelo.

Daur se puso de pie con dificultad. Su guerrera estaba ardiendo. Unas llamitas azules lamían la manga y el puño y rodeaban las costuras de los bolsillos. Trató de sofocarlas a golpes y tropezó con la puerta. Le parecía que llevaba dos o tres minutos sin respirar y le ardían los pulmones.

En el anexo que había en la parte trasera del edificio del censo, Lillo arrastraba a Nessa tratando de sacarla por el pórtico posterior. De las vigas del techo salía un humo negro y alquitranado y el aire era irrespirable.

Daur avanzó a tumbos hacia ellos, por encima de los cuerpos en llamas de los infardi. Ayudó a Lillo a transportar el peso muerto de Nessa a quien habían herido en el estómago. Tenía mal aspecto, pero Daur no era médico y no tenía ni idea de la gravedad.

Un ruido atronador sacudió el edificio en llamas al caer otra sección del tejado, y una nube de humo, chispas y aire recalentado los rodeó. Mientras salían vacilantes por el pórtico al patio trasero, Daur oyó el ruido de algo caía de su guerrera al suelo.

La baratija de la anciana.

Arrastraron a Nessa por el patio y Lillo se derrumbó junto a ella, tosiendo como si fuera a echar los pulmones y tratando de solicitar un equipo médico por el transmisor.

Daur volvió al pórtico en llamas, despojándose a tirones de su guerrera. El calor y las llamas habían chamuscado la tela y reventado las costuras. Llevaba uno de los bolsillos colgando de unos hilos y de él había caído la imagen de plata.

Daur la vio sobre las losas, justo al otro lado del pórtico. Se agachó por debajo de la masa asfixiante de humo negro que llenaba la mitad superior de la arcada y se elevaba hacia el cielo azul barrido por el viento. Estiró la mano y cerró los dedos en torno a la imagen. Estaba tan caliente que le quemó la mano.

Algo arremetió contra él y lo hizo caer de rodillas. Al volverse se encontró de frente con un fanático infardi que había salido a tientas del infierno. Tenía la piel achicharrada y cubierta de sangre.

Alargó sus manos llenas de ampollas tratando de asir a Daur que sacó la pistola láser de su funda y le disparó dos veces en el corazón.

Entonces Daur se desplomó.

Lillo corrió hacia él, pero Daur no podía oír lo que le gritaba.

Miró hacia abajo. La empuñadura grabada de la daga ritual sobresalía de su caja torácica y una sangre tan oscura y espesa como zumo de cerezas se iba esparciendo en tomo a ella. El infardi no se había limitado a chocar contra él.

Daur rompió a reír con una risa vacía, pero la sangre le llenó la garganta. Se quedó mirando el arma del infardi hasta que su visión se transformó en una especie de túnel

y después se desvaneció.



TRES

Pater Pecado

Que las nueve heridas sagradas
te colmen de bendiciones.

Bendición ayatani

Su padre se apartó del banco de trabajo, dejó una llave grasienta y le sonrió mientras se limpiaba el aceite de las manos con un trapo. El taller olía a lubricante, promethium y metal frío.

Cogió la taza de cafeína hirviendo, una taza tan grande que sus pequeñas manos la sujetaban como un cáliz, y su padre la recibió agradecido. Estaba amaneciendo, y el sol otoñal planeaba sobre las copas de los enormes árboles de nal que había al otro lado del camino que llevaba desde la carretera del río hasta el taller de su padre.

Los hombres habían llegado al atardecer del día anterior, ocho hombres con las manos desolladas de la reserva maderera que había quince leguas río abajo. Tenían un pedido importante que atender para un fabricante de muebles de Tanith Magna y a su sierra principal se le habían salido los cojinetes. Una verdadera emergencia… ¿podría ayudarles el mejor mecánico del condado de Pryze?

Los hombres de la reserva habían traído la sierra en un vagón de plataforma y ayudaron a su padre a transportarla hasta el taller. Su padre lo había enviado a encender todas las lámparas. Iban a tener que trabajar hasta muy tarde.

Esperó en la entrada del taller a que su padre hiciera los últimos ajustes al motor de la sierra y luego atornillase la rejilla protectora. De los huecos de la tapa había salido el serrín acumulado y de repente el lugar se llenó de la penetrante fragancia de la madera de nal.

Su corazón latía con fuerza mientras esperaba que su padre probara la motosierra. Había sido lo mismo desde que tenía memoria, la excitación de ver cómo su padre realizaba la magia, de ver cómo su padre cogía trozos inertes de metal, los unía y les daba vida. Era una magia que esperaba heredar algún día para poder ocupar su lugar cuando su padre hubiera dejado de trabajar. Él también quería ser mecánico.

Ahora su corazón latía tan rápido que le dolía el pecho. Se sujetó del marco de la puerta para no caer.

Su padre accionó el interruptor de la sierra y la máquina cobró vida. Su alarido ronco resonó en todo el taller.

Ahora el dolor de su pecho era muy real. Jadeó. Le dolía todo un lado, el izquierdo, por las costillas. Trató de llamar a su padre, pero su voz era demasiado débil y el ruido de la sierra en funcionamiento demasiado alto.

Se dio cuenta de que iba a morir. Iba a morirse allí, a la puerta del taller de su padre, en el condado de Pryze, con el olor a madera de nal en la nariz y una enorme punzada de dolor imposible que le llegaba al corazón…

Colm Corbec abrió los ojos y añadió unos buenos treinta y cinco años a su vida. Ya no era un muchacho. Era un viejo soldado con una fea herida en una situación difícil.

Lo habían desnudado hasta la cintura y los restos de su mugrienta camiseta le colgaban todavía de los hombros. Había perdido una bota y quién sabe a dónde

habrían ido a parar su equipo y su enlace de voz.

Tenía el cuerpo cubierto de sangre, rasguños y magulladuras. Intentó moverse pero el dolor lo venció. El lado izquierdo de su caja torácica era una masa de tejido color púrpura hinchado en tomo a una gran quemadura de láser.

—No, no se mueva jefe —dijo una voz.

Corbec miró a su alrededor y vio a Yael a su lado. El joven soldado Tanith estaba sentado con la espalda contra una desmoronada pared de ladrillo. También su torso estaba desnudo y tenía los hombros cubiertos de sangre seca.

Una mirada en derredor le permitió ver que estaban metidos los dos en la antigua chimenea de una grandiosa estancia a la cual la guerra le había hecho una visita brutal. Las paredes eran como pieles resquebrajadas de yeso con trazas de antiguas decoraciones y pinturas, y las otrora elegantes ventanas estaban tapadas con tableros. La luz se filtraba entre las planchas. Lo último que recordaba Corbec era haber entrado disparando en el ayuntamiento. Por lo que podía ver, aquello no se parecía en nada al ayuntamiento.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha…?

Yael sacudió la cabeza y apretó el brazo de Corbec.

Corbec se calló después de seguir la mirada de Yael y ver a los infardi. Los había por docenas y entraban corriendo en la habitación por una puerta que estaba fuera de su vista, a la izquierda. Algunos tomaban posiciones junto a las ventanas, con las armas preparadas. Otros traían cajas de munición y montones de equipo. Entre cuatro manipulaban un banco largo y a todas luces pesado que trataban de meter en la habitación. Las patas del banco rascaban el suelo de piedra. Los infardi hablaban entre sí en voz baja y monótona.

Empezó a recordar. Recordó que ellos cuatro habían tomado la sala principal del ayuntamiento. ¡Por el Dios Emperador que le habían dado una buena paliza a aquella escoria fanática! Kolea había luchado como un demonio con Leyr y Yael a su lado. Corbec recordaba haber seguido avanzando con Yael y gritándole a Kolea que los cubriera. Y entonces…

Y entonces el dolor. Un disparo láser, casi a quemarropa, de un infardi que se hacía el muerto entre los escombros. Corbec se incorporó con una mueca de dolor y se colocó junto a Yael.

—Déjame ver —susurró, y trató de ver la herida del joven. Yael se estremecía levemente y Corbec observó que tenía una pupila más dilatada que la otra.

Al ver la parte posterior de la cabeza de Yael se quedó de piedra. ¿Cómo era posible que estuviera vivo todavía?

—¿Y Kolea y Leyr? —preguntó.

—Creo que consiguieron salir. No lo vi… —respondió Yael en un susurro. Estuvo a punto de decir algo más, pero se quedó mudo de repente cuando un susurro

atravesó la habitación.

Más que oírlo, Corbec lo sintió. Los tiradores infardi se habían callado y ahora retrocedían hacia los extremos de la estancia que había al otro lado de la chimenea, con las cabezas gachas.

Algo entró en la habitación, algo así como la sombra, tal vez, de un hombre corpulento, si es que un hombre puede ir vestido con un susurro. Era algo parecido a una porción grande de reverberación, algo que empañaba y distorsionaba el aire, que zumbaba con el sonido bajo y soporífero del nido de un abejorro.

Corbec se quedó mirando a aquella sombra. Percibía el olor de la distorsión que producía a su alrededor, olía el aroma frío y duro de la disformidad. Era una forma traslúcida y sólida al mismo tiempo, frágil como el vapor pero al mismo tiempo dura como un tanque imperial. Cuando más miraba, más detalles distinguía entre la bruma. Formas diminutas, parpadeantes, borbotantes, que se movían y zumbaban como mil millones de insectos.

Con otro susurro, el escudo refractor se desactivó y disolvió, dejando ver una figura corpulenta vestida con el uniforme de seda verde. El generador compacto del escudo corporal pendía de un arnés sujeto al cinturón.

Se volvió hacia los dos prisioneros de la guardia alojados en la chimenea vacía.

Tenía más de dos metros de estatura y una musculatura fibrosa. A través de la rica seda color esmeralda se veía la piel decorada con los abominables tatuajes del culto infardi.

Pater Pecado sonrió a Colm Corbec.

—¿Sabes quién soy?

—Creo adivinarlo.

Pecado asintió y su sonrisa se hizo más ancha. Una imagen tatuada del Emperador, torturado y agonizante, le cubría la mejilla izquierda y la frente, y el ojo izquierdo de Pecado, inyectado en sangre, formaba la boca en actitud de gritar. Los dientes de Pecado eran implantes de acero aguzados. Olía a sudor, a canela y a podredumbre. Se puso en cuclillas junto a Corbec que sintió que Yael se estremecía de terror.

—Tú y yo nos parecemos.

—Yo no lo creo… —dijo Corbec.

—Oh, sí. Tú eres un hijo del Emperador a quien has jurado servir. Yo soy un infardi… un peregrino consagrado al culto a sus santos. Santa Sabbat, que Dios bendiga sus huesos. He venido aquí a rendirle homenaje.

—Has venido aquí para profanar, maldito bastardo.

La sonrisa de acero se mantuvo inalterable incluso cuando Pecado descargó una patada en las costillas de Corbec.

El Tanith perdió el sentido. Cuando volvió en sí estaba tirado en el centro de la

habitación y rodeado de infardis que entonaban cantos al ritmo que marcaban palmeando sus piernas o las culatas de sus rifles. No podía ver a Yael. Sentía un dolor insoportable en las costillas.

Pater Pecado volvió a aparecer. Tras él estaba el banco que sus secuaces habían traído a rastras. Era un banco de trabajo, ahora Corbec lo vio con claridad, un banco de cantero que llevaba adosado un gran taladro para roca. El taladro empezó a chirriar. Ése era el ruido que Corbec había oído en su sueño y que él había tomado por una motosierra.

—Nueve heridas sagradas sufrió la Santa —estaba diciendo Pecado—. Vamos a repetirlas en la ceremonia, una por una.

Sus hombres arrojaron a Yael sobre el banco y el taladro inició su canto.

Corbec nada podía hacer.



Hacia el norte, la Ciudad Vieja ascendía abruptamente adhiriéndose a la pendiente de la meseta de la Ciudadela. Una vía principal denominada, de forma harto confusa, la Milla del Infardi, describía una trayectoria sinuosa desde la plaza de las Fuentes y los mercados de ganado hasta un distrito comercial más saludable, el distrito de los Canteros.

Una ojeada a los templos, las estelas, las columnatas, a cualquier pieza de la arquitectura triunfal de Doctrinópolis, bastaban al visitante para apreciar la eminente labor de los gremios de los canteros y de los albañiles. Las piezas de mayor tamaño, los enormes monolitos y los bloques de grandiorita eran transportados por el río o el canal desde las vastas canteras de las tierras altas, pero en sus talleres situados más allá del monte de la Ciudadela, los canteros tallaban las elaboradas estatuas, gárgolas, crucerías, arbotantes y dinteles.

En el punto más bajo de la Milla del Infardi, había establecido el jefe médico Tolin Dorden un puesto de primeros auxilios en lo que habían sido unos baños públicos embaldosados con cerámica. Algunos de los hombres habían transportado agua en cubos o en sus cascos desde las fuentes de la plaza para limpiar los lavaderos. Dorden en persona había frotado con desinfectante las superficies donde se fregaba la ropa. En el lugar había un olor rancio y húmedo al que se sumaba el aroma a hilas que desprendían las estanterías de secado colocadas sobre las salidas de la ventilación.

Estaba acabando de coser una cuchillada que tenía el soldado Gutes en el pulgar cuando un Fantasma verghastita entró desde la plaza iluminada por la áspera luz del sol. A lo lejos se oía el retumbar de los morteros Pardus que bombardeaban la

Ciudadela. En la plaza, Dorden vio a grupos de Tanith que descansaban junto a las fuentes.

Despidió a Gutes.

—Es mi brazo, doctor —replicó con su acento cargado de sonidos vocales verghastitas.

—Déjeme ver. ¿Cómo se llama?

—Soldado Tyne —respondió el hombre subiéndose la manga. La parte superior del brazo izquierdo era una masa sanguinolenta supurante de la que había hecho presa la infección.

Dorden echó mano de gasas para empezar a limpiar la herida.

—Esto está infectado. Debería haber acudido antes. ¿Qué es? ¿Una herida de metralla?

—No exactamente. —Tyne sacudió la cabeza poniendo cara de dolor a cada contacto de las gasas embebidas en alcohol.

Dorden limpió un poco más de sangre y vio las líneas verde oscuro y las marcas del cuchillo. Al darse cuenta de lo que era, limpió más a fondo.

—¿No publicó el comisario un reglamento sobre los tatuajes?

—Dijo que podíamos hacerlos si sabíamos cómo.

—Y usted evidentemente no sabe. Hay un hombre en el pelotón once, uno de los suyos… ¿Cómo se llama? ¿Soldado Cuu? Dicen que es bueno en esto.

—Cuu es un ladrón. No tengo dinero para pagarle.

—Y entonces se lo hizo usted mismo.

—Ajá.

Dorden limpió la herida lo mejor que pudo y le puso una inyección al soldado. También los Tanith llevaban tatuajes, todos ellos. En su mayor parte eran marcas rituales o de familia. Formaba parte de su cultura. El propio Dorden tenía uno. Pero los únicos voluntarios verghastitas que llevaban tatuajes eran pandilleros y habitantes de los suburbios que lucían sus adscripciones y las marcas de sus clanes. Ahora casi todos querían una marca: un hacha-rastrillo, un símbolo Tanith, un águila imperial.

Era como si pensaran que el que no llevaba una marca no era un Fantasma.

Éste hacía el número diecisiete de los tatuajes caseros infectados que trataba Dorden. Iba a tener que hablar con Gaunt.

En la plaza alguien gritaba y el soldado Gutes volvió a entrar corriendo.

—¡Doctor, doctor!

Afuera todos se habían puesto de pie. Un grupo de Fantasmas de Tanith venía desde la parte del mercado donde se combatía y traían al soldado Leyr en una camilla improvisada. Gol Kolea corría junto al hombre postrado.

Había gritos y confusión. Con calma, Dorden se abrió camino entre los allí agrupados e hizo poner la camilla en el suelo para echar un vistazo.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a Kolea mientras empezaba a vendar la herida que tenía Leyr en el muslo. El hombre estaba herido, maltrecho, cubierto de heridas de menor gravedad y semiinconsciente, pero no iba a morir.

—Hemos perdido al coronel —dijo Kolea sin andarse con rodeos.

—¿Qué han qué?

—Corbec nos condujo a Yael, a Leyr y a mí a los sótanos del ayuntamiento. íbamos bastante bien, pero había demasiados. Yo conseguí salir con Leyr, pero el coronel Corbec y el chico… Los cogieron vivos. Mientras nos abríamos camino disparando para salir del edificio, Leyr vio a esos bastardos que se los llevaban a rastras.

Hubo un murmullo generalizado.

—Tenía que traer a Leyr a un puesto de primeros auxilios. Ahora voy a volver a por Corbec. A por Corbec y a por Yael. Quiero voluntarios.

—¡Va a ser imposible encontrarlos! —dijo el soldado Domor, atónito y apesadumbrado.

—Esos bastardos los llevaban hacia el norte, a la parte alta de la Ciudad Vieja, hacia la capital. Están tomando posiciones allá arriba. Supongo que lo que quieren es interrogarlos y eso significa que los van a mantener vivos un tiempo.

Dorden sacudió la cabeza. No coincidía con la evaluación del valiente verghastita, claro que él tenía más experiencia sobre los métodos del Caos.

—¡Voluntarios! ¡Vamos! —gritó Kolea. A su alrededor todas las manos se levantaron. Gol Kolea eligió a ocho hombres y se volvió.

—¡Un momento! —dijo Dorden. Se adelantó y examinó las heridas de poca importancia que tenia Kolea en la cara y en los brazos—. Vivirá. Vamos.

—¿Usted también viene?

Corbec era muy querido por todos, pero con el viejo doctor tenía una relación especial. Dorden asintió. Se volvió hacia el soldado Rafflan, el operador de radio.

—Avise al comisario. Dígale lo que vamos a hacer y que envíe aquí a un médico para hacerse cargo del puesto y a un oficial para supervisar.

Dorden reunió un equipo improvisado y salió presuroso tras los soldados que ya abandonaban la plaza.



—Va con retraso, Gaunt —sonó la voz entrecortada en el altavoz. Los labios de la imagen holográfica tridimensional del general Lugo estaban desfasados con el sonido. Lugo estaba hablando a través de un aparato de voz e imagen desde la Comandancia

de la Base Imperial en la ciudad de Ansipar, a seiscientos cuarenta kilómetros al sudoeste de Doctrinópolis, y las condiciones atmosféricas eran las causantes del desfase en las comunicaciones.

—Tomo nota, señor. Pero con todos mis respetos, estamos dentro de la Ciudad Santa cuatro días antes de lo previsto en su estrategia previa al asalto.

Gaunt y el resto de los oficiales presentes en el sombrío tractor de mando esperaron a que el desfase les permitiera oír la respuesta. Los astrópatas sentados en arneses de sujeción en la parte trasera musitaron algo. El holograma reverberó, se produjo un salto, y a continuación volvió a oírse la voz de Lugo.

—Es cierto. Ya he aplaudido la labor realizada por las unidades Pardus del coronel Fust al allanarles el camino.

—Los Pardus han hecho un trabajo excelente —concedió Gaunt con tono tranquilo—, pero el propio coronel puede decirle que los infardi ofrecieron escasa resistencia. No querían enfrentarse a nuestras unidades blindadas. Se retiraron a Doctrinópolis donde la densidad de los edificios jugaría a su favor. Ahora avanzamos calle por calle con la infantería, y eso es lento.

—¡Dos días! —La voz llegó entre interferencias—. Ése había sido el cálculo. Una vez atravesadas las murallas de la Ciudad Santa usted dijo que les llevaría dos días recuperarla y consolidarla, ¡y ni siquiera se han acercado a la Ciudadela!

Gaunt suspiró. Se volvió a mirar a los demás oficiales: el mayor Kleopas, el achaparrado, regordete y envejecido subcomandante del regimiento blindado Pardus; el capitán Herodas, oficial de enlace de Pardus con la infantería; el mayor Szabo, de los Centenarios Brevianos. Ninguno de ellos estaba cómodo.

—Estamos bombardeando la Ciudadela con morteros —empezó Szabo con las manos en los bolsillos de su sobria chaqueta color mostaza.

—Es cierto —intervino Herodas—. Ya tenemos cerca de la Ciudadela la artillería de mediano calibre. La pesada llegará cuando la infantería haya despejado las calles. La descripción hecha por el comisario Gaunt del teatro es precisa. Entrar en la ciudad llevó cuatro días menos de lo previsto, pero atravesarla está resultando más difícil.

Gaunt dedicó al joven capitán Pardus una mirada de reconocimiento. Un frente unido y tranquilo era la única manera de enfrentarse a un hueso obsesionado por la táctica como Lugo.

La figura holográfica volvió a experimentar espasmos y distorsiones. Ahora el que los miraba era un general Lugo fantasmagórico de luz verdosa y emborronada.

—Déjenme decirles que aquí, en Ansipar, ya casi hemos terminado. La ciudad está ardiendo y los santuarios son nuestros. Mientras hablamos, mis hombres están reuniendo a los últimos enemigos para su ejecución. Además, el coronel Cerno informa de que sus fuerzas están a un día de tomar Hilofan. El coronel Paquin izó ayer el águila en el palacio real de Hetshapsulis. Sólo Doctrinópolis sigue en manos

del enemigo. Le encargué la tarea de tomarla por su reputación, Gaunt. ¿Acaso me equivoqué?

—Y la tomaremos, general. No se equivocó al depositar en mí su confianza.

Se sucedió un lapso de tiempo a causa del desfase en la comunicación.

—¿Cuándo?

—Espero iniciar el asalto total a la capital al atardecer. Lo tendré informado de nuestros progresos.

—Ya veo, muy bien. Que el Emperador los proteja.

Los cuatro oficiales repitieron la fórmula coreándola a media voz mientras el holograma se desdibujaba.

—Maldito sea —murmuró Gaunt.

—Ese es su papel —coincidió el mayor Kleopas. Bajó uno de los asientos plegables de la pared del tractor y sentó en él su rotunda humanidad mientras se rascaba la cicatriz del implante de potenciación por el que habían reemplazado su ojo izquierdo. Herodas fue a traer cafeína para todos del hornillo que había junto a la escotilla trasera.

Gaunt se quitó la gorra con visera y galones, la puso sobre el borde de la pantalla cartográfica y guardó en su interior sus guantes de piel. Sabía perfectamente lo que quería decir Kleopas. Lugo era sangre nueva, uno de los recién acuñados generales que el Señor de la Guerra Macaroth había llevado consigo cuando sucedió a Slaydo y asumió el mando de la Cruzada de los Mundos de Sabbat hacía casi seis años siderales. Algunos, como el gran Urienz, habían demostrado que eran tan capaces como los favoritos de Slaydo a los que reemplazaron. En cambio otros habían resultado muy versados en la táctica de libro, con muchos años de campaña en las bibliotecas de guerra de Terra y ninguna experiencia en el frente. Gaunt sabía que el general Lugo deseaba desesperadamente ponerse a prueba. Había hecho una chapuza en su primer teatro, Oscillia IX, convirtiendo algo seguro en un desastre que duró veinte meses, y había rumores de que tenía pendiente una investigación después de sus ataques relámpago en las colmenas de Karkariad. Necesitaba un triunfo, una medalla victoriosa sobre su pecho, y los necesitaba pronto, antes de que Macaroth decidiese que era peso muerto.

La liberación de Hagia había estado a punto de ser encargada al Señor General Militar Bulledin, por eso Gaunt había aprobado de buen grado la participación de sus Fantasmas, pero en el último minuto, presumiblemente después de mucho trabajo entre bastidores de los fieles de Lugo, Macaroth lo había puesto a él en lugar de Bulledin. Se suponía que Hagia iba ser una victoria fácil, y Lugo la quería.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Szabo mientras aceptaba la taza que le ofrecía Herodas.

—Lo que se nos ordena —replicó Gaunt—. Tomar la Ciudadela. Voy a retirar a

mis hombres de la Ciudad Vieja y los Pardus la pueden tirar abajo. Nos despejarán el camino y a continuación tomaremos por asalto la Ciudadela.

—No es así como usted quiere que se haga ¿verdad? —preguntó Kleopas—. Todavía hay civiles en ese distrito.

—Es posible que los haya —concedió Gaunt—. Pero ya ha oído al general. Quiere que se tome Doctrinópolis en los próximos días, y si hay un retraso nos convertirá en chivos expiatorios. La guerra es la guerra, caballeros.

—Lo dispondré todo —dijo Kleopas con expresión ceñuda—. Las unidades blindadas Pardus rodarán por la Ciudad Vieja antes de media tarde.

Se oyó un ruido metálico en la escotilla exterior. Un soldado Tanith que estaba de guardia la abrió y habló con el que estaba fuera mientras la luz del día penetraba en la penumbra de la cámara de mando.

—¿Señor? —El soldado se dirigió a Gaunt.

Gaunt se dirigió a la escotilla y salió del enorme centro blindado del mando móvil. El tractor, un vehículo de metal blindado del tamaño de un granero montado sobre cuatro enormes orugas, había sido aparcado en una estrecha calle junto a la basílica donde ahora se estaba alojando a los refugiados de la ciudad. Gaunt pudo ver que ríos de ellos seguían saliendo del distrito de la Ciudad Vieja e iban entrando en el enorme edificio bajo la supervisión de soldados Fantasmas.

Milo lo estaba esperando, acompañado por una chica local vestida con una túnica color crema y cuatro distinguidos ancianos con túnicas largas de austera seda azul.

—¿Has preguntado por mí? —le preguntó Gaunt a Milo.

El joven Tanith asintió.

—Éstos son el ayatani Kilosh, el ayatani Gugai, el ayatani Hilias y el ayatani Winid —dijo, presentándole a los hombres.

—¿Ayatani? —preguntó Gaunt.

—Sacerdotes locales, señor, devotos de la Santa. Usted me pidió que averiguara…

—Ya recuerdo. Gracias, Milo. Caballeros, sin duda mi hombre les habrá comunicado las infaustas nuevas. Mis condolencias por la muerte de Infareem Infardus.

—Las aceptamos y agradecemos, guerrero —replicó el ayatani Kilosh, un hombre alto, totalmente afeitado salvo por una perilla gris, y de mirada inmensamente cansada.

—Soy el coronel-comisario Ibram Gaunt, comandante de los Primeros de Tanith y comandante general de las operaciones aquí, en Doctrinópolis. Es mi deseo que su gran rey, tan miserablemente asesinado por el archienemigo, reciba todos los honores que le son debidos.

—El muchacho ya nos lo ha explicado —dijo Kilosh. Gaunt se dio cuenta de la cara de disgusto de Milo al oír la palabra «muchacho»—. Apreciamos su esfuerzo y su

respeto por nuestras costumbres.

—Hagia es un mundo santo, padre. El honor de Santa Sabbat es uno de los principales motivos de nuestra cruzada. Recuperar el mundo en el que nació es mi preocupación principal. Al honrar sus costumbres no hago sino honrar al propio Dios-Emperador de la Humanidad.

—Que el Emperador lo proteja —dijeron los cuatro sacerdotes al unísono.

—¿Qué es lo que debe hacerse, entonces?

—Nuestro rey debe descansar en suelo consagrado —dijo Gugai.

—¿Y qué suelo puede considerarse consagrado?

—Hay varios lugares. El Santuario de la Santa es el más sagrado, pero aquí, en Doctrinópolis, la Ciudadela es el terreno más santo.

Gaunt escuchó las palabras de Kilosh y se volvió para mirar más allá de los tejados de la Ciudad Vieja hacia la meseta de la Ciudadela interior. Estaba envuelta en humo, la niebla residual de los intensos bombardeos de los morteros que se iba disipando en el viento azulado.

—Acabamos de hacer planes para recuperar la Ciudadela, padres. Es imperativo que lo hagamos. En cuanto el camino esté despejado les permitiré que celebren sus ritos y pongan a descansar en paz a su amado gobernante.

Los ayatani asintieron todos a una.

«Eso es —pensó Gaunt—. Acabo de decidirlo. Al infierno con los deseos de Lugo. Necesitamos recuperar la Ciudadela ahora.» Kleopas, Herodas y Szabo habían salido del tractor de la comandancia y Gaunt les indicó que se acercaran. También hizo una seña a su operador de radio.

—Vamos a tomar la Ciudadela —dijo Gaunt a los oficiales—. Preparen los blindados. Quiero que los bombardeos empiecen dentro de una hora. ¿Beltayn?

El operador de radio dio un paso adelante.

—Indique a las unidades Tanith de la Ciudad Vieja que se retiren. Ya está dada la orden. El asalto blindado empezará dentro de una hora.

El soldado Beltayn asintió, se sujetó la radio alrededor de la cadera, e introdujo los códigos de las órdenes que debía transmitir.



—¿Es ése tu jefe? —preguntó Sanian a Milo mientras esperaban a la sombra del tractor de la comandancia.

—Sí, lo es.

Ella estudió a Gaunt a conciencia.

—Es su camino —dijo.

—¿Qué?

—Su camino. Es su camino y le gusta. ¿Tú no tienes un camino, soldado Milo?

—Yo… no entiendo lo que quieres decir.

—Camino, para los esholi, es el sendero del destino, muchacho —explicó el ayatani Gugai apareciendo a la izquierda de Milo. Sanian inclinó la cabeza en señal de respeto y Milo se volvió hacia el anciano sacerdote.

Gugai era con mucho el más anciano de los cuatro sacerdotes que Sanian le había encontrado. Su piel se veía marchita y estaba surcada por multitud de profundas arrugas. Sus ojos oscuros estaban empañados y su cuerpo, debajo de la túnica azul, se veía contrahecho y encorvado por una vida que no sólo había sido larga sino también dura.

—Lo siento, padre… con todo respeto, sigo sin entender.

Gugai puso un gesto de fastidio al oír la respuesta de Milo y dirigió la mirada hacia Sanian que seguía con la cabeza baja.

—Explícaselo al ultramundano, esholi.

Sanian elevó la mirada hacia Milo y el anciano sacerdote. Milo quedó impresionado por la claridad sin par de sus ojos.

—En Hagia creemos que todo hombre y mujer nacido bajo la influencia del Emperador… —comenzó.

—Que el destino lo preserve, que las nueve heridas lo colmen de bendiciones —entonó Gugai.

Sanian volvió a inclinar la cabeza.

—Creemos que cada uno tiene un camino. Un destino predeterminado, un sendero que seguir. Unos nacen para ser jefes, otros para ser reyes, hay quienes deben ser pastores y quienes deben ser pobres.

—Ah, ya entiendo… —dijo Milo.

—¡No entiendes nada en absoluto! —dijo Gugai con desprecio—. Es nuestra creencia, la que nos legó la propia Santa, que cada uno tiene un destino, y tarde o temprano, Dios-Emperador mediante, ese destino se realizará y nuestro camino estará definido. Mi camino fue convertirme en miembro de los ayatani. El camino del comandante Gaunt, evidentemente, es ser guerrero y jefe de guerreros.

—Ésa es la razón por la cual los esholi estudiamos todas las disciplinas y escuelas de pensamiento —dijo Sanian—, para que cuando se nos presente nuestro camino estemos preparados, sea lo que sea lo que traiga consigo.

Milo empezaba a entender.

—¿De modo que tú todavía tienes que encontrar tu… camino? —le preguntó a Sanian.

—Sí, todavía soy una esholi.

Gugai acomodó sus viejos huesos sobre un cajón de munición vacío y suspiró.

—Santa Sabbat era de baja cuna, hija de un pastor de quelones en los altos prados de lo que ahora llamamos las Colinas Sagradas, pero ascendió, a pesar de sus antecedentes, y condujo a los ciudadanos del Imperio a grandes conquistas y a la redención.

Tras haber pasado la mayor parte de los seis últimos años en la Cruzada de los Mundos de Sabbat, Milo ya sabía eso. Seis mil años atrás, Santa Sabbat había salido de la pobreza en este mundo colonial para mandar a las fuerzas imperiales y conseguir una victoria en toda la galaxia, expulsando a las fuerzas del mal.

Había visto imágenes de ella, con la cabeza descubierta y tonsurada, vestida con una armadura Imperatur, decapitando a los demonios de la inmundicia con su espada luminosa.

Milo se dio cuenta de que la chica y el anciano sacerdote lo estaban mirando.

—No tengo ni idea de cuál es mi camino —dijo rápidamente—. Soy un superviviente, un músico… y un guerrero, al menos eso es lo que espero ser.

Gugai lo siguió mirando un instante más y luego sacudió la cabeza. Era de lo más extraño.

—No, un guerrero no. Simplemente un guerrero, no. Hay algo más.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Milo desarmado.

—Tu camino está a muchos años de aquí… —empezó a decir Gugai y se paró abruptamente.

—Lo encontrarás, cuando llegue el momento. —El anciano sacerdote se puso de pie y con andar rígido fue a reunirse con sus tres hermanos que estaban hablando tranquilamente en el pórtico elevado de la basílica.

—¿Qué demonios fue todo eso? —preguntó Milo enfadado volviéndose hacia la chica.

—¡El ayatani Gugai es uno de los ancianos de Doctrinópolis, un hombre santo! —respondió la chica poniéndose a la defensiva.

—¡Es un viejo loco! ¿Qué quiso decir con eso de que yo no era un guerrero? ¿Era algún tipo de profecía?

Sanian miró a Milo como si hubiera hecho la pregunta más tonta de todo el Imperio.

—Por supuesto que sí —dijo.

Milo estaba a punto de responder algo cuando su auricular sonó haciéndole llegar ruido de combate. Escuchó un momento y su rostro se ensombreció.

—Quédate aquí —le dijo a la estudiante antes de salir corriendo hacia Gaunt que estaba con los otros oficiales en la escalerilla trasera del tractor de mando. La luz del sol se filtraba entre los altos tejados del distrito de los templos y se concentraba en determinados puntos de la calle oscura. Los pájaros-rata, de plumaje gris y sucio,

revoloteaban entre los aleros y se posaban y gorjeaban en los canalones.

Al acercarse a Gaunt, Milo vio que el comandante Tanith estaba escuchando por sus auriculares.

—¿Ha oído eso, señor?

Gaunt asintió.

—Tienen al coronel Corbec, y Gol Kolea dirige un grupo de rescate.

—Ya lo oí.

—Interrumpa entonces la retirada. Detenga a las unidades blindadas.

—Imposible, soldado.

—¿Qué?

—Dije que es imposible.

—Pero… —comenzó Milo, aunque se calló al ver la expresión sombría y terrible de Gaunt.

—Milo… si hubiera una posibilidad de salvar a Corbec, detendría toda la maldita cruzada, pero si lo han cogido los infardi ya está muerto. El general quiere que este lugar sea tomado rápidamente. No puedo suspender un ataque por la remota esperanza de ver otra vez a Colm. Kolea y su grupo deben retirarse con los demás. Tomaremos la Ciudadela al anochecer.

A Milo le habría gustado decir muchas cosas. La mayor parte de ellas sobre Colm Corbec, pero la expresión del coronel-comisario Gaunt no daba pie a nada.

—Corbec está muerto. Así es la guerra y ésta la vamos a ganar en su nombre.



—Déle un NO por respuesta —dijo Kolea arrastrando las palabras.

—¿Señor? —El operador de radio Rafflan no daba crédito a sus oídos.

—¡Respóndale que no, maldita sea! ¡No vamos a retirarnos!

Rafflan se sentó en un rincón del ruinoso edificio de la Ciudad Vieja donde habían tomado posiciones. El soldado Domor y otros cuatro se acercaron a las ventanas rotas y apuntaron sus rifles láser. El viejo doctor Dorden, con su holgada bata negra y cargando su equipo médico fue el último en entrar en el edificio.

—Con todo respeto, señor, no puedo —dijo Rafflan—. El coronel dio una orden prioritaria, código Falchion, verificado. Debemos retirarnos ahora mismo de la Ciudad Vieja. El bombardeo empezará dentro de cuarenta y seis minutos.

—¡No! —le soltó Kolea. Los hombres se dieron la vuelta desde sus posiciones.

Dorden se acomodó junto a Kolea en la pendiente de yeso y escombros que había bajo la ventana.

—Gol… esto no me gusta más que a usted, pero Gaunt dio una orden.

—¿Usted nunca desobedece?

—¿Una orden de Gaunt? ¡Usted está de broma!

—¿Ni siquiera en Nacedon, cuando le ordenó abandonar aquel hospital de campaña?

—¡Por Feth! ¿Quién se ha ido de la lengua?

—Corbec me lo contó —respondió Kolea tras una pausa.

Dorden bajó la mirada y se pasó la mano por el pelo gris.

—Corbec ¿eh? Maldita sea…

—Si empiezan a bombardear nos alcanzará nuestra propia artillería —dijo el soldado Wheln.

—Se trata de Corbec —fue la sencilla respuesta de Dorden.

—No conteste —dijo Kolea alargando la mano y desenchufando los auriculares de Rafflan—. Simplemente no responda si eso lo hace sentir mejor. Esto es algo que tenemos que hacer. Usted nunca recibió esa orden.

Mkvenner y el sargento Haller les comunicaron que la calle estaba totalmente despejada. Estaban en las lindes del distrito de los Canteros.

—¿Y bien? —preguntó Dorden mirando a Kolea.

—¡Adelante! —respondió.



Dos horas después de que sonaran las campanadas de mediodía en la más de una docena de torres del distrito del Universitariat para ser repetidas por los relojes de la Ciudad Vieja e incluso más lejos, las unidades Pardus se pusieron en marcha.

Bajo el mando del coronel Furst que iba a bordo del Espada de Sombra, el legendario tanque superpesado Castigatus, una fuerza arrolladora de cincuenta Leman Russ Conquistador, treinta y ocho tanques de asedio Thunderer y diez Vanquishers tipo Stygies llegaron al límite sur de la Ciudad Vieja.

Durante veinte minutos las unidades Basilisk y las plataformas Earthshaker situadas en los pantanos que había al sur del perímetro de la ciudad lanzaron bombardeos de largo alcance hasta que los escuadrones de tanques llegaron a los límites del distrito de la Ciudad Vieja. Para entonces, una lluvia de fuego barría las calles desde el mercado de ganado al norte hasta la Empalizada Haemod llegando hasta la Milla del Infardi.

Los escuadrones de tanques se lanzaron al ataque, haciendo rugir sus cañones principales mientras avanzaban. Los Vanquisher y los Conquistadores seguían las

calles, haciendo retemblar la Milla como escarabajos implacables bajo una nube cada vez más densa de humo y polvo que no tardó en envolver toda la ciudad. Los imponentes tanques de asedio se abrían camino directamente por encima de bloques de edificios y antiguas torres con sus palas de derribo de las que caían en cascada ladrillos, sillares y tejas. El estruendo de las cadenas y los rugidos de los cañones de los tanques se convirtieron pronto en una especie de tamborileo que oían todos los ciudadanos y soldados en Doctrinópolis. Los Fantasmas se habían replegado a los suburbios situados al sur de la Ciudad Vieja, y los brevianos se habían retirado por completo del campo de batalla hacia el distrito Norte, por encima del Universitariat. Los operadores de radio comunicaron a los equipos tácticos que no se había registrado ningún contacto con el grupo del sargento Kolea.

La oleada de tanques se expandió a través de la Ciudad Vieja subiendo hasta la base de la Ciudadela. Veinte mil viviendas y comercios fueron quemados o arrasados por las bombas. La capilla de Kiodrus voló por los aires. Las cocinas públicas y los estudios de los iconógrafos desaparecieron bajo las orugas de los tanques. La Scholam de los ayatani y los edificios adjuntos de los esholi fueron destruidos y todos los escombros lanzados al río sagrado. Las piedras milenarias del Puente de Indehar Sholaan Sabbat fueron lanzadas a una altura de ciento cincuenta metros.

La unidad acorazada Pardus, dirigida por el coronel Furst y el mayor Kleopas, avanzaban inexorables. Era una de las mejores unidades acorazadas de este sector.

No se concedió la menor oportunidad a la Ciudad Vieja ni a nada, persona o cosa, que hubiera en su interior.



CUATRO

El coronel acorralado

Enciende un fuego en tu alma y otro entre tus manos, y deja que ambos sean tus armas. Porque uno es la fe y el otro es la victoria y ni uno ni otro pueden apagarse jamás.

Santa Sabbat,

Lecciones

La estancia se sacudió, las paredes y el suelo temblaron levemente y de las vigas se cayó el polvo acumulado. Los frascos en forma de cebolla llenos de agua entrechocaron en las estanterías.

Al principio nadie pareció notarlo, salvo el propio Corbec. Estaba tendido en el suelo y sintió que se movían las losas bajo las palmas de sus manos y las puntas de sus dedos.

Levantó la vista, pero ninguno de los infardi lo había notado. Estaban demasiado ocupados con Yael. El chico ya estaba muerto y Corbec dio las gracias por ello, aunque significaba que ahora sería su turno en el banco. Sin embargo, los infardi todavía estaban realizando su carnicería ritual, adornando el cadáver con símbolos innobles mientras musitaban textos perversos.

La habitación se sacudió otra vez. Las botellas tintinearon y volvió a caer polvo de lo alto.

A pesar de lo grave que era su situación, o quizás por eso, Colm Corbec sonrió.

Una sombra se cernió sobre él.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Pater Pecado.

—Se acerca la muerte —replicó Corbec lanzando al suelo un escupitajo de saliva ensangrentada.

—¿Y te alegras de ello? —La voz de Pecado era baja, casi ahogada. Corbec observó que los dientes metálicos de Pecado eran tan afilados que cortaban por dentro los propios labios de aquel bastardo.

—Es cierto que recibo a la muerte con alegría —dijo Corbec incorporándose levemente—. Por una parte me libera de vosotros, pero si sonrío es por que no viene a por mí.

La habitación se sacudió de nuevo. Pater Pecado lo sintió y miró en a su alrededor. Sus hombres dejaron lo que estaban haciendo. Con órdenes y gestos concisos, Pecado envió a tres de ellos a investigar.

Corbec no necesitaba que nadie le dijera lo que era. Había estado cerca de suficientes ataques motorizados en su vida como para reconocer las señales. El estampido de las bombas al caer, la vibración del entorno por el peso de los blindados…

Una sacudida más, y esta vez fue un estruendo lo bastante alto como para identificarlo claramente como una explosión. Los infardi empezaron a reunir sus armas. Pecado se dirigió a un hombre que llevaba una radio ligera e intercambió mensajes con otras unidades infardi.

Para entonces, las sacudidas y el ruido de las explosiones eran un ruido de fondo constante.

Pecado miró a Corbec.

—Ya esperaba esto, tarde o temprano. Crees que me ha cogido de sorpresa, pero

en realidad es precisamente lo que yo…

Hizo una pausa, como renuente a revelar secretos incluso a un viejo y medio muerto soldado de infantería.

Emitió varios sonidos guturales que Corbec interpretó como voces de mando en el código privado de combate de los infardi, y los hombres se dispusieron a salir en masa. Cuatro de ellos asieron a Corbec y lo arrastraron con ellos. Sintió un dolor lacerante en todo el torso, pero se mordió los labios.

Sus captores tiraban de él y lo empujaban por corredores sucios y patios abiertos detrás del cuartel general de los fusileros infardi. En el patio, la luz del sol le resultó a Corbec implacable y dolorosa, y el aire libre le trajo a los oídos con mayor claridad los sonidos del asalto imperial: el retumbar pesado de las explosiones, el silbido de las bombas, el traqueteo metálico de las orugas, el derrumbamiento de los edificios.

Corbec se encontró casi brincando, tratando de apoyarse en el pie en el que llevaba bota. Los infardi le pegaban, lo azuzaban y lo maldecían. Querían avanzar más rápido de lo que él podía. Además, sostenerlo con una mano significaba que a cada uno de ellos sólo le quedaba una mano libre para llevar la munición, el rifle y demás pertrechos.

Atravesaron el interior de un taller de cantero donde todo estaba cubierto de una capa de polvo de piedra blanco del espesor de un pulgar, antes de salir a través de unos postigos de madera a una calle empinada y empedrada con guijarros.

Más arriba, a apenas dos kilómetros de distancia, se divisaba la Ciudadela. Corbec nunca la había visto tan de cerca. Los riscos blanquecinos, cubiertos de musgo color malva y plumosos liqúenes, sobresalían por encima de la línea de tejados y torres formada por la Ciudad Vieja y los barrios de la colina oriental de Doctrinópolis, y soportaban los pilares y templos de sillería de los recintos reales de la ciudad santa. Los edificios monumentales se veían de color carne contra el azul del cielo. Los hombres de Pecado debían de haberlos llevado a él y a Yael bastante hacia el norte a través de la Ciudad Vieja.

Hacia el otro lado, la calle bajaba, a través de viviendas nuevas apiñadas y enormes talleres de cantería, hacia la planicie del río donde comenzaba la Ciudad Vieja. Por ese lado, el cielo era una niebla arremolinada de humo negro y gris. El fuego lamía los flancos de la ciudad. Corbec pudo ver serie tras serie de impactos de bombas que se expandían en ondas por las calles. Columnas de llamas, humo, tierra y mampostería saltaban por los aires.

Sus guardias volvieron a tirar de él para obligarle a subir la pendiente de la calle. La mayor parte de los otros infardi había desaparecido en el interior de los edificios circundantes.

Los fusileros lo apartaron de la calle metiéndolo, a través de una puerta de hierro forjado, en un patio a nivel donde había piedras y tejas apiladas listas para ser usadas.

A un lado, bajo un alero, había tres carretas de trabajo de fondo plano y algunas herramientas de cantero; al otro, un par de servidores de un modelo antiguo que habían sido desactivados.

Los hombres metieron a Corbec a empellones en una de las carretas. Pater Pecado volvió a aparecer con otros ocho hombres por una puerta interior y atravesó el patio. Intercambiaron algunas palabras.

Corbec esperó. Cerca de él había herramientas de cantero: cuatro azuelas grandes, un mazo desgastado, algunos escoplos, una paleta con borde de diamante. Hasta los artículos más pequeños eran demasiado grandes como para esconderlos.

Un zumbido sibilante sacudió el patio al pasar una bomba por encima. Fue a explotar en el edificio colindante con un rugido que les sacudió hasta los huesos lanzando sobre ellos un montón de cascotes envueltos en humo. Corbec apretó la cabeza contra los sacos y al hacerlo notó algo duro debajo.

Lo encontró entre las bolsas: algo pesado, pequeño, del tamaño del puño de un niño o de una ciruela madura, con un cordel enrollado alrededor. Era una plomada de cantero, una dura pesa de plomo en el extremo de cuatro metros de cuerda de plata seda trenzada. Tratando de que no lo vieran, la extrajo del saco y se la enrolló en la mano.

Pater Pecado dio órdenes a gritos a sus hombres y a continuación activó su escudo corporal, desapareciendo de la vista. Corbec vio cómo su forma desvaída vacilaba entre las nubes de polvo levantadas por la detonación de la bomba y abandonaba el patio por el otro extremo, acompañada por todos sus hombres excepto tres de ellos.

Estos se acercaron hacia él.

Una salva de disparos de tanque cayó sobre la calle alrededor de ellos con una fuerza y un ruido descomunales. Fue una suerte que ninguno cayera en el patio, ya que de ser así, todos hubieran quedado hechos papilla. Lo cierto es que la onda expansiva derribó a los tres infardi que habían quedado. Corbec, que tenía mejor oído que los adeptos para los tiempos y las distancias entre bomba y bomba, se había puesto a cubierto al primer silbido que anunciaba su llegada.

Se puso en pie de un salto. Uno de los infardi ya se estaba levantando como atontado, moviendo su rifle láser para cubrir al prisionero.

Corbec volteó la plomada rápidamente, dejando que la pieza de plomo saliese despedida al tercer giro. Golpeó en la mejilla izquierda del infardi produciendo un crujido satisfactorio que lo hizo caer de espaldas en el suelo.

De nuevo Corbec hizo que la plomada girara por encima de su cabeza en toda su extensión. Ya había acumulado fuerza suficiente cuando el segundo de sus captores se puso de pie, de modo que se enrolló con fuerza alrededor de su garganta.

Ahogándose, el adepto cayó mientras trataba de quitarse la cuerda dura y tensa del cuello.

Corbec se apoderó de su rifle láser, se dejó rodar con él y disparó un par de veces cuando el primer infardi se levantó otra vez disparando. El golpe de la plomada le había hecho una magulladura en el pómulo, y los disparos de Corbec le atravesaron el pecho y lo derribaron.

Sujetando su arma, Corbec se puso de pie. En las inmediaciones volvieron a caer más bombas. El coronel atravesó de un disparo la cabeza del infardi que seguía tratando de liberarse de la cuerda.

El tercero estaba boca abajo, muerto. La explosión había hecho que se le clavara un trozo de teja en el cráneo.

El atronador ruido de los tanques se acercaba. No había tiempo para recuperar la munición de los cadáveres ni para conseguir una bota de repuesto. Corbec pensó que podría rodear el lateral de la meseta de la Ciudadela y tal vez conservar la vida. Eso era, sin duda, lo que estaban intentando los infardi.

Pasó por las puertas del otro extremo del patio, en la dirección en que había salido Pecado. Seguía andando a la pata coja ya que se le clavaban trozos de escombros en la planta del pie descalzo. Pasó por una galería cubierta cuyas ventanas y persianas habían caído hacia adentro por la fuerza de las explosiones. De ahí pasó a una nave donde había almacenados andamios de hierro cerca de una rampa de carga.

Entre el ruido de las explosiones, oyó voces. Corbec se agachó y miró a través del área de carga. Las altas puertas exteriores, viejas y de madera, habían sido abiertas con una palanca y había dos camiones de carga de cuatro ejes estacionados contra ellas. Una docena aproximadamente de infardi estaban cargando objetos envueltos en lonas y cajones de madera en la parte trasera de los vehículos.

Ni rastro de Pater Pecado.

Corbec comprobó la carga que le quedaba a su arma. Más de tres cuartas partes.

Suficiente como para hacerles llegar un mensaje.



Las calles en llamas estaban llenas de actividad. Humanos, pobladores locales que huían de sus hogares devastados y escondites, con bultos de pertenencias y conduciendo delante de sí a animales escuálidos y asustados.

Y bichos… torrentes de bichos… que huían del infierno y recorrían las calles de la Ciudad Vieja colina abajo, hacia el río.

El equipo de Kolea iba contra corriente.

Corrían colina arriba, con la cara cubierta de mascarillas recirculadoras del aire para no respirar el humo abrasador, tratando de apartarse del frente del ejército

blindado pero encaminándose hacia el distrito de los Canteros.

De vez en cuando caía una bomba tan cerca que la onda expansiva los lanzaba al suelo. Edificios en llamas se derrumbaban cortándoles el paso. En algunos lugares tenían que abrirse camino entre torrentes vivos de roedores pisando con sus gruesas botas los cuerpos de los animales que se debatían.

Los ocho Fantasmas atravesaron otro cruce de calles. La ceniza se arremolinaba en el aire y se refugiaron en una talabartería que había sido destripada por las bombas, apenas unas ruinas vacías.

Dorden se quitó la mascarilla y empezó a toser. A su lado, el soldado Mkvenner se puso de lado y trató de arrancar un trozo de vidrio caliente que tenía clavado en el muslo.

—Déjame ver —tosió Dorden. Usó las pinzas de su botiquín para sacar la astilla y lavó el profundo corte con un antiséptico en aerosol.

Dorden se recostó y se enjugó la frente.

—Gracias, doctor —susurró Mkvenner—. ¿Está usted bien?

Dorden respondió con una inclinación de cabeza. Estaba medio asado, agotado, ahogado. No podía respirar bien. El calor que despedían los edificios incendiados de los alrededores era como un horno.

Kolea y el sargento Haller se asomaron por una puerta derribada que había en el otro extremo.

—Por ahí está despejado —musitó Kolea, haciendo un gesto de indicación.

—Por ahora —concedió Haller. Hizo una señal a los soldados Garond y Cuu y los envió para asegurar los locales contiguos.

Dorden observó que Haller, siendo como era un recluta verghastita y veterano del regimiento de Vervun Primario, prefería a los soldados de su mundo: Garond y Cuu, ambos verghastitas.

Haller era un alma cautelosa. Dorden tenía la sensación de que el sargento a veces tenía demasiado respeto por los heroicos Tanith como para darles órdenes.

El viejo médico miró a los demás miembros del pelotón: Mkvenner, Wheln, Domor y Rafflan, los otros hombres Tanith. Harjeon era el único verghastita que quedaba, un hombre pequeño, rubio, con un bigote fino, que estaba encogido en un rincón protegido del local.

Dorden creyó reconocer una jerarquía. Kolea estaba al mando y era un héroe de guerra al que nadie cuestionaba. Haller, un ex militar de la Colmena, lo mismo que Garond. Cuu… bueno, como ex pandillero de los niveles más bajos de la Colmena, tenía su propia ley, pero nadie ponía en duda su valor ni su capacidad para luchar.

Harjeon… un ex civil. Dorden no sabía con certeza a qué se había dedicado antes de pertenecer a la guardia. ¿Habría sido sastre, o maestro? Sin duda el oficio con menor puntuación.

Dorden sabía que si llegaban a salir vivos de esto, tendría que hablar con Gaunt sobre la eliminación de los prejuicios que los recién llegados traían consigo.

Al final de la calle cayeron unas bombas con fuerza volcánica y recibieron una lluvia de escombros.

—¡Moveos! —gritó Haller saliendo en pos de Cuu y Garond. Kolea esperó, haciendo señas a Harjeon y a los Tanith de que pasaran delante.

Dorden llegó hasta la puerta y miró a Kolea mientras se ajustaba la máscara recirculadora.

—La verdad es que deberíamos volver… —empezó.

—¿Volver a dónde, doctor? —preguntó Kolea indicando con un gesto el infierno en que se había convertido la Ciudad Vieja que tenían a sus espaldas.

—Me temo que no tenemos opción —añadió—. Para seguir vivos no tenemos más remedio que ir por delante de las bombas, y de paso que lo hacemos, podemos ver si encontramos a Corbec.

Atravesaron corriendo un muro de calor hasta las siguientes ruinas. Dorden vio que la piel desnuda de las muñecas y los antebrazos se le ampollaba bajo el aire abrasador.

Entraron como un rayo en el edificio contiguo. Estaba curiosamente intacto y el interior les ofreció una frescura muy de agradecer. Desde la ventana, el médico observó las bombas que ya caían muy cercanas. El edificio que estaba al otro lado de la calle dio la impresión de moverse de lado antes de desplomarse.

—Anduvo cerca ¿eh, Tanith?

Dorden miró en derredor y se encontró con la mirada del soldado Cuu.

El soldado Cuu, Lijah Cuu. A estas alturas ya era una especie de leyenda dentro del regimiento. Poco menos de dos metros de altura, delgado, musculoso, enjuto, con una cara casi imposible. Así lo había descrito Corbec.

Cuu había sido pandillero en la Colmena Vervun antes de la guerra. Había quienes decían que había matado más hombres en enfrentamientos entre bandas rivales que en la guerra. Estaba profusamente tatuado y vendía su habilidad con la tinta y la aguja a los verghastitas que sabían apreciarla. Su cara estaba surcada de arriba abajo por una cicatriz.

El soldado Cuu llamaba Tanith a todo el mundo, como si fuera un insulto burlón.

—Lo bastante cerca para mí —dijo Dorden.

Cuu se volvió y comprobó su rifle láser. Dorden pensó que sus movimientos eran felinos y rápidos. «Un gato, eso es lo que es.» Un gato callejero, desgreñado y lleno de cicatrices. Hasta sus fríos ojos verdes eran gatunos. Dorden había pasado los últimos años en compañía de hombres excepcionalmente peligrosos. Rawne, esa víbora implacable… Feygor, un asesino desalmado… pero Cuu…

Si alguna vez se había encontrado con un sociópata de libro, era éste. El hombre

había hecho de las peleas entre bandas y los acuchillamientos su vida mucho antes de que llegara la cruzada para legitimar su talento. El solo hecho de estar cerca de Cuu, con sus vividos tatuajes pandilleros y sus ojos fríos, sin vida, hacía que Dorden se sintiera incómodo.

—¿Qué pasa doctor? ¿No tiene estómago para esto? —le dijo con una risita advirtiendo la intranquilidad de Dorden—. ¿No habría sido mejor quedarse en su cómodo puesto de primeros auxilios?

—Indudablemente —respondió el médico y se desplazó hasta colocarse entre Rafflan y Domor.

El soldado Domor había perdido los ojos en Epsilon Menazoide, y los cirujanos potenciadores le habían reconstruido la cara en tomo a un par de sensores ópticos de calibre militar. Los hombres de Tanith lo llamaban «Shoggy», por el anfibio de ojos saltones con el que le encontraban parecido.

Dorden conocía bien a Domor y lo consideraba un amigo. Sabía que sus implantes podían detectar el calor y el movimiento a través de muros de piedra y fachadas de ladrillo.

—¿Ves mucho?

—Todo está vacío por delante —respondió Domor mientras los anillos de enfoque de sus implantes producían su ruido característico al enfocarse automáticamente—. Kolea debería ponernos a mí y a Mkvenner al frente.

Dorden asintió. Mkvenner pertenecía a la élite de los exploradores de Tanith, formados por el propio Mkoll. Entre sus sentidos y los implantes de Domor podrían avanzar con mucha más confianza.

Dorden decidió hablar con Kolea y Haller al respecto y avanzó hacia donde estaban el corpulento minero y la figura delgada de Haller que todavía usaba el casco claveteado de Vervun Primario como parte de su uniforme de batalla.

Una onda expansiva lo arrojó contra la pared opuesta. El yeso se desprendió y cayó al golpear él contra el muro.

Durante un efímero y apacible segundo, vio a su esposa y a su hija desaparecidas hacía tiempo con el propio planeta Tanith, y a su hijo Mikal, muerto recientemente en Verghast, muy lejos de allí…

Mikal sonreía, y soltándose del abrazo de su madre y su hermana se acercó a su padre.

—Sabbat Mártir —dijo.

—¿Qué? —preguntó Dorden. Tenía la boca y la nariz llenas de sangre y no podía hablar con claridad. La alegría y el dolor de ver otra vez a su hijo lo hacían llorar.

—¿Q… q… qué has dicho?

—Sabbat Mártir. No te mueras, padre. No te ha llegado la hora.

—Mikal, yo…

—¡Doctor! ¡Doctor!

Dorden abrió los ojos. El dolor atravesó todo su cuerpo. No veía nada.

—¡Por Feth! —gorgoteó. Tenía la boca llena de sangre.

Unas manos ásperas le arrancaron la máscara y oyó que un líquido caía sobre los escombros. Parpadeó.

Los rostros ansiosos de Wheln y Haller estaban inclinados sobre él.

—¿Q… q… qué? —logró articular.

—¡Pensamos que estaba muerto! —gritó Wheln.

Le ayudaron a incorporarse. Dorden se pasó la mano por la cara y la retiró llena de sangre. Se tanteó el rostro y se dio cuenta de que de su nariz salia sangre a chorros. La hemorragia nasal había llenado su mascarilla hasta los ojos.

—¡Por Feth! —repitió, levantándose. La cabeza le daba vueltas y volvió a sentarse.

—¿A quiénes perdimos? —preguntó.

—A nadie —respondió Haller.

Dorden miró a su alrededor. La bomba se había llevado la pared oeste del edificio, pero todos sus camaradas estaban intactos: Kolea, Cuu, Garond, Rafflan, Mkvenner, Harjeon.

—Hemos tenido suerte —dijo Cuu con una risita.

Con ayuda de Wheln y Haller, Dorden se puso de pie. Se sentía como si le hubieran arrancado el espíritu.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Kolea.

Dorden escupió sangre coagulada y se limpió la cara.

—De maravilla —dijo—. Si vamos a irnos, vamos ya ¿de acuerdo?

Kolea asintió e indicó a los hombres que se pusieran de pie.

Los bombardeos estaban castigando ambos lados de la calle y la lluvia de proyectiles la convertía en un infierno. Detrás de la casa se encontraron con que una bomba había abierto un curso de agua canalizado que corría por debajo de la calle.

Kolea y Mkvenner se introdujeron en él. El agua salobre, tal vez un antiguo afluente del río sagrado, se arremolinaba en torno a sus botas.

Dorden los siguió. Aquí se estaba más fresco y parecía que el agua corriente barría la espesa humareda.

—Vamos a seguir el curso —sugirió Kolea. Nadie se opuso.

Formando una línea apretada, los siete Fantasmas avanzaban corriente arriba a través del fuego.

No habían recorrido más de cien metros cuando el soldado Cuu levantó la mano de repente. En los nudillos tenía tatuados una calavera y unas tibias cruzadas.

—¿Oyen eso? —preguntó—. Fuego de láser.

* * *

Los disparos de Corbec atravesaron la zona de carga. Dos infardi fueron derribados del lateral de uno de los camiones. Otro dejó caer el cajón que transportaba antes de morder el polvo.

Empezaron a devolverle los disparos casi de inmediato, sacando sus pistolas y echando mano de los rifles láser apoyados contra la pared. Los destellos de láser y los sibilantes disparos martilleaban el andamio en torno a Corbec.

El coronel no se inmutó. Derribando de una patada una pila de andamios, recorrió la pared lateral de la zona de carga en toda su extensión, disparando desde la cadera. Otro infardi se llevó la mano a la garganta, cayó de espalda y se deslizó desde la caja de uno de los camiones.

Una bala alcanzó a Corbec en el tríceps y un disparo de láser le arrancó el bolsillo del muslo de sus pantalones de faena.

De un salto se puso a cubierto tras un pilar de la galería.

Todo había quedado demasiado silencioso. El humo de los disparos y el olor a cobre del láser llenaban el aire.

Corbec permanecía quieto, tratando de recuperar el ritmo de su respiración. Los podía oír moviéndose alrededor.

Un infardi salió de detrás de la columna y Corbec le descerrajó un tiro en la cara. Un torrente de disparos cayó a su alrededor y el Tanith empezó a avanzar a gatas por la galería de piedra. Por encima de él los proyectiles y el láser arrancaban astillas a los paneles de madera de las paredes.

A su izquierda había una puerta. La atravesó dejándose rodar y se puso de pie. Le temblaban las manos y el pecho le dolía tanto que casi no podía pensar.

La habitación en que se encontró era una especie de oficina con estantes llenos de libros y un gran escritorio repleto de clasificadores. El suelo estaba cubierto de hojas de papel, algunas de las cuales flotaban con la brisa que entraba por la pequeña ventana rota que había en la parte alta de la pared del fondo.

No había salida. La ventana tenía apenas tamaño suficiente como para que Corbec pudiera pasar el brazo por ella.

—Maldita sea —se dijo para sí pasándose una mano por la hirsuta barba. Se parapetó detrás del pesado escritorio y apoyó el cañón de su arma sobre el mismo, apuntando hacia la puerta.

Ahora el cargador de su rifle apenas tenía un cuarto de su carga. Era un rifle viejo, de fabricación imperial, con una pieza de metal en forma de ele soldada en el lugar de la culata original. La culata improvisada se le clavaba en el cuello, pero apuntó lo mejor que pudo, recordando todo lo que le había enseñado Larkin sobre el arte del

francotirador.

Una figura cubierta de seda verde pasó como un rayo por la puerta, demasiado rápido como para que Corbec pudiera alcanzarla. El disparo perdido fue a dar en la pared opuesta. Otro entró por la puerta disparando en automático con una metralleta de pequeño calibre. Los disparos pasaron por encima de la cabeza de Corbec y destrozaron una estantería. Corbec disparó una sola vez al pecho del infardi y lo derribó de espaldas fuera de su vista.

—¡No sabéis con quién os habéis metido, bastardos! —gritó—. ¡Deberíais haber acabado conmigo cuando tuvisteis ocasión! ¡Voy a arrancarle la cabeza a todo el que entre por esa puerta!

«Sólo espero que no tengáis granadas» pensó.

Otro infardi entró agachado, disparó dos veces con su rifle láser y salió de un salto. No fue lo bastante rápido. El disparo de Corbec no lo mató, pero le dio en un brazo. Pudo oír sus quejidos en la galería.

Entonces asomó un láser por la puerta disparando a ciegas. Dos disparos dieron contra el escritorio con fuerza suficiente como para que éste retrocediera hacia él. Disparó a su vez y el rifle desapareció.

Le llegó un olor. Un intenso olor químico.

Promethium líquido.

Ahí fuera tenían un lanzallamas.



Gol Kolea hizo tres rápidas señales con los dedos.

Mkvenner, Harjeon y Haller salieron disparados hacia la izquierda, hacia el taller del cantero. Domor, Rafflan y Garond corrieron hacia la derecha, dando un rodeo hacia la entrada de la zona de carga que daba al estrecho callejón. Cuu avanzó de frente, saltó a un depósito de agua pluvial y de allí subió al techo empinado.

Con Dorden pisándole los talones, Kolea avanzó tras ellos. El tableteo de los láser y las balas se oía perfectamente dentro de los edificios por encima del rugido de los tanques que avanzaban colina abajo detrás de ellos.

Domor, Rafflan y Garond llegaron corriendo a las puertas de carga, disparando ráfagas cortas. Dieron con media docena de infardi que se volvieron llenos de estupor para enfrentarse a su muerte.

Mkvenner, Harjeon y Haller derribaron hacia dentro a patadas las grandes ventanas emplomadas y dispararon al interior de la zona de carga, cortando el paso a tres infardi que acudían alertados por los disparos repentinos.

Cuu rompió una claraboya y empezó a liquidar a los enemigos que había abajo.

Kolea entró por una puerta lateral y disparó dos veces para acabar con un infardi que trataba de huir por ese lado.

Dorden observaba con admiración el trabajo de los Fantasmas. Era un despliegue sorprendente de tácticas de precisión, exactamente el trabajo por el que eran famosos los Primeros de Tanith.

Sorprendido desde diversos ángulos al mismo tiempo, el enemigo fue presa del pánico al comprobar sus bajas.

Uno de los camiones cobró vida de repente y sus pesadas ruedas empezaron a girar cuando se puso en marcha para salir a toda velocidad de la zona de carga. Domor y Rafflan estaban en su camino, pero ni se movieron ni dejaron de disparar sus rifles láser desde la altura del hombro hacia la cabina del vehículo. Garond, que estaba a un lado, acribilló el vehículo a su paso.

Con el metal de la carrocería lleno de perforaciones y las ventanillas hechas trizas, el camión viró sin rumbo y fue a dar contra un contenedor que esperaba a ser cargado, tras aplastar los cuerpos de dos infardi muertos produciendo un crujido nauseabundo.

En el último minuto, Rafflan y Domor se hicieron a un lado. El camión salió disparado a través del callejón y chocó frontalmente contra la pared de enfrente en la que produjo un tremendo boquete.

Raflan y Domor entraron en la zona de carga reuniéndose con Garond y luego con Kolea y Dorden. Los soldados formaron un grupo compacto y por seguridad empezaron a disparar hacia las esquinas donde el humo de los disparos dificultaba la visión.

Dorden sintió que su pulso se aceleraba. Se sentía expuesto y más aún se sentía regocijado. Formar parte de esto. Matar era horrible y la guerra una pérdida tremenda, pero la gloria y el valor… eso era otra cosa. Era un placer tan intenso y tan fundamentalmente unido a los horrores que él abominaba que se sentía culpable por disfrutar de ellos. En momentos como éste entendía por qué la especie humana hacía guerras y por qué honraba a sus guerreros por encima de todos los demás. En momentos como éste podía entender al propio Gaunt. Ver a hombres tan bien entrenados como el pelotón de Kolea vencer a una fuerza mucho mayor con disciplina, pericia y valor…

—Comprobad el otro vehículo —dijo Kolea, y Rafflan se apartó del grupo para hacerlo. Domor se adelantó y cubrió la esquina que daba acceso a un pasaje más corto.

—¡Lanzallamas! —gritó saltando hacia atrás. Un momento después la boca del pasaje empezó a escupir fuego de láser.

Kolea empujó a Dorden para que se pusiera a cubierto y conectó su

intercomunicador.

—¿Haller?

—¡Dentro, señor! Vamos a su encuentro desde el este. Ligera resistencia —desde la zona de carga todos podían oír el fuego cruzado.

—Con cuidado, hay un lanzallamas.

—Entendido.

—Puedo cargármelo, totalmente seguro —llegó la voz de Cuu.

—Hazlo —le ordenó Kolea.

El soldado Cuu avanzó a través del tejado del taller e introdujo su cuerpo delgado por una brecha que había entre unas celosías rotas. Ahora podía ver al infardi del lanzallamas, encogido en una galería, en la puerta de una especie de oficina con otros dos fusileros.

Hasta Cuu llegaba el olor dulzón del promethium.

A treinta metros de distancia disparó su láser y atravesó el cerebro del operador del lanzallamas acabando a continuación con los otros dos que se pusieron de pie sorprendidos.

—¡Despejado! —informó con júbilo y siguió avanzando.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz áspera desde la oficina.

—¿Es usted, coronel?

—¿Quién es? ¿Lillo?

—No, soy Cuu.

—¿Está despejado?

—Totalmente.

Cautelosamente, Corbec salió cojeando por la puerta con el arma preparada y mirando a su alrededor.

—Vaya, está hecho una pena, Tanith —dijo Cuu sonriendo. Conectó su intercomunicador.

—Acabo de encontrar al coronel Corbec. ¿Cuál es la recompensa?



—Eso servirá hasta que lleguemos a un puesto médico —dijo Dorden mientras colocaba un vendaje ajustado en el pecho de Corbec.

—Ya puede olvidarse de la guerra, coronel. Esto lo tendrá en cama dos buenas semanas.

Agotado y quebrantado por el dolor, Corbec se limitó a asentir. Estaban sentados sobre unos cajones en la zona de carga mientras los demás Fantasmas se reagrupaban.

Cuu y Wheln estaban examinando los cadáveres.

—¿Encontrasteis a Pecado? —preguntó Corbec.

—Hemos contado veintidós muertos —respondió Kolea negando con la cabeza—. Ni rastro de Pecado, al menos de nadie que coincida con su descripción.

Afuera, el trémulo ruido de las unidades blindadas se iba acercando.

—¿Qué hace Gaunt mandando a la infantería por delante de los tanques? —preguntó Corbec.

Kolea no respondió y Rafflan miró hacia otra parte, incómodo.

—¿Sargento?

—Esto no es oficial. —Dorden respondió por Kolea—. Hemos venido en su busca.

Corbec sacudió la cabeza.

—¿Contraviniendo órdenes?

—Los blindados Pardus están convirtiendo la Ciudad Vieja en una antorcha. El asalto a la Ciudadela ya ha empezado. El comisario ordenó el regreso de todos los grupos de infantería.

—¿Pero ustedes vinieron por mí? ¡Por Feth! ¿Fue esto idea suya, Kolea?

—Fue idea de todos —dijo Dorden.

—Creía que usted tenía más sentido común, doctor —gruñó Corbec—. Ayúdeme a ponerme de pie.

Dorden permitió que Corbec se apoyara en él mientras avanzaba arrastrando los pies hacia las puertas de la zona de carga.

El coronel echó una larga mirada, colina abajo, a la pesadilla de fuego y destrucción que avanzaba hacia ellos.

—Si nos quedamos aquí somos hombres muertos —dijo Corbec con expresión sombría.

—Sin duda —dijo Mkvenner—. Creo que deberíamos usar ese camión y pasar por encima de la colina alejándonos del asalto.

—¡Ése es territorio infardi! —exclamó Garond.

—Sí, pero creo que por ahí tendremos más posibilidades. Yo diría que a estas alturas deben estar replegándose.

—¿Qué es lo que pasa, coronel? —preguntó Dorden al ver la expresión de Corbec.

—Pater Pecado —dijo—. No lo entiendo. Pensábamos que estaba arriba, en la capital. No entiendo por qué estaba aquí abajo, en la Ciudad Vieja.

—¿Conduciendo a sus hombres? ¿Implicándose directamente, como Gaunt?

—Había algo más —replicó Corbec sacudiendo la cabeza—. Casi me lo dijo.

Haller se metió en la cabina del camión y lo puso en marcha. Detrás, Harjeon había abierto uno de los cajones.

—¿Qué es esto? —exclamó.

El cajón estaba lleno de iconos y estatuillas sagradas, breviarios y relicarios. Los

hombres abrieron los otros cajones y se encontraron con que el contenido era similar.

—¿De dónde sale todo esto? —preguntó Rafflan.

Kolea se encogió de hombros.

—De los santuarios de la Ciudadela. Los deben de haber saqueado. —Corbec examinó uno de los cajones abiertos.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué llevarse todo esto? ¿Por qué no destruirlo simplemente? Para ellos no es sagrado ¿verdad?

—Ya lo averiguaremos más adelante.

Los Fantasmas subieron a la trasera del camión, Haller se puso al volante y Wheln se montó a su lado con su arma.

Salieron de la destrozada zona de carga al callejón, evitaron los restos del otro camión y salieron a toda velocidad colina arriba.



Poco después de las seis, una brigada de Centenarios Brevianos al mando del mayor Szabo subió por la calzada elevada y entró en la Ciudadela. No encontraron resistencia. El asalto arrollador de las fuerzas blindadas había conseguido quebrar el dominio infardi de Doctrinópolis. Dieciséis kilómetros cuadrados de la ciudad, las zonas de la Ciudad Vieja que flanqueaban la meseta noble, estaban incendiadas y asoladas. Los exploradores, en sus reconocimientos, estimaban que el reducido número de infardi que habían conseguido reagruparse habían huido hacia el norte, fuera de la ciudad, al abrigo de las selvas pluviales del interior.

A todas luces una victoria, pensó Gaunt cuando recibió los primeros partes de Szabo a través de su operador de radio. Habían tomado Doctrinópolis y habían expulsado al enemigo. Todavía quedaban núcleos de resistencia, por ejemplo, un enfrentamiento infernal en los suburbios occidentales, y tal vez tardaran meses en expulsar a los infardi que se habían hecho fuertes en las afueras de la ciudad. Pero era una victoria. El general Lugo quedaría complacido, o al menos satisfecho. En breve, los hombres de Szabo izarían el pabellón imperial en la Ciudadela y bajo el águila flameante volverían a hacer suya la ciudad. Hagia volvía a pertenecerles. Un mundo liberado.

Gaunt descendió del tractor de comandancia y recorrió a solas la calle. Estaba de mal humor. Había habido poca gloria en este campo de batalla. Sus hombres se habían desenvuelto bien, por supuesto, y se alegraba de ver a los Tanith trabajando con confianza y eficiencia junto a los verghastitas recién integrados.

Pero no había sido de la forma que le hubiera gustado. Tal vez le habría costado

más tiempo y más bajas, pero estaba resentido por el hecho de que Lugo no le hubiese dejado despejar la Ciudad Vieja y hacer un trabajo limpio. Los Pardus eran soldados ejemplares y habían conseguido el objetivo, pero la ciudad había sufrido innecesariamente.

Estuvo solo durante un rato en la explanada de oración observando las banderas y cometas votivas que bailaban agitadas por el viento. La explanada estaba cubierta de trozos de cristales emplomados arrancados cuando los proyectiles de los tanques dejaron en ruinas un santuario cercano.

Éste era el mundo de los santos beatos, el mundo de Santa Sabbat. Él lo habría tomado sin destruirlo por respeto a la Santa en lugar de devastarlo para aplastar al enemigo.

El cielo del atardecer estaba cargado de un humo oscuro. Gracias a Lugo y a su sed de victoria, habían arrasado un tercio de uno de los lugares más santos del Imperio. Se dio cuenta de que lo lamentaría toda su vida. Si Lugo lo hubiera dejado hacer habría liberado Doctrinópolis sin derruirla.

Macaroth se iba a enterar de esto.

Gaunt entró en el frío silencio del santuario en ruinas y se quitó la gorra antes de avanzar por la nave del templo. Los trozos de cristal crujían bajo sus botas a cada paso. Llegó hasta el altar y se arrodilló.

—¡Sabbat Mártir!

Gaunt se sobresaltó y se volvió a mirar. El susurro había sonado justo detrás de él, a su oído.

No había nadie a la vista.

Imaginaciones suyas…

Puso rodilla en tierra. Quería hacer las paces con la Santa en este lugar sagrado, ver si podía hacer algo por enmendar la forma excesiva en que habían expulsado al infiel.

Pero tenía la boca seca. Las palabras del catecismo imperial se negaban a salir. Trató de relajarse y buscó en su mente las palabras del Trono de Gracia que le habían enseñado cuando niño en la Schola Progenium del cardenal Ignatius.

Hasta esa plegaria simple, elemental, se negaba a salir.

Gaunt despejó su garganta. El viento gemía en las ventanas rotas.

Inclinó la cabeza y…

—¡Sabbat Mártir!

Otra vez el susurro, justo junto a él. Se puso de pie de un salto sacando su pistola bolter y sosteniéndola con el brazo extendido.

—¿Quién está ahí? ¡Salga! ¡Déjese ver!

Nada se movió. Gaunt apuntó su arma alternativamente a izquierda y derecha, otra vez a izquierda.

Lentamente volvió a deslizar la pesada arma de mano en su funda de cuero. Se volvió hacia el altar y otra vez se arrodilló, dejó escapar un largo suspiro y de nuevo trató de orar.

—¡Señor! ¡Comisario! ¡Señor!

El operador de radio Beltayn entró corriendo frenéticamente por las puertas del templo, la radio resbaló de su hombro y quedó colgando de su correaje golpeándose contra las losas del suelo.

—¡Señor!

—¿Qué pasa, Beltayn?

—¡Tiene que oír esto, señor! ¡Es algo disparatado!

Disparatado. Ésa era la palabra favorita de Beltayn, siempre la usaba como una obra maestra de la subestimación.

¡Que los orkos invasores los habían matado a todos! ¡Algo disparatado!… Todo había sido disparatado desde la aparición de los genestealers!…

—¿Qué pasa?

Beltayn le pasó el auricular a su comandante.

—¡Escuche!



Los brevianos del mayor Szabo penetraron en la Ciudadela, desplegándose, con las armas preparadas. Los imponentes santuarios estaban silenciosos y vacíos, con la piedra rosada fulgurante a la luz del poniente.

Al pasar de la luz del sol a las sombras sesgadas de las pilastras del templo, Szabo sintió un escalofrío, tan intenso como el más gélido de los vientos que había sufrido en las guerras invernales de Aex Once.

Los hombres habían hablado con libertad y se habían sentido seguros mientras subían la colina de la Ciudadela. Ahora sus voces se habían extinguido, como si se las hubiera robado el silencio de estas tumbas antiguas y estos templos vacíos.

Szabo cayó en la cuenta de que no había nada, ni sacerdotes, ni infardi, ni cadáveres, ni siquiera un poco de basura ni una señal de daño.

Con unas escuetas señales indicó a los brevianos que se desplegasen. Los grupos de ataque, con sus uniformes de faena color mostaza y sus armaduras corporales, avanzaron ruidosamente entre las filas paralelas de estelas votivas.

Szabo seleccionó un canal de voz.

—Brevia uno. Resistencia cero en la Ciudadela. Está jodidamente tranquilo.

Miró en derredor y envió al sargento Vulle con veinte hombres como avanzadilla

a la noble capilla del Corazón Vengativo. El propio Szabo entró en una sala capitular más pequeña que había alojado al coro de la Eclesiarquía.

Al atravesar el pórtico vio la fila de nichos donde debería haber estado el retablo del santuario.

Le llegó un mensaje de Vulle desde la capilla del Corazón Vengativo. Todos los objetos sagrados, iconos, textos, todos los objetos de culto, habían desaparecido. Otros grupos de ataque enviaron mensajes semejantes desde otros puntos del templo. Los altares, los nichos, los relicarios, todo estaba vacío.

A Szabo no le gustaba nada aquello. Sus hombres estaban crispados. Habían esperado al menos la ocasión de luchar. Se suponía que éste era el reducto de Pater Pecado, el lugar donde libraría su última batalla.

Los breviarios se desplegaron entre las enormes columnatas y paseos del templo. Lo único que se movía era el viento que recorría la extensa meseta.

Con un grupo de ocho hombres, Szabo entró en el santuario principal, el Tempelum Infarfarid Sabbat, una imponente construcción de sillares rosados y ciclópeas columnas que se elevaban trescientos metros por encima del corazón del recinto de la Ciudadela. También aquí el altar estaba vacío. El colosal altar dorado, del tamaño de un transporte de tropas, no tenía ni candelabros ni incensarios ni retablo ni águila.

En el aire había un olor extraño, rancio como de aceite de fritura requemado o de pescado en conserva.

Szabo sintió de repente que tenía los labios húmedos. Se pasó la lengua y le supo a cobre.

—Señor, su nariz —le dijo su explorador mientras señalaba con el dedo.

Szabo se pasó la mano por la nariz y se dio cuenta de que estaba sangrando. Una mirada en derredor le reveló que todos los hombres de su escuadrón sangraban por la nariz o por los ojos. Alguien empezó a gemir. De repente, el soldado Emith cayó de bruces, estaba muerto.

—¡Gran Dios-Emperador! —gritó Szabo. Otro de sus hombres perdió el conocimiento al empezar a salir sangre por sus lagrimales.

—¡Operador de radio! —gritó Szabo. Extendió la mano. El olor se hacía más intenso, mil veces más intenso. Daba la impresión de que el tiempo se ralentizaba. Observó su propia mano al tenderla hacia adelante. ¡Qué lento! El tiempo y el aire mismo en torno a ellos parecían haber tomado la consistencia y el peso de la melaba. Vio como sus hombres se retrasaban en el tiempo como insectos apresados en la savia. Algunos estaban caídos a medias, con los miembros extendidos, otros eran presa de convulsiones, otros estaban de rodillas. Unas gotas de sangre, perfectas, relucientes, estaban suspendidas en el aire.

Alguien había hecho esto. Alguien había estado esperando. Habían despojado los

santuarios de sus objetos protectores y sagrados y habían dejado otra cosa en su lugar. Algo letal.

—¡Una trampa! ¡Es una trampa! —gritó Szabo por su intercomunicador con la boca llena de sangre—. ¡Al venir aquí hemos desencadenado algo! Hemos…

El ahogo pudo más que él. Szabo soltó el transmisor y vomitó sangre sobre el suelo pulido del Tempelum Infarfarid Sabbat.

—Oh, Santo Emperador… —musitó. Había gusanos en la sangre.

El tiempo se detuvo. La noche cayó prematuramente sobre Doctrinópolis.

Con un estallido de luz azul, como los pétalos de una orquídea traslúcida de un kilómetro de diámetro, la Ciudadela explotó.



CINCO

El señuelo

Que desde esta roca elevada, desde esta cima, brille la luz de la veneración para que el propio Emperador pueda verla desde su Trono Dorado.

Dedicatoria del altar mayor

del Tempelum Infarfarid Sabbat

La Ciudadela ardió durante muchos días. Se quemó sin producir llamas, o al menos lo que los humanos entienden por llamas. Unas lenguas de energía incandescente de colores azul niebla y verde escarcha se elevaban en el aire a kilómetros de altura como si se tratase de un ondulante y parcial despliegue de la aurora anclado a la meseta. Flotaban al viento sin control y su resplandor proyectaba sombras alargadas a la luz del día e iluminaba la noche. En su base, los azules y los verdes se tornaban blanco incandescente, un infierno abrasador que consumía hasta los cimientos los templos y edificios de la Ciudadela, y el calor se dejaba sentir a medio kilómetro ladera abajo.

Nadie podía acercarse más que eso. Los escasos escuadrones que se aventuraron a superar esa distancia se vieron obligados a retroceder aquejados de náuseas, hemorragias espontáneas o paroxismos de miedo irracional. Las observaciones hechas a una distancia prudente con catalejos o magnoculares revelaron que los pétreos farallones de la meseta se estaban fundiendo y retorciendo. La roca formaba burbujas y se deformaba. Un observador se volvió loco, y en su desvarío afirmaba haber visto formarse y surgir de la piedra rezumante caras que emitían gritos.

Al final del primer día, una delegación de ayatari y eclesiarcas locales de las guarniciones de la Guardia Imperial establecieron altares temporales en las laderas de la Ciudadela y empezaron una vigilia de oración, apaciguamiento y expulsión.

El desánimo de la derrota se instaló en Doctrinópolis. Esto era un desastre sin precedentes, incluso peor que la anexión de la ciudad santa por parte de los infardi. Esto era una profanación. Era el más lóbrego de los augurios posibles.

Gaunt estaba encerrado en sí mismo. Su ánimo era terrible y ni siquiera sus Fantasmas de más confianza se atrevían a molestarlo. Permanecía en su alojamiento privado dentro del Universitariat, cavilando y releyendo informes. Durmió pésimamente.

Ni siquiera la noticia de que Corbec había sido rescatado, herido pero con vida, consiguió levantarle mucho el ánimo. Muchos creyeron que Gaunt estaba de tan mal humor que impondría un severo castigo a la unidad de Kolea por desobedecer las órdenes de retirada a pesar de haber salvado al coronel.

Los ayatani celebraron un servicio de acción de gracias por las reliquias e iconos sagrados que la unidad de Kolea había traído de vuelta en el camión capturado. Era un magro consuelo ante la destrucción de la Ciudadela. Los objetos fueron reconsagrados solemnemente y colocados en la basílica de Macharius Hagio, en las lindes de la Ciudad Vieja.

Los brevianos supervivientes, dos brigadas que no habían entrado en el interior de la Ciudadela con Szabo, iniciaron un ritual de ayuno y duelo. Un masivo funeral tuvo lugar al segundo día y en él se leyeron los nombres de los caídos. Gaunt asistió, con uniforme de gala, pero no habló con nadie. Los cañones del regimiento Pardus blindado atronaron el aire como saludo.

A la mañana del cuarto día, Brin Milo atravesó la plaza de la Sublime Tranquilidad y subió con prisa los escalones de la puerta meridional del Universitariat con un sentimiento de terror. Los centinelas de la entrada lo dejaron pasar y avanzó por los salones cuyo eco repetía sus pasos y por inhóspitas estancias donde grupos de esholi trabajaban en silencio para salvar lo salvable de los libros, documentos y manuscritos que los infardi había dejado destrozados y diseminados en los lugares saqueados.

Vio a Sanian recogiendo afanosamente trozos de papel de entre un montón de cristales rotos debajo de una ventana, pero no dio muestras de reconocerlo. Más tarde se preguntaría si realmente había sido ella. Con sus ropajes blancos y sus cabezas rapadas, las esholi presentaban una uniformidad alarmante.

Dio la vuelta a una esquina del claustro, subió rápidamente una escalera de piedra bajo la mirada vigilante de varios ex notables del Universitariat, y cruzó un rellano hasta detenerse ante un par de puertas de madera.

Milo respiró hondo, recogió su capa de camuflaje sobre el hombro y llamó.

La puerta se abrió y el soldado Caffran le franqueó el paso.

—¿Qué hay, Caff?

—Hola, Brin.

—¿Cómo está?

—Maldito si lo sé.

Milo miró a su alrededor. Caffran le había dado paso a una pequeña antecámara. Se habían colocado dos catres desvencijados debajo de la ventana para que pudieran descansar durante el día los guardias de la puerta. A un lado había una mesa, y sobre ella unas cuantas bandejas revueltas, algunos paquetes de ración y unas cuantas botellas de agua y de vino local. El sargento Soric, compañero de Caffran en la guardia diurna, estaba sentado por allí jugando un solitario de Diablos y Damas con una baraja totalmente arqueada. Un cajón de munición volcado le servía de mesa.

Levantó la vista y con su único ojo le dedicó a Milo un guiño significativo.

—Ni siquiera se ha movido —dijo simplemente.

Milo todavía no había tenido ocasión de conocer bien a Soric. Era un hombre rechoncho como un tonel que había sido jefe en una fundición allá en Verghast y luego líder de la guerrilla. Aunque estaba excedido de peso, tenía una fuerza física imponente, legado, al igual que su postura encorvada, de los largos años pasados en su juventud delante de los hornos. Además era un hombre mayor, mayor que Corbec, incluso mayor que el doctor Dorden que era el más viejo de los Tanith. Tenía el mismo aire amistoso que Corbec, pero en cierto sentido era más violento, más impredecible, más propenso a la ira. Había perdido un ojo en la Colmena Vervun, pero no había querido saber nada de implantes de aumento ni de parches. Llevaba con orgullo la arrugada cicatriz de su cuenca vacía. Milo sabía que los Fantasmas

verghastitas lo adoraban, tal vez más incluso que al noble y taciturno Gol Kolea, pero tuvo la sensación de que Soric seguía siendo en el fondo un hombre de Verghast, capaz de hacer cualquier cosa por sus propios hombres, pero menos dado a comunicarse con los Tanith. Para Milo era uno de los pocos que perpetuaban la división entre Tanith y verghastitas en lugar de propiciar la unión.

—Tengo que verlo —dijo Milo. Quiso decir que el maldito Rawne lo había enviado porque a él no le daba la gana de ir personalmente, pero no tenía sentido dar explicaciones.

—Tú mismo —dijo Soric con aire de desánimo indicando con un gesto las puertas interiores.

Milo miró a Caffran quien se encogió de hombros.

—No nos deja entrar a menos que sea para llevarle la comida, y no come ni la mitad. Sin embargo se mete un montón de éstas —explicó Caffran señalando las botellas de vino vacías.

La inquietud de Milo se acentuó, preocupado como estaba ya ante la idea de molestar a Gaunt cuando parecía estar de tan mal humor. Nadie quería enfrentarse a un comisario imperial tan mal dispuesto, pero ahora le preocupaba el propio Gaunt. Nunca se había dado a la bebida. Siempre había dado muestras de una gran confianza y compostura. Como todos los comisarios, tenía la misión de inspirar y levantar la moral.

Milo sabía que las cosas habían ido mal aquí en Hagia, pero ahora temía que hubieran arrastrado a Gaunt tras de sí.

—Llamas tú o debo… —empezó a preguntar Milo señalando las puertas interiores. Caffran se apartó con un encogimiento de hombros y Soric se negó claramente a apartar la mirada de sus cartas marcadas.

—Gracias, muchas gracias —dijo Milo encaminándose hacia las puertas con un suspiro.

Las estancias interiores estaban oscuras y silenciosas. Las cortinas estaban echadas y había un desagradable olor a humedad. Milo entró con cautela.

—¿Coronel-comisario?

No recibió respuesta. Se adentró más, a tientas, en aquella penumbra mientras su visión nocturna trataba de adaptarse.

Al avanzar chocó con una estantería de libros y la volcó con estruendo.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién diablos anda ahí?

El tono enfadado hizo vacilar a Milo. Gaunt apareció ante él, sin afeitar y a medio vestir, con los ojos airados e inyectados en sangre y apuntando a Milo con su pistola.

—¡Por Feth, soy yo, Milo, señor!

Gaunt se lo quedó mirando durante un momento como si no lo reconociera y luego se apartó tirando la pistola encima de un catre. Sólo llevaba puestas las botas y

los pantalones de montar de su uniforme, y sus tirantes colgaban negligentemente sobre las caderas. Milo entrevio la enorme cicatriz que cruzaba el tenso abdomen de Gaunt, la antigua herida que había recibido de Dercius en Khed 1173.

—Me has despertado —gruñó Gaunt.

—Lo siento.

Gaunt encendió una lámpara de aceite con dedos torpes, se sentó en un taburete y empezó a hojear nerviosamente un antiguo libro encuadernado en piel. Sin apartar la mirada del libro estiró la mano para coger un vaso de un lado de la mesa. Bebió un buen trago de vino y volvió a dejar el vaso.

Milo se acercó más. Vio las pilas de informes sin abrir apilados junto a la silla. Había cortado algunos en tiras largas que ahora usaba para poner en el libro que estaba estudiando.

—Señor…

—¿Qué?

—Me envía el mayor Rawne, señor. El general está de camino. Debería prepararse.

—Ya estoy preparado. —Gaunt bebió otro trago sin apartar en ningún momento la vista del libro.

—No, no lo está. Necesita asearse. Realmente lo necesita, está hecho una mierda.

Se produjo un largo silencio. Las manos de Gaunt dejaron de pasar hojas. Milo se puso tenso, arrepentido de su osadía, esperando el estallido.

—Esto no da ninguna respuesta ¿sabes?

—¿El qué, señor? —preguntó Milo y se dio cuenta de que Gaunt se refería al libro.

—Esto, el Evangelio de Santa Sabbat. Estaba seguro de que aquí encontraría una respuesta, pero lo he leído línea por línea y no he encontrado nada.

—¿Una respuesta a qué, señor?

—A esto —respondió Gaunt abarcando con un gesto todo lo que lo rodeaba—. A este monstruoso desastre. —Otra vez echó mano al vaso sin mirar y lo que consiguió fue tirarlo al suelo.

—Por Feth, dame otro.

—¿Otro?

—¡Por ahí, por ahí! —le soltó con impaciencia señalando un taquillón donde había numerosas botellas y vasos usados.

—No creo que necesite otro trago. El general está de camino.

—Precisamente por eso necesito otro trago. Si estoy sobrio no podré pasar un solo momento en compañía de ese cerebro de mosquito.

—De todos modos…

—¡Maldita sea, paleto de Tanith! —le espetó Gaunt con saña al tiempo que se levantaba y le arrojaba el libro antes de dirigirse hacia el mueble.

Milo lo cogió limpiamente.

—A ver si a ti se te da mejor —le dijo con rabia mientras examinaba las botellas una a una hasta encontrar una que estaba medio llena.

Milo miró el libro y lo hojeó viendo los pasajes que Gaunt había subrayado febrilmente y sobre los que había hecho anotaciones.

—La derrota es sólo un paso hacia la victoria. Da cada paso con confianza o no ascenderás.

Gaunt giró en redondo, vertiendo el vaso que acababa de llenar en exceso.

—¿Dónde dice eso?

—No lo dice. Estoy parafraseando una de sus arengas a los hombres.

Gaunt amenazó a Milo con el vaso y el chico se agachó.

—¡Maldita sea! ¡Siempre fuiste un bastardo muy listo!

Milo dejó el libro en el taburete en el que había estado sentado Gaunt.

—El general está de camino. Llegará a mediodía. El mayor Rawne quería que usted lo supiera. Si eso es todo, solicito la venia para retirarme.

—Permiso concedido. Al diablo contigo.



—¿Qué dijo? ¿Cómo estaba? —preguntó Caffran en cuanto Milo salió de las habitaciones y hubo cerrado la puerta tras de sí.

Milo se limitó a sacudir la cabeza y se marchó desandando el camino a través de los ruinosos salones del Universitariat hasta volver a salir a la luz de aquel ventoso día.

* * *

Diez minutos antes de mediodía, el ruido distante de los rotores sacudió Doctrinópolis. Cinco puntos aparecieron en el cielo al sudoeste, pero el resplandor del fuego de la Ciudadela hacía que fuera difícil distinguirlos.

—Aquí está —dijo Feygor.

El mayor Rawne asintió, se alisó la pechera de su limpio uniforme de combate comprobando que las medallas estuvieran en su sitio y se puso la gorra. Se miró una última vez en el espejo de cuerpo entero. A pesar de que el espejo estaba roto pudo ver con claridad que todavía representaba perfectamente su papel de oficial del Primer Regimiento Tanith.

Se volvió y salió a grandes zancadas de la desvencijada tienda de modas que había

usado para acicalarse.

Feygor, el ayudante de Rawne, emitió un silbido y se acomodó a su paso.

—Atención, señoras, aquí viene el mayor.

—Cierra la boca.

—Debo decir que luces impecable —dijo Feygor sonriendo.

—Cállate.

Bajaron por una calle lateral sembrada de escombros y salieron a la enorme explanada del palacio de verano del rey sobre el río sagrado. El área había sido despejada para permitir el aterrizaje del avión del general. En torno a la explanada estaban formados cuatro pelotones de Fantasmas, dos de Centenarios Brevianos y tres de Pardus como guardia de honor, junto con delegaciones de funcionarios y ciudadanos locales. Tampoco faltaba una banda militar cuyos instrumentos de bronce resplandecían al reflejar la luz del sol.

Los uniformes de la guardia de honor estaban limpios e impecables. El coronel Furst, el mayor Kleopas y el capitán Herodas se habían puesto sus uniformes de gala y lucían sus medallas.

Rawne y Feygor atravesaron la explanada en dirección a ellos.

—Cuando te pusiste la gorra lo hiciste exactamente como lo hace Gaunt, primero la visera.

—Cállate.

Feygor sonrió y se encogió de hombros.

—Y a la formación —añadió Rawne. Feygor, cuyo uniforme de faena negro mate de Fantasma también estaba inmaculado, dobló el paso y ocupó su lugar al final de la fila de los Fantasmas mientras Rawne se sumaba a los oficiales. Furst lo saludó con una inclinación de cabeza y Herodas dio un paso atrás para hacerle sitio.

La banda empezó a tocar el viejo himno *Hombres espléndidos del Imperio, de pie y a luchar*. Rawne hacía una mueca cada vez que se equivocaban en la reiterativa armónica menor del estribillo.

—No sabía que fuera usted aficionado a la música, mayor Rawne —dijo en voz baja el capitán Herodas.

—Sé lo que me gusta —respondió Rawne rechinando los dientes—, y lo que me gustaría ahora mismo es que alguien le metiera esa trompa baja por el culo al bastardo que está abusando de ella.

Los cuatro oficiales tosieron para reprimir la risa.

El transporte del general se acercaba.

Los cuatro ornitópteros artillados que formaban la escolta atronaban el aire con el petardeo cortante de sus rotores. Estaban pintados de color gris ceniza con unas manchas caqui que imitaban una piel de leopardo. El mayor Rawne admiró su potencia, las protuberantes torretas de los morros y del extremo de las alargadas colas.

El avión del general Lugo era un enorme ala delta que llevaba una cabina esférica de vidrio en la proa. Era de color plateado mate con grandes listas serradas de color beige y cheurones amarillos en los extremos de las alas junto al águila imperial.

Su sombra cubrió a la guardia de honor al detenerse en el aire para que las gigantescas turbinas de propulsión cambiasen a la posición de descenso en vertical. Con los propulsores enfocados ahora hacia abajo, el enorme transporte descendió, levantando polvo y bajando los puntales de aterrizaje desde las cavidades que tenía debajo del ala.

Después de un ligero rebote se posó y el estruendo se fue extinguiendo lentamente. Una rampa situada bajo el vientre azul cielo del aparato se desplegó suavemente y siete figuras bajaron por ella.

El general Lugo, un hombre alto, huesudo, vestido con un uniforme blanco y cargado de medallas, iba en cabeza. Pisándole los talones iban dos soldados con la armadura de combate roja y azul de la Cruzada Imperial que le servían de escolta. Detrás iba una mujer altísima, delgada como un palo y de edad avanzada vestida de cuero negro y con la trenza roja de los tácticos imperiales seguida de dos coroneles de los Coloniales Ardeleanos con relucientes pectorales y brillantes fajas de satín naranja, y un hombre corpulento que vestía uniforme de comisario imperial.

El grupo avanzó por la explanada y saludó a los visitantes.

Lugo los miró a todos con desconfianza, especialmente a Rawne.

—¿Dónde está Gaunt?

—El… señor… él…

—Aquí estoy.

Ataviado con uniforme de gala completo, apareció Ibram Gaunt en medio de la explanada. Desde las filas de la guardia de honor, Milo emitió un suspiro. El uniforme de cuero negro ribeteado de plata de Gaunt estaba impecable. Puede que el desagradable incidente del Universitariat hubiera sido sólo un momento de enajenación…

Gaunt hizo un saludo al general y presentó a los demás oficiales. La banda seguía tocando.

—Ésta es la oficial táctica imperial Blamire —dijo Lugo señalando a la mujer alta entrada en años que saludó con una inclinación de cabeza. Su cara era delgada y demacrada y llevaba el pelo gris muy corto.

»Estoy aquí por eso… —dijo Lugo en tono cortante volviéndose para mirar, a través de la explanada, la ciudad santa que se veía más allá de esa especie de aurora de fuego que era la Ciudadela.

—Eso, señor, es una abominación que todos lamentamos —dijo Gaunt.

—Quiero que me ponga al tanto enseguida, Gaunt. Quiero un informe completo.

—Lo tendrá —dijo Gaunt mientras guiaba al general por la explanada hacia los

vehículos de tierra y sus escoltas Chimera que esperaban.

De pronto Lugo olfateó el aire.

—¿Ha estado bebiendo, Gaunt?

—Sí, señor. Una copa de vino ceremonial durante el ejercicio religioso matutino celebrado por los ayatani. Fue algo simbólico y era lo que se esperaba de mí.

—Ya veo. Entonces no importa. Ahora muéstreme y dígame todo lo que necesito saber.

—¿Por dónde empezamos, señor?

—Empecemos por cómo esta sencilla liberación se convirtió en un montón de basura —respondió Lugo.

—Como pueden darse cuenta, es una señal —dijo la táctica Blamire bajando sus magnoculares.

—¿Una señal? —repitió el coronel Furst.

—Oh, sí. Los adeptos del Astropáticus han confirmado que lo es… está generando un impulso psíquico significativo de alcance interestelar.

—¿Con qué fin? —preguntó el mayor Kleopas.

Blamire fijó en él su mirada hosca mientras sus labios esbozaban una sonrisa paciente.

—El de nuestra inminente destrucción, por supuesto.

El grupo de oficiales estaba de pie en la terraza del edificio del tesoro con una escolta de más de cincuenta guardias. Por encima de ellos flameaban vivamente las cometas de plegaria y las banderolas votivas.

—No lo entiendo —dijo Kleopas—. Pensé que era sólo una malintencionada despedida del enemigo. Una trampa explosiva para aguarnos la fiesta.

—Pues me temo que no lo es —dijo Blamire sacudiendo la cabeza—. Ese fenómeno… —con un gesto señaló las llamas incandescentes que se veían en la meseta de la Ciudadela—. Ese fenómeno es un instrumento de la disformidad, un faro astropático. No piensen que es fuego. Lo que sucedió ahí arriba hace cuatro días no fue una explosión en el sentido convencional del término. Su objetivo no era destruir la Ciudadela ni matar a esos infortunados soldados brevianos. Su objetivo es hacer de faro.

—¿Para quién? —preguntó Furst.

—Es usted duro de entendederas —dijo Gaunt sin alterarse y mirando directamente a Blamire—. El lugar era significativo, por supuesto. Terreno sagrado.

—Por supuesto, la magia disforme de su ritual hacía necesaria la profanación de todos nuestros santuarios.

—Por eso se llevaron todas las reliquias y los iconos.

—Sí, y luego se retiraron a esperar que los Centenarios Brevianos entrasen y fueran sacrificados para desencadenar esto. Está claro que Pater Pecado lo planeó con

mucha antelación al darse cuenta de que sus fuerzas serían expulsadas.

—¿Y está funcionando? —preguntó Gaunt.

—Lamento decir que sí.

Se produjo un largo silencio, roto sólo por los latigazos y golpeteos de las cometas y banderas por encima de sus cabezas.

—Hemos detectado una flota enemiga que se está reuniendo y avanzando a través del immaterium hacia nosotros —dijo el general Lugo.

—¿Tan pronto? —inquirió Gaunt.

—Es evidente que éste es un llamamiento que no pretenden pasar por alto ni responder con lentitud.

—La flota… ¿De qué proporciones? —La voz de Kleopas reflejaba ansiedad—. ¿De qué escala es la respuesta del enemigo?

Blamire se encogió de hombros al tiempo que se frotaba las manos enguantadas con evidente nerviosismo.

—Si representa aunque sea una cuarta parte del tamaño que hemos calculado, las fuerzas de liberación combinadas aquí reunidas serán aniquiladas. Sin duda alguna.

—¡Entonces necesitamos refuerzos de inmediato! ¡El Señor de la Guerra Macaroth debe traer fuerzas de la cruzada de otros destinos para ayudar. Nosotros…

—Eso no es posible. —Lugo interrumpió a Gaunt—. He comunicado la situación al Señor de la Guerra y él ha confirmado mis temores. La reconquista del sistema Cabal está en pleno despliegue. El Señor de la Guerra ha enviado todas las legiones de la cruzada al asalto. Muchas ya están de camino al mundo fortaleza. Debo dejar bien claro que no hay refuerzos disponibles.

—¡Me niego a aceptar eso! —gritó Gaunt—. ¡Macaroth conoce muy bien la importancia sagrada que tiene este mundo! ¡El mundo de la Santa! ¡Parte vital de la fe imperial! ¡No puede dejar que se extinga!

—Eso es discutible, coronel-comisario —dijo Lugo—. Aunque el Señor de la Guerra estuviera dispuesto a ayudarnos, y le aseguro que no lo está, los contingentes imperiales del tamaño necesario más próximos están a seis semanas de distancia. La flota del archienemigo está a veintiún días de distancia.

Gaunt sintió crecer en su interior una rabia impotente. Esto le recordaba al día aciago en que se había visto obligado a tomar la decisión de abandonar Tanith. Por el bien de la Cruzada del Mundo de Sabbat, otro maldito planeta iba a ser sacrificado.

—He recibido órdenes del Señor de la Guerra —dijo Lugo—, Órdenes inequívocas. Debemos emprender inmediatamente la retirada de este planeta. Todos los funcionarios imperiales, así como la nobleza y los sacerdotes del planeta, serán evacuados con nosotros y vamos a llevarnos todos los tesoros sagrados de este mundo: reliquias, antigüedades, objetos sagrados, obras educativas. Con el tiempo, la cruzada volverá y liberará nuevamente a Hagia y entonces los santuarios serán

reconstruidos y consagrados nuevamente. Hasta entonces, los sacerdotes se encargarán de salvaguardar la herencia santa de Hagia en el exilio.

—No lo harán —replicó el capitán Herodas—. He hablado con la gente del lugar. Sus reliquias son preciosas, pero sólo unidas al lugar. Como lugar de nacimiento de Sabbat, es el mundo lo que realmente importa.

—No tendrán elección —dijo Lugo tajante—. No es momento para sensiblerías. Esta misma noche empieza un programa intensivo de evacuación. La última nave debe partir de aquí a lo sumo dentro de dieciocho días. Usted y sus oficiales recibirán órdenes de supervisar que dicho programa se lleve a cabo con eficiencia y sin tropiezos. Si algo falla serán castigados severamente. Cualquier obstrucción a nuestra labor será pasible de la pena capital. ¿Puedo dar por sentado que todos entienden las órdenes?

Todos los oficiales reunidos asintieron sin decir palabra.

—Tengo hambre —anunció Lugo de pronto—. Ahora voy a cenar. Venga conmigo, Gaunt, quiero explicarle sus deberes específicos.

* * *

—Permítame que le hable con franqueza, Gaunt —dijo Lugo, abriendo con destreza la concha de un crustáceo apresado en los afamados viveros situados unos cuantos kilómetros río abajo—. Su carrera está definitivamente acabada.

—¿Y en qué se basa para decir eso, señor? —replicó Gaunt ahogadamente mientras tomaba un sorbo de vino. Su propio plato de moluscos negros brillantes estaba casi intacto ante él.

Lugo levantó la vista de su comida para mirar a Gaunt y acabó de masticar la suculenta carne blanca antes de hablar.

—Supongo que está de broma —dijo limpiándose los labios con una esquina de la servilleta.

—Curioso —respondió Gaunt—. Yo pensaba que quien estaba de broma era usted, señor.

Estiró la mano hacia la copa, pero se dio cuenta de que estaba vacía, con lo cual echó mano de la botella para volver a llenarla.

Lugo apresó con la lengua un trozo de carne que se le había pegado al paladar y tragó.

—Esto —dijo con un gesto vago que pretendía abarcar toda la ciudad y no sólo el desguarnecido comedor donde se encontraban—. Esto es culpa suya y de nadie más. Usted nunca gozó realmente de los favores del Señor de la Guerra, a pesar de unos

cuantos éxitos pintorescos de los últimos años, pero una desgracia como ésta no tiene vuelta de hoja. —Cogió otro crustáceo y con mano experta abrió la concha.

Gaunt se echó atrás en la silla y miró a su alrededor, sabedor de que si hablaba ahora desencadenaría un intercambio de improperios que lo más seguro era que acabara con él del lado inadecuado de un pelotón de fusilamiento. Lugo era un gusano, pero también era un general. Gritarle sería contraproducente y por eso esperó a que su indignación se aplacara un tanto.

El comedor era una estancia de techo alto del palacio de verano donde el encumbrado rey había celebrado los banquetes de estado. Estaba totalmente vacío de muebles a excepción de la mesa con su mantel de hilo blanco. Seis soldados de infantería de los Coloniales Ardeleanos montaban guardia en las puertas, franqueando la entrada solamente al personal de servicio cuando llamaba a la puerta.

A la mesa, junto a Lugo y Gaunt, estaba el fornido comisario que había llegado con el grupo del general. Su nombre era Viktor Hark y no había dicho nada desde que habían empezado a comer. En realidad, no había dicho ni una palabra desde que había puesto un pie fuera del aparato. Hark era algunos años más joven que Gaunt, de reducida estatura que daba idea de una gran fuerza muscular generosamente protegida por la corpulencia debida al buen vivir. Tenía un abundante pelo negro y llevaba las mejillas y el mentón perfectamente rasurados. Su silencio y su empeño en no mantener contacto visual tenían a Gaunt muy molesto. Hark ya había acabado con sus moluscos y estaba mojando, en los jugos de cocción que quedaban en el plato, trozos de pan de soja cortados de una hogaza que había en una canastilla sobre la mesa.

—¿Me está culpando de la pérdida de la Ciudadela? —preguntó Gaunt educadamente.

—Usted era el oficial al mando en este teatro ¿no es cierto? —dijo Lugo agrandando los ojos en una interrogación burlona y sin acabar previamente de deglutir su bocado.

—Sí, señor —respondió Gaunt.

—Entonces ¿a quién voy a culpar? Su misión era la liberación de Doctrinópolis y la recuperación, intacta, de la Ciudadela sagrada, y fracasó. La Ciudadela está perdida y, además, su fracaso nos ha llevado directamente a la inminente pérdida de todo el mundo santuario. Por supuesto que lo relevarán al mando, y creo que podrá considerarse afortunado si sigue al servicio del Emperador.

—La Ciudadela se perdió por la rapidez con que fue recuperada —dijo Gaunt eligiendo cada palabra con sumo cuidado—. Mi estrategia era lenta y metódica. Lo que intentaba era tomar la ciudad santa de modo de producir el menor daño posible. Yo no quería mandar los tanques contra la Ciudad Vieja.

—¿Acaso —Lugo hizo una pausa mientras se lavaba los dedos manchados en un

cuenco de agua perfumada con pétalos de flores y se los secaba cuidadosamente con la servilleta— está usted sugiriendo por casualidad que yo tengo alguna responsabilidad en esto?

—Usted planteó exigencias, general. A pesar de que había conseguido mis objetivos antes de la fecha fijada usted insistió en que iba con retraso. También insistió en que dejara de lado la estrategia que tenía preparada y adelantara el asalto. Yo hubiera mandado antes exploradores a la Ciudadela y hubiera hecho las comprobaciones necesarias, y es posible que esas medidas hubieran permitido descubrir y desactivar la trampa del enemigo. Ya nunca lo sabremos. Usted me planteó exigencias, y ahora estamos donde estamos.

—Debería hacerlo fusilar por sugerir eso, Gaunt —dijo Lugo con brusquedad—. ¿Qué. piensa usted, Hark? ¿Debería hacerlo fusilar?

Hark se encogió de hombros sin pronunciar una sola palabra.

—Éste es su fracaso, Gaunt —dijo Lugo—. Así lo reflejará la historia y yo voy a asegurarme de que así sea. El Señor de la Guerra ya está clamando por un severo castigo para el oficial o los oficiales responsables de este desastre. Como acabo de señalar, no puede decirse que sea usted uno de los favoritos de Macaroth. Tiene usted demasiado del viejo Slaydo.

Gaunt nada dijo.

—Ya deberían haberlo despojado de su rango, pero yo soy un hombre justo, y Hark, aquí presente, sugirió que tal vez podría usted trabajar con dedicación renovada si se le encargase una tarea a modo de redención.

—Qué amable por su parte.

—Eso mismo pensé yo. Usted es un soldado muy capaz. Su carrera como oficial al mando está terminada, pero le ofrezco la oportunidad de mitigar su desgracia con una misión capaz de poner un corolario decente a su carrera. Creo que también daría un buen ejemplo a la tropa. Demostraría que incluso después de un error calamitoso, un verdadero soldado del Imperio puede realizar una contribución valiosa a la cruzada.

—¿Y qué es lo que quiere que haga?

—Quiero que dirija una guardia de honor. Tal como he explicado, en la evacuación sacaremos.de aquí a todos los sacerdotes, los ¿cómo se llaman…?

—Ayatani —dijo Hark, la primera palabra que pronunciaba.

—Eso es, todos los ayatani y todas las preciosas reliquias de este mundo. Lo más valioso de todo son los restos de la propia Santa sepultados en el Santuario de las montañas. Formará usted un destacamento, se dirigirá con él al Santuario y regresará aquí con los huesos de la Santa, conducidos con todo honor y respeto, a tiempo para la evacuación.

Gaunt asintió parsimoniosamente dándose cuenta de que no le quedaba elección.

—El Santuario está muy lejos. El interior del país y los bosques pluviales de los

alrededores de la ciudad están plagados de soldados infardi que han huido de este lugar.

—Entonces es posible que tenga problemas por el camino, por eso llevará usted una fuerza importante, su regimiento Tanith completo. He dispuesto además que lleve como escolta una compañía de tanques Pardus y, por supuesto, Hark, aquí presente, irá con usted.

Gaunt se volvió para mirar al fornido comisario.

—¿Por qué? —preguntó.

Hark se volvió a su vez, sosteniendo por primera vez la mirada de Gaunt.

—Para mantener la disciplina, por supuesto. Usted está deshecho, Gaunt, y sus aptitudes para el mando están bajo sospecha. No nos podemos permitir que esta misión fracase, y el general necesita asegurarse de que los Primeros de Tanith mantengan la línea de conducta.

—Yo soy capaz de desempeñar esa función.

—Bien, yo estaré allí para velar por que lo haga.

—Esto no es…

Hark levantó su copa.

—Siempre se ha considerado que su jerarquía de mando era cuando menos extraña, Gaunt. Un coronel es un coronel y un comisario es un comisario. Muchos se han preguntado cómo podía usted desempeñar ambos cargos con eficacia cuando la función básica de un comisario es controlar al comandante de la unidad. Hace tiempo que el comandante de la cruzada venía pensando en la posibilidad de nombrar un comisario para los Primeros de Tanith que colaborase con usted. Los acontecimientos presentes lo han hecho necesario.

Gaunt empujó su silla hacia atrás produciendo un fuerte chirrido y se puso de pie.

—¿No quiere quedarse, Gaunt? —preguntó Lugo con una sonrisa aviesa—. Todavía no han servido el plato principal: anca de quelón a la brasa en salsa de amasec y ghee.

Gaunt saludó secamente, consciente de que no tenía sentido decir que no le apetecían ni la maldita comida ni la compañía.

—Mis disculpas, general. Tengo una guardia de honor que organizar.



SEIS

La vanguardia

Lo que me enardeció, me dará reposo. Lo que me impulsó, me devolverá la vida. En las altas tierras de Hagia, volveré a casa a descansar.

Santa Sabbat,

Epístolas

La guardia de honor salió de Doctrinópolis al romper el alba del día siguiente, cruzando el río sagrado en dirección al oeste desde la puerta del Peregrino por la ancha carretera de Tembarong.

El convoy tenía casi tres kilómetros de largo de extremo a extremo: todo el regimiento de los Fantasmas, transportados en una fila de cincuenta y ocho camiones largos; veinte tanques de combate Pardus, quince Chimera de munición y cuatro tractores Hydra, dos Troyano, ocho Salamandra de exploración y tres Salamandra de mando.

La polvareda que levantaban podía verse a millas de distancia y el ronco sonido de sus turbinas retumbaba entre las colinas de baja altura y las selvas pluviales. Un puñado de motoristas zumbaba en los flancos y en medio de ellos viajaban ocho camiones de avituallamiento cargados con provisiones y piezas de repuesto y dos grandes camiones cisterna. Las cisternas les permitirían llegar hasta Bhavnager, a dos o tres días de distancia, donde volverían a llenarse con el suministro de combustible local.

Gaunt iba en uno de los Salamandras de mando cerca de la cabeza de la columna. Había elegido específicamente un vehículo apartado del de Hark, que viajaba con el comandante de los Pardus, Kleopas, en su vehículo de mando, uno de los tanques de batalla modelo Conquistador del regimiento de Pardus.

Gaunt iba de pie en el chasis abierto del tanque ligero, sujeto a la cubierta blindada para protegerse del traqueteo. El aire era cálido y dulzón, aunque contaminado por el escape de los vehículos. Tenía dos mil quinientos soldados de infantería en su destacamento y la fuerza de una brigada blindada de potencia media. Si ésta iba a ser su última oportunidad de ejercer el mando, al menos iba a ser una buena experiencia.

Le dolía la cabeza. La noche anterior se había encerrado a solas en sus aposentos del Universitariat y había bebido hasta quedarse dormido sobre una pila de mapas de ruta.

Gaunt miró hacia el cielo cuando unas formas invisibles pasaron rugiendo y dejando tras de sí estelas de condensación que lentamente se desvanecieron. Aproximadamente durante las dos primeras horas de viaje contarían con cobertura aérea de los Lightning de la armada.

Miró hacia atrás, recorriendo con la vista la enorme columna de vehículos. A través de la nube de polvo pudo ver Doctrinópolis, a la que iban dejando muy atrás, un grupo de edificios que se elevaban al otro lado de las selvas pluviales y que se veía desvaída por la distancia. La fulgurante antorcha de la Ciudadela era visible todavía.

Allá atrás había dejado a muchos hombres valiosos, los Fantasmas heridos durante la toma de la ciudad, Corbec entre ellos. Los heridos iban a ser evacuados en los próximos días como parte del programa de evacuación. Iba a echar de menos a

Corbec. Le había sentado muy mal saber que en su última misión con los Fantasmas no iba a contar con la ayuda de aquel gigante barbudo.

Se preguntaba, además, que iba a ser de los Fantasmas después de su retirada. No podía imaginarlos operando bajo las órdenes de un comandante traído de fuera, y no había forma de que Corbec o Rawne pudieran ser ascendidos. Lo más probable era que los Primeros de Tanith dejaran de existir cuando él se hubiera ido. No había perspectivas de renovación. Los soldados serían repartidos entre otros regimientos, tal vez como especialistas en reconocimiento, y eso sería todo.

Su inminente desaparición traería aparejada también la desaparición de su amado regimiento Tanith.

En uno de los camiones de la tropa, Tona Criid volvió la cabeza para mirar a la ciudad distante.

—Estarán bien —dijo Caffran con voz suave. Tona se acomodó otra vez junto a él entre las sacudidas del camión.

—¿Te parece?

—Lo sé. Los sirvientes del Munitorium se han ocupado de ellos hasta ahora ¿no es cierto?

Tona Criid no respondió. En la Colmena Vervun, llevada por las circunstancias, se había convertido en madre de facto de dos niños huérfanos. Ahora acompañaban a la máquina de guerra de los Primeros de Tanith como parte de la considerable multitud de seguidores del campamento. Muchos de los integrantes del grupo, los cocineros, los mecánicos y los encargados de las municiones viajaban con ellos, pero muchos habían quedado atrás para la evacuación. Los hijos, esposas, meretrices, músicos, animadores, sastres y buhoneros no tenían cabida en una misión tan disparatada como ésta. Abandonarían Hagia en los transportes y, Dios-Emperador mediante, se reunirían con sus amigos, camaradas y clientes de los Primeros más adelante.

Tona sacó de entre su ropa el medallón de doble cara que llevaba colgado al cuello y miró con aire melancólico los rostros de sus niños capturados en un holorretrato plastificado. Yoncy y Dalin: el bebé en brazos de su inquieto hermano mayor.

—Pronto volveremos a reunimos con ellos —la tranquilizó Caffran que ahora también los consideraba suyos. Por extensión, debido al tipo de relación que mantenía con Tona, Dalin lo llamaba papá Caff. Eran lo más parecido a una unidad familiar que se podía mantener en la Guardia Imperial.

—Me pregunto si eso será posible —fije la respuesta de Tona.

—El viejo Gaunt nunca nos pondría en peligro pudiendo evitarlo —dijo Caffran.

—Se dice que está acabado —intervino Larkin que estaba cerca y los había oído—. En realidad se dice que todos lo estamos. Es un hombre marcado, en la cuerda floja, por así decirlo. Lo van a relevar del mando y nos van a dar a todos una patada en el

trasero para que busquemos acomodo en la Guardia Imperial.

—¿Ves que lo hayan hecho? —preguntó el sargento Kolea que oyó el comentario de Larkin al bajar la mampara de la cabina del camión.

—Es lo que he oído —dijo Larkin a la defensiva.

—Entonces cállate hasta que lo sepas. Somos los Primeros de Tanith y vamos a luchar todos juntos hasta el fin de los tiempos ¿vale?

Las palabras de Kolea suscitaron un coro de vítores entre los soldados que viajaban en el camión.

—O todavía puedes hacer algo mejor: ¡recuerda a Tanith! ¡recuerda a la Colmena Vervun!

—¿Qué llevas ahí, Criid? —preguntó Kolea desplazándose por el interior del camión.

—La foto de mis niños, señor —respondió mostrándole el colgante.

—¿Tus niños?

—Los adopté en Verghast, señor. Mataron a sus padres.

—Bien… una buena obra, Criid. ¿Cómo se llaman?

—Yoncy y Dalin, señor.

Kolea asintió y soltó el colgante. Se dirigió al extremo trasero del camión y se quedó mirando el bosque pluvial y los campos de regadío por los que pasaban.

—¿Pasa algo, sargento? —preguntó el soldado Fénix al ver la expresión de Kolea.

—Nada, nada… —fue la respuesta.

Eran los suyos. Los niños del retrato eran sus hijos a los que creía perdidos y muertos en Verghast.

Por alguna ironía del destino habían sobrevivido y estaban aquí, con los Fantasmas.

Se sintió mareado y lleno de alegría al mismo tiempo.

¿Qué podía decir? ¿Qué podía empezar a decirles a Criid o a Caffran o a los niños?

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras contemplaba la selva pluvial que se deslizaba junto a ellos y no dijo nada porque no pudo decir nada.



La carretera de Tembarong era un camino llano, ancho y recto que atravesaba las tierras bajas de cultivo y los bosques pluviales del oeste de Doctrinópolis. Las tierras bajas estaban formadas por la extensa cuenca del río sagrado que irrigaba los campos y daba suministro a los sistemas de canales de los agricultores locales todosrfós años al llegar las lluvias. El aire era fresco y húmedo y durante una buena parte del camino

siguieron la trayectoria curva de la orilla del río.

El sargento Mkoll iba a la cabeza del convoy principal en uno de los Salamandras de exploración con los soldados Mkvenner y Bonin y el conductor. Mkoll ya había usado Salamandras un par de veces, siempre lo impresionaba la velocidad que podían desarrollar aquellos vehículos abiertos. Éste tenía la insignia de las unidades blindadas Pardus sobre su camuflaje azul verdoso, llevaba equipo adicional envuelto en lona alquitranada y colgado a modo de mochila de las barbetas laterales y tenía un par de enormes antenas UHF de voz inclinadas hacia atrás por encima de la carrocería y sujetas a las barras traseras. El conductor era un joven alto, adenoideo, perteneciente al Auxiliar Blindado Pardus, que llevaba unas gafas de espejo y conducía como si quisiera impresionar a los Tanith.

Iban disparados por la carretera bordeada de árboles a casi sesenta kilómetros por hora, levantando a su paso una nube de polvo rosado de la superficie seca de la tierra.

Mkvenner y Bonin se sujetaban con ambas manos y sonreían como tontos disfrutando del paseo. Mkoll consultaba su libro cartográfico y apuntaba cosas en los bordes de los mapas de papel vitreo con un lápiz de cera.

Gaunt quería aprovechar al máximo la carretera de Tembarong. Quería aprovechar al máximo los primeros días de la ventaja que ofrecía esa sólida carretera. Era inevitable que la marcha se hiciera más lenta cuando entraran en las selvas pluviales y todavía más cuando tuvieran que empezar a subir hacia las tierras altas por caminos llenos de curvas. Era imposible saber en qué condiciones estarían las carreteras de montaña después de las lluvias invernales, y ellos pretendían hacer circular por allí muchas toneladas de acero.

Como comandante de exploradores, entre las responsabilidades de Mkoll figuraba la de evaluar las carreteras y calcular sus posibilidades. La noche anterior había mantenido un larga conversación con el capitán Herodas en la que habían evaluado la carretera principal y las velocidades a campo traviesa que podían conseguir los Pardus. También había hablado con el intendente Elthan que se encargaba del parque motorizado de carga del Munitorium. Él y sus conductores tenían a su cargo los transportes de tropas y los camiones cisterna. Mkoll había recibido sus prudentes estimaciones de velocidad y kilometraje y las había corregido a la baja. Tanto Herodas como Elthan habían calculado cinco o seis días para recorrer la distancia aproximada de trescientos kilómetros hasta el Santuario, si las carreteras lo permitían. Mkoll contaba con siete días como mínimo, quizás ocho. Y si eran ocho, a duras penas tendrían tiempo para recoger lo que habían venido a buscar y volver a toda prisa. De lo contrario no llegarían a tiempo para el plazo de dieciocho días que tenía previsto el general Lugo para la evacuación.

Por ahora todo iba bien. El cielo seguía de un color azul violeta, y la baja altitud sumada a la influencia de los árboles moderaba la brisa. Hacía calor.

Al principio se cruzaron con escasas personas en el camino: algún granjero ocasional, algún que otro grupo familiar y una o dos veces un pastor conduciendo su rebaño. Los granjeros habían tratado de mantener los cultivos durante la ocupación infardi, pero habían sufrido y Mkoll vio que grandes áreas de los cultivos estaban descuidadas y los canales cubiertos de vegetación. Los pocos habitantes con los que se encontraban se volvian a mirarlos y levantaban una mano como saludo o en señal de gratitud.

No había ni vestigios de infardi, aunque aparentemente muchos de ellos habían huido en aquella dirección. La carretera y sus aledaños presentaban señales de haber sido bombardeados desde el aire, pero de eso hacía tiempo. La guerra había tocado brevemente esta zona meses atrás, pero la mayor parte del conflicto que se había desarrollado en Hagia se había concentrado en las ciudades.

Cada tanto, el ruido de los motores espantaba a bandadas de aves de vistoso plumaje de los árboles y arbustos. Los árboles tenían un verde brillante y por sus troncos altos, curvos y estriados trepaban las epífitas. A Mkoll, criado en los imponentes bosques de nal de Tanith, esta selva le parecía un conjunto de arbustos ornamentales a pesar de que algunos árboles superaban los veinte metros de altura.

A intervalos regulares, entre los árboles, tenían un atisbo del sol reflejado en el río. A lo largo de un kilómetro y medio, donde la carretera iba orillando el río, vieron a una serie de pescadores que arrojaban sus redes al agua. Todos se cubrían la cabeza con sombreros tejidos con hojas de vid del lugar.

El río determinaba la forma de vida en las planicies aluviales. Las escasas viviendas y pequeñas aldeas por las que pasaron estaban construidas sobre palafitos para poder resistir las crecidas estacionales. También vieron cajas de madera tallada y pintadas de colores brillantes construidas sobre postes de tres metros de altura con tallas muy intrincadas. Eran elementos aislados y ocasionales plantados a la orilla de la carretera o en pequeños grupos en los pantanos retirados de la ruta.

En la hora anterior al mediodía pasaron por una aldea abandonada cuyas casas habían sido invadidas por la vegetación y al tomar una de las curvas más cerradas de la carretera se toparon con una manada de quelones conducidos por sus pastores.

Con un respingo, el conductor Pardus dio un tirón al volante que a punto estuvo de empotrar al Salamandra contra la maleza de la cuneta antes de parar de una manera muy poco ortodoxa. Indiferentes, los quelones, que eran más de cuarenta, pasaron gruñendo con las cabezas gachas. Eran los más grandes que Mkoll había visto en Hagia, y los caparazones en forma de campana de los más grandes y maduros superaban en altura al vehículo. Los ejemplares más jóvenes y pequeños tenían una piel azul oscura que brillaba como el petróleo y sus caparazones tenían una pátina oscura y fibrosa, mientras que las pieles de los mayores eran más claras y menos lustrosas, llenas de arrugas y cicatrices, y sus enormes caparazones eran casi blancos.

Despedían un tufo a animales secos y terrosos con una mezcla de olor a estiércol, forraje y saliva en enormes cantidades.

Los tres pastores se acercaron al Salamandra en el momento en que se detuvo, enarbolando sus cayados y dando gritos de alarma. Todos eran hombres cansados, hambrientos, vestidos con las túnicas color tierra de la casta agrícola.

Mkoll saltó desde la plataforma trasera levantando los brazos para tratar de acallar sus protestas mientras que Mkvenner dirigía al conductor que trataba de sacar el tanque ligero marcha atrás de las zarzas en que había quedado prendido.

—Está bien, no ha habido ningún daño —decía Mkoll. Los pastores seguían desolados y no dejaban de hacer reverencias a los imperiales.

—Por favor… si son tan amables de colaborar, dígannos que hay más adelante en la carretera. —Mkoll sacó su libro de mapas y les señaló a los hombres la ruta. Estos se lo pasaron de mano en mano contradiciendo los unos las afirmaciones de los otros.

—Está muy bien —dijo uno—. La carretera está despejada. Venimos ahora de los prados altos. Dicen que la guerra ha terminado. Venimos con la esperanza de que los mercados se abran otra vez.

—Esperemos que así sea —dijo Mkoll.

—La gente se ha escondido en los bosques, familias enteras ¿sabe? —dijo otro. Era un hombre de edad avanzada y su piel curtida por el sol tenían tantas cicatrices y arrugas como la de los quelones a los que conducía—. Tenían miedo a la guerra, la guerra en las ciudades, pero hemos oído que la guerra ha terminado y mucha gente sale de los bosques ahora que no hay peligro.

Mkoll tomó nota mentalmente. Ya había sospechado que gran parte de la población rural podría haber huido hacia la espesura al principio de la ocupación. Al avanzar, la guardia de honor podría encontrarse con muchas de estas personas que volvían a las tierras bajas. Con la amenaza de guerrillas infardi por todos lados, eso complicaba las cosas. Resultaría más difícil detectar a los hostiles y prevenir las emboscadas.

—¿Y los infardi? —preguntó.

—Ah, sí —dijo el primero de los pastores cortando la cháchara de sus compañeros —. Muchos, muchos infardi ahora, en la carretera, en los caminos del bosque.

—¿Los han visto? —preguntó Mkoll con evidente curiosidad.

—Muy a menudo, o los oímos, o vimos las señales de sus acampadas.

—¿Dicen que muchos?

—¡Cientos de ellos!

—No, no… ¡Miles! ¡Cada día más!

«Diablos —pensó Mkoll—. Un par de batallas campales retrasarán aún más nuestra marcha.» Era posible que los pastores exageraran para resultar más efectistas, pero Mkoll casi estaba seguro de que no era así.

—Muchas gracias a todos —dijo—. ¿Nos harían el favor de apartar a sus animales de la carretera un momento? Detrás de nosotros vienen muchos más como éste —señaló al Salamandra— y mucho más grandes.

Todos los hombres asintieron y dijeron que lo harían. Mkoll se tranquilizó un poco. No estaba seguro de quién llevaría la peor parte en un choque de frente entre un Conquistador y un quelón adulto, pero estaba seguro de que ninguno de los dos saldría bien parado. Volvió a dar las gracias a los pastores y a asegurarles que no habían infligido daño alguno ni a él ni a sus hombres, y montó en el Salamandra.

—Lo siento —se disculpó el conductor con una sonrisa.

—¿Qué tal un poco menos rápido? —fue la respuesta de Mkoll. Cogió el microteléfono de la potente radio del tanque y envió una señal al convoy principal. Mkvenner seguía de pie en la carretera, tratando de rechazar cortés y educadamente la ruidosa cría de quelón que uno de los pastores le ofrecía como compensación.

—Alfa AR a núcleo de avanzadilla, corto.

Se oyó el crepitar del equipo de transmisión.

—Adelante, Alfa AR. —Mkoll reconoció de inmediato la voz de Gaunt.

—Recogiendo informes de actividad infardi carretera arriba. Todavía nada concreto, pero deben estar prevenidos.

—Entendido, Alfa AR. ¿Dónde están ustedes?

—Saliendo de una aldea llamada Shamiam. Vamos a seguir adelante hasta Mukret. Sería conveniente que me mandara otras dos unidades de reconocimiento.

—Cuente con ello. Enviaré a Beta AR y Gama AR hacia adelante. ¿Cuál es su hora de llegada estimada a Mukret?

—Dentro de dos o tres horas.

Mukret era una población de tamaño medio a orillas del río donde habían previsto parar para pasar la primera noche.

—Dios-Emperador mediante, nos veremos allí. No pierda el contacto.

—Así lo haré, señor. Debe saber que hay civiles en la carretera. Familias que salen de sus escondites. Atención.

—Entendido.

—Y a una hora más o menos delante de ustedes hay un gran rebaño de ganado que va en dirección contraria. Muchas reses y tres pastores inofensivos. Puede que ya hayan abandonado la carretera cuando lleguen, pero deben estar prevenidos.

—Entendido.

—Alfa AR, fuera. —Mkoll colgó el microteléfono e hizo una seña al conductor del Pardus—. Adelante —dijo.



El conductor puso en marcha el motor del Salamandra y orientó el morro hacia la carretera de tierra marrón.

A unos buenos quince kilómetros más atrás por la carretera de Tembarong, el convoy de la guardia de honor redujo la marcha hasta detenerse. Los grandes camiones de transporte de la tropa, de color caqui se apretujaban unos contra otros acelerando con impaciencia el motor y lanzando bocanadas de humo por el tubo de escape. Unos cuantos hicieron sonar sus bocinas. El sol estaba alto y su reflejo sobre el metal era enceguecedor. A la izquierda del convoy, las aguas azules del río sagrado serpenteaban al otro lado de un terraplén de escasa altura.

Rawne se puso de pie en la trasera de su transporte y se encaramó a la barandilla para poder ver a lo lejos, por encima de la cabina del camión, sobre toda la extensión del convoy. Sólo pudo ver tanques y camiones parados hasta la curva que describía la carretera unos trescientos metros más adelante.

Conectó su microtransmisor y miró a Feygor.

—Que se pongan de pie —le dijo a su asistente.

Feygor asintió y transmitió la orden a los aproximadamente cincuenta hombres que ocupaban el camión. Los Fantasmas, muchos de ellos sudando y sin nada que les protegiera la cabeza, se pusieron en movimiento y prepararon las armas mientras pasaban revista a la línea de árboles y canales que había a la derecha de la carretera.

—Uno, aquí tres —dijo Rawne por su microcomunicador. El tráfico de voz era intenso. De arriba para abajo, a lo largo del convoy, circulaban llamadas de consulta.

—Uno ¿qué es lo que pasa?

—A uno de los Chimera que transportan munición se le ha desprendido la oruga. Voy a esperar quince minutos a ver qué hacen los mecánicos. Si se prolonga más los dejaré atrás.

Rawne había observado la antigüedad de los Chimera que les habia proporcionado el parque móvil del Munitorium. Tardarían más de quince malditos minutos en ponerlo en marcha.

—Pido permiso para dejar que mis hombres se dispersen por la orilla del río con fines de recreo.

—Concedido, pero cuidado con la línea de árboles.

Tras apostar a dos hombres para cubrir las márgenes derecha e izquierda de la carretera, Rawne ordenó al resto de sus soldados que bajasen del camión. Bromeando y arrancándose las chaquetas y las botas, empezaron a correr por la orilla del río, a refrescarse los pies y a echarse agua en la cara. Otros transportes se apartaron de la pista y subieron al terraplén para desembarcar a sus hombres. Un tanque Troyano recorrió retumbando toda la hilera de camiones para ayudar con las reparaciones.

Rawne recorrió la fila de vehículos hasta el punto del terraplén donde estaban los sargentos Varl, Soric, Baffels y Haller. Soric sacó unos gruesos cigarros de una caja de

cartón encerado y Rawne cogió uno. Todos fumaron un rato en silencio, observando cómo los Fantasmas, tanto verghastitas como Tanith, improvisaban peleas acuáticas y juegos de pelota.

—¿Es siempre así, mayor? —preguntó Soric señalando con el dedo al convoy inmovilizado. A Rawne no lo conmovía mucho la gente, pero le gustaba aquel viejo. Era un combatiente eficaz y un buen líder, no tenía miedo de hacer preguntas que revelasen su inexperiencia, lo cual, en la escala de Rawne indicaba que era buen estudiante y un oficial prometedor.

—Siempre pasa lo mismo con el transporte motorizado. Averías, embotellamientos, terreno inadecuado. Yo siempre prefiero las marchas a pie.

—El equipamiento Pardus tiene buen aspecto —dijo Haller—. Hasta parece bien mantenido.

Rawne asintió.

—Lo malo es la basura de transportes que nos dio el Munitorium. Estos camiones son más viejos que Feth, y los Chimera…

—Me sorprende que hayan llegado hasta aquí —observó Varl. El sargento hizo girar suavemente su brazo, poniendo a punto la articulación cibernética del hombro que los cirujanos potenciadores le había implantado en Fortis Binary hacía ya algunos años. Todavía le dolía cuando había humedad—. Y estamos jodidos si tenemos que prescindir de ellos, es decir de la munición que transportan.

—Estamos jodidos de todos modos —dijo Rawne—. Somos la maldita Guardia Imperial, y nuestro destino en la vida es estar jodidos.

Haller, Soric y Varl rieron con amargura, pero Baffels guardó silencio. Este hombre corpulento, de espesa barba, que llevaba tatuada una garra azul debajo de un ojo, había sido ascendido a sargento tras la muerte del viejo Fols en la batalla por la puerta Veyveyr. Todavía no se acostumbraba al mando y se tomaba sus deberes demasiado en serio para el gusto de Rawne. Algunos soldados rasos, Varl era buen ejemplo de ello, eran sargentos en potencia. Baffels era un soldado de infantería al que le habían echado encima la responsabilidad porque tenía edad para ello, era fiable y gozaba del favor de sus hombres. Rawne sabía que le estaba resultando difícil. Gaunt tenía dos opciones cuando llegó el momento de reemplazar a Fols: Baffels o Milo, y había elegido al primero por su edad y porque dar el mando al más joven y verde de los Fantasmas hubiera tenido un tufo a favoritismo. A Rawne le parecía que se había equivocado. No es que tuviera simpatía por Milo, pero sabía lo capaz que había demostrado ser y el cariño que le tenían los hombres que lo consideraban su mascota de la suerte. Gaunt debería haberse llevado por su instinto: capacidad antes que experiencia.

—Buen cigarro —le dijo Varl a Soric, observando con aire aprobador el cilindro marrón y humeante que tenía entre los dedos—. Corbec lo habría disfrutado.

—De la mejor hoja de Verghast —sonrió Soric—. Tengo reservas privadas.

—Debería estar aquí —dijo Baffels refiriéndose al coronel. Luego echó una rápida ojeada a Rawne—. ¡No pretendía ofenderlo, mayor!

—No lo tomé así —replicó Rawne.

En su fuero interno, Rawne disfrutaba de ser el oficial de mayor rango. Con Corbec y ese advenedizo del capitán Daur fuera de juego, ahora era el segundo del regimiento. Solamente estaban próximos a él en la línea de jerarquía el mayor Kleopas, de los Pardus, y el comisario Hark, venido de fuera. Mkoll era el tercer oficial en esta misión, y a Kolea le habían asignado las tareas de enlace con los verghastitas que desempeñaba Daur.

De todos modos, a Rawne le fastidiaba tener que mantener la señal de llamada «tres» en sus comunicaciones con Gaunt, el «uno». Gaunt le había explicado que era para preservar la continuidad en el reconocimiento de voz, pero Rawne creía que ahora debería estar usando el «dos» de Corbec.

Lo que más le fastidiaba era saber que Baffels tenía razón. Corbec debería estar allí. Eso contrariaba a Rawne porque nunca le había gustado mucho Corbec, pero tenía que reconocer que era cierto. Lo sentía en la sangre. De lo que nadie quería darse por enterado y de lo que se negaban a hablar era de la probabilidad de que ésta fuera la última misión de los Primeros de Tanith. El general había puesto en tela de juicio a Gaunt, y Rawne hubiera sido el primero en aplaudir la destitución de Gaunt, pero de todos modos…

Ésta iba a ser la última actuación de los Fantasmas, y maldita sea, Corbec debería haber estado ahí.

Larkin el loco estaba sentado, acalorado y crispado, en la trasera de un camión vacío, con su rifle láser de cañón largo apoyado en la carrocería. Kolea los había dejado a él y a Cuu vigilando mientras los demás bajaban al río a refrescarse y a liberar un poco de tensión.

Larkin pasó revista al otro margen de la carretera con su habitual método obsesivo, estableciendo a ojo secciones en la línea de árboles y en el agua del río y explorando luego cada una de ellas individualmente. Minucioso, cuidadoso, intachable.

A cada movimiento se ponía tenso, pero siempre resultaba ser el aleteo de un pico de horquilla, o la espantada de las arañas rata o incluso las hojas movidas por la brisa.

Pasaba el tiempo haciendo prácticas de blanco, eligiendo un objetivo y siguiéndolo a través de la cuadrícula de su mira telescópica. Los pico de horquilla, con su cresta roja le venían bien, aunque eran un blanco fácil debido a su plumaje blanco y su tamaño. Eran mejores las arañas rata, unos mamíferos de ocho patas del tamaño de la mano de Larkin que subían y bajaban por los troncos de los árboles en trayectorias caprichosas y desiguales y tan rápidas que parecía que se burlaban de él.

—¿Qué haces?

Larkin miró en derredor y se encontró con la mirada arrogante del soldado Cuu.

—Simplemente… apuntando —dijo Larkin. No le gustaba Cuu para nada, lo ponía nervioso. La gente decía de él que estaba loco, pero no loco como Cuu que era un asesino desalmado, un psicópata. Estaba cubierto de tatuajes y tenía una larga cicatriz que le dividía en dos el enjuto rostro.

Cuu se puso en cuclillas junto a él. Larkin se veía delgado y pequeño entre los Fantasmas, pero Cuu lo era más aún. No obstante, su constitución nervuda daba idea de una energía formidable.

—¿Podrías darles? —preguntó.

—¿A qué?

—A los pájaros blancos con estos picos estúpidos.

—Sí, eso es fácil. Yo iba a por las ratas.

—¿Qué ratas?

—Esas cosas, esos malditos bichos movedizos —respondió Larkin señalando.

—Ah, sí. No los había visto. Tienes buena vista. Muy aguda.

—Son gajes del oficio —dijo Larkin palmeando su arma de francotirador.

—Sí, seguro que sí. —Cuu rebuscó en su bolsillo y sacó un par de cigarros blancos de los cuales ofreció uno a Larkin.

—No, gracias.

Cuü se guardó uno, encendió el otro y aspiró una buena bocanada. A Larkin le llegó el olor a obscura. La había fumado alguna vez en Tanith, pero era una de las sustancias prohibidas por Gaunt, y por Feth que olía fuerte.

—Tendrás problemas con el coronel-comisario por eso —le dijo.

Cuu sonrió y echó el humo ostentosamente.

—Gaunt no me da miedo —dijo—. ¿Estás seguro de que no…?

—No, gracias.

—Esos malditos pájaros blancos —dijo Cuu después de un largo intervalo—. ¿Seguro que puedes matarlos con facilidad?

—Claro.

—Me apuesto algo a que harían un buen guiso. Unos cuantos darían unas buenas raciones estándar.

Era una idea bastante buena. Larkin encendió su microteléfono.

—Tres, Larks al habla. Cuu y yo vamos a ir a cazar unos cuantos pájaros acuáticos para comer. ¿Sin problema?

—Buena idea. Voy a comunicar al convoy que van a disparar. Cazad uno para mí.

Larkin y Cuu saltaron por el lateral del camión y avanzaron por la carretera. Se dejaron resbalar por el terraplén hasta un canal de regadío donde el agua cenagosa les llegó hasta el tobillo. Los pájaros revoloteaban y charloteaban en el bosquecillo de

cicadas por encima de sus cabezas. Larkin ya podía ver los delatores puntos blancos entre el verde oscuro del follaje.

Unas moscas movedizas no dejaban de volar a su alrededor y las avispas de la savia zumbaban por encima de ellos. Larkin sacó el silenciador del bolsillo y lo atornilló cuidadosamente en el cañón del rifle láser.

Llegaron a un grupo de palmeras caidas y Larkin se acomodó entre las raíces descubiertas para apuntar. Siguió con la mira telescópica a una araña rata que subía y bajaba por un tronco para acostumbrar el ojo y a continuación escogió un robusto pico de horquilla.

La cuestión no era acertarle sino descabezarlo. Una descarga de láser dejaría a un pico de horquilla reducido a plumas y papilla si le daba en el cuerpo, era como matar a un hombre con una carga explosiva a la altura de la cintura. En cambio si le volaba la cabeza, que no era comestible, quedaría un cadáver listo para la cazuela.

Larkin se cuadró, estiró la cabeza y los hombros y disparó. Hubo un leve fogonazo y casi nada de ruido. El pico de horquilla, con apenas un círculo chamuscado de carne y plumas donde había tenido la cabeza, cayó al agua poco profunda.

En cuestión de segundos, Larkin derribó a otros cinco. Él y Cuu se lanzaron a recogerlos y los sujetaron por las patas a sus cinturones.

—Eres jodidamente bueno —dijo Cuu.

—Gracias.

—Menudo rifle infernal.

—Variante francotirador de láser largo. Mi mejor amigo.

Cuu asintió.

—Te creo. ¿Te importa que pruebe?

Cuu tendió la mano y, de mala gana, Larkin le dio el rifle cogiendo en cambio el rifle estándar de Cuu. Cuu sonrió ante el nuevo juguete y acomodó la culata de madera de nal contra su hombro.

—Bonito —suspiró—. Bonito de verdad.

De repente, disparó contra un pico de horquilla que explotó convirtiéndose en una sanguinolenta masa de plumas.

—No está mal, pero…

Cuu pasó por alto el comentario de Larkin y disparó otra vez, y otra, y otra más. Tres pájaros más explotaron en las ramas.

—No podemos cocinarlos si les das de lleno —dijo Larkin.

—Ya lo sé. Tenemos bastantes para comer. Esto no es más que diversión.

Larkin tuvo intención de quejarse, pero Cuu volvió a disparar el rifle largo y otros dos pájaros cayeron. Debajo de los árboles, el agua estaba teñida de sangre y llena de plumas.

—Basta ya —dijo Larkin.

Cuu sacudió la cabeza y apuntó otra vez. Había puesto el arma en fuego rápido y cuando accionó el gatillo, una sucesión de disparos sacudió la fronda.

Larkin estaba alarmado. Alarmado por el uso indebido que se estaba haciendo de su amada arma, alarmado por la mirada psicópata de Cuu… y alarmado, sobre todo, por la forma en que los disparos incontrolados de Cuu acabaron con media docena de arañas rata que subían por un tronco vecino. Ni un solo disparo perdido o desviado. Los blancos movedizos, que hasta él habría tenido que pensar dos veces antes de darles, quedaron reducidos a manchas sanguinolentas que resbalaban por los árboles.

Cuu le devolvió el arma a Larkin.

—Bonita arma —dijo Cuu y se volvió para dirigirse a la carretera.

Larkin salió rápidamente tras él. Temblaba a pesar del sol que caía abrasador sobre la carretera. Un asesino despiadado. Larkin supo que de ahora en adelante tendría que cuidarse las espaldas.



Al frente del convoy inmovilizado, Gaunt, Kleopas y Herodas observaban cómo los tecnosacerdotes e ingenieros del regimiento Pardus se esforzaban por volver a poner en marcha el Chimera defectuoso. Un equipo de trabajo con personal Pardus y Tanith ya había descargado a mano el transporte blindado para reducir su peso. El Troyano traqueteaba inactivo al lado como un padre vigilante.

Gaunt miró su cronómetro.

—Diez minutos más y reanudaremos la marcha sea como sea.

—Si me permite, señor —se atrevió Kleopas—, esta unidad llevaba bombas para el Conquistador. —Señaló con un gesto la enorme pila de munición que el equipo de trabajo había bajado del Chimera para enderezarlo—. No podemos dejar todo esto.

—Podemos si no tenemos más remedio —dijo Gaunt.

—Si se tratara de un cargamento de baterías para rifles láser seguramente no diría lo mismo.

—Es cierto —concedió Gaunt—. Pero no tenemos tiempo que perder, mayor. Les voy a dar veinte minutos, pero sólo veinte.

El capitán Herodas se alejó para dar órdenes y aliento a los técnicos.

Gaunt sacó una petaca de plata que llevaba a la cintura y que tenia grabado el nombre Delane Oktar y se la ofreció a Kleopas.

—Gracias, coronel-comisario, pero no. Es un poco temprano para mí.

Gaunt se encogió de hombros y tomó un sorbo. Estaba enroscando el tapón cuando una voz detrás de ellos dijo:

—Oigo disparos.

Gaunt y Kleopas se volvieron hacia el comisario Hark que se acercaba.

—Sólo una pequeña cacería autorizada —dijo Gaunt.

—¿Lo saben los jefes de escuadrones? Podría desatar el pánico.

—Lo saben. Se lo dije. Reglamento 11-0-119 gama.

—No necesita citármelo, coronel. Le creo —respondió Hark con un generoso encogimiento de hombros.

—Bueno. Mayor Kleopas… tal vez quiera usted explicarle al comisario lo que está sucediendo. Sin omitir detalle.

Kleopas echó una mirada feroz a Gaunt antes de volverse hacia Hark con una sonrisa.

—Estamos reparando el Chimera, señor, y como puede ver, para eso se necesita un gato potente…

Gaunt se escabulló, hurtándose a la presencia del comisario. Recorrió la línea de vehículos tomando otro sorbo de su petaca.

Hark lo miró alejarse.

—¿Qué piensa usted del legendario coronel-comisario? —le preguntó a Kleopas interrumpiendo la conferencia sobre la reparación del oruga motorizado.

—Es el mejor comandante que he conocido jamás. Vive para sus hombres. No vuelva a preguntarme, señor. No voy a permitir que se usen mis palabras en ningún informe oficial de censura.

—No se preocupe, Kleopas —dijo Hark—, Gaunt está condenado se mire como se mire. El general Lugo lo tiene enfilado. Sólo estaba tratando de entablar conversación.

Gaunt volvió atrás unos cien metros y se encontró con la oficial médico Curth y sus enfermeros sentados a la sombra de su transporte.

—¿Señor? —Curth se puso de pie.

—¿Va todo bien aquí? —preguntó Gaunt. No le hacía ninguna gracia que Dorden hubiera tenido que quedarse en Doctrinópolis para atender a los heridos. Curth era un buen médico, pero él no estaba acostumbrado a tenerla a cargo del equipo quirúrgico de sus fuerzas. Dorden había sido siempre su médico en jefe, desde la fundación de los Fantasmas. A Curth le iba a llevar un tiempo acostumbrarse.

—Todo bien —contestó la mujer con una sonrisa tan encantadora como su rostro en forma de corazón.

—Bien —dijo Gaunt—. Bien —y tomó otro sorbo.

—¿Le sobra un poco de eso? —preguntó Curth.

Sorprendido se volvió y le entregó la petaca. Ella echó un buen trago.

—No creí que lo aprobara.

—Esta espera me pone nerviosa —dijo la mujer, secándose la boca y devolviéndole la petaca.

—A mí también —afirmó Gaunt.

—De todos modos —dijo Curth—, créame, es medicinal.



Alfa AR entró en Mukret a última hora de la tarde. El Salamandra fue aminorando la velocidad y Mkoll, Mkvenner y Bonin saltaron del vehículo, con las armas preparadas, siguiendo al tanque ligero por entre el laberinto de casas construidas sobre palafitos y lugares de encuentro elevados. Con la inminencia de la noche se había levantado una leve brisa que agitaba el polvo y las hojas secas en la carretera todavía iluminada por el sol y en los sombríos espacios que quedaban entre las edificaciones y debajo de ellas.

El propio sol, grande y amarillento, se abría paso hacia el río entre una fila de palmeras y cipreses.

La ciudad estaba desierta. Las puertas abiertas golpeaban a causa del viento y unas trepadoras epífitas se enrollaban en los marcos de las ventanas y los cañones de la chimeneas. En las entradas de las casas había vasijas rotas y los canalones estaban llenos de restos de vestimentas desgarradas. Al otro extremo de la ciudad se veían los largos edificios de ladrillos y tejas de las fábricas de ahumados. La industria principal de Mukret era el ahumado de carne y pescado. Los Tanith todavía pudieron detectar en el aire el penetrante olor residual de la madera quemada.

Siguiendo_el avance del tanque, los tres exploradores avanzaban sosteniendo con soltura sus rifles. Bonin giró y apuntó con presteza cuando una bandada de picos de horquilla salió volando de un árbol.

El Salamandra seguía adelante con su ruido sordo.

Mkoll pasó al frente y con un gesto en código desplazó a Bonin hacia la izquierda por un malecón que llegaba hasta el propio río.

Al frente, algo se movió. Era un quelón, un ejemplar joven que salió a la carretera principal arrastrando sus riendas por el polvo. Sobre su lomo llevaba sujeta una silla corta de montar.

Pasó junto a Mkoll y Mkvenner, con sus riendas a rastras. Mkoll podía oír ahora unos golpes esporádicos. Hizo una señal a Mkvenner de que se mantuviera rezagado como cobertura y siguió avanzando hacia el origen del ruido.

Un anciano, escuálido y nudoso, estaba clavando unos paneles en una capilla vieja y saqueada construida sobre pilotes. Daba la impresión de que estaba tratando de tapiar las ventanas rotas valiéndose de un trozo de rama de árbol como martillo.

Llevaba puesto un hábito de seda azul. Un ayatani, pensó Mkoll. Uno de los sacerdotes locales.

—¡Padre!

El anciano se volvió y bajó su improvisado martillo. Era calvo, pero llevaba una barba blanca, larga y ahusada. Tan larga era, que se la había echado por encima de un hombro para que no le estorbase.

—Ahora no —dijo con tono malhumorado—. Estoy ocupado. Este santuario no va a repararse solo.

—¿Podría ayudarlo?

El anciano bajó hasta la carretera y se enfrentó a Mkoll.

—No sé. Usted es un hombre armado… y eso parece ser un tanque. Tal vez tenga intención de matarme y de robarme mi quelón, lo cual, a mi entender, no sería una ayuda. ¿Es usted un asesino?

—Soy miembro de las fuerzas imperiales de liberación —replicó Mkoll mirando al anciano de arriba abajo.

—¿De verdad? Bueno, entonces… —musitó aquel hombre usando la punta de su larga barba para enjugarse el sudor de la cara.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el ayatani Zweil —respondió el anciano—. ¿Y usted?

—Sargento explorador Mkoll.

—Sargento explorador Mkoll ¿eh? Muy impresionante. Pues bien, sargento explorador Mkoll, los ershul han profanado este santuario, esta sagrada casa de la triplemente amada Santa, e intento reconstruirlo palmo a palmo. Si me ayuda, le estaré agradecido, y estoy seguro de que también lo estará la Santa, a su modo.

—Padre, nos encaminamos hacia el oeste. Necesito saber si ha visto infardi en la carretera.

—Por supuesto que sí. Cientos de ellos.

Mkoll echó mano de su enlace de voz, pero el anciano lo detuvo.

—He visto muchos infardi, peregrinos, que volvían a Doctrinópolis. Sí, sí… muchos infardi, pero no ershul.

—No lo entiendo.

El ayatani señaló la carretera iluminada por el sol que atravesaba Mukret.

—¿Sabe usted dónde está parado?

—En la carretera de Tembarong —dijo Mkoll.

—Conocida también en los textos antiguos de Irimrita como Ayolta Amad Infardiri, que literalmente significa: «ruta aprobada de procesión de infardi» o, de una manera más coloquial, Camino del Peregrino. Puede que la carretera vaya a Tembarong por ese lado, pero ¿a quién le interesa ir allí? Una ciudad pequeña y aburrida cuyas mujeres tienen las piernas gordas. Pero hacia allí… —señaló la dirección de donde había venido Mkoll—, hacia allí viajan los peregrinos, a los santuarios de la Ciudadela de Doctrinópolis. Van al Tempelum Infarfarid Sabbat, a

un centenar de lugares de culto. Así lo han hecho durante varios siglos, es el camino del peregrino, y el nombre que le damos nosotros a los peregrinos es infardi. Ése es su auténtico sentido y así es como yo lo uso.

—De modo que cuando usted dice infardi quiere decir auténticos peregrinos —dijo Mkoll con una tos de cortesía.

—Así es.

—¿Y vienen por aquí?

—A cientos, sargento explorador Mkoll. Doctrinópolis está abierta otra vez, de modo que acuden en acción de gracias. Vienen a postrarse ante la profanada Ciudadela.

—Entonces ¿usted no se refiere a soldados enemigos?

—Ellos se apropiaron del nombre de infardi, pero yo no estoy dispuesto a permitirlo. ¡No estoy dispuesto! ¡Si quieren un nombre que sea el de ershul!

—¿Ershul?

—Es una palabra del ylath, el dialecto de los pastores. Significa un quelón que come su propio estiércol o el estiércol de otros.

—¿Y ha visto usted… hum… ershul en sus viajes?

—No.

—Ya veo.

—Pero los he oído —de repente Zweil cogió a Mkoll por un brazo y señaló hacia el oeste, por encima de los tejados de Mukret, hacia los lejanos confines de la selva pluvial. Unas sombrías nubes de tormenta se estaban acumulando sobre las colinas vecinas.

—Allí arriba, sargento explorador Mkoll, más allá de Bhavnager, en las Colinas Sagradas. Allí están agazapados, merodeando, esperando.

Con un movimiento involuntario, Mkoll quiso librarse de la mano del anciano, pero resultaba extrañamente tranquilizador. Le recordó la forma en que el archidiácono Mkere solía llevarlo hacia el facistol para leer la lección en la iglesia parroquial de Tanith, hacía ya mucho tiempo.

—¿Es usted un hombre devoto, sargento explorador Mkoll?

—Creo que sí, padre. Creo que el Emperador es Dios encarnado, y vivo para servirlo en la paz y en la guerra.

—Eso está bien, muy bien. Póngase en contacto con sus compañeros. Dígales que estén preparados para encontrar problemas en su peregrinaje.



Veinte kilómetros al este, el convoy principal estaba otra vez en movimiento. El Chimera que transportaba la munición había quedado bastante bien reparado por el momento, aunque el intendente Elthan habia advertido a Gaunt que sería conveniente hacerle una revisión a fondo durante el descanso nocturno.

Otra vez llevaban una buena marcha. Gaunt iba sentado en la cabina abierta de su Salamandra de mando, revisando los mapas y confiando en llegar a Mukret antes de que cayera la noche. Mkoll acababa de tomar contacto. Alfa AR había llegado a Mukret y la había encontrado desierta. Sin embargo, el avezado explorador había insistido en su advertencia sobre el avistamiento de infardi.

Gaunt dejó los mapas a un lado y volvió a su copia manoseada y anotada del evangelio de Santa Sabbat que ya había repasado varias veces a lo largo del día. Tratar de leer el texto en medio del traqueteo del Salamandra le daba dolor de cabeza, pero él insistía. Volvió sobre las últimas marcas que había puesto. La sección central, los Salmos de Sabbat, era prácticamente impenetrable con su lenguaje antiguo y críptico, lleno de símbolos misteriosos. En ellos se podía encontrar todo o nada, y él no encontró ningún significado.

Sin embargo, reconocía que eran los versos religiosos más hermoso que había leído en su vida. También se lo habían parecido al Señor de la Guerra Slaydo de quien había heredado Gaunt esa afición a los salmos de Sabbat. Dejó el libro sobre sus rodillas un momento mientras alzaba la vista y recordaba a Slaydo.

Sintió una sacudida cuando el tanque redujo la marcha de repente, y se puso de pie para ver qué pasaba. Su vehículo era el tercero a contar desde la cabecera del convoy, y los dos Salamandra de exploración que iban delante habían reducido notablemente la velocidad. Las luces rojas de freno se habían encendido detrás de sus rejillas metálicas, y llamaban la atención en medio del crepúsculo.

Un gran rebaño de enormes quelones venía hacia ellos conducido por varios campesinos vestidos de color beige. Ocupaban la mitad de la carretera, y los primeros vehículos se habían visto obligados a formar una fila apretada contra el lado del río.

—Uno a unidades del convoy —dijo Gaunt por su transmisor en la banda de todos los canales—. Reduzcan la velocidad y acérquense al borde izquierdo. Hay ganado en la carretera. Den muestras de cortesía y pasen a buena distancia de ellos.

Los conductores dieron respuestas escuetas. El convoy redujo al máximo la velocidad y siguió avanzando junto a la perezosa línea de animales. Gaunt maldijo este nuevo retraso. Pasarían diez minutos como mínimo antes que superaran esta obstrucción.

Miró los grandes caparazones que pasaban lo bastante cerca como para tocarlos. Despedían un fuerte olor a tierra, y Gaunt pudo oír el roce de sus pieles coriáceas y el gorgoteo de sus múltiples estómagos. Lanzaban unas ventosidades nauseabundas, gruñían y resoplaban. Sus morros chatos no paraban de rumiar. También vio a los

pastores, corpulentos campesinos ataviados con las rústicas vestimentas color beige de la casta campesina. Llevaban la cabeza cubierta con capuchas y la cara protegida con velos para evitar el polvo e iban azuzando a las bestias con el extremo de sus cayados. Algunos se disculparon con una inclinación de cabeza al pasar, pero la mayoría ni siquiera miraba a los imperiales. Gaunt pensó que mientras la guerra religiosa y la profanación asolaban su mundo ellos seguían con sus actividades habituales. En esta galaxia letal todavía quedaban vidas envidiablemente sencillas…

«Mucho ganado y tres pastores inofensivos.» Le vino a la cabeza con abrupta claridad el informe de Mkoll.

Ahora que estaba a la misma altura que ellos contó al menos nueve.

—¡Uno! ¡Aquí uno! Estén prevenidos, podría ser…

Sus palabras se vieron interrumpidas por el zumbido de un misil lanzado desde el hombro. Dos vehículos más atrás, un Salamandra de comando se sacudió y vomitó un cono de fuego y chatarra. Los fragmentos de metal que volaron por los aires impactaron incluso contra la carrocería de su vehículo.

Los transmisores se volvieron locos. Gaunt pudo oír ráfagas sostenidas de fuego láser y armas automáticas. Los pastores, que de repente eran varias docenas, surgían de entre los asustados animales. Llevaban armas. Al despojarse de sus túnicas aparecieron las armaduras y la seda verde.

Gaunt empuñó su pistola bolter.

Los infardi los rodeaban.



SIETE

Muerte en la carretera

Dejadme descansar, ahora la batalla ha terminado.

Canción de la Guardia Imperial

Con su disfraz de pastor agitado por el viento, un fusilero infardi trepó al guardabarros del Salamandra de mando y levantó su pistola automática con un chillido triunfal y rabioso en sus labios resecos. Hedía a licor de fruta fermentada, y en su frenética borrachera sus ojos tenían un brillo de locura.

La descarga del bolter de Gaunt le dio de lleno en la mejilla derecha y su cabeza se desintegró en una explosión de tejido pulverizado.

—¡Uno a las unidades de la guardia de honor! ¡Emboscada infardi a la derecha! ¡La orden es volverse y repeler el ataque!

A sus oídos llegaron otros impactos de misil y disparos de armas pequeñas. Los quelones, atrapados entre el borde de la carretera y los blindados imperiales, mugían asustados y golpeaban sus caparazones contra los cascos de los vehículos.

—¡Dé la vuelta! ¡Dé la vuelta al vehículo! —gritaba Gaunt a su conductor.

—¡No hay lugar, señor! —respondió el Pardus con desesperación. Una descarga de potentes impactos arrancó chispas al rebotar en el blindaje del Salamandra.

—¡Maldita sea! —bramó Gaunt, y encaramándose a la parte trasera del tanque disparó contra el enemigo, matando a un infardi e hiriendo a un quelón adulto. La bestia mugió y cayó aplastando a otros dos emboscados antes de golpear contra el Chimera que venía detrás y empezar a revolverse, entre aullidos, mientras empujaba el tanque hacia el arcén.

Gaunt profirió un juramento y se hizo cargo del bolter de asalto montado sobre un pivote central. Al ver a los infardi que iban apareciendo al frente, barrió la carretera derribando a varios de ellos. Algunos habían trepado al tanque de exploración que iba en cabeza y estaban matando a la tripulación. El vehículo aminoró la marcha a saltos y se detuvo atravesado.

Detrás de Gaunt se oyó el rugir de las armas del tanque que los seguía. Oyó la detonación de gas abrasador, el crujido del mecanismo al recular y el silbido de la bomba que cayó en el canal que había a la derecha de la carretera y levantó una gran columna de cieno líquido. Otros tanques disparaban ahora sus armas principales y empezó a oírse el tableteo de los bolter montados en sus torretas. Otro quelón de gran tamaño explotó literalmente al ser alcanzado de lleno por un disparo de obús. Una nube maloliente de sangre pulverizada y gases intestinales recorrió todo el convoy.

Gaunt sabía que tenían las de ganar en cuanto a fuerza, pero los emboscados eran astutos. Con el ganado habían reducido la velocidad del convoy y lo habían acorralado contra el borde de la carretera para que no pudiera maniobrar.

Volvió a disparar haciendo picadillo a un infardi que corría a emplazar un lanzamisiles. De todos modos, una última convulsión de sus dedos muertos hizo que se disparase el misil que cayó de inmediato abriendo un profundo cráter en la carretera.

Algo sujetó a Gaunt por detrás y tiró de él para apartarlo del bolter de asalto. Cayó

hacia atrás, en el habitáculo de la tripulación, moviendo las piernas y luchando por su vida.

El primer tercio del convoy de la guardia de honor estaba sometido a un ataque feroz, atascado y frenado hasta tal punto por el ganado, que la cola del convoy, dispersa a lo largo de más de cuatro kilómetros de carretera, no podía acudir para darle un apoyo efectivo.

Larkin se encontró disparando codo con codo con Cuu desde su transporte hacia la hierba a medida que los infardi iban surgiendo como un enjambre desde la orilla del río. Cuu reía a media voz mientras mataba. Un cohete antitanque pasó silbando por encima de sus cabezas mientras llovían a su alrededor las ráfagas de láser que mataron a un soldado que estaba cerca y rompieron las ventanillas de la cabina del camión.

—¡A dispersarse y combatir! —gritó el sargento Kolea, y los Tanith saltaron de los camiones en masa, cargando contra los atacantes con la bayoneta calada y disparando con sus rifles láser.

Criid y Caffran cargaron juntos y mataron a los primeros infardi cuerpo a cuerpo, acuchillándolos y destripándolos. Caffran se detuvo para hacer un disparo que derribó a otro emboscado y lo hizo caer rodando por el canal hacia el campo. Criid cayó, se levantó, y disparó su láser contra las pantorrillas del infardi que cargaba contra ellos. Un tanque Pardus rugió a sus espaldas, disparando a discreción contra los atacantes.

El camión de Rawne, más atrás en la fila, estaba erizado de infardi. La caja se bamboleaba por el peso de los cuerpos que se iban apilando en ella. Rawne disparó su rifle láser contra la masa y vio a Feygor cortar la garganta de un enemigo con su cuchillo Tanith. Las descargas de láser abrían surcos de luz enceguecedora en el cielo cada vez más oscuro del atardecer. Un segundo después, el fuego se adueñaba de la hondonada que bordeaba la carretera. Desde el camión de Varl, el soldado Brostin estaba barriendo el suelo con ráfagas de su lanzallamas.

El mayor Kleopas trató de virar su Conquistador, pero un quelón enorme, arremetió resoplando contra las defensas del vehículo haciendo que éste quedara medio levantado. Durante cinco segundos, las orugas del tanque giraron en vacío mientras el peso del quelón lo clavaba de morro en la carretera.

A continuación, las orugas encontraron otra vez donde adherirse y el tanque de Kleopas dio un salto hacia adelante.

—¡Embístalo! —ordenó Kleopas.

—¿Señor?

—¡Maldita sea! ¡A toda potencia! ¡Embístalo! —fue la furiosa respuesta que recibió el conductor.

El tanque de combate Conquistador, que llevaba el nombre de Corazón

destructivo pintado a mano en la carrocería, patinó de lado, levantando una gran nube de polvo, y a continuación enterró la hoja de su motoniveladora en las patas del enorme quelón. El vehículo de Kleopas mutiló al animal y lo arrastró fuera de la carretera, aunque su carrocería metálica sufrió abolladuras en el proceso por la colisión con el caparazón del quelón.

Bramando, el quelón cayó patas arriba dentro del canal de regadío del campo arrastrando a ocho infardi en la caída.

El Corazón destructivo salió de la carretera y se metió en el lecho del río con sus orugas a plena revolución. Mientras el artillero principal y el encargado de apuntar arrojaban un obús tras otro entre los árboles que estaban al otro lado de la carretera, Kleopas se encargaba del bolter de punta dura y barría con balas trazadoras los canales de regadio.

Su maniobra rompió el punto muerto en que se encontraban. Otros tres tanques lo siguieron por la brecha que había abierto y empezaron a abrir fuego contra la línea de árboles que había a orillas de la carretera, eliminado a los infardi ocultos entre ellos con los bolter de sus torretas y sus lanzallamas.

En el camión cerrado que transportaba los suministros médicos, Ana Curth se estremecía cuando alguna bala perdida atravesaba la carrocería y las rejillas que soportaban los frascos de productos farmacéuticos. Los trozos de cristal volaban en todas direcciones. Lesp cayó de rodillas con una línea oscura de sangre que le surcaba la mejilla donde lo había herido un fragmento de cristal lanzado al aire.

Dos infardi treparon por la parte trasera del camión. Curth se quitó a uno de en medio dándole una patada en pleno rostro, y a continuación sacó una pistola láser que le había dado Soric y la disparó un par de veces haciendo que el segundo infardi cayera del camión.

La doctora se volvió a ver si Lesp estaba bien. Vio la cara de alarma del hombre, oyó a medias la advertencia que salía de su boca y sintió cómo la cogían y arrastraban fuera del camión.

Sintió que el mundo daba la vuelta y el terror se apoderó de ella. Se encontró cabeza abajo, sostenida negligentemente por las piernas y con la cara hundida en el polvo. Tenía infardi por todos lados que tiraban de ella y le desgarraban la ropa, y a su nariz llegaba ese maldito olor a sudor dulzón. Todo lo que podía ver era un revoltijo de seda verde y de piel tatuada.

Hubo un resplandor súbito de luz azul y un sonido sibilante. La salpicó un líquido caliente que, con objetividad profesional, identificó como sangre. Se balanceó al sentir que cedía la presión que la sujetaba.

Otro fogonazo azul volvió a surcar el aire y oyó un chillido. Curth cayó cuan larga era sobre la carretera y se dio la vuelta a tiempo para ver a Ibram Gaunt que blandía su brillante espada de energía con mano experta formando en el aire un seis que cortó

en dos a un infardi como si fuera un árbol. Gaunt había perdido la gorra y tenía la ropa desgarrada. En sus ojos había una mirada de furia infinita. Ahora manejaba la hoja sagrada de su Colmena de origen con ambas manos, como un semidiós salido de un antiguo mito. A su alrededor se amontonaban los cadáveres desmembrados y la gruesa arena de la carretera estaba empapada de sangre varios metros a la redonda.

Un héroe. La idea repentina cobró vida en su mente por primera vez. ¡Al diablo con Lugo y su desprecio! ¡Este hombre es un héroe imperial!

Lesp, por cuyo rostro corría la sangre, asomó de repente detrás del comisario, por la escotilla trasera del camión médico y empezó a disparar su rifle láser como apoyo. Gaunt clavó su espada de energía en la carretera y se arrodilló a su lado apoderándose del rifle láser de un infardi caído. Sus ráfagas cortas se sumaron a las de Lesp, y empezaron a derribar infardi al otro lado de la carretera. Los cuerpos cubiertos de verde caían al suelo o resbalaban hacia atrás por el terraplén, hasta el campo.

Curth llegó hasta donde estaba Gaunt andando a cuatro patas y una vez a salvo detrás del coronel también se arrodilló y empezó a disparar con un arma infardi que tomó prestada. No tenía la pericia ni la formación de Gaunt con un láser de asalto, ni siquiera podía compararse con el soldado Lesp, pero se las arreglaba bien con aquella arma desconocida. Gaunt, con expresión decidida y segura, disparaba con una maestría que ya hubiera querido para sí más de un soldado de infantería bien entrenado.

—No la oí gritar —le dijo Gaunt de repente, sin dejar de disparar.

—¿Qué?

—No la oí gritar cuando la cogieron.

—Ah, ¿y eso es bueno?

—Hubiera sido una pérdida de energía, de dignidad. De haberla matado, no les habría causado la menor satisfacción.

—Ya veo —dijo la mujer desconcertada, sin saber si debía considerarlo como un halago.

—Nunca le dé nada al enemigo, Ana. Toman lo que pueden, y siempre es más que suficiente.

—Ése es su lema ¿verdad? —preguntó con amargura, lanzando otra ráfaga de disparos vacilantes pero entusiastas.

—Sí —respondió Gaunt como sorprendido de que ella lo preguntara. Al darse cuenta, ella también se sintió sorprendida de sí misma, por su propia estupidez. Era obvio y lo hubiera sabido con sólo reconocerlo. Ésa era la forma de ser de Gaunt. Gaunt, el héroe imperial. No dar nada. Nunca. Jamás. No bajar nunca la guardia, no dar la menor ventaja al enemigo. Mantenerse firme y morir luchando. Lo demás no servía.

Se dio cuenta de que a las virtudes de un comisario, se sumaban las de un

guerrero. Era la filosofía básica de Gaunt. La que lo había llevado hasta allí y la que lo llevaría a cualquier muerte, piadosa o cruel, que los hados le tuvieran reservada. Era lo que lo hacía tal como era: el soldado implacable, el líder apreciado, el aniquilador terrible.

Sintió por él una tristeza insoportable y al mismo tiempo una admiración sin límites.

Ana Curth había oído hablar de la desgracia que le esperaba al fin de esta misión. Eso era lo que más la entristecía. Se dio cuenta de que él iba a ser absolutamente fiel a su deber y a su misión hasta el final. A pesar de la sombra de deshonor que se cernía sobre él, no flaquearía.

Gaunt sería Gaunt hasta que la muerte viniera a por él.

A cincuenta metros de distancia, el capitán Herodas saltó de un Salamandra en llamas un momento antes de que un segundo cohete antitanque salido de entre los árboles del borde de la carretera lo partiera en dos.

Casi de inmediato, un trozo de metralla le atravesó la rodilla izquierda y lo hizo caer al suelo. Durante un segundo el dolor lo obnubiló, pero enseguida volvió en sí y trató de arrastrarse. El soldado Pardus que tenía a su lado estaba boca abajo en un charco de sangre.

—¡Lezink! ¡Lezink!

Herodas trató de ponerlo boca arriba, pero los miembros estaban inertes y el cuerpo parecía hueco y vacío. Herodas bajó la vista y vio el horror de carne destrozada y hueso astillado en que se había convertido la articulación de su rodilla. Las ráfagas de láser pasaban rozándole la cabeza. Echó mano a su pistola, pero la cartuchera colgaba abierta y vacía.

El dolor sordo que lo atenazaba le hizo saltar las lágrimas. A su alrededor todo era gritos, disparos, muerte.

El suelo se sacudió. Herodas levantó la vista y miró con incredulidad a la hembra de quelón que, apartándose del aterrorizado rebaño, se lanzaba contra él en estampida. Tenía el tercio del tamaño de un macho grande, pero con todo pesaba más de dos toneladas.

Cerró con fuerza los ojos y se preparó para el inminente impacto aniquilador.

Un delgado rayo de energía roja proveniente del otro lado de la carretera alcanzó a la bestia a la carrera con tal fuerza que la hizo volar hacia un lado. El disparo abrió un enorme boquete en el quelón y lo dejó convertido en un bulto chamuscado del que goteaba un líquido grasiento.

«¡Fuego de plasma! —se dijo Herodas—. ¡Por todos los dioses! ¡Es fuego de plasma!»

Vio la pesada figura del comisario Hark avanzando a grandes zancadas por la carretera, oscura contra el polvo y la luz del crepúsculo, con su chaqueta larga

ondeando en torno al cuerpo. Hark gritaba órdenes de viva voz y por señas mientras dirigía a paso rápido a las unidades de infantería Tanith por la carretera contra el flanco del enemigo. Sostenía una antigua pistola de plasma en la mano derecha.

Hark se detuvo e hizo avanzar a otras tres unidades en tres direcciones distintas para dispersarlas por la canalización del arcén. Se volvió e hizo señas a dos Conquistador Pardus para que salieran de la carretera con gestos rápidos y confiados.

Luego giró en redondo, levantó el arma e incineró a un infardi que había aparecido entre la vegetación del margen de la carretera.

Luego se acercó a Herodas.

—Quédese quieto, ya traen ayuda.

—¡Póngame de pie y lucharé! —se quejó Herodas.

Hark sonrió.

—Su valor le honra, capitán, pero créame, no irá a ninguna parte que no sea una camilla. Su pierna está hecha una pena. No se mueva.

Se volvió y disparó otra vez su pistola de plasma hacia los árboles, contra un blanco que Herodas ni siquiera pudo ver.

—Los hay por todas partes —dijo Herodas.

—No, están empezando a ceder. Los estamos poniendo en fuga —le dijo Hark dejando su pistola de plasma y arrodillándose para aplicarle a Herodas un torniquete en el muslo.

—Esto se les ha ido de las manos —volvió a tranquilizar al capitán, pero Herodas había vuelto a perder el sentido.

Era cierto. La lucha los había superado. Vencidos y rechazados, dejando a dos tercios de sus hombres muertos, los infardi huían hacia el bosque, perseguidos por las bombas de los Pardus y el golpeteo de las baterías Hydra.

La sección frontal del convoy era un desastre: dos Salamandras de exploración y un Salamandra de mando destrozados y en llamas, un Chimera de aprovisionamiento volcado y convertido en chatarra, dos camiones incendiados. Veintidós Pardus muertos, quince Fantasmas, seis hombres del Munitorium. Seis Fantasmas y tres Pardus gravemente heridos y más de ochenta heridos leves entre personal de diversa índole.

Mientras escuchaba la relación de muertos y heridos por su microteléfono, Gaunt volvió a su vehículo, recuperó su gorra y cambió su destrozada chaqueta de asalto por una cazadora de cuero de tipo aviador.

Se sentó en el borde trasero de su Salamandra mientras los soldados, sudorosos, sacaban los cadáveres de su conductor y su oficial de derrota.

La escena estaba envuelta en humo y en vapores sanguinolentos. Por todas partes había sembrados cuerpos de infardi junto con los quelones derribados, algunos muertos, otros mortalmente heridos. El resto del rebaño se había dispersado por el

campo e iban desapareciendo en el horizonte que se oscurecía progresivamente. Hasta Gaunt llegaba el ruido de los láser y el bramido de los tanques que despejaban los bosques bajos.

En el curso de la batalla, el sol había bajado y ahora el cielo presentaba una suave tonalidad violeta. Del río subía una brisa nocturna que hacía estremecer los árboles. Iban con mucho retraso y aún estaban lejos de la prevista parada nocturna. Tal como iban las cosas, sería noche cerrada antes de que pudieran llegar a Mukret.

Gaunt oyó que alguien se acercaba y levantó la vista. Era el intendente Elthan. Iba vestido con el austero uniforme gris del Munitorium y lucía una expresión desdeñosa.

—Esto es intolerable, coronel-comisario —dijo sin más.

—¿Qué es lo intolerable?

—Las pérdidas, el ataque.

—Me temo que no le entiendo, intendente. La guerra no es intolerable. Es sucia y trágica y terrible y a menudo sin sentido, pero también es una realidad de la vida.

—¡Este ataque! —escupió Elthan furibundo, con los labios apretados contra sus dientes amarillentos—. ¡Se lo habían advertido! ¡Su destacamento de exploradores lo previno contra la presencia del enemigo! Yo mismo lo oí por radio. ¡Esto no debería haber ocurrido!

—¿Qué está insinuando, intendente? ¿Qué yo soy culpable de las muertes?

—¡Eso es exactamente lo que estoy insinuando! Pasó por alto los avisos de sus exploradores. Siguió adelante…

—Ya basta —dijo Gaunt poniéndose de pie—. Estoy dispuesto a atribuir sus comentarios a la conmoción y la inexperiencia. Será mejor que olvidemos que esta conversación tuvo lugar.

—¡Yo no lo haré! —insistió Elthan—. Todos estamos enterados del desastre en que convirtió usted la liberación de Doctrinópolis. Ese burdo liderazgo le ha costado su carrera, y ahora…

—Epsilon Menazoide, Fortis Binary, la Colmena Vervun, Monthax, Sapiencia, Nacedon.

Ambos se volvieron. Hark estaba observándolos.

—¿Qué opina usted, intendente? ¿Otros ejemplos de burdo liderazgo?

Elthan empezó a ponerse rojo.

—¡Espero su apoyo en esto, comisario! ¿No está aquí para imponer disciplina y supervisar esto… a este hombre acabado?

—Estoy aquí para desempeñar las funciones de un comisario imperial —dijo Hark simplemente.

—Pero usted oyó los informes del equipo de reconocimiento.

—Así es —respondió Hark—, Se nos advirtió de que había actividad enemiga. Avanzamos cautelosamente y tomamos precauciones. A pesar de eso, nos

sorprendieron. Eso es lo que se llama una emboscada. Son cosas que suceden en la guerra. Forma parte del riesgo de cualquier acción militar.

—¿Se está poniendo de su parte? —preguntó Elthan.

—Estoy manteniendo una posición neutral y objetiva. Estoy señalando que hasta el mejor comandante está expuesto a ser atacado y a sufrir bajas. Estoy sugiriendo que regrese usted a su vehículo y supervise la reorganización de este convoy.

—Yo no…

—No, usted no entiende porque usted no es un soldado, intendente. En mi mundo tenemos un dicho: a veces coges al toro y otras veces el toro te coge a ti.

Elthan se volvió con aire despreciativo y se alejó. Más adelante, en la carretera, un trio de tanques Pardus estaba despejando la pista de restos de quelón. Los faros brillaban como pequeñas lunas llenas en el crepúsculo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Hark a Gaunt—. Parece usted… no sé… sorprendido, supongo.

Gaunt sacudió la cabeza y no respondió. En realidad, estaba sorprendido por la forma en que Hark había salido en su defensa. Elthan había dicho muchas chorradas, pero había dado en el clavo por lo que respecta a la actual misión de Hark. Era algo que estaba en boca de todos. El propio Hark lo había dado por sentado sin rodeos desde el principio. Era el brazo de Lugo y estaba aquí para supervisar la última misión de Gaunt. El coronel poco sabía de los antecedentes de Hark, de su carrera, pero al parecer, Hark sí conocía la suya a la perfección. Había recitado de memoria y como al pasar las acciones más notables de los Fantasmas bajo el mando de Gaunt. Y lo había hecho con lo que parecía una admiración genuina.

—¿Se ha dedicado a estudiar mi carrera, Hark?

—Por supuesto, he sido designado para servir con los Primeros de Tanith como comisario. Estaría faltando a mi deber si no me hubiera familiarizado a fondo con la historia y las operaciones de este cuerpo ¿no le parece?

—¿Y qué conclusiones sacó de su estudio?

—Que, a pesar de un historial de enfrentamientos con los escalones más altos de la comandancia, usted tiene una notable hoja de servicio. Hagia es su primera derrota, pero es una derrota de tal magnitud que amenaza con eclipsar todo lo que hizo antes.

—¿De verdad? ¿Cree usted realmente que soy el único culpable del desastre de Doctrinópolis?

—El general Lugo es un general, Gaunt. Ésa es la respuesta más completa que puedo darle.

Gaunt asintió con una sonrisa de pocos amigos.

—Hay una justicia por encima del rango, Hark. Slaydo creía en ello.

—Que en paz descanse y el Emperador lo proteja. Pero ahora Macaroth es el Señor de la Guerra.

La ingenua sinceridad de la respuesta sorprendió a Gaunt. Por primera vez sentía algo más que odio por el comisario Viktor Hark. Formar parte de la Guardia Imperial significaba pertenecer a un sistema complejo de obediencia, lealtad y servicio. La mayoría de las veces, ese sistema obligaba a los hombres a asumir obligaciones y tomar decisiones en contra de su voluntad. Gaunt había luchado contra el sistema a lo largo de toda su carrera. ¿Se veía ahora reflejado en otro? ¿O acaso Hark era peligrosamente persuasivo?

Lo último parecía probable. El carisma era una de las armas principales de un buen comisario, y al parecer Hark lo tenía en su haber. Decir lo adecuado, en el momento adecuado y con el efecto adecuado. ¿Estaba jugando con él?

—He destinado algunos pelotones a enterrar a los muertos —dijo Hark—. No podemos permitimos llevarlos con nosotros. Bastará con un pequeño servicio religioso por parte del capellán de los Pardus. Los heridos constituyen un problema más serio. Tenemos a nueve heridos graves, entre ellos el capitán Herodas. La oficial médico Curth dice que por lo menos dos de ellos morirán si no llegan mañana a un hospital. Los otros también lo harán si los llevamos con nosotros.

—¿Qué sugiere?

—Estamos a menos de un día de Doctrinópolis. Sugiero que sacrifiquemos un camión y los enviemos de regreso a la ciudad con un conductor y tal vez unos cuantos guardias.

—Eso haría yo también. Dispóngalo todo, por favor. Seleccione un conductor del Munitorium y un Fantasma, un solo hombre capacitado, como escolta armada.

Hark asintió. Hubo una larga pausa y Gaunt pensó que Hark iba a hablar otra vez.

En lugar de eso se alejó hasta perderse en la oscuridad.



Era cerca de medianoche cuando los últimos elementos del convoy de la guardia de honor entraron en la desierta aldea de Mukret. Las dos lunas estaban altas, una de ellas pequeña y llena, la otra un semicírculo geométrico grande y perfecto. Franjas rutilantes de estrellas decoraban el cielo azul oscuro.

Gaunt levantó la vista hacia ellas mientras saltaba de su vehículo de mando. Los Mundos de Sabbat. El campo de batalla al que había venido con Slaydo hacia tantos años. El paisaje estelar de la cruzada. Por un momento tuvo la sensación de que todo dependía de este pequeño mundo, de esta pequeña noche, de este pequeño continente. De él.

Eran los Mundos de Sabbat porque éste era el mundo de Sabbat. El lugar de la

Santa, el más digno para cualquier soldado que tuviese que enfrentarse a su misión final. Slaydo lo habría aprobado, pensó Gaunt. Slaydo hubiera querido que fuera aquí. No estaban tomando por asalto algún mundo fortaleza ni diezmando las legiones del archienemigo. Esas glorias y esos honores bélicos parecían insignificantes comparados con esto.

Estaban aquí por la Santa.



Alfa AR había afianzado su posición en la población vacía. Los tanques y transportes entraron llenando el frío aire de la noche con sus estruendosos escapes y sus faros deslumbrantes.

La carretera principal estaba llena de vehículos y de tropas que desembarcaban. Se encendieron los fuegos y se apostaron centinelas.

Mkoll hizo el saludo a Gaunt al verlo acercarse.

—Parece que tuvieron problemas, señor.

—A veces te coge el toro, sargento —respondió Gaunt.

—¿Señor?

—A partir de mañana organizará una formación en punta de lanza bajo su mando. Blindados pesados, avance rápido.

—No es mi estilo, señor, pero si usted insiste.

—Insisto. Nos cogieron durmiendo y hemos pagado por ello. Fue mi error.

—No fue error de nadie, señor.

—Es posible, pero en adelante sólo puede ser peor. Punta de lanza, desde Mukret, al amanecer. ¿Puede disponerlo todo?

Mkoll asintió.

—¿Quiere elegir usted la formación o confía en mí para ello?

El sargento explorador sonrió.

—Encárguese usted, señor. Siempre lo he preferido así.

—Consultaré a Kleopas y lo pondré al corriente.

Atravesaron a pie el trajín del personal que se apeaba de los vehículos.

—He conocido a un hombre aquí —dijo Mkoll—. Una especie de sacerdote errante. Debería hablar con él.

—¿Para confesar mis pecados?

—No, señor. El es… Bueno, no sé bien lo que es, pero creo que le caerá bien.

—De acuerdo —dijo Gaunt. Él y Mkoll se hicieron a un lado para dejar pasar a los soldados de Tanith que transportaban cajas de munición y desplegaban morteros para

la defensa del perímetro.

—Lo siento, señor —dijo Larkin, luchando con un pesado cajón de granadas.

—Adelante, Larks. —Gaunt sonrió.

—Mala suerte lo de Milo —dijo Larkin.

Gaunt sintió un escalofrío. Por un espantoso momento se preguntó si se le habría pasado el nombre de Milo en la lista de bajas.

—¿Mala suerte?

—Que haya tenido que volver así a la ciudad. Se perderá el espectáculo.

Gaunt asintió con reservas y llamó al sargento Baffels, el comandante del pelotón de Milo.

—¿Dónde está el soldado Milo?

—Va de regreso a Doctrinópolis con los heridos. Creí que usted lo sabría, señor. —Baffels, fornido y barbudo, miró incómodo al coronel-comisario.

—¿Lo seleccionó Hark?

Baffels asintió.

—Dijo que usted quería un hombre capaz para escoltar a los heridos.

—Siga con lo suyo, sargento.

Gaunt caminó entre la febril actividad del convoy alejándose hacia la orilla del rio, donde el agua ondulante reflejaba las lunas y el murmullo de los animales nocturnos poblaba la oscuridad desde todos los ángulos.

Milo. Gaunt siempre había bromeado sobre el hecho de que los hombres consideraran a Milo su mascota de la suerte. Les había echado en cara esa superstición tonta, pero en el fondo de su corazón, silenciosamente, él también sentía que era así. Milo tenía una gran simpatía. Representaba todo lo relacionado con el Tanith perdido. Era el último y único vínculo con el pasado de los Fantasmas.

Ésa era la razón de que Gaunt lo hubiese mantenido siempre cerca, aunque nunca lo había admitido.

Hark había elegido a Milo para volver a la ciudad santa. ¿Accidente? ¿Casualidad? ¿Designio?

Hark ya había dejado claro que había estudiado los antecedentes de los Tanith. Tenía que saber que, psicológicamente, Brin era muy importante para los Fantasmas, para Gaunt.

El coronel-comisario tuvo la desagradable sensación de que le estaban haciendo la cama deliberadamente.

Peor aún, tuvo un funesto presentimiento. Por primera vez marchaban sin Milo, y él ya sabía que ésta iba a ser su última misión.

Ahora lo asaltaba una fúnebre premonición y sentía que todo iba a salir mal. Muy mal.

* * *

Ya lejos, volviendo por la carretera de Tembarong hacia Doctrinópolis, el solitario transporte de tropas se abría camino en medio de la noche.

Milo había hecho la primera parte del camino nocturno en la cabina, pero el obeso conductor del Munitorium había resultado hosco y taciturno, y además había empezado a dar muestras de un problema de flatulencia crónico que habría resultado ofensivo incluso en un coche abierto.

Milo se había pasado atrás para hacer el resto del viaje en compañía de los heridos.

El comisario Hark lo había elegido para esta función y Milo se preguntaba por qué. Había muchos solados que podrían haberse encargado de eso.

Milo se preguntaba si Hark lo había elegido porque él llevaba poco tiempo como soldado. A pesar de su uniforme, algunos de los Fantasmas todavía lo consideraban como un símbolo civil. Eso no le gustaba. Era un maldito Guardia Imperial y estaba dispuesto a llegar a las manos con quien se atreviera a ponerlo en duda. Más aún le molestaba perderse la que él sabía que sería la última actuación de los Fantasmas de Tanith bajo las órdenes de Ibram Gaunt. No estaba seguro de que fuera a haber mucha gloria en esta misión, pero ansiaba con todas sus fuerzas formar parte de ella.

Se sentía estafado.

Entonces, mientras observaba la luz de la luna rielando por el vecino río, se preguntó si Gaunt le habría dicho a Hark que lo eligiera. Su encuentro con Gaunt en el Universitariat todavía estaba fresco. ¿Acaso Gaunt habría querido alejarlo?

La mayor parte de los heridos estaban inconscientes o dormidos. Milo se sentó junto al capitán Herodas en la parte trasera del traqueteante vehículo. El capitán estaba pálido y demacrado por la pérdida de sangre y por el traumatismo. Milo temió que Herodas no consiguiese llegar vivo a Doctrinópolis a pesar de los cuidados médicos que le había dispensado la doctora Curth. Había perdido mucha sangre.

—No se me vaya a morir, señor —le dijo con voz ronca al oficial tendido de espaldas.

—No lo haré, lo prometo —murmuró Herodas.

—Es sólo una herida delicada. Lo van a poner bien. ¡Por Feth, tendrá una rodilla protésica antes de que se dé cuenta!

Herodas se rió, pero sin emitir sonido alguno.

—El sargento Varl, de mi unidad, tiene un hombro protésico. Lo último en biónica.

—¿Sí? —preguntó Herodas en un susurro. Milo quería hacer que siguiera hablando. Sobre cualquier cosa, cualquier tontería. Le preocupaba lo que pudiera

suceder si Herodas se quedaba dormido.

—¡Pues sí, señor, lo más moderno! Dice que ahora hasta puede romper nueces de nal con el sobaco.

—Se va a perder usted toda la diversión por venir con nosotros —dijo el capitán con una risita.

—De diversión nada —respondió Milo con una mueca—. El canto del cisne del coronel-comisario. No creo que haya mucha gloria en participar en eso.

—Es un buen hombre —musitó Herodas, moviendo el cuerpo hasta donde se lo permitía el dolor para estar más cómodo—. Un buen comandante. Yo no lo conocía bien, pero por lo que pude ver sería un orgullo pertenecer a los suyos.

—Hace su trabajo —dijo Milo.

—Y más. ¡La Colmena Vervun! ¡Leí los despachos sobre eso! ¡Vaya acción! ¡Qué dominio! ¿Participó usted en eso?

—Habitáculo por habitáculo, señor.

Herodas tosió y sonrió.

—Algo notable. Algo para sentirse orgulloso.

—Fue como de costumbre —mintió Milo mientras los ojos se le llenaban de ardientes lágrimas de rabia.

—Una gloria así va con uno hasta el fin de sus días, soldado. —Herodas se quedó callado y pareció dormir.

—¿Capitán? ¿Capitán?

—¿Qué? —preguntó Herodas parpadeando.

—Yo… nada. Veo las luces. Veo que estamos cerca de Doctrinópolis, casi hemos llegado.

—Eso está bien, soldado.

—Milo, me llamo Milo, señor.

—Muy bien, Milo. Dígame lo que ve.

Milo se puso de pie en la caja del camión y miró a través de la oscuridad a las llamas que brillaban en la distancia, sobre la Ciudadela. Eran un faro en medio de la noche.

—Veo la ciudad santa, señor.

—¿De veras?

—Sí, puedo verla, veo las luces.

—Cómo me gustaría estar allí —susurró Herodas.

—¿Señor? ¿Qué ha dicho, señor? —Milo lo miró apartándose del viento que producía el camión y sujetándose bien a los montantes.

—Mi nombre es Lucan Herodas. Ya no me gusta seguir siendo un «señor». Llámeme por mi nombre.

—Así lo haré, Lucan.

Herodas asintió lentamente.

—Dígame lo que ve ahora, Milo.

—Veo las puertas de la ciudad. Veo los tejados y las torres. Veo los templos brillando como luciérnagas en la oscuridad.

Lucan Herodas no respondió. El camión pasó por la puerta del Peregrino. El amanecer se insinuaba apenas en el horizonte.

Diez minutos después, el camión se detuvo en el patio del hospital del oeste de la ciudad.

Para entonces, Herodas había muerto.



OCHO

El pelotón de los heridos

Del mismo modo que yo he sido llamada para la santa misión, yo llamaré a otros para que se unan a mí.

Santa Sabbat,

Epístolas.

—Hace una mañana hermosa, resplandeciente, Colm, perro viejo —anunció Doden entrando en la pequeña habitación que habían reservado para el segundo oficial al mando de los Tanith. La temprana luz del día entraba, lechosa, por la ventana orientada al oeste. El aire era fresco, pero traía la promesa de un día caluroso. De las salas del hospital llegaba un olor penetrante a antiséptico.

No hubo respuesta inmediata, pero era sabido que Corbec dormía profundamente.

—¿Ha dormido bien? —preguntó Dorden en tono coloquial mientras avanzaba hacia el armario que había junto a la cama cubierta con un mosquitero.

Confiaba en que el sonido de su voz fuera despertando lentamente al coronel para poder examinarlo. Más de un enfermero había recibido un puñetazo en la boca por despertar a Corbec con brusquedad excesiva.

Dorden cogió un pequeño tarro de loza lleno de analgésicos.

—¿Colm? ¿Cómo ha dormido? Quiero decir con todo ese ruido.

El ruido de la constante evacuación no había parado en toda la noche, e incluso ahora podía oír cómo golpeaban las cajas y el ir y venir de soldados en la calle. Cada media hora rugían sobre Doctrinópolis los motores de las naves de transporte que subían hacia el espacio.

El imponente edificio gótico de la Schola Medicae Hagias quedaba sobre la orilla occidental del río sagrado frente al Universitariat, ocupando el corazón de uno de los barrios más poblados y activos de la ciudad. La Schola Medicae, un dispensario municipal unido al hospital escuela del Universitariat, era una de las muchas instituciones de la ciudad que habían ocupado las fuerzas imperiales de liberación para atender a los heridos.

—Es curioso, yo no estoy durmiendo demasiado bien —dijo Dorden con aire ausente, sopesando el frasco lleno de píldoras—. Demasiados sueños. Sueño mucho con mi hijo estos días. Con Mikal, ya sabe. Aparece en mis sueños constantemente. No logro entender qué es lo que quiere decirme, pero está tratando de decirme algo.

Debajo de la ventana de la pequeña habitación se entabló una discusión. Unas voces airadas se alzaron en el aire tranquilo y despejado.

Dorden se dirigió a la ventana, la abrió y se asomó.

—¡Hablen en voz baja! ¡Se supone que esto es un hospital! ¡Un poco de consideración!

Las voces se alejaron y el médico se volvió hacia la cama velada por el mosquitero.

—Me parece que esto está medio vacío —dijo en voz baja moviendo el frasco—. ¿Ha estado tomando muchas? No es broma, Corbec. Son medicamentos muy potentes, si toma una dosis excesiva…

Su voz se fue apagando. Avanzó hacia la cama y apartó la tela.

La cama estaba vacía. Revuelta, como si alguien hubiera dormido en ella, pero

vacía.

—¿Qué diablos…? —murmuró Dorden.



La basílica de Macharius Hagia era un edificio imponente situado en el lado oriental de los mercados de ganado del Foso Sagrado. Tenía cuatro torres hechas de sillería gris verdosa, una piedra importada de otro mundo y que formaba un marcado contraste con los rosados y cremas de la piedra del lugar. Sobre un gran plinto de ladrillo que había en el arco de la entrada se elevaba una enorme estatua del Señor Solar con armadura completa, elevando las garras relampagueantes al cielo en un gesto de desafío o de venganza.

El interior, apartado del calor agobiante del día, estaba fresco y agradable. Palomas y pájaros rata revoloteaban en los espacios abiertos del tejado atravesando los anchos rayos de sol que penetraban hasta el interior de la nave.

El lugar estaba atestado incluso a hora tan temprana. Ayatani de hábitos azules iban arriba y abajo preparándose para una de las ceremonias matutinas. Los esholi les traían y llevaban cosas, o atendían a las necesidades de los muchos cientos de fieles que se reunían en la gran nave. La brisa traía olor a pescado y a pan recién hechos desde el este, donde estaban las cocinas públicas anexas a la basílica y cuya labor humanitaria consistía en dar limosna y proveer dos veces al día al sustento de los peregrinos que acudían.

El olor hacía que Ban Daur sintiera hambre. Mientras avanzaba renqueando por la columnata principal entre los demás fieles, el estómago le rugía y le dolía. Se detuvo un momento y se apoyó sobre su bastón hasta que se le pasó el mareo. No había comido mucho desde que lo habían herido, en realidad, no había hecho mucho de nada. Los médicos le habían prohibido que se levantase de la cama, pero nadie mejor que él para saber cómo se sentía: fuerte, increíblemente fuerte. Y afortunado. La espada ritual había errado su corazón por un margen muy estrecho. Los médicos temían que la herida pudiera haber dejado secuelas en el músculo cardíaco, una debilidad capaz de convertirse en herida si no observaba el debido descanso.

Sin embargo, él no podía quedarse en la cama. Este mundo, Hagia… estaba próximo a su fin. Las calles estaban llenas de personal militar y de civiles que trataban de embalar y embarcar el contenido de toda una vida. En el aire se respiraba miedo y una extraña sensación de irrealidad.

Emprendió otra vez la marcha, pero pronto tuvo que detenerse. Todavía estaba mareado y a veces el dolor de la herida que tenía en el pecho le llegaba en fuertes

oleadas.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó un esholi que pasaba, un adolescente con el típico traje de seda color crema. En los ojos del joven de cabeza rapada se reflejaba la preocupación.

—¿Puedo ayudarlo a sentarse?

—Mmm… tal vez. Puede que me haya excedido.

El estudiante lo cogió por el brazo y lo guió hasta un banco próximo. Daur se dejó caer en él, agradecido.

—Está usted muy pálido. ¿Debería estar de pie?

—Tal vez no. Gracias. Me pondré bien ahora que estoy sentado.

El estudiante asintió y siguió adelante, aunque Daur volvió a verlo unos minutos después, hablando con varios ayatani y señalando con aire preocupado en dirección a Daur.

Daur hizo como que no los veía y se recostó en su asiento mirando al altar mayor. Lo peor era la dificultad para respirar. El ejercicio lo dejaba exhausto rápidamente, y después le costaba recuperar el aliento porque respirar hondo le producía un dolor insoportable en la herida.

No, eso no era lo peor. Un cuchillo en el pecho no era lo peor. Resultar herido en combate y perderse la última misión de su regimiento… ni siquiera eso era lo peor.

Lo peor era lo que tenía en la cabeza, y eso no quería abandonarlo.

Oyó voces que intercambiaban palabras duras allí cerca y se volvió a mirar, lo mismo que todos los fieles que lo habían oído. Dos ayatani estaban discutiendo con un grupo de oficiales de los Coloniales Ardeleanos. Uno de los Coloniales señalaba repetidamente el relicario.

—Pero es nuestro patrimonio. ¡No vamos a permitir que nadie saquee este lugar sagrado! —decía indignado, uno de los sacerdotes.

En los últimos días Daur había oído los mismos sentimientos expresados en reiteradas ocasiones. A pesar del mal abominable que avanzaba hacia ellos con evidente intención de engullir todo el mundo, pocos hagianos nativos estaban dispuestos a la evacuación. En realidad, muchos de los ayatani consideraban que la retirada de los iconos y las reliquias para salvaguardarlos equivalía a una profanación. Pero las órdenes del general Lugo habían sido estrictas e inflexibles. Daur se preguntaba cuánto tardarían en arrestar a un hagiano por obstrucción o en fusilarlo por desobediencia.

Sintió una simpatía enorme por los fieles. Era casi como si su herida hubiera sido una revelación. Siempre había sido un hombre fiel a su deber, fiel al credo imperial, un siervo del Dios-Emperador. Pero nunca se había considerado especialmente… devoto.

Nunca antes de ahora, antes de Hagia, hasta que una daga infardi se le había

clavado entre las costillas. Era como si eso lo hubiera cambiado, como si hubiera sido transformado por el afilado acero y por su propia sangre derramada. Ya había oído casos de hombres que habían experimentado una transformación religiosa. Eso lo asustaba. Estaba dentro de su cabeza y no quería dejarlo en paz.

Sentía desesperadamente la necesidad de hacer algo. Recorrer renqueante la distancia de la enfermería al templo más próximo había sido el comienzo, pero no parecía haber conseguido mucho. Daur no sabía qué era lo que esperaba que sucediese. Tal vez una señal, un mensaje.

Esas cosas no parecían muy probables.

Suspiró y se apoyó en el respaldo con los ojos cerrados durante un momento. Estaba previsto que esa tarde a las seis se embarcase en una nave de transporte con los otros heridos que podían caminar. No era una perspectiva demasiado halagüeña. Le sonaba a deserción.

Cuando abrió los ojos vio una figura familiar entre los fieles, al pie del altar mayor. Fue tal su sorpresa que parpadeó confundido.

No se había equivocado. Era Colm Corbec, que llevaba el brazo izquierdo en un cabestrillo pegado a su pecho vendado. La manga de su chaqueta negra de faena colgaba vacía mientras él oraba, de rodillas.

Daur esperó. Al cabo de unos minutos Corbec se puso de pie, se volvió y vio a Daur sentado en un banco. Una mirada intrigada cruzó el pálido rostro del gigante. Se acercó enseguida.

—No esperaba verlo aquí, Daur.

—Yo tampoco esperaba verlo a usted, coronel.

Corbec se sentó a su lado.

—¿No debería estar en la cama? —preguntó Corbec—. ¿Qué? ¿Qué le resulta tan gracioso?

—Iba a preguntarle lo mismo.

—Ya, bueno… —murmuró Corbec—. Ya me conoce. No puedo estar sin hacer nada.

—¿Se ha sabido algo de la guardia de honor?

—Nada, maldita sea. —Corbec sacudió la cabeza—. Pero yo…

—¿Usted qué?

—Nada.

—Vamos, empezó a decir algo.

—Algo que no creo que usted pueda entender, Daur.

—De acuerdo.

Estuvieron sentados en silencio durante un rato.

—¿Qué? —Daur miró bruscamente a Corbec.

—¿Cómo qué? —gruñó Corbec.

—Usted habló.
—No lo hice.
—Acaba de hacerlo, coronel. Usted dijo…
—No dije nada, Daur.
—Usted dijo Sabbat Mártir, yo lo oí.
—No fui yo. No dije nada.
—No importa —dijo Daur rascándose la mejilla.
—¿Cuáles… cuáles fueron las palabras?
—Sabbat Mártir, o algo por el estilo.
—Ah.

Volvieron a quedarse en silencio. El coro de la basílica empezó a cantar. El sonido de las voces reverberaba en el aire.

—¿Tiene hambre, Daur?
—Me muero de hambre, señor.
—Vayamos a las cocinas públicas a desayunar.
—Yo creía que las cocinas del templo eran para servir a los fieles.
—Y lo son —dijo Corbec poniéndose de pie con un enigmático esbozo de sonrisa en los labios—. Vamos.

Se sirvieron sendos tazones de caldo de pescado y unas rebanadas de crujiente pan de semillas de las grandes cestas que había en los mostradores de las cocinas y se sentaron entre los fieles que desayunaban en las mesas comunes montadas sobre caballetes bajo un gran toldo de lona rosada agitado por el viento.

Daur observó cómo Corbec sacaba algo así como un par de píldoras del bolsillo de su chaqueta y las tragaba con el primer sorbo de caldo. No hizo ningún comentario.

—Hay algo que no funciona bien en mi cabeza, Ban —empezó a decir Corbec de repente, en medio de un bocado de pan—. En mi cabeza… o en mis tripas o en mi alma, no sé… en alguna parte. Viene una y otra vez desde que fui hecho cautivo por el Pater Pecado, malditos sean sus huesos.

—¿Qué tipo de cosa?

—El tipo de cosa con la que un hombre como yo… o un hombre como usted supongo, no sabe qué hacer. Está agazapada en mis sueños sobre todo. He estado soñando con mi padre, allá en nuestro Tanith perdido.

—Todos tenemos sueños de nuestros antiguos mundos —dijo Daur con cautela —, es el mal del guardia.

—Por supuesto, Ban. Eso lo sé. Llevo en la Guardia tiempo suficiente. Pero no es ese tipo de sueño. Es como… hay un significado oculto. Como… oh, no lo sé… —Corbec frunció el ceño tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo si alguien estuviera tratando de decirle algo? —susurró Daur—. ¿Algo importante? ¿Algo que debe hacerse?

—¡Por Feth sagrado! —gruñó Corbec sorprendido—. ¡Eso es exactamente! ¿Cómo lo supo?

Daur se encogió de hombros y dejó su cuenco.

—No puedo explicarlo. Yo siento lo mismo. No me había dado cuenta… Bueno, hasta que usted empezó a describirlo. No son sueños lo que yo tengo. Maldita sea, no creo que sueñe gran cosa. Es una sensación… como si debiera hacer algo.

—Por Feth —volvió a decir Corbec.

—¿Cree usted que estaremos locos? Tal vez los dos necesitemos un sacerdote, alguien que sepa escuchar. Un confesor. Tal vez un médico de la cabeza.

Corbec mojó el pan en el caldo con aire distraído.

—No lo creo. No tengo nada que confesar, nada que no le haya dicho a usted.

—¿Qué hacemos entonces?

—No lo sé, pero sé que de ningún modo voy a embarcar esta noche en esa nave de transporte.



Había conseguido dormir unas cuantas horas en un rincón de la sala de entrada a la enfermería de la parte oeste de la ciudad, pero cuando el sol salió y el ruido de la gente que iba y venía hizo imposible el sueño, Brin Milo cargó con su mochila y su rifle e inició el largo paseo por la carretera de Amad hacia el centro de Doctrinópolis.

Hark le había ordenado que se presentase a la comandancia de la Guardia una vez que hubiera escoltado al grupo de heridos hasta un lugar seguro. Debía presentarse para que le asignaran un puesto en una nave de evacuación.

A su alrededor, la ciudad parecía un manicomio. Una vez terminados los enfrentamientos, las calles se habían llenado de multitudes febriles, de vehículos que hacían sonar sus bocinas, de trenes de carga arrastrados por servidores, procesiones de fieles, peregrinos, grupos de descontentos, refugiados. La ciudad volvía a ser un hervidero, como un nido de nalmitas dispuestas a enjambrar.

A Milo le vinieron a la memoria las últimas horas en Tanith Magna, era la misma atmósfera de pánico y de actividad. Los recuerdos no eran agradables. Pensó que lo único que quería era salir de allí ahora mismo, montar en una nave y desaparecer.

Ya no había nada que lo animara a quedarse ni por lo que necesitara quedarse.

Un nervioso Centenario Breviano encargado de controlar a la multitud le dijo que el comando de evacuación se habia establecido en el tesoro real, pero que las calles que conducían hasta allí estaban atestadas de peatones y vehículos. La conmoción era insoportable.

Los transbordadores de transporte agitaban el aire al emprender el vuelo sobre la ciudad santa. Un par de naves de combate de la armada pasaron atronadoras por encima de su cabeza, en vuelo bajo y rápido.

Milo se volvió y se dirigió a la Schola Medicae donde estaban los Tanith heridos. Decidió buscar a sus propios hombres, tal vez encontrara al coronel Corbec. Se iría con ellos.

—¡Brinny, muchacho! —resonó una voz alegre a sus espaldas, y Milo se vio suspendido en el aire mientras lo apresaba un abrazo de oso de fuerza aniquiladora.

—¡Bragg! —exclamó con alegría, volviéndose cuando se vio liberado.

—¿Qué estás haciendo aquí, Brin? —preguntó el soldado Bragg con una sonrisa radiante.

—Es una larga historia —dijo Milo—. ¿Qué tal ese brazo?

Bragg echó una mirada desdeñosa a su hombro derecho fuertemente vendado.

—Se va arreglando. Esos malditos médicos no dejaron que me incorporara a la guardia de honor. ¡Dijeron que esto me eximía, maldita sea! No estoy tan mal, todavía habría podido combatir.

Milo señaló con un gesto el concurrido vestíbulo de la Schola Medicae Hagias en el que se encontraban.

—¿Hay alguien más por aquí?

—Unos cuantos, la mayoría bastante maltrechos. El coronel anda por ahí, pero no lo he visto. Yo ocupaba la cama de al lado de la de Derin. Está en reparación y maldiciendo su suerte también.

—Voy a tratar de encontrar al coronel. ¿En qué sala estás?

—La seis sur.

—Te buscaré dentro de un momento.

—¡Más te vale!

Milo se abrió paso por la agitada estancia, entre el olor a sangre y desinfectante, las figuras que iban de un lado para otro y el traqueteo de los carritos. Atravesó varias puertas que daban acceso a salas largas llenas de filas de camastros ocupadas por guardias gravemente heridos. Algunos eran Fantasmas, hombres a los que reconoció. Todos estaban demasiado inconscientes como para sentir dolor. Tras hacer preguntas a varios enfermeros y servidores, dio por fin con el camino hacia las oficinas de Dorden del tercer piso. Al acercarse, pudo oír los gritos que salían de dentro y recorrían todo el corredor.

—¡… levantarse y salir como si tal cosa! ¡Por amor del Emperador! ¡Está herido! ¡La herida no se curará si no guarda reposo!

Una respuesta entre dientes.

—¡No voy a calmarme! ¡La salud de los heridos del regimiento es mi responsabilidad! ¡Mi responsabilidad! Seguro que no desobedecería las órdenes de

Gaunt, entonces ¿por qué diablos cree que puede desobedecer las mías?

Milo entró en la oficina. Corbec estaba sentado en una camilla frente a la puerta y abrió mucho los ojos al ver a Milo. Dorden, temblando de ira, estaba mirando a Corbec y se volvió abruptamente al ver la expresión del coronel.

—¿Milo?

Corbec dio un salto.

—¿Qué ha pasado? ¿La guardia de honor? ¿Qué diablos ha pasado?

—Hubo una emboscada en el camino, anoche. Hubo unos cuantos heridos, algunos graves, y la cirujana Curth quiso que los trajeran de vuelta. El comisario Hark me eligió voluntario para escoltarlos. Llegamos al amanecer.

—¿Y tienes que volver?

Milo sacudió la cabeza.

—Ya no podría alcanzarlos, coronel. Mis órdenes son unirme a la evacuación, y aquí estoy.

—¿Y qué tal iban las cosas? Quiero decir aparte de la emboscada.

—No del todo mal. Deberían haber pasado la noche en Mukret.

—¿Perdimos a muchos en el ataque? —preguntó Dorden ya calmado. Al parecer su enfado había cedido.

—Cuarenta y tres muertos, quince de ellos Fantasmas. Había seis Fantasmas entre los heridos que traje de vuelta.

—No tiene buena pinta, Milo.

—Fue rápido y peligroso.

—¿Puedes indicarme en el mapa dónde sucedió? —le pidió Corbec.

—¿Por qué? —le soltó Dorden—. Ya le he dicho que no va a ir a ninguna parte como no sea a los campos de aterrizaje esta noche. Olvídese de todo lo demás, Colm. Lo digo en serio. Soy su superior en esto, y Lugo pediría mi maldita cabeza. Olvídese.

Hubo una pausa ominosa.

—Olvidarse… ¿de qué? —se atrevió a preguntar Milo.

—¡No se atreva a decírselo! —dijo Dorden amenazante.

—El chico se limitó a preguntar, doctor… —replicó Corbec.

—¿Quieres saberlo, Milo? ¿Quieres? —Dorden estaba lívido—. Nuestro amado coronel, aquí presente, ha tenido una idea… No, deja que empiece por el principio. ¡Nuestro amado coronel, aquí presente, ha decidido que sabe más de medicina que yo, y por lo tanto esta mañana se levantó de la cama contraviniendo mis órdenes! ¡Anda de un lado para otro por la maldita ciudad! ¡Ni siquiera sabíamos dónde estaba! ¡Luego vuelve a aparecer sin pedir la venia siquiera, y me dice que está pensando en dirigirse a las montañas!

—¿A las montañas?

—¡Así es! ¡Se le ha metido en la cabezota que tiene algo importante que hacer allí!

¡Algo que ni Gaunt ni una unidad blindada ni tres mil hombres pueden hacer sin su ayuda!

—Sea justo, no fue eso exactamente lo que dije, doctor…

Dorden estaba demasiado ocupado poniendo al corriente al atónito Milo.

—Quiere desobedecer las órdenes. Las mías. Las del general. O sea, las órdenes del propio Gaunt. Va a pasar por alto las instrucciones de evacuar esta noche para dirigirse a las Colinas Sagradas en busca de Gaunt. ¡Él solo! ¡Y todo porque tiene una corazonada!

—Solo no —gruñó Corbec a media voz.

—¡Oh, no me diga que ha convencido a otros tontos para que lo acompañen! ¿A quiénes? ¿A quiénes, coronel? Dígamelo para que puedan encadenarlos a sus malditas camas.

—Entonces no se lo digo, ¿no le parece? —gritó Corbec.

—¿Una… corazonada? —preguntó Milo quedamente.

—Sí —respondió Corbec—. Como una de las mías…

—¡Ahórrenos los detalles! Su famoso instinto combativo.

Corbec giró sobre sus talones y se enfrentó a Dorden. Por un momento, Milo temió que le diera un puñetazo, y mucho más temió que el médico se lo devolviera.

—¿Desde cuándo son falsas mis corazonadas? ¿Eh? Dígamelo.

Dorden desvió la mirada.

—Pero, no… No es así. No se trata de una corazonada. A menos que sea la abuela de todas las corazonadas. Es más bien una sensación…

—Vaya, está bien. ¡Una maldita sensación! —dijo Dorden con sarcasmo.

—Bueno, digamos que más bien es una llamada —rugió Corbec—. ¡La más poderosa que he sentido en mi vida! ¡Algo que tira de mí! Como si… como un desafío, algo que me dice que si tengo agallas para responder, haré lo más importante que haya hecho en mi vida.

Dorden resopló y sobrevino un silencio largo y penoso.

—Colm… tengo la obligación de cuidar de los hombres. Más aún, me satisface cuidar de ellos. No necesito órdenes. —Dorden se sentó tras su escritorio jugando con una pila de informes, tratando de no mirar a los ojos a ninguno de los dos—. Fui a la Ciudad Vieja con Kolea, transgredí las órdenes para hacerlo, porque pensaba que podríamos sacarlo con vida de allí.

—Y lo hicieron, doctor, y Dios sabe cuánto se lo agradezco a usted y a los chicos.

Dorden asintió.

—Pero no puedo aprobar esto. Usted, y quienquiera que sea que ha estado hablando con usted, tienen que estar presentes en el punto de reunión para la evacuación a las seis de la tarde. Sin excepciones. Es una orden de la propia oficina del general. Cualquiera que no se presente… será considerado desertor, y sufrirá las

consecuencias. —Levantó la vista hacia Corbec y añadió—: No me haga esto, Colm.

—No lo haré. Si le preguntan, usted no sabe nada. Me habría gustado que viniera conmigo, doctor, de verdad que sí, pero no se lo voy a pedir. Comprendo la situación insostenible en que eso lo colocaría. Pero lo que yo siento es inequívoco…

—Corbec, por favor.

—Las últimas noches he soñado con mi padre. A ver si me entiende, no era un recuerdo. Era él y me traía un mensaje.

—¿Qué clase de mensaje? —quiso saber Milo.

—Repite lo mismo una y otra vez. Está en su taller, allá en el condado de Pryze, trabajando con el torno. Yo entro, me mira y dice: Sabbat Mártir. Eso es todo.

—Sé por lo que está pasando —dijo Dorden—. Yo también lo siento. Es perfectamente natural. Ambos sabemos que es la última misión de Gaunt, que Lugo la tiene tomada con él, y eso significa: enfrentémonos a ello, al final de los Fantasmas. La guardia de honor, la última misión. No está bien perdérsela. Haríamos cualquier cosa… nos buscaríamos cualquier excusa… para salir a su encuentro. Incluso de una manera subconsciente, nuestras mentes están probando fórmulas mágicas para hacer que suceda.

—No es eso, doctor.

—Yo creo que sí.

—Pues de acuerdo, puede que así sea. Puede que subconscientemente yo esté tratando de inventarme una excusa. Y a lo mejor con eso me basta. La última misión de Gaunt. Usted mismo lo dijo. Aunque tenga que enfrentarme a un consejo de guerra, no voy a perderme esto por nada del mundo.

Corbec miró a Milo, que guardaba silencio, lo palmeó en el brazo, y salió cojeando de la oficina.

—¿Crees que podrás infundirle un poco de sentido común? —le preguntó Dorden a Milo.

—Por lo que acabo de oír, señor, lo dudo. Sinceramente, no creo que quiera hacerlo.

Dorden asintió.

—Inténtalo, hazlo por mí. Si Corbec no se presenta en el punto de encuentro esta noche, no voy a delatarlo, pero tampoco podré protegerlo.



Corbec estaba en su pequeña habitación, preparando su petate encima de la cama sin hacer. Milo golpeó en la puerta entreabierta.

—¿Vas a venir conmigo? No debería pedirlo y no me ofenderé si dices que no.

—¿Cuál es su plan?

Corbec se encogió ligeramente de hombros.

—Maldito si lo sé. Daur está conmigo. Siente lo mismo. De verdad que siente lo mismo ¿sabes?

Milo no dijo nada. No sabía.

—Daur está intentando encontrar a otros lo bastante locos como para venir. Vamos a necesitar hombres capaces. No va a ser un paseo.

—Será un infierno. Una pequeña unidad avanzando hacia el oeste. Los infardi están por todas partes. No se lo pensaron dos veces antes de atacar a un blanco del tamaño de las fuerzas de avance.

—Podríamos hacerlo con un explorador. Conocimiento del lugar, tal vez. No sé.

—Suponiendo que consiguiéramos llegar hasta el Santuario. ¿Qué haríamos una vez allí?

—¡Que el diablo me confunda! ¡Espero que para entonces mi padre me haya dicho algo más! Acaso Daur haya sacado alguna conclusión. O puede que tengamos una revelación…

—Lo que es seguro es que ahora no hay nada revelado. A lo mejor… necesitamos hacer algo más.

Corbec se volvió y le sonrió.

—¿Te has dado cuenta de que has estado diciendo «nosotros»?

—Creo que sí.

—Bien, muchacho. No sería lo mismo sin ti.



—Bien, que Feth nos bendiga —dijo Colm Corbec. Estaba tan conmovido por lo que tenía ante sí que a punto estaba de llorar—. Todos vosotros habéis… quiero decir que estáis todos…

Bragg que estaba sentado en la base de una columna se puso de pie y levantó la mano.

—Todos estamos tan locos como usted, jefe —y sonrió.

Corbec lo abrazó con fuerza.

—Daur y Milo anduvieron por ahí preguntando. Nosotros hemos sido los únicos que aceptamos. Espero que seamos suficientes.

—Para mí lo sois.

Estaban al abrigo del almacén del Munitorium en la calle Pavane, alejado de la vía

pública, donde no podían verlos. El almacén había sido evacuado aquella mañana para que sirviera como lugar de encuentro. Eran casi las seis.

En algún lugar, una nave de transporte los estaba esperando. En algún lugar se estarían incluyendo sus nombres en las listas disciplinarias del comisariado.

Corbec recorrió la fila de soldados para saludarlos.

—¡Derin! ¿Qué tal ese pecho?

—No creo que pueda ir corriendo a ningún sitio —sonrió el soldado Derin. No había ninguna herida visible, pero sus brazos tenían cierta rigidez. Corbec sabía que debajo de la chaqueta de faena negra del Tanith había profusión de suturas y vendajes.

—Nessa… chiquilla.

Le respondió con un saludo. Tenía el rifle láser largo apoyado en la cadera y por señas le dio a entender que estaba lista para emprender la marcha.

—Soldado Vamberfeld, señor —dijo el siguiente en la fila. Corbec sonrió al pálido verghastita, un poco fuera de forma.

—Ya sé quién es, Vamberfeld. Me alegro de verlo.

—Dijo que era necesario tener conocimiento del lugar —le dijo Milo cuando Corbec llegó a donde él estaba—. Ésta es Sanian. Es una esholi, pertenece al cuerpo de estudiantes.

—Señorita. —Corbec le hizo el saludo militar.

Sanian levantó la vista para mirarlo y lo estudió sin disimulos.

—El soldado Milo dijo que su misión era de naturaleza casi espiritual, coronel. Es probable que pierda mis privilegios y mi categoría por huir con ustedes.

—¿Es que estamos huyendo? —Los soldados que los rodeaban se rieron.

—La propia Santa está en su mente, coronel. Puedo verla. He hecho mi elección. Si puedo serle útil yendo con ustedes, lo haré gustosa.

—No será fácil, señorita Sanian. Confío en que Milo se lo haya dicho.

—Sanian, Sanian a secas. O esholi Sanian si prefiere ser más formal. Y sí, Milo me explicó el peligro que correremos. Creo que resultará instructivo.

—Hay formas más seguras de conseguir una educación —empezó a decir Derin.

—La propia vida es la educación para los esholi —dijo Milo con soltura.

—Creo que Milo me ha prestado demasiada atención —añadió Sanian con una sonrisa.

—Bueno, ya veo por qué —dijo Corbec, queriendo ser amable—. Le damos la bienvenida. ¿Conoce usted bien el territorio al oeste de aquí?

—Me crié en Bhavnager, y los territorios occidentales de las Colinas Sagradas y el Camino del Peregrino son una parte fundamental de los estudios de los esholi.

—Bueno, acabamos de ganar el primer premio —sonrió Corbec volviéndose a los seis hombres que tenía ante sí—. Ahora supongo que tenemos que esperar a Daur. El

está a cargo del transporte.

Los integrantes del grupo estuvieron charlando uno o dos minutos. De repente todos oyeron el sonido de orugas en la calle. Se quedaron helados y echaron mano de sus armas, dispuestos para lo peor.

—¿Qué ves? —le preguntó Vamberfeld a Bragg.

—Es el comisariado ¿verdad? —intervino Derin—. ¡Están buscándonos!

Un Chimera antiguo y muy vapuleado entró en el almacén. Sus turbinas carraspearon antes de apagarse. Era el vehículo blindado más viejo y destartalado de todo el Munitorium. Milo no había visto nunca nada igual, ni siquiera entre las pilas de chatarra que les habían entregado para el convoy de la guardia de honor.

La escotilla trasera se abrió y por ella asomó Daur que salió con toda la donosura que le permitía su dolorosa herida.

—Fue lo mejor que pude conseguir —explicó—. Estaba entre el parque de vehículos que van a abandonar en la evacuación.

—¡Diablos! —dijo Corbec rodeando aquel cacharro verde y mugriento—. Pero funciona ¿verdad?

—Por ahora —replicó Daur—. ¿Quería usted un milagro, Corbec?

Un segundo hombre salió del interior del Chimera. Era un individuo alto, rubio, lleno de pecas, con uniforme Pardus. Tenía un vendaje en la cabeza.

—Este es el sargento Greer, Octava Compañía Pardus de Artillería Móvil. Sabía que ninguno de nosotros podría manejar a esta bestia, de modo que me agencié un conductor. Greer, aquí presente… está en cierto modo obligado conmigo.

—Eso es lo que él dice —dijo Greer de mal humor—. Yo sólo vine por el paseo.

—¿Dónde lo hirieron? —le preguntó Corbec.

Greer se llevó la mano al vendaje.

—Un tiro desviado. Durante la acción para tomar el edificio del censo, hace unos días.

Corbec asintió. La misma acción en la que había sido herido Daur. Estrechó la mano de Greer.

—Bienvenido al pelotón de los Heridos —dijo.

Alrededor de las seis y media, los nombres de los soldados Derin, Vamberfeld, Nessa y Bragg, y los del capitán Daur y el coronel Corbec fueron inscritos en el registro de la oficina de evacuación como rezagados. El transbordador partió sin ellos.

En un punto de encuentro más al este, al otro lado de Doctrinópolis, el cirujano en jefe de los Pardus tomó nota de la ausencia del sargento-conductor Greer.

Ambos informes fueron enviados a la comandancia de evacuación y entraron en el registro nocturno. El oficial de guardia no le prestó una atención especial. Hasta ese momento tenía más de trescientos nombres en su lista de ausentes, y aumentaba con cada transbordador que salía. Había muchas razones para faltar a la cita: órdenes mal

transmitidas; confusión en cuanto al punto de encuentro; demoras debidas al tráfico de la Ciudad Vieja; falta de comunicación de los decesos que se producían en los hospitales. En realidad, algunos nombres que figuraban en las listas de evacuación eran de soldados que habían muerto en la batalla por la liberación y que todavía yacían ignorados y sin identificar entre los escombros.

Algunos, unos cuantos, eran desertores. Esos nombres se transmitían a las oficinas de disciplina y al estado mayor del general.

El oficial de guardia transmitió estos últimos nombres. No era habitual que oficiales de alto rango como un coronel no se presentaran.

A las ocho en punto, la lista fue depositada sobre el escritorio del comisario Hychas, que había salido a cenar. Su asistente la pasó al destacamento de castigo que, a las nueve y media ya había enviado a cuatro hombres al mando de un comisario-cadete a la Schola Medicae Hagias a investigar. Se envió una copia del informe al estado mayor del general Lugo donde fue leído por un ayudante poco antes de medianoche. Éste se puso en contacto de inmediato con el destacamento de castigo, y el comisario-cadete le comunicó que no habían encontrado ni rastro del personal desaparecido en la Schola Medicae.

A la una de la mañana se dictó una orden de arresto del coronel Colm Corbec de los Primeros de Tanith y de seis de sus hombres. A nadie se le ocurrió relacionar esto con la orden de arresto del sargento-conductor Denic Greer de la Octava Compañía Pardus ni con el informe sobre el robo de un transporte Chimera de la clase gama del parque móvil del Munitorium.

Para entonces, el Chimera de Corbec hacía tiempo que había emprendido la marcha hacia el oeste por la carretera de Tembarong y se encontraba ya a cinco horas del perímetro de la ciudad atronando la oscuridad de la noche.

Habían hecho una parada en las calles de un suburbio medio vacío, destrozado por la guerra, a poca distancia de la puerta del Peregrino. Eso había sido alrededor de las siete de la tarde, mientras se les echaba encima una noche oscura, sin estrellas.

Greer, que iba conduciendo, había visto una figura en la carretera que les hacía señas. Corbec abrió la escotilla de la torreta para echar un vistazo e inmediatamente le ordenó a Greer que parara.

Corbec había bajado del Chimera yendo al encuentro de la figura que esperaba.

—Sabbat Mártir —exclamó Dorden, con lágrimas en los ojos—. Mi hijo me lo dijo. No piense ni por un momento que se van a ir sin mí.



NUEVE

Cerca de Bhavnager

Si el camino es fácil, es que el destino no vale la pena.

Santa Sabbat,

Proverbios.

Desde Mukret, la carretera avanzaba hacia el oeste, hacia el cruce de Nusera, donde el río sagrado la cruzaba formando un meandro. Al norte del cruce, el río bajaba por un cauce sinuoso desde las fuentes que brotaban en las colinas, a ciento cincuenta kilómetros de distancia.

El segundo día de la misión amaneció con una luz suave y brillante. Una espesa nuble blanca cubría las llanuras bajas del valle fluvial. La punta de lanza de exploración a las órdenes de Mkoll abandonó Mukret atravesando las nieblas matinales a una velocidad moderada debido a la escasa visibilidad.

Gaunt y Kleopas habían reunido a tres Salamandra de exploración que transportaban a una docena de Fantasmas, dos tanques Conquistador y uno de los dos tanques Destructor de los Pardus. El grueso del convoy partió de Mukret una hora más tarde.

Era la intención de Gaunt llegar a la comunidad agrícola de Bhavnager a la segunda noche. Esto significaba casi noventa y cinco kilómetros por carreteras aceptables, pero las nieblas estaban frenando su avance. En Bhavnager, según los informes de inteligencia, podrían repostar combustible para las posteriores etapas del viaje. Bhavnager era la última población de tamaño apreciable en el tramo norte-oeste de la carretera. Marcaba el final de las llanuras cultivables y el comienzo de los distritos boscosos que cubrían las laderas de las Colinas Sagradas. A partir de Bhavnager, la marcha se haría mucho más dura.

El ayatani Zweil había accedido a acompañar al grueso del convoy y viajaba con Gaunt en su Salamandra de mando por invitación personal del propio coronel-comisario. Parecía intrigado por la misión imperial; nadie le había dicho cuál era el destino pretendido, pero era evidente que tenía ideas propias, y una vez que llegaran a la bifurcación norte-oeste en Limata no habría error posible en cuanto al destino final.

—¿Cuánto suelen durar estas nieblas, padre? —preguntó Gaunt mientras el convoy avanzaba a través de las pálidas brumas. Era una mañana luminosa, y las nieblas resplandecían por efecto de la luz del sol, pero ellos sólo podían ver a unas cuantas decenas de metros de distancia. El sonido de los motores del convoy, amplificado, reverberaba en el denso vapor.

Zweil jugueteaba con su larga barba blanca.

—En esta época, a veces se mantiene hasta mediodía. Creo que ésta es más ligera y levantará antes, y cuando lo haga será de repente.

—Si me permite decirlo, usted no se parece mucho a los otros ayatani que he conocido aquí. Ellos parecían vinculados a un santuario y a lugares particulares de culto.

—Esos son tempelum ayatani —respondió Zweil con una risita—, dedicados a los santuarios. Yo soy un imhava ayatani, que significa «sacerdote errante». Nuestra

orden celebra a la Santa venerando las rutas de sus viajes.

—¿Sus viajes aquí?

—Sí, y en otros lugares. Algunos de los míos están allá arriba —dijo señalando el cielo con un dedo huesudo, y Gaunt se dio cuenta de que se refería al espacio más allá de Hagia.

—¿Hacen viajes estelares?

—Así es. Recorren la ruta de su Gran Cruzada, de su peregrinaje bélico a Harkalon, el amplio circuito de regreso. Se puede tardar toda una vida, más que una vida. Pocos realizan todo el circuito y regresan a Hagia.

—Imagino que especialmente en los tiempos que corren.

Zweil asintió con aire pensativo.

—El regreso del archienemigo a los Mundos de Sabbat ha hecho que este deambular se convierta en una empresa más peligrosa.

—Pero ¿usted se conforma con hacer aquí sus viajes santos?

Zweil sonrió ampliamente dejando ver su boca desdentada.

—En la actualidad, sí, pero en mi juventud recorrí su sendero estelar. Fui a Frenghold antes de que Hagia exigiera mi regreso.

—¿De modo que viajó fuera de este mundo? —Gaunt manifestó su sorpresa.

—No todos somos insignificantes campesinos de parroquia, coronel-comisario Gaunt. Yo también he tenido mi cuota de estrellas y de otros mundos. He visto unas cuantas maravillas por el camino, pero nada que me incitara a quedarme. Se tiene una idea exagerada de lo que es el espacio.

—Eso mismo pienso yo —dijo Gaunt con una sonrisa.

—El objetivo principal de un imhava ayatani es rehacer las rutas de la Santa y ofrecer ayuda a los creyentes y peregrinos que encuentra a lo largo del camino. Somos guardianes del camino. Creo que es mezquino que un sacerdote permanezca en un santuario o templo para ofrecer ayuda a los peregrinos que llegan. El viaje es la parte más dura y es en el trayecto donde la mayor parte tiene necesidad de un sacerdote.

—Es por eso que ha accedido a venir con nosotros ¿no es cierto?

—He venido porque me lo pidieron, con cortesía, podría añadir. Pero ustedes son peregrinos al fin y al cabo.

—Yo no diría que somos exactamente…

—Pero yo sí. Con devoción y resolución están siguiendo uno de los caminos de la Santa. Después de todo se dirigen al Santuario.

—Yo nunca he dicho…

—No, no lo dijo, pero los peregrinos suelen viajar hacia el este. —Con un gesto señaló hacia atrás, más o menos en dirección a Doctrinópolis—. Hay una sola razón para viajar en esta dirección.

El transmisor lanzó un chirrido y Gaunt bajó al puesto de conducción para

responder. Mkoll le informó. El grupo de reconocimiento acababa de vadear el río sagrado en Nusera e iba a buena marcha hacia Limata. Dijo que la niebla estaba empezando a levantarse.

Cuando Gaunt volvió a su asiento encontró a Zweil hojeando su ajado ejemplar del evangelio de Sabbat.

—Un libro muy leído —dijo Zweil sin intención alguna de dejarlo a un lado—. Eso es siempre una buena señal. Jamás me fío de un peregrino que tiene una copia nueva y prístina. Los textos que usted ha marcado son interesantes. Se puede descubrir el carácter de un hombre por las lecturas que elige.

—¿Qué puede descubrir de mí?

—Está usted atribulado…, de ahí las numerosas anotaciones en los Credos Devocionales… y abrumado por la responsabilidad y por las exigencias de su misión en particular…; estas tres selecciones en las Epístolas del Deber demuestran que busca respuestas, o tal vez formas de luchar contra los demonios interiores…, es evidente por el número de tiras de papel que ha usado para marcar las páginas de las Doctrinas y Revelaciones. Usted aprecia la batalla y el valor… los Anales de la Guerra, aquí… y es usted un sentimental por lo que respecta a la bella poesía devocional…

Le mostró el libro abierto en los Salmos de Sabbat.

—Muy bien —dijo Gaunt.

—Sonríe usted, coronel-comisario Gaunt.

—Soy un comandante imperial al mando de una misión especial. Podría haber adivinado todo eso sin necesidad de mirar las anotaciones en el libro.

—Y así fue —rió Zweil. Cerró cuidadosamente el evangelio y se lo devolvió a Gaunt—, Si me permite, coronel-comisario… el evangelio de nuestra Santa sí contiene respuestas, pero las respuestas no siempre son literales. No basta con leer el libro de cabo a rabo para que se revelen. Uno tiene que… sentir. Hay que buscar más allá del significado desnudo de las palabras.

—Estudié interpretación de textos en la Schola Progenium…

—Oh, seguro que sí. Y por eso puede decirme que cuando la Santa habla de la «flor encamada» se refiere a la guerra, y cuando dice «el caudaloso río de aguas puras» está hablando de la fe humana. A lo que yo me refiero es que las lecciones de Santa Sabbat son misterios oblicuos que deben penetrarse por la experiencia y la fe innata. No estoy seguro de que usted los tenga. Ya habría encontrado las respuestas que busca si los tuviera.

—Ya entiendo.

—No pretendo faltarle al respeto. Hay altos ayatani en la ciudad santa que no hacen más que leer y releer este libro y se consideran iluminados.

Gaunt no respondió. Echó una mirada desde el bamboleante tanque y vio que la niebla empezaba a diluirse con notable rapidez. Ya empezaban a verse las líneas de

árboles de la orilla del río.

—¿Cómo tengo que empezar, entonces? —preguntó con expresión sombría—. Porque, y lo digo sinceramente, padre, necesito las respuestas, ahora más que nunca.

—No puedo ayudarle en eso. Sólo puedo decirle que empiece por sí mismo. Es un viaje que debe hacer sin moverse. Ya le dije que usted era un peregrino.

Media hora más tarde llegaron al cruce de Nusera. La carretera conducía a un lecho poco profundo de guijarros que permitía vadear la corriente del río. En ambas orillas había bosquecillos de güilos y cientos de picos de horquilla se desplegaron como un abanico hacia el cielo al oír el rugido de los motores. Al batir el aire, sus alas hacían tanto ruido como un omitóptero artillado.

Un campesino solitario montado en un viejo quelón hembra les dijo adiós con la mano. Uno por uno, los vehículos de la guardia de honor vadearon el río levantando tanta agua y tan alto que fueron dejando tras de sí una estela de arcoiris.



Limata era otra población muerta. La punta de lanza de Mkoll llegó poco antes de las once y media. La niebla se había desvanecido, el sol brillaba y el aire estaba quieto. El día iba a ser todavía más caluroso que el anterior.

Al frente se veían los tejados calcinados de Limata, polvorientos y abandonados, con sus tejas de color rosado brillando bajo el sol. Ni la más leve brisa, ni un solo sonido, ninguna columna de humo sobre la aldea que delatara la presencia de una cocina encendida. Aquí se dividía la carretera de Tembarong: un ramal se dirigia al sudoeste, hacia Hylophon y al propio Tembarong. El otro se internaba en las tierras altas del noroeste y en la espesura humeante de la selva. Cuarenta kilómetros más adelante en esta dirección estaba Bhavnager.

—Reducir la marcha hasta parar —ordenó Mkoll por su enlace de voz—. Infantería, carguen armas principales. Vamos a entrar.

El capitán Sirus, al mando de los efectivos Pardus, respondió de inmediato desde su Conquistador.

—Déjenos a nosotros, Tanith, les pasaremos por encima.

—Negativo. Alto.

Los vehículos se detuvieron a seiscientos metros del perímetro de la ciudad. Los Fantasmas descendieron de los Salamandra. Los motores encendidos retumbaban en el aire seco y caliente.

—¿A qué viene la demora?

—Permanezcan a la espera —replicó Mkoll. Buscó a su alrededor al soldado

Domor, uno de los que habían echado pie a tierra—. ¿Está seguro?

—Tan seguro como que me llaman Shoggy —asintió Domor limpiando cuidadosamente con un fieltro el polvo de las lentes de sus ojos artificiales—. Se puede ver que la superficie de la carretera ha sido rota y reparada.

La mayoría de los presentes no veía nada, pero Mkoll tenía la vista más aguda de todo el regimiento y la especialidad de Domor eran las minas de tierra.

—¿Quiere que haga un barrido?

—Podría ser. Desembarque su equipo, pero no avance hasta que se lo diga.

Domor se acercó a su Salamandra con los soldados Caober y Uril para desembalar las unidades de rastreo.

Mkoll desplegó grupos de ataque en los huertos de acestus que había a ambos lados del camino, Mkvenner a la izquierda y Bonin a la derecha, con tres hombres cada uno.

A los pocos segundos de entrar, los hombres se habían vuelto invisibles entre las sombras moteadas de los frutales. Sus capas de camuflaje habían absorbido la configuración de lo que los rodeaba.

—¿A qué se debe la demora? —preguntó desde atrás el capitán Sirus. Mkoll se volvió. Sirus había bajado de su Conquistador, el Ira de Pardua, y se había acercado a ver. Era un hombre robusto de algo más de cincuenta años, con la característica piel aceitunada y la nariz aguileña de los Pardus. A Mkoll siempre le había parecido un optimista insensato y se había sentido decepcionado cuando Kleopas lo había designado para la punta de lanza de Mkoll.

—Tenemos minas en la carretera, a poca distancia de aquí, y tal vez más allá. —Mkoll señaló con un gesto—. Y el lugar está demasiado tranquilo para mi gusto.

—¿Táctica? —fue la escueta pregunta de Sirus.

—Voy a enviar a mis rastreadores a despejar la carretera para ustedes y a infiltrar a mis hombres desde los lados.

Sirus asintió con aire de suficiencia.

—Se nota que es usted de infantería, sargento. Y muy bueno, según tengo entendido, pero no tiene la experiencia de los blindados. ¿Quiere tomar este lugar? Mi Ira puede hacerlo.

A Mkoll se le cayó el alma a los pies.

—¿Cómo?

—Para eso creó el Adeptus Mechanicus las palas topadoras. Dé la orden y le demostraré cómo trabajan los Pardus.

Mkoll giró sobre sus talones y se dirigió de vuelta a su Salamandra. No era así como entendía él las patrullas de reconocimiento. Indudablemente no quería que los vehículos pesados de los Pardus iluminaran toda la colina para que pudieran verse sus armas pesadas. Estaba seguro de poder ocupar Limata a su modo, con sigilo. Sin

embargo, Gaunt le había recomendado que cooperara con los aliados.

Se acercó al Salamandra y cogió el microteléfono de la radio.

—Reconocimiento a uno.

—Uno, adelante.

—Tenemos una posible obstrucción aquí, en Limata. Un campo de minas. Pido permiso para que el capitán Sirus entre con sus blindados abiertamente.

—¿Es necesario?

—Usted dijo que fuéramos condescendientes.

—Eso dije. Permiso concedido.

Mkoll colgó el microteléfono y llamó al grupo de Domor.

—Guárdenlo todo. Les toca a los Pardus.

De mala gana empezaron a desmontar el equipo de rastreo.

—Capitán. —Mkoll miró hacia donde estaba Sirus—. Todo suyo.

Sirus, inmensamente complacido, volvió a su tanque que esperaba con el motor en marcha.

Obedeciendo las órdenes que impartió desde la escotilla abierta de su torreta, los dos Conquistador pasaron delante de los Salamandra que esperaban y se adelantaron por la carretera. El siniestro Destructor esperaba detrás con las turbinas ronroneando apenas.

Los métodos de limpieza de minas del capitán Sirus eran tan brutales como ensordecedores. Las enormes palas levantaron la superficie de la carretera y lanzaron hacia arriba las minas enterradas que detonaron ante ellos. Por delante de los tanques que avanzaban todo era un remolino de llamas y de escombros. Si las minas hubieran explotado al paso de un vehículo, lo habrían dejado inservible o destrozado, pero arrancadas como las semillas de un melón o como los terrones removidos por el arado, explotaron sin producir daño, chamuscando apenas las palas de los tanques.

Mkoll tuvo que admitir que había sido una impresionante demostración.

Por encima de la carretera se extendió una nube de humo y polvo que alcanzó a Mkoll y a los Salamandra que esperaban. Mkoll se protegió los ojos y obstinadamente mantuvo a sus grupos de disparo apostados a los lados de la carretera.

En menos de seis minutos, el Ira de Pardua y su gemelo, el León de Pardua entraban en Limata. A sus espaldas, la carretera quedaba agujereada y en llamas.

Mkoll subió al guardafuegos de su Salamandra y ordenó que los tres tanques ligeros avanzaran tras ellos.

Miró a su alrededor. El Destructor había desaparecido.

—¡Por Feth! —¡Como podía desaparecer algo tan grande, tan pesado y tan feo!

—¡Mando de reconocimiento a Destructor! ¿Dónde diablos están?

—Destructor a mando. Perdón por haberlo asustado. Despliegue estándar del regimiento. Nos retiramos de la carretera para quedar ocultos. Los asaltos frontales

son trabajo de los Conquistador y Sirus sabe lo que se hace.

—Entendido, Destructor. —Mkoll, que en general no tenía experiencia en guerra de blindados, ya había observado las evidentes diferencias entre los tanques de combate Conquistador y los Destructor, más bajos. Mientras que los Conquistador eran grandes y altivos, con sus enormes torretas artilladas, los Destructor tenían el casco largo y elegante, y su arma principal sobresalía hacia adelante desde sus lomos gibosos. Los Destructor eran depredadores, cazadores de tanques, armados con un solo y colosal cañón láser. Mkoll pensó que eran el equivalente de un francotirador de infantería: preciso, astuto, certero y sigiloso.

El Destructor que se había asignado a la punta de lanza de reconocimiento llevaba el nombre de Vengador Gris. Su comandante era un tal capitán LeGuin al que Mkoll nunca había visto cara a cara. Sólo lo conocía por su tanque.

A través de la humareda Mkoll vio que los Conquistador ya estaban en la aldea. Corrían levantando polvo a montones. Desde la izquierda les llovían los disparos de armas de pequeño calibre.

El Ira de Pardua giró su torreta e hizo volar por los aires una casa de un solo cañonazo. Su compañero empezó a disparar al flanco derecho de la parte principal de la población. Las casas palaflticas se desintegraban e incendiaban. Los lanzallamas que llevaban montados ambos Conquistador abrían boquetes en los edificios apiñados y los transformaban en ruinas llameantes. Por el intercomunicador llegaron los gritos de triunfo del capitán Sirus. Mkoll podía verlo apoyando las ráfagas del arma principal con la que tenía montada en el pivote central de su torreta.

—Eso no es más que alardear —dijo Domor a su lado.

—Los chicos de los tanques —murmuró Caober—. Siempre tratando de demostrar quién manda.

Al avanzar encontraron los restos ensangrentados de unas tres docenas de infardi dentro de las ruinas que había dejado Sirus a su paso. Limata estaba tomada. Mkoll se lo hizo saber a Gaunt y siguió avanzando en punta de lanza, junto con sus grupos de ataque y reforzando la fuerza con los Salamandra al frente. El Destructor salió de su escondite y se incorporó a la retaguardia de la columna.

—¡Próxima parada, Bhavnager! —gritó Sirus entusiasmado desde su Conquistador.

—En marcha —ordenó Mkoll.

* * *

A más de un día detrás de ellos, el improvisado pelotón de Corbec pasó por el lugar

de la emboscada sorteando la chatarra de los Salamandra y los Chimera que los Troyano de las fuerzas especiales habían empujado hacia los lados de la carretera.

Corbec ordenó un alto. La turbina del Chimera se estaba recalentando y los soldados desmontaron para tomarse un descanso.

Corbec, Derin y Bragg anduvieron por las márgenes de la carretera donde un trozo de tierra removida y filas de estacas recién cortadas marcaban las tumbas de los caídos.

—Esto nos lo perdimos —observó Derin.

Corbec asintió. El lugar marcaba la primera actuación de los Fantasmas en la que él no había tomado parte. No precisamente. Había hecho todo el camino desde Tanith para estar con sus hombres, y aquí lucharon y murieron mientras él estaba tendido en una cama a millas de distancia.

Le dolía el pecho. Se tomó otro par de analgésicos con un trago de agua tibia de su cantimplora.



Greer había bajado del Chimera en plena carretera y empujado hacia atrás el carenaje lateral de donde salió un humo negro y grasiento. Manipuló con una llave, tratando de aliviar sus achacosos sistemas.

Milo pensó en hablar con Sanian, pero la esholi se había acercado a la orilla del río con Nessa. Parecía que la verghastita le estaba enseñando a la estudiante los rudimentos del lenguaje de signos.

—Le gusta aprender, ¿no es cierto?

Milo se volvió y se encontró con la sonrisa del capitán Daur.

—Sí, señor.

—Me alegro de que la encontrara, Brin. No creo que hubiéramos durado mucho sin un buen guía.

Milo se sentó en un tronco al borde del camino y Daur hizo lo mismo a su lado, moviendo con cuidado su cuerpo herido.

—¿Qué sabe usted, señor? —preguntó Milo.

—¿Sobre qué?

—Sobre esta misión. Corbec dijo que usted sabía tanto como él. Que usted… hum… había sentido lo mismo.

—No puedo darle una explicación si es lo que busca. Sólo sé que algo en mi cabeza me mueve a…

—Ya entiendo…

—No, no lo entiende. Yo sé que no lo entiende, y lo quiero como a un hermano por atreverse a venir hasta aquí sin saber nada.

—Confio en el coronel.

—Y yo también. ¿No ha tenido usted sueños? ¿Visiones?

—No, señor. Todo lo que tengo es mi lealtad hacia Corbec. Eso es todo lo que sé. Por ahora es todo lo que necesito.

—Pero nos consiguió nuestra guía —dijo de repente una voz calma, delicada.

—¿Que hice qué?

Daur hizo una pausa y parpadeó.

—¿Qué? —le preguntó a Milo que lo miraba con incredulidad.

—Usted dijo: «Pero nos consiguió nuestra guía»… acaba de decirlo. Su voz sonó extraña.

—¿Dije eso? ¿Fue eso?

—Sí, señor.

—Me refería a Sanian…

—Eso ya lo sé, pero fue una manera muy extraña de decirlo.

—No lo recuerdo… Diablos, no recuerdo haber dicho eso.

Milo miró a Daur con desconfianza.

—Con todo respeto, capitán. Todo esto me parece extraordinario.

—Milo, créame que también a mí me lo parece —respondió Daur.



—Doctor.

—Corbec.

Estaban en los bosquecillos que dominaban el lugar de la inhumación. Era la primera ocasión que tenían de hablar a solas desde que habían salido de Doctrinópolis.

—¿Dijo usted su hijo? ¿Mikal?

—Mi hijo.

—¿En sus sueños?

—Ya lleva días así. Creo que empezó cuando lo estábamos buscando a usted en la Ciudad Vieja, maldito bastardo.

—¿No había soñado con Mikal antes de eso?

Mikal Dorden había muerto en Verghast. Había sido el único Tanith que había escapado a la destrucción de aquel mundo con un pariente vivo. El soldado Mikal Dorden. El médico en jefe Tolin Dorden, ambos Fantasmas, padre e hijo, hasta que…

la Colmena Vervun y la Puerta Veyveyr.

—Por supuesto, todas las noches, pero no de esa manera. Era como si Mikal quisiera que yo supiera algo, que estuviera en alguna parte. Todo lo que decía era Sabbat Mártir. Me di cuenta cuando usted pronunció las palabras.

—Va a ser duro —dijo Corbec en voz baja— subir hasta allí.

Señaló hacia las Colinas Sagradas que se veían a lo lejos, oscurecidas en parte por la amenaza de una tormenta que se cernía sobre los bosques.

—Estoy dispuesto, Colm —sonrió Dorden—. Y creo que los demás también lo están, pero vigile al soldado Vamberfeld. Su bautismo de fuego no fue demasiado bien. Choque traumático. Puede que lo supere naturalmente, pero hay quienes no lo consiguen. No creo que debiera estar aquí.

—A decir verdad, ninguno de nosotros debería estar aquí. Cogí lo que pude. Pero tomo nota, lo tendré vigilado.



—Yo te respeto.

—Claro que si, chico —dijo Greer mientras trataba de devolver la salud a los motores del Chimera.

—Pero es cierto, te respeto —repitió el soldado Vamberfeld.

—¿Y a qué se debe? —preguntó como al pasar mientras desenchufaba una tubería de combustible.

—Por unirte a este peregrinaje. Es algo tan santo. Tan sagrado.

—Ah, claro que es sagrado —gruñó Greer.

—¿A ti te habló el espíritu de la Santa? —preguntó Vamberfeld.

Greer se volvió a mirarlo enarcando cínicamente una ceja.

—¿Te habló a ti?

—¡Por supuesto que sí! ¡Se me apareció triunfal y sublime!

—Es fantástico. Ahora tengo que arreglar un motor.

—La Santa te guiará en tu trabajo…

—¡Tonterías! Cuando Santa Sabbat se me manifieste y me ayude a reparar el termocambiador, entonces lo creeré.

Vamberfeld lo miró un poco cariacontecido.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Por el oro, naturalmente —dijo Greer subrayando cada palabra como si le estuviera hablando a un niño.

—¿Qué oro?

—El oro que hay en esas montañas. ¿Daur no te ha hablado de eso?

—N-no…

—¡Es la única razón por la que estoy aquí! Los lingotes de oro. Ésa fue mi motivación.

—Pero no hay ningún tesoro. Nada físico. Sólo fe y amor.

—Porque tú lo digas.

—El capitán no mentiría.

—Por supuesto que no.

—Nos quiere a todos.

—Claro que sí. Ahora, si me disculpas…

Vamberfeld asintió y se alejó obedientemente. Greer sacudió la cabeza y volvió a su trabajo. No entendía a estos Tanith, demasiado devotos para su gusto. Desde que había llegado a Hagia no había hecho más que oír a los hombres hablar de fe y de milagros. Sí, éste era un mundo santuario. ¿Y qué? A Greer no le iban demasiado esas cosas. Uno vive y muere, fin de la historia. A veces uno tiene suerte y vive bien. Otras no tiene suerte y tiene una mala muerte. Dios y los santos y los benditos ángeles y todas esas cosas eran el tipo de tonterías con que los hombres se llenaban la cabeza cuando la mala suerte llamaba a la puerta.

Se limpió las manos con un trapo y volvió a enganchar el manguito. Este grupo de perdedores eran una panda de locos. El coronel y el doctor y el triste caso de Vamberfeld, eran unos lunáticos que veian visiones y santos. Nada más que visiones. Lo de la chica sorda no lo entendía. El grandote era un idiota. El chico ese, Milo, iba a lo suyo y sólo estaba aquí porque iba detrás de esa chica local que, dicho sea de paso, era un hueso duro de roer en la humilde opinión de Greer. Derin era el único que tenía alguna posibilidad de estar en su sano juicio. Greer estaba seguro de que Derin también venía por el oro. Daur debía de haber convencido al resto de los lunáticos para que vinieran aprovechándose de su obsesión por la Santa.

Daur era un caso difícil. Parecía tan elegante y tan incondicional. La viva imagen del oficial joven, de buena cuna. Pero en el fondo tenía el corazón de un intrigante bastardo. Greer conocía bien a los de su calaña. No le había caído bien desde el momento mismo en que se habían conocido en la explanada de la oración. Ponerlo en evidencia de aquella manera delante de sus hombres. Si había acabado herido había sido porque se había visto obligado a jugarse el todo por el todo en la lucha para probar su coraje y recuperar su buen nombre. Pero Daur necesitaba un conductor y le había hablado del botín. El oro del templo, las pilas de lingotes sacados en secreto del tesoro de Doctrinópolis para llevarlos a un escondite cuando llegara la invasión de los infardi. Eso era lo que le había dicho Daur. Se había aprovechado de la pista que le había dado un ayatani moribundo. Para Greer aquello era motivo suficiente para desertar.

No le sorprendería nada que Daur intentase deshacerse de los demás una vez que estuvieran sanos y salvos. Greer se cubriría muy bien las espaldas cuando llegara el momento. Sería el primero en atacar llegada la ocasión. Por ahora sabía que estaba a salvo. Daur lo necesitaba más que a ningún otro.

Vamberfeld era el que más lo preocupaba. Daur los había reclutado a todos, excepto a Sanian y a Milo, en el hospital, de entre los heridos, y todos tenían vendajes que lo demostraban. Todos excepto Vamberfeld. Era un caso psiquiátrico y Greer lo sabía. La timidez, la mirada perdida. Había visto antes esos síntomas en hombres que estaban a punto de perder la razón. La fiebre de la guerra.

Greer no quería estar cerca cuando sucediera.

Cerró la tapa del motor.

—¡Ya funciona! ¡Si vamos a irnos, que sea ahora!

La compañía volvió a subirse al Chimera. Por enésima vez en ese día, Corbec se preguntó en qué se había metido. A veces lo veía tan claro, pero otras veces estaba lleno de dudas. Había transgredido las órdenes y había convencido a otros ocho integrantes de la guardia para que hicieran lo mismo. Y ahora iban hacia territorio enemigo. Se preguntó qué pasaría si tenían que luchar. Milo estaba en su sano juicio y era físicamente apto, pero el doctor y Sanian no eran guerreros. Nessa se estaba recuperando de una herida de láser en el vientre, Bragg tenía un hombro inutilizado, Daur y Derin estaban heridos en el pecho y no podían moverse con rapidez, Greer tenía una herida en la cabeza y Vamberfeld estaba al borde de un colapso nervioso. Eso por no mencionar sus propias y dolorosas heridas.

No eran precisamente el equipo más apto y eficaz de la historia de la guardia, ni el mejor equipado. Cada soldado tenía un rifle láser, en el caso de Nessa un modelo largo de francotirador, y Bragg llevaba su cañón automático. Tenían una caja de cargas explosivas, pero no andaban sobrados de munición. Por lo que sabía tenían apenas media docena de tambores para el cañón. El Chimera tenía montado un bolter de asalto, pero teniendo en cuenta cómo había funcionado hasta el momento, Corbec no sabía cuánto tardarían en tener que seguir el camino a pie.

Se preguntaba qué haría Gaunt en esta situación y estaba casi seguro de saberlo.

Los haría fusilar a todos.



A través de los árboles y de las tupidas plantaciones de acestus y vipirium de delgados troncos que había a ambos lados del camino, se empezó a ver la silueta de Bhavnager.

Eran las últimas horas de la tarde pero el sol brillaba ferozmente y hacía un calor

infernal. La calina distorsionaba las distancias. El equipo de reconocimiento había hecho un tiempo excelente y por las comunicaciones se sabía que el convoy principal estaba apenas setenta minutos por detrás de ellos.

Mkoll ordenó hacer un alto y se adentró en los bosquecillos junto con Mkvenner para explorar. Se agazaparon entre las sombras inclinadas de los frutales silvestres y examinaron los alrededores con sus magnoculares. El aire estaba inmóvil y asfixiante, tan seco y caliente como la arena recalentada. Los insectos sonaban como cronómetros entre los matojos.

Mkoll comparó lo que veía con el plano de la ciudad que figuraba en su mapa. Bhavnager era una población grande, dominada por un gran templo blanco con una estupa dorada hacia el este y una fila imponente de silos de ladrillo al sudoeste. Cometas y gallardetes votivos colgaban lacios de la cúpula dorada en el aire sin asomo de brisa. La carretera por la que iban, entraba por la esquina sudoriental, pasaba por el sur del templo e iba a dar a lo que parecía un gran mercado triangular que señalaba poco más o menos el centro de la ciudad y volvía a aparecer al norte de unos grandes edificios de las afueras que Mkoll supuso serían talleres de maquinaria. Un entramado de calles más pequeñas salía del mercado, rodeado de tiendas y viviendas.

—Parece tranquilo —observó Mkvenner.

—Pero esta vez con vida. Hay gente allá, en el mercado.

—Ya la veo.

—Y más allí, en la terraza inferior del templo.

—Centinelas.

—Sí.

Los dos descendieron un poco hacia adelante en una trayectoria paralela a la carretera. Una vez que la carretera salía de los bosquecillos de frutales recorría una extensión abierta y desprotegida de más de mil quinientos metros hasta las lindes de la ciudad. Los árboles habían sido talados y se habían eliminado los arbustos.

—No quieren que nadie los coja por sorpresa ¿verdad?

Mkoll levantó la mano, pidiendo silencio. Ahora ambos detectaron movimiento entre los árboles, veinte metros a la derecha, sobre la carretera.

Con Makvenner unos pasos por detrás, con el láser preparado para cubrirlo, Mkoll avanzó en silencio por la vegetación seca. Sacó su cuchillo de plata de la funda.

El hombre estaba vigilando la carretera desde una pequeña alcantarilla que había debajo de los árboles. Estaba de espaldas a Mkoll. Los vehículos del equipo de reconocimiento estaban fuera de su campo visual, al otro lado de la curva de la carretera, pero sin duda habría oído los motores. ¿Habría enviado ya una señal o estaría esperando a ver lo que aparecía por la curva?

Mkoll acabó con él de una cuchillada rápida y certera. El hombre no tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba muerto.

Iba vestido de seda verde y llevaba la maldita piel cubierta de tatuajes.

Un infardi.

Mkoll revisó el cadáver y encontró un rifle automático, pero ningún transmisor. Colocado en un agujero hecho con la mano en un lado de la alcantarilla había un espejo redondo. Método de señalización simple pero eficaz, tal vez dirigido a otro vigía invisible apostado en la carretera. ¿Cuántos más? ¿Acaso habrían pasado ya delante de alguno?

Miró otra vez hacia la ciudad, justo a tiempo para ver la luz del sol que se reflejaba y lanzaba destellos sobre algo en la terraza del templo. Un minuto después, se repitió.

¿Una respuesta? ¿Una pregunta? ¿Una comprobación de rutina? Mkoll dudó entre usar o no el espejo. Los pondría sobre aviso si erraba la señal, pero acaso una falta de respuesta sería igualmente nefasta.

El destello se repitió en el templo.

—¿Jefe? —llegó sibilante la voz de Mkvenner por el intercomunicador…

—Adelante.

—Veo señales de destello.

—¿En el templo?

—No. Al otro lado de la carretera, a unos treinta metros de usted. Justo donde termina la hilera de árboles.

Mkvenner tenía un ángulo mejor. Mkoll retrocedió desde la alcantarilla sin hacer ruido e hizo un pequeño trayecto con la capa de camuflaje ceñida al cuerpo. Ahora podía ver al hombre, al otro lado de la carretera, oculto bajo una red de camuflaje. El hombre estaba mirando carretera arriba y al parecer no había detectado todavía a Mkoll.

Mkoll enfundó su cuchillo y levantó su rifle láser. El silenciador estaba atornillado en su sitio. Casi nunca lo retiraba cuando iba por el campo.

Esperó a que el hombre cambiase de posición y levantase su espejo y le disparó certeramente en la oreja. El infardi cayó y se perdió de vista.

Los exploradores volvieron hacia donde estaba el equipo de reconocimiento. Sirus estaba esperando junto con el comandante del otro Conquistador.

—Ni idea del número, pero el enemigo ha tomado la ciudad —explicó Mkoll—. Hemos acabado con un par de centinelas en la carretera. Están observando cuidadosamente la carretera y han despejado el acceso sur a la ciudad. Preferiría tomarme el tiempo necesario para dispersar a mis hombres por los bosques y detectar a otros posibles vigías y tal vez realizar una aproximación sigilosa después de que haya oscurecido, pero creo que el tiempo apremia. No tardarán en darse cuenta de que sus centinelas no responden, si es que no lo saben ya.

—Tenemos a todo el maldito convoy que llegará en menos de una hora —dijo Sirus.

—Puede que eso sea lo mejor —dijo el otro comandante, un hombre de escasa estatura llamado Farant o Faranter, Mkoll no lo había entendido bien—. Esperar hasta que llegue el grueso del destacamento y entrar con toda la fuerza.

A Mkoll le pareció que tenía sentido. Podían pasarse mucho tiempo aquí tratando de actuar con inteligencia. Tal vez ésta era una de las ocasiones en las que el uso de la fuerza bruta era el mejor recurso. Simple, directo, convincente. Nada de andarse con rodeos.

—Lo transmitiré al jefe —dijo, y se encaminó hacia su Salamandra.

Se oyó una detonación leve, distante, amortiguada por el aire inerte de la calurosa tarde. Un segundo más tarde un enorme alarido los puso sobreaviso.

—¡Ya llega! —gritó Sirus. Todos los hombres corrieron a ponerse a cubierto.

Con un rugido, el obús hizo impacto sobre la carretera, a veinticinco metros de donde ellos estaban y voló todos los árboles haciéndolos caer sobre la calzada. Un momento después, dos más explotaron entre los árboles que tenían a su izquierda, levantando montones de tierra y llamas hacia el cielo despejado.

Empezó a llover tierra sobre sus cabezas. Los Conquistador se pusieron a uno y otro lado de los Salamandra, el Ira de Pardua abrió el camino. Más obuses detonaron alrededor. O el enemigo había hecho un excelente trabajo de cálculo del alcance, o bien había tenido mucha suerte.

—¡Alto, Sirus, no avance! —gritó Mkoll por el intercomunicador mientras su Salamandra daba una sacudida hacia adelante. Tuvo que agacharse cuando los escombros levantados por un obús que había caído peligrosamente cerca empezaron a caer sobre su vehículo.

Les estaban disparando con más de un cañón. Puntos múltiples, tal vez cañones de campaña, artillería de gran calibre a juzgar por el tamaño de los impactos. ¿Dónde diablos podrían ocultar una batería de artillería?

El Conquistador de Farant quedó súbitamente abierto convertido en una gran bola de fuego. La explosión fue tan fuerte que la onda expansiva lanzó a Mkoll al suelo. Por todas partes llovían trozos del blindaje. Caober dio un grito al recibir el impacto de uno en la frente.

Los restos en llamas del tanque Pardus llenaban el centro de la carretera. La torreta estaba desintegrada, el blindaje fundido y retorcido, segmentos de las orugas se desprendían y diseminaban por todas partes.

—¡Blindados enemigos! ¡Blindados enemigos! —chilló Sirus por el enlace de voz.

Mkoll los vio. Dos grandes tanques de batalla, pintados de color lima brillante, con sus cañones principales rugiendo mientras se abrían paso a través de los árboles frutales para salir a la carretera delante de ellos.

Por eso no había visto posiciones de artillería, porque no era artillería.

Los infardi tenían vehículos blindados. Un montón de ellos.



DIEZ

La batalla de Bhavnager

¡No rehuyáis la lucha! ¡No vaciléis!

¡Dadles muerte en nombre de Sabbat!

Santa Sabbat,

a las puertas de Harkalon.

Haciendo caso omiso de los obuses de 105 milímetros que martilleaban la carretera y los árboles de alrededor, Sirus se enfrentó cara a cara con los blindados infardi. El Ira de Pardua salió lanzado hacia adelante con un sonido metálico seco de sus orugas y disparó su cañón principal. El disparo de hipervelocidad alcanzó al más próximo de los dos vehículos enemigos y explotó en el pivote trasero de su torreta con tanta fuerza que la montura de la torreta dio un giro de ciento diez grados. Era evidente que el tanque conservaba su fuerza motriz porque continuó su marcha rechinante por la carretera, pero su sistema de puntería estaba averiado y la torreta con su armamento colgaba inerte balanceándose con un movimiento de vaivén. El Ira de Pardua volvió a disparar apenas unos segundos antes de que un obús del segundo tanque enemigo recorriera su flanco derecho de delante atrás. El disparo torció y rompió los guardaorugas y sus fragmentos fueron a caer entre los árboles.

El segundo disparo del Ira no había dado en el blanco. La máquina infardi desarmada estaba ahora a menos de cuarenta metros y su cañón láser montado en el casco empezó a escupir relámpagos azulados contra el Conquistador de Sirus. El otro tanque enemigo estaba tratando de adelantar a su colega herido a fin de tener un campo de tiro más despejado. Avanzó derribando una hilera de árboles jóvenes y de pequeños acestus mientras arrastraba la mitad de su volumen fuera de la carretera atravesando un tramo de monte bajo.

Mientras el furioso fuego láser del tanque averiado rebotaba en el blindaje frontal del Ira de Pardua, Sirus ordenó a sus hombres que atacaran primero al otro tanque que se acercaba. La realineación del cañón les tomó un segundo vital. En ese tiempo, el segundo tanque volvió a disparar y dio de lleno en el Ira. El impacto fue suficiente para desplazar las sesenta y dos toneladas del vehículo blindado varios metros hacia un lado, pero no consiguió penetrar los veinte centímetros de blindaje. Dentro, la tripulación estaba aturdida y su capacidad de hacer blanco había quedado muy mermada. Sirus trataba a gritos de reorganizar el ataque, pero ya tenían al otro tanque encima dispuesto a darles el golpe de gracia.

Un rayo devastador de fuego láser pasó por encima del Ira y atravesó al vehículo atacante por debajo de la torreta. La munición almacenada en el interior estalló y el tanque explotó con tal fuerza que tanto el cuerpo del mismo como las orugas dieron una voltereta lateral transformados en una bola de fuego. La explosión y la metralla abrieron un claro semicircular de veinte metros de radio en la vegetación.

El Destructor Vengador Gris había atacado.

Desde la cabina abierta de su Salamandra que retrocedía a toda máquina, Mkoll vio la larga y baja proa del Destructor. De las lumbreras de ventilación que había en tomo a su enorme cañón láser fijo, salía un calor espeso. Hizo una maniobra para evitar la chatarra incendiada del Conquistador de Farant y se colocó al lado del Ira.

A esas alturas, la tripulación del Ira de Pardua había recuperado sus facultades y

rápidamente atacó al otro agresor y le disparó a quemarropa haciendo pedazos su escotilla y sacudiéndolo como a un pelele con el impacto. El tanque empezó a arder.

Para entonces, el trío de Salamandra de exploración había retrocedido lo suficiente como para poder dar la vuelta.

Por su intercomunicador Mkoll dio orden de romper la formación y retirarse.

—¡Retrocedan hasta la señal 00.58 de la carretera!

LeGuin respondió de inmediato, pero Mkoll no recibió respuesta de Sirus.

Ese maldito idiota quiere seguir combatiendo, pensó Mkoll. Desde la unidad de observación táctica de su vehículo, contó por lo menos diez blancos de buen tamaño que avanzaban hacia su posición desde Bhavnager.

De repente apareció Sirus por la mirilla superior del Ira, mirando hacia donde estaba Mkoll entre una nube de humo. El último disparo había inutilizado su sistema de comunicación. Mkoll se aseguró por todos los medios de que Sirus entendiera sus señas.

El Vengador Gris mantuvo su posición y disparó otras dos ráfagas incandescentes contra blancos que Mkoll no podía ver. Pensó que tal vez fuera una táctica disuasoria. ¿Quién se va a atrever a lanzar un tanque de batalla hacia un terreno boscoso sabiendo que lo está esperando un Destructor imperial?

El Ira de Pardua dio marcha atrás rápidamente y giró para seguir a los Salamandra tras invertir su torreta a fin de cubrirse las espaldas. Entonces, al ver que el Ira empezaba también a hacer disparos disuasorios, el Vengador también se dispuso a emprender la retirada y lo hizo con tanto ímpetu que su casco se sacudió y levantó el morro al accionar la tracción de barra de torsión montada sobre poderosos muelles.

Ensordecido y un poco ensangrentado, el escuadrón de reconocimiento emprendió la marcha carretera arriba alejándose del bombardeo que continuó durante otros quince minutos. No hubo ningún indicio de persecución.

Mkoll transmitió a Gaunt la mala nueva.

Sin dejar de vigilar el acceso norte para detectar posibles aproximaciones del enemigo, el escuadrón de reconocimiento esperaba el encuentro con las fuerzas centrales de la guardia de honor en la señal 00.58 de la carretera, un desnivel muy pronunciado del terreno que daba al oeste y se encontraba quince kilómetros al sur de Bhavnager.

El sol estaba bajando y el intenso calor del día empezaba a disiparse. Una brisa del sur traía un aire más fresco desde las brumosas Colinas Sagradas, que podían verse ahora sobresaliendo por encima del extenso manto verde de las selvas pluviales en el horizonte septentrional.

Mkoll se apeó de su Salamandra, pasó junto a Bonin que estaba haciendo una sutura improvisada en la cara de Caober y se dirigió hacia el Ira de Pardua. Se tomó un momento para contemplar las Colinas Sagradas; unas sombrías tierras altas a

sesenta kilómetros de distancia. Todavía más allá, a unos cien kilómetros, las majestuosas cumbres serradas de las Colinas Sagradas propiamente dichas, transparentes titanes helados cuyas cumbres se perdían entre celajes de nubes a nueve mil metros sobre el nivel del mar.

Menuda perspectiva.

El hecho de que llegar allí implicase abrirse camino al menos a través de una unidad blindada del enemigo parapetada donde había los únicos depósitos seguros de combustible, atravesar luego la selva pluvial y después unas montañas cada vez más altas, hacía que la perspectiva fuera todavía más escalofriante.

En las colinas vecinas se oían truenos, digno colofón de un día de verano demasiado caluroso. La brisa traía la promesa de lluvia. Masas de nubes grises, tan moteadas como el camuflaje de las naves imperiales, avanzaban desde el norte manchando un cielo que había estado totalmente despejado y azul desde que se disiparon las nieblas matinales.

Quelones pequeños y unos herbívoros parecidos a las cabras pastaban y rumiaban en los ricos pastos de los prados que se extendían más allá del punto de la carretera donde se encontraban. Las esquilas que llevaban al cuello sonaban al ritmo de sus movimientos.

Sirus y sus hombres estaban efectuando reparaciones de emergencia al Ira de Pardua que parecía un gigante herido. Bromeaban y reían con su capitán, recordando los detalles del reciente enfrentamiento y celebrando el hecho de haber salido con vida. Nadie hablaba de los muertos. Más tarde habría tiempo para su reconocimiento. Mkoll estaba seguro que una vez superado el obstáculo de Bhavnager habría que llorar por algo más que por un Conquistador.

Una figura se acercó a él a través de la hierba agitada por el viento. Mkoll supo enseguida que se trataba de LeGuin, al que no había visto hasta entonces. Era un hombre de baja estatura y buena constitución física, de unos treinta años. Llevaba el uniforme de faena de los Pardus y una chaqueta de cuero forrada de piel. Se desabrochó el casco de cuero al acercarse y desconectó sus auriculares.

Tenía la piel más oscura que el común de los Pardus y sus ojos eran de un color azul brillante.

—Una cabeza fría, sargento —dijo tendiendo la mano a Mkoll.

—Hubo un momento en que lo vi muy difícil —respondió Mkoll.

—Y así fue, pero así son los mejores combates.

—Pensé que Sirus iba a volar por los aires —se atrevió a decir Mkoll.

LeGuin sonrió.

—Anselm Sirus es un valiente y glorioso sabueso. También es el mejor jefe que tienen los Conquistador de los Pardus, a excepción de Woll tal vez. Hay rivalidad entre ellos. Los dos son unos ases. Pero a Sirus se le pueden permitir sus actos

heroicos, es el mejor de todos.

—Conozco soldados de infantería así —dijo Mkoll con gesto afirmativo—. Pensé que iban a acabar con él ahí mismo. De no haber sido por usted…

—Mi mayor placer en la vida es hacer esto con el cañón de mi Destructor. Me limité a hacer mi trabajo.

El Vengador Gris estaba allí cerca, con el casco medio hundido en un mullido prado. Su imponente morro apuntaba carretera arriba, hacia el norte. Mkoll reflexionó que si alguna vez hubiera pensado en ingresar en una unidad blindada, la máquina de su elección habría sido un Destructor. Hasta donde es posible que más de cincuenta toneladas de veloz potencia blindada actúen con sigilo, el Vengador Gris era un depredador silencioso. Mkoll se sentía identificado con los cazadores. Había sido cazador toda su vida adulta antes de entrar en la guardia, y, a decir verdad, lo había seguido siendo desde entonces.

Algunos de los animales que pastaban en la pradera levantaron de repente la cabeza y empezaron a desplazarse hacia el oeste.

Un minuto después se empezó a oír un sonido atronador que llegaba del sur.

—Ahí vienen —dijo LeGuin.



La guardia de honor se reunió en el punto acordado y desplegó su fuerza en una firme línea defensiva mirando hacia el norte. Cuando los tanques ocuparon su posición, con las baterías Hydra por detrás de ellos, la infantería descendió de sus transportes y se atrincheró.

—Ahora viene la diversión —dijo a Larkin el soldado Cuu mientras ocupaban sus puestos entre la hierba.

—Espero que no demasiada —farfulló Larkin apuntando su láser largo para hacer una prueba.

Mientras la fuerza se desplegaba, Gaunt convocó a sus jefes de operaciones y de sección para una sesión informativa. Se reunieron en tomo a la parte trasera de su Salamandra. Kleopas, Rawne, Kolea, Hark, la cirujana Curth, los comandantes de los tanques, los jefes de escuadrón y los sargentos de los pelotones. Algunos aportaban placas de datos, otros mapas. La mayoría llevaba en la mano tazas de latón llenas de cafeína recién hecha o cigarros.

—¿Opiniones? —preguntó, dando comienzo a la sesión.

—No nos quedan más de cuatro horas de luz. La mitad se nos irán en ponemos en posición —dijo Kleopas—. Yo me inclino por esperar al amanecer.

—Eso significa que no podremos repostar y emprender la marcha antes de mediodía, siempre y cuando logremos tomar Bhavnager —replicó Rawne—. Medio día eliminado de nuestro calendario así, sin más.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Kleopas cínicamente—. ¿Aconseja que sigamos adelante y ataquemos esta noche, mayor?

Algunos Pardus rieron.

—Sí —respondió Rawne fríamente, como si fuera tan obvio que sólo un tonto como Kleopas no pudiera entenderlo—. ¿Por qué desperdiciar las horas de día que nos quedan? ¿Hay otra posibilidad?

—Atacar desde el aire —dijo el comisario Hark. Los oficiales de los blindados protestaron al unísono.

—¡Oh, por favor! Ésta es una oportunidad magnífica para atacar con los tanques —dijo Sirus—. Déjennos a nosotros.

—Le voy a explicar lo que es, capitán —dijo Gaunt con aire sombrío—. Ésta es una oportunidad magnífica para llevar a cabo una misión para el Dios-Emperador de la manera más rápida y eficiente que podamos. Lo que no es, es una oportunidad para que usted acumule gloria forzando una intervención de los tanques.

—No creo que fuera eso lo que quiso decir Sirus, señor —dijo Kleopas mientras Sirus adoptaba una expresión ceñuda.

—Creo que es exactamente lo que quiso decir —dijo Hark con tono ligero.

—Sea lo que fuere lo que haya querido decir, he estado hablando con el comando de las fuerzas aéreas de asalto en Ansipar. El ejército del aire está colaborando con la evacuación. No quisieron decirme más. Podríamos conseguir que atacaran por el aire si esperamos dos días. Tal como señaló el mayor Rawne, no podemos perder tiempo. Vamos a tomar Bhavnager por nuestros propios medios, a la brava.

Sirus sonrió. Hubo un murmullo generalizado.

Gaunt consultó los informes de evaluación en las placas.

—Sabemos que tienen al menos diez unidades blindadas. Tanques de batalla no imperiales.

—Por lo menos diez —repitió Sirus—. Dudo que hayan enviado a su dotación completa para repeler un asalto.

—¿Tipo y capacidad? —preguntó Gaunt levantando la vista.

—Tanques de fabricación urdeshi, tipo AT70 —dijo LeGuin—. Rendimiento mediocre y escasa frecuencia de disparo. Cañones 105 estándar. Son corrientes aquí, en este subsector, y los favoritos del archienemigo.

—Los han estado produciendo en las fábricas de Urdesh desde que el enemigo se apoderó de ese mundo —dijo LeTaw, otro oficial de los blindados.

—Por el aspecto de los que vi, son del tipo Guadaña —prosiguió LeGuin—. Consumen promethium, tienen un blindaje barato y derrapan por detrás en las

curvas. Nuestros Conquistador los superan. A menos que el número sea muy superior, por supuesto.

—Por el martilleo de que fuimos objeto en la carretera, yo diría que también tenían un mínimo de cinco cañones autopropulsados —dijo Sirus.

—Como mínimo —dijo LeGuin—. Pero aún hay otra cosa. Siguieron bombardeando la carretera durante un rato después de nuestra retirada. Apostaría a que fue porque no sabían que nos habíamos ido. Tenían una cadena eficiente de vigías y observadores, pero creo que sus escáners de a bordo son muy inferiores a los nuestros. No tienen auspex ni lectores de paisaje. Si sus observadores no nos ven directamente, están ciegos. Nosotros, en cambio…

—Tomamos nota —dijo Gaunt—. De acuerdo, así es como lo vamos a hacer. Asalto directo siguiendo la carretera. Esta noche. Si pensamos que es arriesgado hacerlo a hora tan tardía, pueden apostar que no lo esperarán. Las unidades blindadas salen de los bosques y se dispersan. La infantería va detrás, apoyando con armas antitanque. Quiero allí dos destacamentos completos de tropas de asalto abriéndose camino hacia el sur de la ciudad. ¿Kolea? ¿Baffels? Ustedes allí. Alrededor de los silos de almacenamiento.

Mostró el emplazamiento en su mapa.

—Aquí está el ganador. Un asalto lateral. Tal vez cuatro o cinco tanques entrando desde el este, con apoyo de la infantería y los Salamandra. El objetivo es el templo para abrirse camino a continuación hacia los depósitos de combustible. Las baterías Hydra dispararán desde la carretera, desde aquí.

—¿Y qué hay de los civiles? —preguntó Hark.

—Yo no he traído ninguno ¿y usted?

Risas generalizadas.

—Bhavnager es un blanco claro y abierto. Lo digo ahora para que no haya error posible. Atacamos esta ciudad con la máxima prevención. Aunque haya civiles, para nosotros no los hay. ¿Entendido?

Los oficiales asintieron sin dudar. Gaunt hizo caso omiso de la mirada aviesa de Curth.

—Kleopas, usted estará al mando del ataque central. Yo dirigiré a los Fantasmas detrás de usted. ¿Rawne? ¿Sirus? A ustedes les toca el asalto por el flanco. ¿Varl? Quiero que usted se ocupe de la vigilancia de la carretera con un pelotón. Permanezca detrás de los Hydra y cubra al tren de transporte y suministros. Hágalos entrar sólo cuando demos la señal de que la ciudad está tomada. La palabra clave para el inicio es «Slaydo», para mantener el avance es «Oktar» y para retirada «Dercius». El canal de voz es betakappa-alfa. El secundario es kappa-beta-beta. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas. Cuando quedaban menos de dos horas de luz, con el sol abrasando las montañas y una promesa de lluvia en el aire, la guardia de honor cayó

sobre Bhavnager.

⁎ ⁎ ⁎

El Vengador Gris de LeGuin y el otro Destructor de la compañía, con el nombre Bufón Letal pintado de color carmesí sobre su blindaje, marcharon a la cabeza por la carretera, despejando el perímetro exterior. Entre ambos destruyeron ocho vehículos enemigos, todos tanques de batalla infardi que cubrían los bosquecillos de frutales de los lados de la carretera.

Mkoll entró junto con un pelotón de exploradores. Llegaron montados en los Destructor hasta que alcanzaron al tramo cubierto por los árboles, y a continuación se dispersaron por los bosquecillos. Una oleada de Fantasmas avanzaba flanqueando a los cazadores de tanques, localizando y eliminando los puestos de observación de la línea de señales del enemigo en una acción sigilosa.

El Vengador y el Bufón permanecían apostados junto a los árboles desde donde se dominaba Bhavnager mientras la principal fuerza de asalto pasaba a su lado encabezada por el Corazón Destructivo. El suelo retemblaba y el aire tranquilo era sacudido por un estruendo mecánico. La totalidad de las tropas bajaron de los camiones que iban detrás, y a continuación los transportes retrocedieron hasta la señal 00.60 de la carretera, donde Varl y su unidad vigilaban a los Chimera, los Troyano y los camiones cisterna.

En su momento la palabra clave «Slaydo» puso en marcha el ataque. Bajo el mando de Kleopas, doce máquinas de combate cargaron contra Bhavnager desde el sur, once Conquistador y el único Executor de la compañía, un antiguo tanque de plasma al que apodaban Conflicto.

Para entonces, el enemigo ya había visto el humo y los fogonazos de los disparos del Destructor en los bosques y salieron en masa. Treinta y dos Guadaña AT70, todos ellos pintados de color lima brillante, más siete semiorugas N20 con cañones antitanque de 70 milímetros. El mayor Kleopas tuvo que reconocer que esto superaba con creces la estimación del capitán Sirus de «por lo menos» diez Guadañas y cinco cañones autopropulsados. Ésta iba a ser una auténtica batalla. Una oportunidad de conseguir gloria en el combate. Una oportunidad de encontrar la muerte. El tipo de elección que los Pardus estaban acostumbrados a hacer.

A pesar de las horrorosas perspectivas, Kleopas sonrió para sus adentros.

Los Hydra imperiales, escondidos y alejados, sembraron su lluvia de fuego rápida sobre la ciudad desde la línea arbolada. Dos mil Fantasmas se desplegaron por el acceso abierto siguiendo la carga de la caballería blindada de Kleopas. Armas de

menor calibre disparaban sobre ellos desde los límites de la ciudad.

Empezó con toda su intensidad el ataque de los tanques. El escuadrón de Kleopas estaba formado en uve invertida, con el Corazón Destructivo en el vértice. Tenían la ligera ventaja de la inclinación del terreno despejado entre los bosquecillos de frutales y el límite de la ciudad, e iban a más de treinta kilómetros por hora. La formación masiva del enemigo, sin un orden establecido, se abría camino pendiente arriba para salirles al encuentro, lanzando hacia atrás pedruscos y terrones de tierra endurecida arrancados por sus orugas, y desplegándose en una línea larga y desigual.

En el asiento de mando del Corazón, Kleopas comprobaba las lecturas de su auspex, que emitían una luz pálida, amarillenta, en la penumbra de la torreta cerrada, y las comparaba con lo que veía por su periscopio prismático. Se valía para ello de su ojo derecho, no de la prótesis de aumento, una afectación que daba lugar a no pocas bromas entre su tripulación. Kleopas ajustó a continuación sus auriculares con almohadilla de cuero y apartó hacia abajo de un manotazo el cable de su micrófono.

—Adelante y fuego a discreción.

El pelotón de carros Conquistador empezó a disparar. Una docena de cañones lanzaron una ráfaga tras otra. De sus bocas salían bolas brillantes de gas inflamado y el humo de las descargas se extendía hacia atrás formando una estela blanca por encima de sus cascos. Tres AT70 recibieron impactos directos y se desvanecieron en un amasijo de metal y fuego. Otros dos quedaron inutilizados y empezaron a arder. Un semioruga dio una sacudida a todo lo largo cuando un disparo del Conquistador Hombre de Acero atravesó el habitáculo de la tripulación y lo abrió como si fuera una lata de rancho alcanzada por un láser.

El antiguo tanque Executor del Pardus, comandado por el teniente Pauk, avanzaba más lentamente que los rápidos Conquistador y ocupaba el último puesto en la fila de la izquierda. Su potente cañón de plasma lanzó un relámpago rojo de destrucción ladera abajo e hizo explotar la torreta de un AT70 que sembró alrededor una lluvia de metralla y de aceite.

El enemigo respondía disparando colina arriba con furiosa resolución. Las armas principales de los AT70 eran más largas y esbeltas que los pesados cañones de los Conquistador imperiales. Sus disparos hacían más ruido y arrancaban fogonazos en forma de estrella de los retardadores situados en el extremo de sus cañones. Una lluvia de obuses caía sobre las fuerzas imperiales.

LeGuin había dado en el clavo. Eran ejemplares de antigua tecnología estándar subimperial, los Guadaña carecían de guía auspex para calcular el alcance de los láser. También era evidente que no tenían estabilizadores de giro. Una vez apuntados, los cañones de los Conquistador no abandonaban su presa gracias a los amortiguadores inerciales, independientemente de las sacudidas y bandazos que dieran los tanques. Eso significaba que los Conquistador podían disparar y moverse al mismo tiempo sin

que su puntería se desviase apreciablemente. Los AT70 disparaban a ojo, y cualquier movimiento o sacudida requería una corrección inmediata del objetivo.

En su puesto del Corazón Destructivo, Kleopas sonrió satisfecho. El enemigo lanzaba ladera arriba cientos de kilos de munición contra ellos, pero la mayor parte erraba el blanco. No estaban diseñados para disparar eficazmente en movimiento. Si sus mandos hubieran tenido el buen sentido de inmovilizar sus tanques y disparar contra las fuerzas imperiales desde puestos estacionarios, a esas alturas iría ganando por puntos.

Aún así, más por suerte que por mérito, el enemigo hizo algunos blancos. El Conquistador conocido como Poderoso Justiciero fue alcanzado simultáneamente por dos proyectiles de diferentes adversarios, explotó y redujo la marcha hasta quedar parado mientras una columna de humo negro y grasiento salía por sus escotillas. El Redoble de Tambor, otro Conquistador, bajo el mando del capitán Hancot recibió un impacto en el lateral derecho, y perdió las orugas en medio de una lluvia de chispazos y de fragmentos de acero. Se sacudió, se detuvo y siguió ardiendo.

El capitán Endre Woll acabó con su segundo enemigo del día y su tripulación lanzó vítores de alegría. Woll era un as de los tanques, adorado por el regimiento Pardus y principal rival de Sirus. Bajo el nombre Viejo Estroncio grabado en el lateral de su blindaje había una línea de sesenta y una marcas, una por cada enemigo eliminado. Sirus y el Ira de Pardua lo superaban por ocho. Los servomecanismos eléctricos hicieron girar la torreta del Viejo Estroncio y Woll eliminó limpiamente a un AT70 que estaba girando. El ruido dentro de la torreta del Conquistador era ensordecedor, a pesar del retardo del sonido y de los protectores auditivos de la tripulación. Cuando disparaba, la recámara del cañón principal retrocedía dentro del espacio de la torreta con una fuerza de retroceso de noventa toneladas. Los cargadores noveles y los encargados de apuntar el cañón en los campamentos militares Pardus eran entrenados rápidamente para mantenerse alerta y no perder la destreza. Cuando la recámara retrocedía, un deslizador de metal abollado canalizaba hacia atrás la cápsula vacía al rojo vivo y la dejaba caer en la tolva de los cartuchos y entonces el cargador giraba en redondo con un obús fresco del cargador con camisa exterior de agua y lo introducía con la palma de la mano. El encargado de apuntar, consultaba el telémetro y el sensor de viento lateral y obedecía las instrucciones que daba Woll con ayuda del auspex. Woll siempre vigilaba la retícula de blanco desplegada en su periscopio. Como todos los buenos soldados, tenía una confianza limitada en la técnica.

—¡Blanco a las 11:34! —indicó Woll.

—¡11:34, correcto! —repitió el apuntador, dando un tirón al freno de retroceso. El cañón rugió.

Otro Guadaña quedó reducido a una bola de fuego y chatarra.

Los hombres de las unidades blindadas del Pardus estaban instruidos en maniobras móviles de interceptación y ofensiva. Los eficaces sistemas de suspensión por barra de torsión de los Conquistador, y la elevada relación potencia-peso, los hacían más ágiles que la mayoría de los adversarios con los que se medían, ya fuesen monstruos superpesados o vehículos mediocres como los que tripulaban los infardi. Eso transformaba a los Conquistador en perfectas armas de caballería, construidos para combatir sobre la marcha, para cargar, para superar y apabullar al enemigo.

Pero había un momento crucial en cualquier carga con vehículos blindados en que había que tomar la decisión de parar, retroceder o entrar a saco. Kleopas sabía que ese momento estaba cerca. El sueño de cualquier carga de blindados era aplastar totalmente a la formación enemiga, pero los infardi los superaban por tres a uno, y en las afueras de la ciudad se estaban amontonando más tanques. Kleopas lanzó un juramento… los infardi habían reunido una gran fuerza en Bhavnager. El mayor no hacía más que corregir al alza la estimación original de Sirus. Nada que ver con los grandes combates del pasado, esto iba a ser histórico.

Los Conquistador estaban a punto de encontrarse con el enemigo frente a frente. Kleopas tenía tres opciones: parar en seco y combatir manteniendo su posición, atravesar la línea enemiga y disponerse a rematar el trabajo o separarse y hacer maniobras de pinza.

Un combate estático era la última opción por considerar. Daría ocasión a los Guadaña para poner en juego toda su fuerza. Abrirse camino tenía un gran impacto psicológico, pero significaba invertir la posición en el campo de batalla, y los Pardus se encontrarían entonces luchando cuesta arriba, poniendo en riesgo a la infantería que venía detrás.

—¡Pinza tres-cuatro! ¡Pinza ya! —fue la orden que dio Kleopas a su escuadrón. El borde izquierdo de la formación en V siguió adelante con Kleopas a la cabeza, abriéndose camino entre los tanques infardi. El borde derecho, mandado por Woll se desplazó en una línea lateral y fue reduciendo la marcha.

Con un chirrido de las cajas de cambios y los diferenciales, los tanques del ala de Kleopas giraron casi en el sitio, levantando gran profusión de tierra, y aparecieron por detrás de la línea enemiga. Todos los tanques Leman Russ, como los Conquistador, tienen un sistema de oruga que ejerce escasa presión sobre el suelo y poseen una dirección sensible y de gran capacidad de regeneración. Estas vueltas casi coreográficas son características de estas máquinas. Otros seis AT70 volaron por los aires atacados por la espalda, y otros dos y un semioruga cayeron víctima de la línea rezagada de Woll.

La pendiente que se extendía al sur de Bhavnager se convirtió en un cementerio de tanques. El terreno quedó cubierto de fuego y chatarra y por todas partes había restos llameantes.

Las tripulaciones infardi, obligadas a escapar por las escotillas, corrían enceguecidas buscando un lugar donde ponerse a cubierto. Algunos de los Guadaña, botando sobre su anticuada suspensión de muelles, trataban de salir al encuentro de la línea de Kleopas y resultaban atacados por ambos lados. La primera fila de la formación de blindados infardi quedó superada y masacrada, pero la batalla aún no estaba ganada ni mucho menos.

El Hombre de Acero se estremeció y perdió su parte delantera convertida en una bola de fuego. Desde las lindes de la ciudad, un semioruga N20 que había optado sensatamente por combatir sin moverse, le había dado de lleno con su cañón antitanque.

Kleopas palideció al oír por el sistema de voz el grito del capitán Ridas cuando un disparo barrió la torreta de su vehículo. Poco después el Conquistador Orgullo de Memfis fue destruido por un AT70 que se atravesó en su camino. Escupiendo plasma candente, el Conflicto del teniente Pauk igualó el marcador.

Mientras los tanques de Kleopas cambiaban otra vez el sentido de su marcha gracias a su dirección regenerativa, la línea de Woll entró arrolladora por el campo sembrado de chatarra aplastando a su paso los restos de los tanques enemigos. Otros dieciocho AT70 estaban desplegados en torno a los límites meridionales de la ciudad y no dejaban de disparar desde sus posiciones estáticas. El diluvio de obuses era apocalíptico. Woll contó nueve cañones autopropulsados tipo Usurpador que disparaban desde detrás del frente formado por los AT70. Los pesados Usurpador llevaban obuses que eran una copia burda pero eficaz de los Estremecedor imperiales y sobresalían de las plataformas donde estaban emplazados los cañones. Detrás de ellos venían otros doce N20 que avanzaban en fila por la calle del mercado.

Antes de mejorar, todavía se iban a poner peor las cosas.



—¡En fila! ¡En fila! —gritaba Gaunt, y su orden era repetida por toda la línea de h infantería por los diferentes jefes de pelotón. Los Fantasmas habían formado en posición al borde de la línea de árboles detrás de las cuatro baterías Hydra y llevaban diez minutos observando con sorpresa y admiración el avance de los tanques por la pendiente que tenían a sus pies.

—¡Hombres de Tanith, guerreros de Verghast, vamos a cumplir con el deber que nos impone el Emperador! ¡Adelante! ¡Avanzad por filas!

Trotando al principio y corriendo después, las filas de Fantasmas se lanzaron pendiente abajo a través del inhóspito paisaje con la bayoneta calada.

Algunos obuses caían entre ellos. Por encima de sus cabezas pasaban las trazadoras describiendo su brillante trayectoria. El aire estaba lleno de humo. Kolea conducía el extremo izquierdo del avance, el sargento Baffels el derecho, y Gaunt estaba en algún punto intermedio.

Gaunt permitía que los jefes de asalto que había designado llevaran la delantera, confiado en su capacidad, mientras él se tomaba tiempo para hacer pausas y volverse a alentar e inspirar a los cientos de soldados que avanzaban como un torrente. Blandía bien alta su espada de energía para que todos pudieran verla.

En ese momento echaba de menos a Milo. Pensó que Milo debería haber estado allí, tocando su gaita y llevando a los Fantasmas hacia la batalla. Volvió a gritar, su voz estaba casi ronca.

El comisario Hark avanzaba con los hombres de Baffels. Sus gritos y exhortaciones carecían del fuego enardecedor de las de Gaunt. Él era nuevo entre ellos, no había compartido con ellos todo lo que había compartido Gaunt. Sin embargo, no cesaba de alentarlos.

—Los Destructor inician su avance para apoyarnos —informó a Gaunt el oficial de radio Beltayn mientras avanzaban. Gaunt miró hacia atrás y vio al Vengador Gris y al Bufón Letal alzándose sobre sus muelles de torsión para iniciar la marcha detrás de la infantería. Esto de avanzar protegidos por los blindados era algo nuevo, pensó Gaunt. Era la Guardia Imperial en su versión más eficiente, una cooperación entre las distintas especialidades. Este asalto tenía que acabar en una victoria.

Ana Curth y el equipo médico avanzaban detrás de los Fantasmas. El terreno que cubrían estaba lleno de huellas del furioso combate de los tanques y olía a combustible y a fycelina. Las explosiones habían abierto cráteres por todas partes, de modo que la piedra caliza del estrato inferior había salido a la superficie en grandes terrones. Curth tuvo la sensación de que las propias entrañas de la tierra habían salido al exterior quedando allí expuestas. Era un paisaje muerto y sin duda todavía se extendería más antes de que hubieran terminado con Bhavnager.

Lesp saltó a la izquierda al ver caer a un Fantasma. Otros dos fueron derribados justo delante de ellos por un disparo demasiado largo de un tanque, y Chayker y Foskin corrieron hacia adelante.

—¡Médico! ¡Médico! —El grito partió de la masa de hombres que tenían ante sí.

—¡Ya lo tengo! —le dijo Mtane corriendo por el suelo irregular hacia un Fantasma arrodillado junto a un gimiente camarada destripado.

A Curth todo aquello le parecía un infierno. Era su primera experiencia de lucha abierta a gran escala. Había pasado por los horrores de enfrentamientos urbanos en la Colmena Vervun, pero sólo conocía la experiencia de la guerra en terreno abierto por lo que había leído al respecto. Campos de batalla. Ahora entendía el significado pleno del término. No era fácil impresionar a Ana Curth, sólo la muerte y el dolor no eran

suficientes.

Lo que la impresionaba era la furia enardecida, despiadada, de la batalla. La escala, las proporciones, el ruido ensordecedor y espantoso, la carga masiva.

La cantidad de heridos. Las proporciones del dolor y del daño.

—¡Médico!

Asió su maletín de campaña y corrió entre las llamaradas de los obuses que caían y del intenso fuego láser.

Cada vez que pensaba que conocía los horrores de la guerra, ésta la sorprendía con otros nuevos. Se preguntó cuántos hombres como Gaunt podían mantener siquiera un atisbo de cordura después de una vida así.

—¡Médico!

—¡Aquí estoy! ¡Tranquilo! ¡Aquí estoy!

Desde la señal 07.07, empezó el asalto por el flanco. Se congregaron a un kilómetro al este de Bhavnager en una granja de las afueras. Incluso a esta distancia, el estruendo del asalto principal que tenía lugar a cuatro kilómetros de distancia hacía retemblar el suelo.

Rawne escupió en el suelo y levantó el rifle láser que había apoyado contra la pared de ladrillo que cerraba el perímetro de la finca.

—Es hora de irnos —dijo.

El capitán Sirus asintió y corrió a su tanque que lo esperaba, uno de los seis Conquistador que permanecían con los motores en marcha detrás de la granja abandonada.

Feygor, el segundo de Rawne, preparó su rifle láser y transmitió la orden a las tropas, unos trescientos Fantasmas.

Se había levantado viento y el sol se estaba poniendo. De la estupa en forma de bulbo del templo, situado a un kilómetro de donde se encontraban, se irradiaba una luz dorada.

Rawne ajustó su transmisor.

—Tres a Sirus. ¿Ve usted lo que yo veo?

—Veo el flanco oriental de Bhavnager. Veo el templo.

—Bien. Si está listo… ¡Adelante!

Los seis Conquistador arrancaron con un rugido y marcharon a través de los campos y prados hacia la linde oriental de la ciudad. Detrás de ellos iban los ocho Salamandra que completaban el convoy. Rawne subió de un salto al estribo de uno de los Salamandra de mando, volviéndose para supervisar al grupo de infantería que avanzaba detrás de él.

Los cinco Conquistador que marchaban detrás del Ira de Pardua de Sirus se llamaban Reza tus Oraciones, Capricho de Klara, Tormenta de Acero, Bastardo Afortunado y León de Pardua. Este último era gemelo del Ira. Balanceándose sobre

las desigualdades del terreno y los canales de regadío, las máquinas Pardus empezaron a disparar sobre el cercano templo y su recinto. De los distantes impactos se elevaban silenciosas nubes de humo blanco.

Casi de inmediato aparecieron cuatro tanques AT70 por el lado norte del templo. Dos se lanzaron hacia adelante penetrando en el terreno húmedo de los campos. Los otros dos se detuvieron y empezaron a disparar.

El Capricho de Klara, bajo el mando del teniente LeTaw, dejó inutilizado a uno de los que avanzaban con un hermoso disparo largo del que el propio Woll se habría sentido orgulloso. Pero a continuación, mientras avanzaba a tumbos por un terreno cultivado, un proyectil con núcleo de tungsteno alcanzó al Klara de lleno, penetrando el blindaje de la torreta y llegando hasta el habitáculo. LeTaw perdió el brazo derecho y su artillero quedó muerto en el acto. El proyectil incandescente atravesó el revestimiento de agua de la recámara del tanque y no explotó.

El Conquistador viró bruscamente y se detuvo. LeTaw estaba tan atontado por el choque que a duras penas consiguió desprender el arnés de su asiento para mirar a su alrededor. El interior de la torreta estaba teñido con una fina capa de sangre, era todo lo que quedaba de su artillero.

El cargador había caído de su asiento metálico y estaba en el suelo del habitáculo en posición fetal, bañado en sangre.

—Santo Emperador —murmuró LeTaw mirando a través del orificio de bordes mellados que había en el lateral del almacén. Del revestimiento salía un agua sucia que diluía la sangre del suelo. Vio un fuego incipiente dentro del agujero, la onda de calor residual del impacto.

—¡Afuera! —gritó.

El cargador tenía la mirada perdida, el choque lo había desorientado.

—¡Afuera! —repitió LeTaw, tratando de alcanzar la escotilla de emergencia con un brazo que ya no tenía.

Rió ante lo macabro de la situación, se volvió y estiró la mano que le quedaba y oyó al conductor que salia por la escotilla delantera.

Hubo un pequeño estallido. Los conductos del intercambiador de calor que había en el lateral de la torreta, debilitados por el impacto del obús, reventaron lanzando al aire agua hirviendo que alcanzó a LeTaw en pleno rostro antes de caer en cascada y abrasar a su artillero.

LeTaw trató de gritar. Los gritos del cargador resonaban en las paredes interiores del tanque.

El proyectil había cortado los cables eléctricos del pozo inferior de la torreta. Al entrar en contacto el agua con los extremos sueltos de los cables, LeTaw y su artillero murieron electrocutados entre gritos y retorciéndose de dolor.

Tras tomar como blanco un AT70 estacionario, el Tormenta de Acero

intercambiaba con él un disparo tras otro. El teniente Hellier, que comandaba el Tormenta, se dio cuenta de que sus amortiguadores inerciales estaban dañados y de que, por lo tanto, su auspex debía de estar inutilizado.

Apagó los sistemas electrónicos y empezó a disparar guiándose por la retícula del periscopio. Le estaba dando a su apuntador las coordenadas de tiro y estaba a punto de hacer un disparo certero, cuando el tanque explotó, se levantó en el aire y se partió en dos.

El Tormenta de Acero había tocado el borde de un campo de minas no detectado hasta el momento que se extendía al este de Bhavnager. El Ira de Pardua se metió en el campo inmediatamente detrás y perdió las sujeciones de su oruga y parte del blindaje lateral al explotar otra mina.

Poniendo la marcha atrás directa, pudo retroceder unos cuantos metros mientras Sirus ordenaba un alto inmediato.

Los tres Conquistador que quedaban aminoraron la marcha detrás de él.

Pisándoles los talones, las formaciones de Salamandra formaron una línea con la infantería agrupada a uno y otro lado. Los disparos de los tres AT70 situados en el otro extremo del campo de minas caían alrededor, abriendo boquetes en el cenagoso sistema de regadío de la granja que ya había quedado marcado con profundos surcos por la rápida marcha de los blindados.

—¡Rastreadores! ¡Rastreadores, adelante! —gritaba Rawne por su transmisor. Dos escuadrones de especialistas, mandado uno de ellos por Shoggy Domor, y el otro por un verghastita llamado Burone, se adelantaron inmediatamente bajo el fuego enemigo.

—¡Unidades de infantería! ¡Apoyo! —gritaba Rawne.

Los Fantasmas empezaron a disparar al borde de la ciudad con rifles láser, y con el soporte de las armas de infantería de grueso calibre que habían traído consigo: ametralladoras pesadas y tres lanzamisiles, además de bolter pesados y cañones automáticos montados sobre los Salamandra.

Los pelotones de rastreadores estaban tremendamente expuestos, efectuando su delicado trabajo mientras los disparos de los tanques y el fuego de armas de menor calibre llovían en torno a ellos. Contaban con su experiencia para despejar un corredor a través del campo… si vivían el tiempo suficiente.

Ahora el avance del segundo frente se estaba demorando peligrosamente.

Más AT70 hicieron su aparición para apoyar al trío que quedaba y también un cuarteto de carros Usurpador pesados autopropulsados. Sirus empezaba a preguntarse con cuánto maldito blindado contaba el enemigo en Bhavnager.

Inmovilizados por las minas, los cuatro Conquistador empezaron a disparar a discreción sobre la posición enemiga con los cañones principales y cureñas coaxiales. En el espacio de unos segundos, el León de Pardua destruyó un cañón

autopropulsado llegando incluso a detonar la munición que tenía apilada, y el Bastardo Afortunado dejó inutilizado a un AT70. La detonación del cañón autopropulsado fue de magnitud suficiente como para sembrar metralla por todo el campo de minas y detonar algunas de las minas enterradas.

El Reza tus Oraciones y el Ira de Pardua, el tanque de Sirus, lanzaron algunas ráfagas que barrieron lo que quedaba de la pared norte del templo. El conductor del Ira y un tecnosacerdote Pardus de los Salamandra aprovecharon la oportunidad para hacer reparaciones de emergencia en la sección dañada de la oruga del Conquistador.

En un hoyo de protección abierto por un obús cerca del Salamandra de Rawne, Criid, Caffran y Mkillian instalaron uno de los lanzamisiles que en la jerga del regimiento se conocían como «maldición andante». Constaba de un tubo, para cargar al hombro, de metal pintado de color caqui, una mira directa, un gatillo disparador y aireadores aflautados en el extremo posterior para el escape de los humos del retroceso.

No era habitual que los Fantasmas, especialistas en técnicas de sigilo, desplegaran este tipo de armas pesadas de apoyo; de hecho, Bragg era el único que solía llevar una, pero ahora estaban en medio de una batalla de vehículos blindados. Caffran cargó el lanzamisiles al hombro y disparó a través de la burda retícula de alambre contra el AT70 que había mantenido un duelo con el tristemente aniquilado Tormenta de Acero. Como muchos de los Fantasmas, Caffran se había familiarizado con los «maldición andante» durante la guerra urbana en la Colmena Vervun, donde había usado uno para dejar fuera de combate a cinco tanques de asedio zoicanos.

De hecho, estaba recogiendo uno en los habitáculos en llamas cuando Criid le había salvado la vida en un enfrentamiento con las tropas de asalto zoicanas. Desde entonces habían sido inseparables.

Por encima del estruendo de la lucha, la oyó decir «por Verghast» mientras besaba el misil que le entregaba Mkillian. Lo introdujo en el tubo lanzador.

—¡Cargado! —gritó.

Caffran ya había fijado el objetivo.

—¡Lanzar! —ordenó.

Todos los que estaban cerca repitieron la palabra para tener las bocas abiertas cuando el lanzamisiles disparara. Cualquiera que tuviera la boca cerrada corría el riesgo de que le estallasen los tímpanos por la súbita presión creada por el disparo.

Con un sonido hueco y sibilante, el «maldición andante» disparó el misil contra el enemigo dejando tras de sí una nube de humo que sé fue diluyendo lentamente. Fue un disparo limpio, pero el cohete explotó tras rebotar con impotencia en el pesado blindaje frontal del Guadaña. Como respondiendo a la provocación, el AT70 se dispuso a contraatacar.

—¡Cargar!

—¡Cargado! —gritó Criid.

—¡Disparar!

Esta vez fue mejor. El AT70 se sacudió y empezó a arder. El morro del cañón se inclinó como si el propio tanque estuviera fingiendo estar muerto.

—¡Cargar! ¡Vamos a aseguramos!

—¡Cargado!

—¡Disparar!

Ahora el AT70 en llamas volvió a sacudirse y explotó lanzando al aire partes del motor, trozos de blindaje, segmentos de las orugas y fuego.

Los vítores recorrieron las líneas de infantería.

Luego, imponiéndose al ruido incesante de la lucha, el sonido de otros vítores más potentes.

Rawne saltó de su Salamandra para investigar. Corría agachado ya que las balas trazadoras sobrevolaban su posición.

El primer disparo de Larkin había sido un tiro magnífico.

—Fue definitivo —le dijo el soldado Cuu a Rawne con entusiasmo mientras daba golpecitos a la mira de su riñe láser—. Larks le dio al oficial y lo dejó muerto en el acto.

A una distancia de más de trescientos metros, Larkin había hecho un disparo de primera que atravesó la rejilla de observación de la torreta blindada de uno de los Usurpador y había matado al oficial de artillería. Había sido un disparo increíble.

—¡Eres único, Larks! —gritó el soldado Neskon, habitualmente encargado de un lanzallamas y que ahora se veía reducido a disparar su pistola láser ya que los lanzallamas resultaban redundantes en estas condiciones de medio a largo alcance.

—¿Podrías mejorar eso más de cerca? —le preguntó Rawne a Larkin.

—Me sentiría mejor más lejos, mayor… en otro planeta tal vez —dijo Larkin con acritud.

—Seguro que sí, pero…

—¡Sí, por supuesto que sí! —dijo Larkin.

—Sigue al grupo de Domor al interior del campo. ¿Feygor? Formad un grupo de penetración de cinco hombres alrededor de Larkin. Incluid a otro francotirador si es posible. Avanzad por el corredor despejado y dad cobertura a los rastreadores. Utilizad el alcance reducido para producir daño real. Quiero que elijáis y matéis a oficiales y comandantes.

—¿Acaso no es eso lo que hacemos todos, mayor? —replicó Feygor mientras se disponía a obedecer. La voz del segundo de Rawne había sido siempre profunda y grave, pero en la batalla final por la Puerta de Veyveyr su laringe había quedado deformada por la cicatriz de una quemadura con láser y ahora hablaba con un tono monótono e inexpresivo.

Feygor eligió a Cuu, Banda y el francotirador verghastita Twenish para ir con él y con Larkin.

Bajo el fuego incesante, el quinteto salió a campo abierto. El grupo de Domor, trabajando codo con codo con el de Burone, habían despejado un canal de diez metros de ancho que avanzaba treinta metros hacia el enemigo. Las lindes del corredor estaban cuidadosamente marcadas mediante estacas unidas con cintas tendidas por el soldado Memmo. Ya había muerto un miembro del pelotón de Burone, y Mkor, del grupo de Domor, tenía heridas de metralla en el muslo y el hombro izquierdos.

El equipo de Domor iba un poco más adelantado que el de Burone. La competencia era una cuestión de honor entre los rastreadores de minas Tanith y verghastitas. Domor, por supuesto, tenía la ventaja de sus ojos de aumento capaces de detectar el calor que resultaban un apoyo para sus rastreadores.

El grupo de penetración de Feygor se sumó a ellos. Larkin y Twenish se atrincheraron para apuntar mientras Cuu y Banda les daban cobertura. Los vulnerables rastreadores agradecieron el apoyo adicional.

—Supongo que no podríais haber traído una ametralladora o un «maldición andante» —observó Domor.

—Limítate a rastrear, Shoggy —gruñó Feygor.

Larkin se dio cuenta de que Twenish era un tirador muy bueno. Era uno de los pocos recién llegados verghastitas que se habían especializado como francotiradores antes del Acta de Consolación. Twenish era un soldado de carrera que había pertenecido a Vervun Primario, un hombre de extremidades largas sin el menor sentido del humor. Su láser largo era más nuevo que la hermosa pieza de Larkin con culata de madera de nal; un arma sumamente funcional, con visión nocturna grotescamente ampliada, un soporte de dos patas y una culata de ceramita hecha a medida para él.

Los dos francotiradores, producto de escuelas y de instrucción totalmente divergentes, empezaron a disparar contra los blindados enemigos. Con tres disparos, Larkin eliminó al cargador de un Usurpador, a un jefe de infantería y al comandante de un AT70 que cometió el error de asomarse por la escotilla de su torreta.

Twenish disparaba tiros dobles y rápidos. Si el primero no daba en el blanco, al menos determinaba el alcance y le permitía apuntar en el segundo. Con tres de estos tiros dobles hizo dos blancos excelentes, entre ellos un sacerdote infardi que arengaba a los hombres. A Larkin esto le parecía un esfuerzo inútil. Ya conocía el método de doble disparo, y también sabía que en muchos regimientos de la guardia se enseñaba como método estándar. Él consideraba que era una forma de alertar al enemigo por más rápido que llegara el segundo disparo.

Mientras volvía a apuntar, a Larkin empezó a resultarle irritante la rutina de

Twenish. El verghastita era obsesivo: desplegaba un trozo de tela al lado de su posición de tiro y lo usaba para limpiar las lentes de su mira después de cada doble disparo. Como una maldita máquina… disparo-pausa-disparo… limpiar-limpiar… disparo-pausa-disparo. ¡Ya estaba bien de tanta minuciosidad! Larkin tenía ganas de gritar, aunque ya tenía bastante con lo suyo.

El Tanith volvió a acomodarse y de un tiro mató al conductor de un semioruga que penetraba en la línea contraria.

Banda, Cuu y Feygor se arrodillaron entre las desigualdades del terreno y disparaban a discreción contra el enemigo.

Banda era una tiradora excelente, y como muchas de las mujeres verghastitas había optado por esa especialidad al unirse a los Fantasmas. En realidad, había un límite estricto en el número de tiradores y ella había sido rechazada, aunque, con gran satisfacción de Banda, su amiga Nessa lo había conseguido. La mayor parte de los puestos de tirador los ocuparon los francotiradores de Vervun Primario como Twenish que ya venían especializados de origen. Sin embargo, Banda tenía una puntería formidable y de hecho sacaba el mejor partido incluso de un rifle láser estándar…, algo que había demostrado incluso al imbécil del mayor Rawne durante la toma del Universitariat.

Una ráfaga de ametralladora barrió la posición de los rastreadores y tanto el grupo de penetración como todos los demás se lanzaron cuerpo a tierra. El miembro que quedaba del grupo de Burone quedó despedazado, y el propio Burone recibió un disparo en la cadera. Cuando todos se levantaron, Banda fue la primera en darse cuenta de que Twenish estaba muerto, cosido al suelo boca abajo por la ráfaga de disparos de la ametralladora.

Sin dudarlo un instante, dio un salto adelante y se apoderó del rifle largo del verghastita que tuvo que arrancarle de la mano.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le gritó Larkin.

—Sí, que te jodan, señor francotirador Tanith.

Apuntó. La culata, hecha a medida de Twenish, no le resultaba del todo cómoda, pero insistió. ¡Tenía, en sus manos un rifle láser largo, maldita sea!

No necesitaba de dobles disparos. Un oficial de artillería que corría de un Usurpador a otro se atravesó en su mira reticulada y le voló la cabeza.

—Nada mal —aprobó Larkin.

Banda sonrió y derribó a un fusilero infardi de la balaustrada del templo que estaba a cuatrocientos metros.

—Vaya, vencido en tu propio juego, Larks —le espetó Cuu a Larkin—. Seguro que sí.

—Que te jodan —dijo Larkin. Sabía que Cuu era un tirador excelente, aunque psicótico. Si Cuu quería marcarse un tanto, que se manchara de barro la barriga y

usara el maldito láser largo. Al menos Banda estaba entusiasmada, y era muy buena. Siempre lo había sospechado desde que la conoció en el cruce de las calles 281/kl en los suburbios de la Colmena Vervun. ¡Pequeña zorra descarada!

Mientras el grupo de Domor seguía adelante con su nada envidiable tarea y un nuevo equipo de rastreadores corría a reemplazar a la unidad de Burone, los dos francotiradores Fantasmas no pararon de desempeñar su precisa y mortífera misión entre las posiciones enemigas.

—Tres a uno. ¡Estamos en un punto muerto! —le comunicó Rawne a Gaunt por el poderoso transmisor de su Salamandra.

—¿Por cuánto tiempo, tres?

—¡A este paso, una hora para poder llegar siquiera al templo, uno!

—Sigan así y esperen órdenes.

Al sur de Bhavnager, las fuerzas de infantería entraban en tropel en la propia ciudad entre el humo de los escapes de los blindados Pardus. Ahora los tanques atacaban de cerca, en el limitado espacio que ofrecían las estrechas calles de la zona del mercado. El Viejo Estroncio de Woll acabó con tres antitanques N20 durante esta fase de la lucha, y acertó a un Usurpador antes de que pudiera apuntar con su enorme arma aniquiladora de tanques.

El Corazón Destructivo de Kleopas se vio cogido por el fuego cruzado de dos Guadaña, y los Conquistador Xenófobo y No Hagas Ruido aplastaron las paredes de un corral y algunas casas bajas hechas de ladrillo para acudir en su ayuda.

El Executor Conflicto, flanqueado por los Conquistador Toque de Retreta y P48J, aplastaron a un escuadrón de semiorugas e irrumpieron en el recinto de unos silos que quedaban al sudoeste. Los soldados de Kolea avanzaron rápidamente en punta de lanza para brindarles apoyo, teniendo que soportar una serie de feroces enfrentamientos cuerpo a cuerpo en el retumbante interior de los silos. Los exploradores de Mkoll se abrieron paso por el mercado del centro de la ciudad después de una confrontación ambigua y mortífera en los almacenes, donde había apilados fardos de vides secas. Un pelotón dirigido por el cabo Meryn entró combatiendo tras ellos, debiendo enfrentarse al contraataque de cincuenta fusileros infardi.

Los lanzallamas, entre ellos Brostin y Dremmond y el verghastita Lubba, tuvieron una actuación destacada durante esta parte de la batalla en la que dejaron despejados de resistencia infardi los silos cerrados a cal y canto.

Acompañado por el oficial de radio Beltayn, Gaunt avanzaba en medio del humo de promethium y el olor a fycelina. Cogió el microteléfono que le ofrecía Beltayn.

—¡Uno a siete!

—¡Aquí siete, uno! —fue la respuesta de Baffels cuya voz llegaba extrañamente distorsionada por el electromagnetismo.

—El contraataque de tres está en punto muerto. Tenemos que asegurar el depósito de combustible. Quiero que avancen y nos abran un camino. ¿Lo cree posible?

—Haremos lo que podamos, uno.

—Uno a siete. Recibido.

El sargento Baffels se volvió a su pelotón punta de lanza mientras los obuses pasaban silbando por encima de sus cabezas.

—Órdenes interesantes, muchachos —dijo.

La respuesta fue un gruñido generalizado.

—¿Qué diablos quieren que hagamos ahora, Baffels? —preguntó Soric.

—Es sencillo —respondió Baffels—. Vivir o morir. El depósito de combustible. Demos la impresión de ir en serio.

En la señal 00.60 de la carretera, de pie entre los tanques, carros Chimera y Troyano y transportes de tropas aparcados, se podía oír a través de los árboles el estruendo de la batalla que se desarrollaba en Bhavnager.

Los miembros de la sección defensiva de Varl andaban por allí hablando con los ociosos conductores del Munitorium, fumando o limpiando sus equipos.

Varl iba de un lado para otro. Deseaba con todas sus fuerzas entrar en combate. Éste no era un mal destino, pero…

—¿Señor? —Varl miró a su alrededor. El soldado Unkin se acercaba.

—¿Soldado?

—Dice que quiere avanzar.

—¿Quién?

—El, señor. —Unkin señaló al viejo y andrajoso ayatani, Zweil.

—Ya me encargo yo —le dijo Varl a su hombre.

Se dirigió hacia donde estaba el viejo sacerdote.

—Debe permanecer aquí, padre —dijo.

—Nada de eso, sargento Varl —replicó el ayatani Zweil—. En realidad, mi deber es llegar allí, al sendero del Ayolta Amad Infardiri.

—¿El qué, padre?

—El Camino del Peregrino. Hay peregrinos que necesitan de mi ministerio.

—No hay tal…

Una explosión distante, potente, sacudió el aire.

—Voy a ir, sargento Varl. Ahora mismo. Lo contrario sería una profanación.

Varl refunfuñó algo al ver que el anciano sacerdote se alejaba de él y se dirigía a la carretera por entre los bosquecillos de frutales, hacia Bhavnager. Gaunt lo iba a cortar a tiras si algo le sucedía al ayatani.

—Reempláceme —le dijo a Unkin y empezó a correr tras la figura del ayatani que se iba alejando.

—¡Padre! ¡Padre Zweil! ¡Espere!

Por la calle lateral bajaba un humo cáustico que impedía que Kolea pudiera ver algo. En algún punto, calle abajo, cerca del lugar donde la calle se encontraba con la carretera principal, saliendo apenas de la plaza del mercado, se encontraba un semioruga enemigo que disparaba con el arma que tenía montada a bordo sobre todo lo que se movía. De vez en cuando también disparaba su cañón antitanque.

El maldito humo salía de un molino de grano que había allí cerca. El aullido del fuego del láser llenaba toda la calle. Los apretados edificios que bordeaban la vía degradaban la calidad de las transmisiones. A Kolea aquello le recordaba demasiado la lucha en los habitáculos exteriores de la Colmena Vervun.

El pelotón del cabo Meryn, recién salido de un tiroteo en los silos, alcanzó al grupo de Kolea que le hizo señas a Meryn de que abriera un camino a través de los edificios de la izquierda hasta la calle paralela a ésta que frenaba el avance. Meryn asintió.

Bonin, uno de los exploradores, se había desplazado hacia la derecha y había encontrado un pasaje estrecho que daba a un pequeño vertedero detrás de los edificios de la calle. Al oír esto por el transmisor, Kolea envió de inmediato a Venar, Wheln, Fénix y Jajjo para que se unieran a Bonin. Fénix llevaba un «maldición andante» además de su rifle láser.

Desde donde estaba a cubierto, Kolea seguía escrutando las nubes de humo en busca del maldito N20. Al cabo de un rato empezó a disparar hacia el sector de la humareda donde su instinto le decía que se escondía. Estaba seguro de que oía el sonido que producían sus disparos al impactar contra una estructura de metal. Recibió como respuesta la pesada ráfaga de un rifle automático que hizo saltar los escombros acumulados en la calle. Casi de inmediato le siguió el silbido de un proyectil antitanque. El obús que, según cálculos de Kolea, pasó a la altura de sus cabezas, fue a explotar en una vivienda destruida por el fuego que había detrás de su posición. Al pasar a toda velocidad a través del humo, el proyectil iba dejando una extraña estela en espiral.

—Adelántate, vamos, adelántate, bastardo… —decía Kolea a media voz dirigiéndose al semioruga.

—¡Objetivos confirmados! —El susurro llegó directo a su auricular. El tirador Rilke, en un escondite próximo a Kolea, había visto movimiento junto al molino incendiado. Había hecho una advertencia por el transmisor usando la contraseña por si era alguno de los suyos que estuviera fuera de su posición y cruzara la línea de combate. No recibió ningún identificador y Rilke preparó su rifle láser largo y empezó a disparar.

Otros de la formación de Kolea se sumaron a el: Ezlan y Mkoyn por encima de una pared semiderruida cerca de Rilke; Livara, Vivvo y Logias desde las ventanas de

una cuadra; las chicas de la tejeduría, Seena y Arilla, desde un agujero a la derecha de Kolea. Desde el otro extremo de la calle les respondieron con fuego de láser y de armas automáticas, debía de ser por lo menos un pelotón.

Seena y Arilla eran, respectivamente, artillera y cargadora de un pesado equipo de ametralladora pesada. Habían aprendido las técnicas en la guerra de Vervun, donde formaban parte de una de las muchas compañías improvisadas de la resistencia. Seena era una chica rolliza de veinticinco años que llevaba una cinta elástica para evitar que sus enormes rizos le cayeran sobre los ojos. Arilla era flaca, apenas tenía dieciocho años.

En cierto modo parecía impropio que la chica más endeble y baja fuera siempre la que llevara el balancín hueco de plastiacero con la munición incorporada. La ametralladora pesada de color negro mate estaba bien afirmada en el borde del agujero para evitar que el trípode se deslizase durante el fuego sostenido. Estas ametralladoras de modelo antiguo podían sacudirse con tanta violencia como uros furiosos. Seena disparaba ráfagas cortas alternadas con salvas más largas que conseguía moviendo de lado a lado el cardán aceitado del arma.

Ezlan y Mkoyn lanzaron algunas cargas explosivas que detonaron con un estampido satisfactorio e hicieron caer la fachada de una herrería a la calle.

El propio Kolea también hizo unos cuantos disparos avanzando a lo largo de la línea defensiva. Otro proyectil antitanque pasó zumbando por encima de sus cabezas, Kolea confiaba en que el ataque de la infantería obligara al semioruga a salir en apoyo de sus tropas. Hizo que Logias y Vivvo prepararan su lanzamisiles.

—Nueve a diecisiete.

—Diecisiete —respondió la voz de Meryn por el enlace.

—¿Qué tenéis?

—Acceso a la siguiente calle. Parece tranquila. Avanzando.

—Seguid adelante. Mantened el contacto.

Una descarga particularmente intensa de fuego láser punteó la pared detrás de él y Kolea se aplastó contra el suelo. Oyó la respuesta de la ametralladora pesada.

—Nueve a treinta y dos.

—Te escucho, nueve.

—¿Ha habido suerte con el semioruga, Bonin?

—Estamos atravesando el vertedero. No podemos encontrar un camino para volver a la calle y salir detrás de ellos. Nosotros… un momento.

Kolea se puso tenso al oír un fuego intenso distorsionado por el transmisor.

—¿Treinta y dos? ¿Treinta y dos?

—¡„. go intenso! ¡Fuego intenso en esta zona! ¡Feth! Tenemos m… —La respuesta de Bonin llegó entrecortada al rebotar la voz en las paredes de los edificios.

—Aquí nueve, treinta y dos. ¡Repita eso! ¡Aquí nueve, treinta y dos!

Del canal sólo salía ruido. Kolea podía oír el tableteo de los disparos por detrás de las estructuras que tenía a la derecha. El pelotón de Bonin necesitaba ayuda. Además, si los rebasaban, Kolea necesitaba saber que la brecha de su flanco quedaba cerrada.

—¡Nueve, necesito aquí tropas de apoyo! ¡Punto del mapa 51.33!

En cuestión de dos minutos, un pelotón había avanzado desde los almacenes siguiendo el camino que sus hombres habían despejado previamente. El viejo amigo de Kolea, el sargento Haller, iba a la cabeza. Kolea describió rápidamente su situación y la situación supuesta del N20 a Haller y a continuación formó un grupo de ataque con Livara, Ezlan, Mkoyn, el soldado Surch y el lanzallamas Lubba del pelotón de Haller.

—Encárgate de esto —indicó Kolea a Haller, y acto seguido condujo a su equipo por el estrecho pasadizo hacia el terreno abierto del otro lado.

Como si hubiera estado esperando que se fuera el héroe verghastita, el semioruga avanzó de repente entre el espeso humo marrón y disparó con su arma principal contra la línea de los Fantasmas. Dos de los hombres de Haller que acababan de llegar cayeron muertos y Logias resultó herido al alcanzarlo las esquirlas que salieron despedidas. Haller corrió con la cabeza gacha entre la lluvia de cenizas ardientes y levantó el lanzamisiles mientras Vivvo ponía a cubierto al aturdido Logias.

—¿Cargado? —preguntó a Viwo a voz en cuello.

—¡Sí, señor! —confirmó Vivvo.

Haller apuntó hacia arriba. Colocó la retícula sobre las estrechas mirillas de la cabina del N20.

—¡Disparar!

El cohete se introdujo en la cabina blindada del semioruga como un abrelatas y la hizo explotar con fuerza suficiente como para hacer girar en redondo el soporte del arma antitanque. Seena y Arilla abrieron fuego a discreción sobre el semioruga con su ametralladora pesada.

De las filas de los Fantasmas se elevaron vítores.

—¡Cargad otra vez! —le dijo Haller a Vivvo—. Quiero asegurarme y matarlo dos veces.

La avanzadilla de Bonin se había encontrado con una oposición feroz y encarnizada ubicada en un edificio dañado por las bombas a un lado del vertedero. Más de veinte armas infardi habían disparado contra ellos y luego, inesperadamente, docenas de guerreros vestidos de verde habían salido cargando armados con clavas, picas y rifles con bayoneta.

Los cinco Fantasmas reaccionaron con un nivel inusitado de improvisación. Fénix había sido alcanzado por los primeros disparos, pero todavía podía combatir, y de rodillas, presentando un blanco lo más pequeño posible, disparaba contra la multitud que se abalanzaba sobre ellos. Wheln y Venar ya habían fijado las bayonetas y fueron

directamente al cuerpo a cuerpo, profiriendo gritos que helaban la sangre mientras avanzaban segando vidas. Bonin puso su rifle láser en automático, con lo que agotó la batería rápidamente pero produjo gran daño a la oposición. Jajjo llevaba el «maldición andante» y decidió no malgastar su potencia disuasoria. Al grito de ¡Disparar! se echó el tubo al hombro y disparó el misil antitanque sobre la fachada del edificio del que habían surgido los infardi. La onda expansiva eliminó a varios de los integrantes de la escaramuza y derribó una parte de la pared. A continuación dejó a un lado su lanzamisiles y de un salto se incorporó a la lucha cuerpo a cuerpo, blandiendo su cuchillo de plata.

Una vez agotada su batería, Bonin también se lanzó al combate cuerpo a cuerpo aporreando al enemigo con la culata de su fusil. Los imperiales, instruidos por personas como Feygor y Mkoll en este tipo de pelea, superaban a los adeptos a pesar de la superioridad numérica y armamentística de éstos, pero los infardi estaban frenéticos y eso los transformaba en adversarios letales.

Bonin rompió una mandíbula con un movimiento rápido de su rifle láser y a continuación clavó el cañón de su arma en el plexo solar de otro atacante. Se preguntaba qué diablos los habría impulsado a cargar de ese modo. Era algo extraño, incluso para un enemigo tan impredecible como esa escoria del Caos. Estaban a cubierto y era evidente que tenían fusiles. Podrían haber atacado a la desprotegida unidad de Bonin.

La brutal barahúnda duró cuatro minutos y sólo acabó cuando el último de los infardi quedó muerto o inconsciente. Todos los hombres de Bonin estaban salpicados de sangre enemiga, y el vertedero estaba empapado de ella. Había cadáveres por doquier y todos los Fantasmas tenían cortes y contusiones. Bonin presentaba una herida especialmente profunda en el antebrazo izquierdo y Jajjo se había roto una muñeca.

—¿A qué diablos vino eso? —gruñó Venar, doblado y tratando de recuperar el aliento.

Bonin sentía la adrenalina inundando su cuerpo y el latido acelerado de su propio corazón. Sabía que sus hombres debían de sentir lo mismo y quería aprovecharlo antes de que el enardecimiento de la batalla los abandonase. Insertó una nueva batería en su arma.

—No lo sé, pero quiero saberlo —le respondió a Venar—. Entremos ahí y asegurémonos de que ese maldito lugar es nuestro. Jajjo, usa tu pistola. Wheln, lleva el «maldición andante».

Fénix giró de repente al oír movimiento a sus espaldas, pero era la sección de apoyo de Kolea.

—¡Diablos! —dijo Kolea mirando las sangrientas pruebas de la lucha—. ¿Cargaron sobre vosotros?

—Como unos maníacos posesos —dijo Bonin, haciendo una pausa para rematar con un láser a un infardi que se movió.

—¿Desde allí?

Bonin asintió.

—Tal vez protegieran algo —sugirió Ezlan.

—Vamos a averiguarlo —dijo Kolea.

—Fénix, tú y Jajjo volved a la retaguardia y buscad atención médica. Bonin, Lubba, vosotros en cabeza.

Los nueve hombres avanzaron hacia el interior de las ruinas a través de un boquete que había abierto un cohete de Jajjo. El lanzallamas de Lubba se estremeció y llenó los espacios oscuros con chorros de fuego.

Encontraron al jefe de los infardi tendido inconsciente entre los escombros. Su escudo personal de energía había sido atravesado por la explosión del cohete, y el generador portátil estaba destrozado por allí cerca. Había lanzado a sus hombres a una carga suicida para cubrir su propia huida.

Kolea miró al hombre inconsciente. Alto, nervudo, con la cabeza afeitada y el vientre hinchado. Llevaba la piel de aspecto enfermizo cubierta de símbolos profanos. Bonin a punto estuvo de rematarlo con su cuchillo de plata, pero Kolea se lo impidió.

—Llama al jefe. Pregúntale si quiere un prisionero.

En la calle siguiente, la unidad de Meryn había alcanzado a la sección de exploradores de Mkoll y avanzaban juntos. El ruido del combate cuerpo a cuerpo en la calle vecina se oía desde allí, pero Haller había informado a Meryn de que el N20 había sido destruido y le aconsejó seguir adelante.

La noche estaba próxima, y en el cielo oscurecido se veían por todas partes los destellos de los disparos, el relampagueo de las explosiones y el resplandor de las trazadoras. Mkoll calculaba que la batalla no había llegado siquiera a su punto medio. Los Tanith todavía estaban lejos de tomar Bhavnager o de apoderarse de su objetivo primordial: el depósito de combustible.

Resultaba extraño, pero la calle por la que avanzaban, una calleja estrecha bordeada de edificios vacíos y comercios saqueados, no había sido afectada por el combate y estaba intacta, casi pacífica.

Mkoll deseaba que se hiciera de noche de una vez. Ese momento del día en que la luz se convertía en oscuridad era mortal para la vista. La visión nocturna se negaba a fijarse. Las lunas, brillantes, ya estaban en el cielo, empañadas por el humo que les daba un color rojo sangre.

De pronto Meryn hizo un movimiento y disparó. Rápidamente, todos los Fantasmas se dispersaron poniéndose a cubierto. Unas ráfagas esporádicas de disparos de rifle caían sobre ellos, arrancando trozos de ladrillos y estuco de las fachadas de los edificios.

Entonces sonó una gran explosión y una construcción situada a la izquierda de Meryn desapareció en una bola de fuego que se llevó por delante a dos Fantasmas.

—¡Tanques! ¡Tanques!

Achaparrado y pesado como un sapo siniestro, el AT70 aplastó una cerca al salir a la calle, mientras giraba su torreta para volver a disparar contra ellos. El disparo destruyó otra casa.

—¡Preparar lanzamisiles! —gritó Meryn mientras llovían sobre él restos de ladrillos.

—¡Lanzamisiles obstruido!

—¡Por Feth! —farfulló Meryn. La única arma con que contaban para hacer mella en el tanque estaba inservible. Estaban atrapados.

Detrás del Guadaña venían las tropas infardi disparando. Se entabló un serio enfrentamiento con armas de poco calibre que iluminaban la calle en penumbra con su brillo enceguecedor.

El tanque seguía avanzando, aplastando los cuerpos muertos o heridos de sus propios soldados de infantería. Meryn se estremeció. Pronto haría lo mismo con sus chicos.

Desde su posición, podía oír a Mkoll hablando con urgencia por el transmisor. Esperó hasta que Mkoll hiciera una pausa antes de responder.

—Diecisiete, aquí cuatro. ¿Nos replegamos?

—Cuatro a diecisiete. Vea si pueden resistir unos cuantos minutos más. No podemos dejar llegar estas unidades de infantería hasta nuestro flanco.

—Entendido. ¿Qué hay del tanque?

—Déjemelo a mí.

Eso es fácil de decir, pensó Meryn. El tanque estaba a apenas setenta metros, su cañón de 105 milímetros descendió a declinación máxima. Volvió a disparar y abrió un cráter en la calzada al tiempo que empezaba a disparar su arma coaxial. Meryn oyó el grito de dos Fantasmas a los que habían alcanzado los proyectiles de la ametralladora pesada. Llegaban soldados infardi por todas partes. Esto se estaba convirtiendo en un ataque en toda regla.

Meryn se preguntaba qué diablos pensaba hacer Mkoll con el tanque. Confiaba en que no fiiera nada tan descabellado como una carrera suicida con una bolsa de cargas explosivas. Ni siquiera Mkoll estaba tan loco. ¿O sí? De todos modos, esperaba que Mkoll se sacara algo de la manga. No tardarían en tener encima al AT70.

Su transmisor crepitó.

—Unidades de infantería, todos a cubierto.

¿Qué diablos…?

Una columna horizontal de luz, tan gruesa como el muslo de Meryn, recorrió la estrecha calle desde atrás. Era tan brillante que la imagen residual quedó impregnada

en las retinas de Meryn durante varios minutos. Todo se llenó de olor a ozono.

El AT70 estalló.

Su torreta y su arma principal, girando como la carraca que un niño ha arrojado lejos, se separó del casco en llamas y demolió el piso superior de una casa. El propio casco se abrió como la cáscara de una nuez de nal al asarla y diseminó fuego y fragmentos metálicos por doquier.

—¡Diablos! —balbuceó Meryn.

—A moverse, todos a un lado —se oyó por el transmisor.

El Vengador Gris de LeGuin rodaba calle adelante. Sin luces, era como la sombra de un siniestro depredador.

—Los tragos corren por mi cuenta —dijo Mkoll al tanque.

—Le tomo la palabra. En formación detrás de mí. Vamos a rematar esto.

Los Fantasmas salieron de sus escondites y corrieron detrás del tanque que avanzaba, disparando ráfagas hacia el interior de las casas circundantes. El Vengador pasó por encima de los restos del Guadaña. Los infardi se dieron a la fuga.

Meryn sonrió. En un segundo, el sentido de la batalla había cambiado por completo. Ahora eran ellos los que avanzaban con un tanque.

A medio kilómetro de distancia, el Corazón Destructivo y el P48J lograron irrumpir por fin en el mercado. Su avance constante se había visto demorado por un trío de N20 y el casco del Corazón mostraba las cicatrices oscuras del encuentro.

Kleopas apartó la mirada del periscopio prismático por primera vez en lo que le habían parecido horas.

—¿Carga? —preguntó.

—Las últimas veinte —dijo su apuntador después de comprobar los proyectiles que quedaban en el cargador con camisa de agua.

Disparos de armas de poco calibre empezaron a rebotar en el mantelete. Kleopas miró en derredor e identificó al menos tres grupos de ataque de tropas infardi en el lado norte del recinto del mercado. Los dos Conquistador entraron derribando los tenderetes de madera, destrozándolos y desgarrando los toldos. El P48J arrastraba uno como si fiiera un pendón.

El equipo de artillería del Corazón cargó y disparó contra uno de los grupos de ataque enemigos.

—No malgasten proyectiles sobre blancos inútiles, estamos bajos de munición —gruñó Kleopas. Tiró de una palanca de control de fuego y apuntó hacia arriba con el bolter coaxial. El cañón pesado destruyó una posición infardi en medio de una nube de polvo. El P48J lo imitó, también debía de andar escaso de munición, pensó Kleopas, y entre ambos pulverizaron a la infantería enemiga.

El auspex de Kleopas indicó de repente la presencia de dos elementos de movimiento rápido. Un par de tanques ligeros de fabricación urdeshi, SteG 4s que se

bamboleaban sobre tres pares de neumáticos enormes, avanzaban a toda máquina hacia el interior de la plaza, con los faros encendidos. Sus diminutas torretas sólo llevaban cañones de 40 milímetros que parecían palillos, pero si tenían munición con núcleo de tungsteno, o proyectiles perforantes, serían capaces de producir daño a las altivas máquinas imperiales.

—Apuntad a ése —dijo Kleopas señalando en su pantalla de contraluz mientras comprobaba el periscopio—. Ahora vamos a usar nuestra fuerza.

El sargento Baffels se sentía muy presionado. Sudaba profusamente y sentía náuseas. El feroz combate era de lo peor, pero él ya había tenido experiencias iguales anteriormente. Lo que lo atribulaba era la responsabilidad del mando.

La punta oriental del asalto de la infantería se había abierto camino a través de Bhavnager hasta cruzar la carretera principal. Ahora, con el templo a la derecha, combatían por las calles situadas al norte del mercado hacia el depósito de combustible. El propio Gaunt había encargado a Baffels despejar la ruta hacia el depósito y él se prometió que no le fallaría.

El coronel-comisario le había dado el mando del escuadrón en Verghast. No es que él lo estuviera ansiando, pero ni por un momento había dejado de apreciar el honor que le había hecho. Ahora Gaunt le confiaba la fase crucial de la batalla, lo que resultaba un peso desmesurado para él.

Casi un millar de Fantasmas entraban en la ciudad detrás de él, un pelotón tras otro, dándose apoyo. El plan original había sido que ellos, y un número similar a las órdenes de Kolea, abrieran vías paralelas en las defensas de Bhavnager dando acceso al lugar mientras Rawne tomaba el depósito al norte. Ahora que Kolea y Rawne estaban prácticamente bloqueados, todo dependía de él.

Baffels pensaba mucho en Kolea, habitualmente con cierto sentimiento de envidia. Kolea, el gran héroe de guerra, al que el mando se le daba de una forma tan natural. Las tropas lo adoraban, harían cualquier cosa por él. Para ser justos, Baffels nunca había visto que un soldado desobedeciese una de sus órdenes, pero no se sentía merecedor. Hasta la Colmena Vervun, había sido siempre un soldado corriente y moliente. ¿Por qué entonces tenían que hacer lo que él decía?

También pensaba en Milo. Milo, su amigo, su compinche en el batallón. A menudo creía que era a Milo a quien le habría correspondido el mando.

La brigada de Baffels se había abierto camino esforzadamente por las calles al este del mercado, ganando cada metro con dificultad. Baffels llevaba consigo al comisario Hark, pero no estaba seguro de que le sirviera de gran ayuda. Los hombres le tenían miedo y lo consideraban sospechoso de todo tipo de motivos siniestros. Estaba bien tener un miedo saludable a los comisarios, eso Baffels lo sabía, para eso estaban, y el nuevo comisario del regimiento, había que reconocerlo, hacía su trabajo y lo hacía bien. Tal como había demostrado el día antes durante la emboscada, Hark era casi

imperturbable y tenía un dominio confiado y ágil de las tácticas de guerra. No sólo animaba a los hombres rezagados del grupo de Baffels a seguir adelante sino que dirigía y canalizaba sus esfuerzos de tal modo que complementaba a la perfección las órdenes del sargento.

Sin embargo, Baffels sabía que los hombres despreciaban a Hark, despreciaban aquello que representaba. Baffels lo sabía porque era lo que él mismo sentía. Hark era agente de Lugo y estaba aquí para orquestar la destitución de Gaunt.

La primera línea del asalto de Baffels tuvo que emplearse en una lucha especialmente feroz en una intersección entre las instalaciones abandonadas de una escuela esholi y los corrales de ganado del mercado. A pesar de los esfuerzos monumentales del pelotón de Soric, seguían bloqueados, sometidos al fuego pesado de las semiorugas N20 y algunos curiosos tanques ligeros de seis ruedas.

Hark, tras elegir a un grupo formado por Nehn, Mkendrick, Raess, Vulli, Muril, Tokar, Cown y Garond, había tratado de tender un puente con la unidad de Soric y romper el bloqueo, pero se encontraron inmovilizados casi de inmediato.

Entonces, más por suerte que porque obedeciera a un plan, los blindados Pardus irrumpieron por la carretera oriental para darles apoyo: el Executor Conflicto, los Conquistador No Hagas Ruido y Viejo Estroncio, y el Destructor Bufón Letal. Entre todos transformaron las calles nororientales en un caos terrorífico y fueron sembrando el terreno de tanques en llamas y carcasas de tanques ligeros. Baffels hizo que sus tropas avanzaran detrás de ellos en el impulso final hacia el depósito que estaba sólo a unas cuantas calles de allí. Había sido un combate sangriento y lento, pero Baffels había hecho lo que Gaunt le había pedido.

La demora había dado al propio Gaunt la oportunidad de avanzar con el frente. A Baffels le llenó de alegría el verlo, y Hark delegó inmediatamente en el coronel-comisario.

Gaunt se acercó a la posición de Baffels en medio del zigzag que el fuego de los láser dibujaba en el aire nocturno.

—Ha hecho usted un buen trabajo —le dijo Gaunt al sargento.

—Me temo que nos ha llevado mucho tiempo, señor —respondió Baffels.

—Era inevitable. Los ershul no van a rendirse sin pelear.

—¿Los ershul, señor?

—Una palabra que me enseñó esta tarde el ayatani Zweil. ¿Puede oler eso?

—Sí, señor —respondió Baffels al percibir en el aire el apestoso olor a combustible de promethium.

—Vamos a rematar esto —dijo Gaunt.

Apoyados por el fuego devastador de los Pardus, los Fantasmas siguieron su avance hacia el depósito. Al frente de una columna, Gaunt se encontró de golpe cara a cara con los infardi que se habían atrincherado para tender una emboscada a sus

hombres. Su espada de energía refulgía y su bolter escupía fuego. En tomo a él, Uril, Haijeon, Soric y Lillo, algunos de los mejores verghastitas, demostraban ser unos dignos Fantasmas. Fue el primero de los diecisiete choques cuerpo a cuerpo que encontrarían en su camino.

En el quinto, un enrevesado enfrentamiento para despejar un callejón, la casualidad reunió a Gaunt y a Hark en medio de la barahúnda.

—Tengo que decir, Gaunt… que pelea usted bien.

—Sea lo que sea, que el Emperador nos proteja —murmuró Gaunt, decapitando a un infardi que cargó contra él con la espada de energía de la Casa Sondar.

—Usted sigue sin fiarse de mí ¿verdad? —dijo Hark mientras destruía un nido de ametralladoras del enemigo con una sola descarga.

—¿Y eso le sorprende mucho? —replicó Gaunt cáusticamente, y sin esperar respuesta partió al frente de sus Fantasmas hacia el siguiente asalto.

El sargento Bray era el jefe del primer pelotón del grupo de Baffels que llegó al depósito de combustible propiamente dicho. Se encontró con una fila de graneros enormes y rechonchos tanques de combustible guardados por más de cien infardi bien parapetados que contaban con el apoyo de tres AT70 y un par de carros Usurpador.

Los lanzamisiles de Bray se pusieron enseguida manos a la obra. Fue la resistencia más pertinaz que habían encontrado hasta el momento, y eso que el ataque no había sido precisamente una merienda campestre hasta ahora. Bray solicitó apoyo de las unidades blindadas.

Gaunt, Baffels, Soric y Hark acudieron también, cada uno con una sólida formación de Fantasmas, en apoyo de la posición de Bray. Gaunt tenía un regusto a victoria, pero también de derrota, entremezclados. La experiencia le decía que era el momento de vencer o morir. Si resistían y avanzaban, la ciudad sería suya y destruirían al enemigo. Si no…

Obuses, láser y ráfagas de ametralladora fue el recibimiento que dieron a su formación. Vio avanzar a los Pardus que aplastaban cercas y atravesaban zanjas para abrirse camino hacia el recinto del depósito. El Conflicto acabó con un Usurpador, y el Bufón Letal dejó inutilizado a un Guadaña. El suelo nocturno se iluminaba con una tormenta de explosiones y trazadoras.

—¡Reagruparse! ¡Reagruparse! —gritaba Baffels mientras los obuses surcaban el aire. La sección de Soric fue ganando terreno y atravesó la cerca meridional antes de ser repelida por fuego pesado de las tropas infardi. La sección de Hark estaba acorralada en una esquina.

Gaunt fue el primero en ver el Baneblade y se le heló la sangre en las venas.

Trescientas toneladas de tanque superpesado, una máquina imperial capturada y puesta al servicio del enemigo. Salió como quien no quiere la cosa de detrás del

depósito, elevando la enorme arma de su torreta.

Un monstruo. Un monstruo de acero salido de las mismas fauces del infierno.

—¡Baneblade! ¡Baneblade enemigo en 61.78! —gritó Gaunt por el intercomunicador.

El capitán Woll, comandante del Viejo Estroncio, no daba crédito a sus oídos.

Su auspex detectó al gigante un segundo antes de que disparara y borrara del mapa al Conquistador No Hagas Ruido.

Woll apuntó y disparó, pero su proyectil apenas hizo mella en el enorme casco de la máquina.

Las torretas secundaria y lateral del Baneblade empezaron a disparar contra las posiciones imperiales produciendo una matanza espantosa. Los curtidos y leales Fantasmas fueron presa del terror y salieron en desbandada al ver que el Baneblade se les venía encima.

—¡No os mováis! ¡No cedáis, indignos bastardos! —vociferaba Hark al ver a los Fantasmas que huían—. ¡Cumplimos la misión del Emperador! ¡No os mováis u os enfrentaréis a mi ira!

Hark se vio sacudido súbitamente hacia atrás cuando Gaunt le sujetó la muñeca con fuerza y desvió su pistola de plasma del pretendido blanco.

—A los Fantasmas los castigo yo. Yo, y no usted. Además, es un maldito Baneblade, necio. Yo también correría. Ahora, ayúdeme.

Las secciones de Soric y Bray lanzaban misiles antitanque contra el amenazador gigante, pero sin grandes resultados. El Bufón Letal le envió dos certeros disparos, pero seguía avanzando. Los blindados y la infantería infardi avanzaban tras él.

Gaunt se dio cuenta de que su instinto no lo había engañado. Éste había sido el momento de vencer o morir. Estaban muertos.

Con sus armas escupiendo fuego, el Baneblade infardi obligaba a los Primeros de Tanith a una indigna retirada.

Baffels no estaba dispuesto a dejar que se salieran con la suya. Seguía decidido a probar que Gaunt había estado acertado al elegirlo para el mando. Iba a salir victorioso de esto, iba a tomar el objetivo. Estaba…

Mientras alrededor de él los hombres huían, se apoderó de un «maldición errante», cargó un cohete y apuntó al monstruoso tanque. Ahora estaba a menos de veinte metros de distancia. Era un dragón gigante de cuyas fauces salía fuego y que tapaba las estrellas.

Baffels fijó la cuadrícula sobre una mirilla próxima a lo que él pensaba que sería el lugar del conductor. Mantuvo con firmeza el tubo y disparó.

Hubo una brillante llamarada y por un momento Baffels pensó que lo había conseguido, que se había convertido en un héroe como el maldito Gol Kolea, pero el Baneblade estaba apenas contusionado y uno de sus cañones coaxiales secundarios

mató a Baffels de una ráfaga de disparos.

El ariete de Rawne llegó por fin al templo de Bhavnager a las nueve y treinta y cinco. Para entonces ya era noche cerrada y la ciudad era un hervidero de fuego y explosiones.

Su lento avance por el campo minado se había acelerado cuando Larkin y Domor improvisaron un plan.

Los ojos protésicos de Domor eran capaces de detectar muchas minas enterradas superficialmente. De modo que se las iba señalando a Larkin y éste y Banda las hacían explotar con disparos certeros.

Los rastreadores habían avanzado otros treinta metros, y para entonces, ya puesto el sol, los tanques de Sirus se habían ocupado de los blindados enemigos. Entonces, los tanques avanzaron por el pasadizo que había despejado Domor y bajaron sus palas de combate para limpiar los últimos metros ahora que ya no estaban bajo el fuego enemigo.

El templo estaba destrozado. Las tejas doradas que imitaban escamas de pescado caían de la otrora gloriosa estupa. En la nave principal ardían granadas incendiarias. Las banderas votivas ardían y se retorcían en la brisa.

Por fin avanzaban contra el depósito de combustible desde el este.

El capitán Sirus iba adelante con el Ira de Pardua, cuyas orugas habían sido reparadas. Había oído la ahogada y absurda transmisión desde el frente sur de que habían tropezado con un Baneblade.

Si era cierto, él quería un trozo. Algo que Woll no conseguiría superar jamás.

El Ira de Pardua llegó donde estaba el Baneblade enemigo, en el espacio abierto del campo del depósito. Advertido por su auspex de la presencia del Ira, el Baneblade había empezado a girar.

Sirus cargó obuses perforadores de blindaje en su recámara y abrió dos agujeros en el casco del tanque enemigo. Pocos comandantes de tanques Pardus llevaban ese tipo de munición como cosa habitual, porque pocos esperaban encontrar algo más duro que ellos mismos, pero Sirus era un filósofo de la táctica y no le importaba sacrificar unos cuantos espacios valiosos en su cargador por si acaso.

Ahora el secreto estaba en apuntar a los agujeros hechos por las perforadoras y hacer volar al enemigo desde dentro con un proyectil de alto explosivo.

El Baneblade herido puso su torreta de través, apuntó al Ira de Pardua y lo destruyó con un solo disparo de su cañón principal.

Sirus quedó incinerado mientras disfrutaba de su triunfo. Sólo le duró un instante. Un instante de éxito con el que sueñan todos los comandantes de tanque. Había herido a la bestia. Ya podía morir tranquilo.

El Ira de Pardua explotó, sembrando a su alrededor restos de blindaje con la onda expansiva.

El Viejo Estroncio avanzó desde atrás derribando a su paso edificios situados al sur del depósito. Woll nunca había llevado proyectiles perforadores como Sirus, pero vaya si iba a aprovecharse de la ventaja.

Haciendo caso omiso de su auspex y apuntando a simple vista con la ayuda de su determinador de alcance y su indicador de viento de lado, Woll envió un proyectil de alto explosivo por uno de los profundos orificios abiertos por Sirus en el blindaje del Baneblade.

Hubo una breve pausa tras la cual el tanque superpesado explotó en una erupción titánica de calor, ruido y luz.

Gaunt y Soric, con ayuda de Hark y de los jefes de escuadrón, consiguieron reducir el pánico de los Fantasmas y reagruparlos para la marcha final hacia el depósito de combustible. El propio Soric dirigió la carga a través del espacio abierto que los separaba del depósito, más allá de los restos llameantes del Baneblade.

Para entonces, los hombres de Rawne ya habían llegado detrás del valiente Ira de Pardua y estaban despejando el depósito de los últimos infardi. El tiroteo era incesante y Rawne sabía que tenía que recuperar el tiempo perdido.

Poco antes de la once anunció por el transmisor que había tomado el depósito.

Los elementos infardi que sobrevivieron huyeron hacia el norte internándose en la selva, más allá de Bhavnager. Ahora la ciudad estaba en manos imperiales.

Mientras los médicos evolucionaban a su alrededor en la noche empañada por el humo, Gaunt encontró al ayatani Zweil arrodillado sobre el cadáver destrozado del sargento Baffels. El sargento Varl permanecía atento a su lado, observando.

—Lo siento, jefe. Insistió. Quería estar aquí —le dijo Varl a Gaunt.

Gaunt asintió.

—Gracias por cuidar de él, Varl —dijo dirigiéndose a Zweil.

—Este hombre fue una pérdida muy especial —dijo Zweil volviéndose a mirar a Gaunt—. Su esfuerzo fue decisivo.

—¿Se lo ha dicho alguien o usted lo percibe, padre?

—Lo último. ¿Me equivoco?

—No, en absoluto. Baffels abrió el camino hacia el depósito. Cumplió su deber más allá de lo exigible. No podría haber pedido más.

Zweil cerró los ojos nublados de Baffels.

—Eso fue lo que sentí. Bueno, ahora todo se acabó —dijo—. Duerme bien, peregrino. Has llegado al final de tu viaje.



ONCE

Las selvas pluviales

Aunque mis lágrimas fueran tantas como las gotas de lluvia que caen sobre los bosques de Hagia, una por cada alma caída, leal al trono, no serian suficientes.

Evangelio de Santa Sabbat,

Salmos II-VII.

Bajo el manto de la oscuridad, el cielo se encendía a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Fogonazos, súbitos relámpagos, destellos de luz, acompañados por el lejano retumbar del trueno.

Cuando ya llevaba así más de una hora, todos coincidieron en que no se trataba de una tormenta.

—Acción bélica a gran escala —murmuró Corbec.

—Una batalla con todas las de la ley —observó Bragg.

Estaban en medio de la oscuridad, a la orilla del río sagrado, rodeados por un coro de insectos mientras Greer y Daur trataban de reparar el motor.

—¡Qué no daría…! —empezó a decir Derin y después se calló.

—Ya sé lo que quieres decir, hijo —dijo Corbec.

—Bhavnager —dijo Milo reuniéndose con ellos. Traía una linterna y una placa cartográfica.

—¿Dónde, chico?

—Bhavnager, ciudad agrícola cerca de las estribaciones de las colinas.

Milo le mostró a Corbec la zona en el mapa.

—Se suponía que íbamos a pasar allí la segunda noche —dijo—. Hay un depósito de combustible.

Un fogonazo especialmente intenso iluminó las nubes.

—¡PorFeth! —dijo Bragg.

—Mala suerte para algún pobre bastardo —dijo Derin.

—Esperemos que fuera uno de los suyos —dijo Corbec.

Dorden se había alejado un poco río abajo y se dedicaba a tirar piedras al agua al azar.

Se sobresaltó cuando apareció alguien a su lado en la oscuridad. Era Sanian, la esholi.

—Usted no es un guerrero, lo sé —dijo la chica.

—¿Qué?

—Trabajé con la señora Curth y lo vi. Es un médico.

—Así es, muchacha —sonrió Dorden.

—Es usted viejo.

—¡Oh, mil gracias!

—No, usted es viejo. En Hagia es una señal de respeto.

—¿Ah sí?

—Eso indica que tiene sabiduría. Que si no ha desperdiciado su vida la ha usado para acumular experiencia.

—Estoy casi seguro de que no he desperdiciado mi vida, Sanian.

—Yo siento que sí he desperdiciado la mía.

Se dio la vuelta para mirarla. Era una sombra, una silueta asomada sobre el río.

—¿Qué?

—¿Qué soy? ¿Una aprendiz? ¿Una estudiante? Toda mi vida he estado estudiando libros y evangelios… y ahora mi mundo está en ruinas y sumido en la guerra. La Santa no vela por nosotros. Veo a hombres como Corbec, Daur, incluso un joven como Brin. Se culpan por haber aprendido sólo el arte de la guerra, pero la guerra es lo que importa aquí, ahora, en Hagia. No hay nada más que el arte de hacer la guerra.

—En la vida hay más cosas que…

—No hay nada más, doctor. El Imperio es grande, sus maravillas son muchas, pero ¿qué quedaría de él si no fuera por la guerra? ¿La gente? ¿Los conocimientos? ¿La cultura? ¿El idioma? Nada. La guerra lo envuelve todo. En esta época, sólo hay guerra.

Dorden suspiró. Ella tenía razón, en cierto sentido.

—La guerra ha alcanzado a Bhavnager —observó Sanian echando una mirada a los fogonazos que iluminaban las nubes distantes.

—¿Conoces el lugar?

—Fue allí donde nací y me crié. Me fui de allí para hacerme esholi y encontrar mi camino. Ahora, aun cuando me sea revelado mi camino en la vida, ya no tengo que volver a casa una vez que esto haya terminado. Además no terminará nunca. La guerra es eterna, lo único finito es la especie humana.

* * *

—Ninguna señal por el transmisor —dijo Vamberfeld.

Corbec asintió.

—¿Has probado todos los canales?

—Sí señor, no se oye nada. No sé si no funciona porque estamos fuera de cobertura o porque la radio del Chimera es una basura.

—Nunca lo sabremos —dijo Derin.

Vamberfeld se sentó en un tronco al lado del camino. El aire olía a lluvia y una auténtica tormenta se cernía desafiando a la otra desatada por el hombre hacia el oeste. El viento les removía el pelo y en torno a ellos cayeron las primeras gotas de lluvia.

Debajo de la cubierta del Chimera, Daur y Greer trabajaban en el motor.

Vamberfeld oía a Corbec hablando con Milo a unos pasos de donde él estaba. Pensó que lo más sencillo habría sido ponerse de pie, llamar la atención del coronel y hablar con él, de hombre a hombre.

Lo más sencillo del mundo… y no podía hacerlo.

Todavía sentía el terror que se apoderaba de él otra vez, que se le metía por los

poros, que corría por sus venas, que reptaba por sus tripas y llegaba a los más recónditos recovecos de su mente. Empezó a temblar.

Era tan injusto. En Verghast, en la imponente colmena, había disfrutado de una vida tranquila, trabajando como ayudante personal del agremiado Naslquey en el distrito comercial, firmando documentos, tramitando manifiestos, cobrando pagarés. Hacía bien su trabajo. Vivía en un habitáculo pequeño y decente en el Nivel Bajo-231 a la espera de una promoción de categoría. Estaba muy enamorado de su novia, aprendiz de costurera en Bocider.

Entonces la Guerra Zoicana se lo había quitado todo. Su trabajo, su pequeño habitáculo volado por una bomba, su novia…

Bueno no sabía qué había sido de su novia. Jamás consiguió averiguar lo que le sucedió a su querida y dulce costurera.

Fue terrible. Vivió días y noches de auténtico terror, ocultándose entre las ruinas, corriendo aterrorizado, pasando hambre, pero sobrevivió y mantuvo la cordura.

Todo eso le había hecho pensar que era suficientemente hombre como para reconstruir su vida a partir de las ruinas e incorporarse a la Guardia Imperial cuando el Acta de Consolación lo hizo posible. Le había parecido que era lo mejor que podía hacer.

Conoció el miedo durante la guerra y volvió a pasarlo después. El temor de abandonar Verghast, de no volver jamás. La ansiedad de viajar por la disformidad en una nave maloliente de transporte de tropas. El miedo a no estar a la altura durante la primera y agotadora semana de la instrucción fundamental y preparatoria.

El auténtico terror, el terror inesperado llegó más tarde. La primera vez, lo sintió trepar por su nuca durante el desembarco masivo en Hagia y se lo sacó de encima. Había estado en el infierno en Verghast, se dijo, y esto no era peor.

Después volvió a asaltarlo, durante la primera fase del asalto a Doctrinópolis. Cuando tuvo que enfrentarse por primera vez en combate, como un auténtico soldado. A su lado los hombres morían o, lo que a él le parecía peor, quedaban desmembrados u horriblemente mutilados por la guerra. Esos primeros días lo habían sacudido por dentro. Ahora el terror se negaba a abandonarlo. Simplemente cedía un poco entre una y otra actuación.

Vamberfeld había llegado a la conclusión de que necesitaba matar, cobrarse su primera víctima, como soldado, para exorcizar su terror. Finalmente le había llegado la ocasión cuando estuvo con Gaunt en la toma del Universitariat desde la plaza de la Sublime Tranquilidad. Recibir su bautismo de fuego, salpicarse de sangre. Estaba dispuesto y ansioso. Deseaba entrar en combate. Había buscado librarse del terror demoníaco que no lo abandonaba, pero las cosas no habían hecho más que empeorar.

Salió de aquel encuentro temblando como un idiota, incapaz de centrarse, de hablar siquiera; como esclavo absoluto de ese demonio.

Todo era tan malditamente injusto.

Bragg y Derin lo habían reclutado en la sala del hospital para aquella misión. No podía negarse… era físicamente capaz y eso lo transformaba en un hombre útil. Nadie parecía ver el terror maligno, oscuro, que no lo abandonaba. Bragg y Derin habían dicho que Corbec tenía una misión importante, y eso estaba bien. A Vamberfeld le caía bien el coronel. Era algo crucial. El coronel había hablado de misiones y visiones sagradas. Eso también estaba bien. A Vamberfeld le resultó fácil seguir el juego, restarle importancia a su nerviosismo y simular que la Santa también había hablado con él y lo había señalado para la misión.

Todo fue una impostura. Se limitó a decir lo que creía que querían oír. Lo único que realmente le había hablado era el maldito demonio.

Las palabras del conductor, Greer, lo habían alarmado. Todo lo que dijo del oro, de su complicidad con el capitán Daur. Vamberfeld se preguntaba si todos se estarían burlando de él. Ahora estaba casi seguro de que eran todos unos bastardos mercenarios que desobedecían órdenes no por algún alto y sagrado ideal, sino por una sed insaciable de riqueza. Se sentía como un tonto por hacer el papel del esforzado visionario.

Le temblaban las manos. Las metió en los bolsillos confiando en que nadie lo hubiera notado. Le temblaba el cuerpo, y la mente también. El terror lo consumía. Maldijo al demonio por inducirlo a juntarse con una banda de desertores y ladrones. Lo maldijo por hacer que temblara. Lo maldijo por el mero hecho de estar allí.

Quería levantarse y hablar con Corbec de su terror, pero temblaba tanto que no podía hacerlo.

Además, aunque pudiera, sabía que lo más probable era que se le riera en la cara y le metiera un balazo allí, entre los arbustos.

—¿Un trago?

—¿Qué? —Vamberfeld salió de su ensimismamiento.

—Que si te apetece un trago —repitió Bragg ofreciéndole una botella abierta de la poderosa sacra de Tanith.

—No.

—Da la impresión de que la necesitas, Vamb —dijo Bragg tratando de ganarse su confianza.

—No.

—Está bien —dijo Bragg tomando él mismo un sorbo y lamiéndose los labios de placer.

Vamberfeld se dio cuenta de que ahora llovía fuerte. El agua le caía por la cara y por los hombros.

—Deberías ponerte a cubierto —observó Bragg. Está lloviendo a cántaros.

—Lo haré dentro de un minuto. Estoy bien.

—Muy bien —dijo el corpulento Tanith alejándose.

El agua cálida empezó a filtrarse por el cuello y las muñecas de Vamberfeld. Levantó la cara exponiéndola a la lluvia, deseando que se llevara el terror.

—Algo le pasa al chico de la Colmena, jefe —le dijo Bragg a Corbec pasándole la botella.

Corbec tomó un buen trago del fuerte licor y aprovechó para tragar otro puñado de analgésicos. Sabía que estaba abusando de ellos, pero le dolía tanto que los necesitaba. Corbec siguió el gesto de Bragg y vio a través de la carretera mojada la figura sentada de espaldas a él.

—Ya lo sé, Bragg —le dijo—. Hazme un favor, vigílalo por mí ¿quieres?

—Entonces… ¿cuánto? —susurró Greer ajustando la tuerca de un pistón.

—¿Cuánto qué? —preguntó Daur que ya estaba empapado por la lluvia.

—No me lo haga decir, verghast… ¡El oro!

—Ah, eso. Habla bajo. No queremos que los demás se enteren.

—Pero es mucho ¿no? Me prometió mucho.

—No puedes imaginar cuánto.

Greer sonrió y se quitó el agua de la cara con una mano que manchó su frente con aceite del motor.

—Entonces ¿no se lo ha dicho a los demás?

—Ah… apenas lo suficiente como para interesarlos.

—¿Los va a matar cuando llegue el momento?

—Bueno, me lo estoy pensando.

—Puede contar conmigo, verghast, cuando llegue el momento… es decir, si puedo contar con usted.

—Oh, por supuesto, pero espera a mi señal antes de hacer nada.

—Entendido.

—Greer, esperarás a mi señal ¿verdad?

—Puede contar con ello, capitán. Éste es su circo y usted es el maestro de ceremonias.



—¡Más despacio, muchacha, más despacio! —sonrió Corbec refugiándose de la lluvia bajo la escotilla abierta del Chimera. Los signos que hacía con la mano eran demasiado rápidos para él, como de costumbre.

—¿Es cierto que la Santa lo llama? —preguntó Nessa por signos, esta vez más despacio.

—Por Feth, no lo sé. Algo es… —Corbec todavía no dominaba el lenguaje de los signos que usaban los verghastitas, aunque lo había intentado. Sabía que sus gestos torpes sólo transmitían la esencia de sus palabras.

—El capitán Daur dice que la ha oído —agregó Nessa con gestos expresivos—. Dice que usted y el doctor también.

—Es posible, Nessa.

—¿Estamos equivocados?

—Lo siento. ¿Qué? ¿Que si estamos equivocados?

La chica acompañó su gesto afirmativo con una intensa mirada de sus ojos brillantes mientras la lluvia le mojaba la cara.

—¿Equivocados en qué sentido?

—Al estar aquí. Al estar haciendo esto.

—No, al menos de eso puedes estar segura.

Ahora sólo le temblaba la mano. La mano izquierda. Haciendo uso de su fuerza de voluntad, Vamberfeld había conseguido centrar todo el terror y los temblores en esa extremidad. Podía respirar otra vez. Lo estaba controlando.

Por la carretera, a través de la densa lluvia, vio algo que se movía en la oscuridad. Sabía que debería echar mano de su arma o gritar, pero no se atrevió por si el temblor volvía a apoderarse de todo su cuerpo.

El movimiento se hizo más claro y durante un segundo consiguió ver de qué se trataba. Dos crías de quelón, tan pequeñas que no alcanzaban a la rodilla de un hombre, avanzaban por la embarrada carretera hacia ellos, después una niña. Tendría doce o trece años y estaba vestida con las ropas características de la casta campesina. Iba guiando a los animales con su cayado y los apartó antes de que se acercaran demasiado al transporte imperial estacionado.

Eran apenas una mancha borrosa en la noche lluviosa. Una chica campesina conduciendo su rebaño, tratando de no entrar en contacto con los soldados que viajaban por sus pastizales.

Vamberfeld la miró fascinado. Ella levantó los ojos y sus miradas se cruzaron.

Tan joven. Tan sucia y salpicada de barro. Tenía una mirada penetrante y…

El motor del Chimera rugió y se puso en marcha y empezó a acelerar y a lanzar humo por el escape. El vapor abrió un surco entre la lluvia. Los faros y las luces superiores se encendieron.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Corbec, llamándolos para que volvieran al transporte reparado.

Vamberfeld se despertó de repente y se encontró tendido de lado en el barro. Se había quedado dormido y se había caído del tronco. Se puso de pie, débil y tiritando, buscó su fusil y corrió hacia el transporte brillantemente iluminado.

Echó una última mirada entre los árboles. La niña y sus quelones se habían

desvanecido, pero el demonio seguía allí.

Metió la mano temblorosa en el bolsillo para ocultarla y subió al vehículo.



Al romper el día, una fuerte lluvia caía sobre el humeante campo de batalla de Bhavnager.

Gaunt se despertó temprano en su tienda y se levantó de un salto antes de recordar que la batalla había terminado. Se sentó en su silla de campaña plegable y suspiró. En la mesa cartográfica que tenía cerca había una botella promediada de amasec. Echó mano de ella pero luego se arrepintió.

Afuera se oía el retumbar de los motores de los tanques a los que los tecnosacerdotes estaban haciendo un repaso general. También se oía el ruido de los camiones de repostaje que llenaban los depósitos de los transportes y el de los montacargas cuando los tanques eran alimentados por los Chimera. Oyó los quejidos de los heridos en la improvisada enfermería de Curth.

El oficial de radio Beltayn asomó la cabeza cauteloso en la entrada de la tienda.

—Quinientos, señor —dijo.

Gaunt asintió con aire distraído. Se levantó y se quitó la camiseta manchada de sangre, hollín y aceite y sacó una limpia de su equipo. Con los tirantes de los pantalones del uniforme colgando sobre las caderas, se lavó la cara con el agua de la jarra y luego se subió los tirantes, se puso una camisa y la chaqueta negra con sus filas de botones y alamares dorados.

Bhavnager. Qué victoria. Qué pérdida.

Todavía estaba conmocionado por el combate, por el exceso de adrenalina y el cansancio.

Había dormido unas tres horas y de manera irregular, sembrada de sueños descabellados, confusos, provocados por la fatiga extrema y por el recuerdo de lo que había pasado.

Se había visto en una estrecha cornisa de hielo, suspendido sobre el mundo, colgado, a punto de caer, y a su alrededor se precipitaban huracanes de fuego.

Había aparecido el sargento Baffels, vivo e íntegro. Había estado en la cornisa de hielo y tendiendo la mano había asido la de Gaunt para izarlo hasta terreno firme.

—Baffels —había musitado, helado hasta la médula.

Baffels había sonreído para desaparecer a continuación.

—Sabbat Mártir —había dicho.

Gaunt cogió la botella y llenó con generosidad un vaso sucio y roto.

Bebió de un trago el contenido del vaso.

—Ahora me persiguen los fantasmas de los Fantasmas —murmuró para sí.

Siguiendo instrucciones de Kolea, la guardia de honor enterró a sus muertos, casi doscientos, en una tumba colectiva junto al templo de Bhavnager. Los Troyano podrían haber cavado la fosa, pero los Conquistador Pardus Viejo Estroncio, Toque de Retreta, P48J y Corazón Destructivo hicieron los honores con sus palas, aunque sus tripulaciones estaban medio muertas de cansancio. Convencieron al ayatani Zweil para que se hiciera cargo del servicio fúnebre de los muertos. Obedientemente, los Fantasmas clavaron pequeñas cruces de madera de güilo en filas por la tierra removida, una por cada uno de los muertos que descansaban bajo ella.

El día se fue instalando, caluroso, bochornoso y marchito por la intensa lluvia. Gaunt sabía que eran necesarias semanas para que una unidad se recuperase de la conmoción producida por una acción tan brutal como la de Bhavnager, pero él no contaba con ese tiempo. Apenas tenía días.

A las nueve de la mañana dio orden a la guardia para que hiciese los preparativos en el espacio de una hora y envió a la unidad de reconocimiento hacia los bosques que estaban por encima de la ciudad. A pesar del cansancio, los hombres a su mando parecían bien dispuestos en general. Contra toda probabilidad, una victoria sólida era capaz de conseguir eso, a pesar de las bajas. Los Pardus estaban más apesadumbrados que los Fantasmas. Daba la impresión de que lamentaban más la pérdida de sus amadas máquinas que de los hombres.

Gaunt cruzó la plaza de la ciudad y se detuvo junto a una pequeña carpintería donde los soldados Cocoer, Waed y Garond vigilaban al oficial infardi que el escuadrón de Bonin había tomado prisionero la noche anterior. Ningún otro infardi había sido capturado vivo. Gaunt suponía que los infardi se llevaban a sus heridos o los mataban.

Aquella cosa infame, cubierta de tatuajes, estaba encadenada como un cánido en la parte trasera del local.

—¿Le habéis sacado algo?

—No, señor —respondió Waed.

Rawne y Feygor habían intentado un interrogatorio preliminar la noche anterior, después de la batalla, pero el prisionero no había respondido.

—Disponedlo para embarcar. Nos lo llevamos con nosotros.

Gaunt se dirigió hacia el depósito. El mayor Kleopas, el capitán Woll y el teniente Pauk estaban en la sucia plataforma de estacionamiento de los barracones donde se guardaban las máquinas observando cómo los Troyano remolcaban al Redoble de Tambor y al Capricho de Klara. Le habían dicho a Gaunt que los dos tanques podían repararse. El Redoble de Tambor llevaba a rastras una sección retorcida de su oruga derecha, y la tripulación, bajo el mando del capitán Hancot iba montada en la torreta

de su corcel herido. Aunque había sido inmovilizado al comienzo de la batalla, habían seguido disparando y se habían cobrado buen número de víctimas.

El Klara parecía intacto, salvo por un orificio extrañamente limpio abierto en el blindaje de su torreta. Sólo su conductor había sobrevivido. Tras desconectar la electricidad, los tecnosacerdotes y los zapadores habían desactivado el proyectil enemigo sin explotar que, por vía directa e indirecta, había matado a LeTaw y a sus artilleros. Una vez extraído sin problema de la recámara perforada y retirada la munición dañada, el Klara fue remolcado a Bhavnager para reparar su torreta. Se había formado una tripulación de reemplazo con los supervivientes de los tanques inutilizados.

Gaunt se acercó hasta donde estaban los expectantes oficiales Pardus y, como es de rigor, los felicitó por su participación en la victoria. Kleopas se veía cansado y pálido, pero aceptó con agrado la mano que le tendía Gaunt.

—Esto va a figurar en los anales de la Academia de la División Acorazada de Pardua —dijo Gaunt.

—Eso espero.

—Tengo una… una pregunta, si puedo, coronel-comisario —dijo Kleopas.

—Hágala, señor —dijo Gaunt.

—Usted y yo… a todos se nos dijo que si bien seguía habiendo fuerzas infardi en el interior, eran muy escasas, pero la resistencia que prepararon aquí, en Bhavnager, fue de una escala enorme, bien organizada y bien aprovisionada. Nada que ver con lo que uno espera de un enemigo en retirada, en desbandada.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Maldita sea, Gaunt, avanzamos contra este objetivo esperando un enfrentamiento duro, pero no una batalla con todas las de la ley. Mis carros se enfrentaron a un número de máquinas enemigas nunca visto. No me malinterprete, fue una actuación gloriosa y yo vivo para servir, que el Emperador nos proteja.

—Que el Emperador nos proteja —corearon Gaunt, Woll y Pauk.

—Pero no fue esto lo que se nos dijo que había aquí. ¿Puede usted… comentar algo por lo menos?

Gaunt se miró pensativo las puntas de las botas durante un momento.

—Cuando yo estaba con Slaydo, justo antes del comienzo de la cruzada, caímos sobre Khulen en invierno. Por aquel entonces yo servía con los Hyrkanos, todos ellos valientes soldados. El enemigo tenía un gran número de efectivos parapetados en las tres ciudades principales. Era época de nevadas y hacía un frío infernal. Nos llevó dos meses, pero los sacamos de allí. La victoria fue nuestra. Slaydo nos dijo que nos mantuviéramos vigilantes y nadie en la escala de mando entendía por qué. Claro que Slaydo era zorro viejo y había visto lo suficiente en su larga carrera como para saber a qué atenerse. Su instinto resultó acertado. En el curso de un mes, el triple de unidades

enemigas atacaron nuestras posiciones. El triple de las que habíamos expulsado antes. Habían abandonado el lugar ¿entiende? Habían abandonado las ciudades para volver antes de que hubiéramos tenido tiempo de despojarlos de toda su fuerza. Se habían reagrupado en el monte para volver en cantidades ingentes.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Pauk, fascinado.

—Sucedió Slaydo, teniente —sonrió Gaunt y todos rieron.

—Tomamos Khulen. Un intento de liberación se transformó en una guerra en toda regla. Los destruimos. Ahora vean este otro caso. Un año después, en los comienzos de la cruzada, liberando Ashek II. Formidables fuerzas enemigas en las colmenas y las ciudades comerciales del archipiélago. Tres meses de duros combates y nos hicimos dueños del mundo, pero los tácticos imperiales nos advirtieron de que las colinas de lava podrían constituir excelentes defensas naturales en las que el enemigo tendría ocasión de reagruparse. Nos pertrechamos para la contraofensiva, pero nunca llegó. Después de muchas incursiones de reconocimiento descubrimos que el enemigo no se había replegado en absoluto. Habían combatido hasta el último hombre en las colmenas y lo habíamos vencido totalmente durante la primera fase. Ni siquiera habían tenido ocasión de pensar en aprovechar un terreno que los favorecía tanto.

—Estoy empezando a sentirme como un niño en clase de táctica —sonrió Woll.

—Lo siento —dijo Gaunt—. Simplemente quería aclarar algunos aspectos.

—¿Como que cualquier enemigo desvirtuado por el Caos es siempre impredecible? —sugirió Kleopas.

—Eso por un lado.

—¿Que como el enemigo es tan impredecible podríamos colgar ahora mismo a todos los tácticos imperiales? —rió Woll.

—Exactamente, Woll, eso también.

—¿Que eso es exactamente lo que está sucediendo aquí? —preguntó Kleopas.

Gaunt asintió.

—Todos saben que no tengo la menor simpatía por Lugo. Tengo motivos personales para dudar de él.

—No se disculpe por ello —dijo Kleopas—. Es un advenedizo de nuevo cuño sin la menor experiencia.

—Curioso, gracias. Eso es lo que creo que tenemos en este caso. Una expectativa equivocada por parte de Lugo quien cree que el enemigo se comportará como un ejército imperial. Piensa que no abandonarán las ciudades hasta quedar derrotados, pero no será así. Piensa que sólo los restos de los vencidos huirán después de la batalla. Otra vez se equivoca. Yo creo que los infardi abandonaron las ciudades cuando se dieron cuenta de que llevábamos las de ganar y a sabiendas retiraron a sus fuerzas hacia las afueras. De ahí el gran número de efectivos de Bhavnager.

—Maldito sea Lugo —dijo Woll.

—Lugo tendría que escuchar a sus oficiales, eso es todo —dijo Gaunt—. Ésa fue la base de Slaydo… o de Solon… la capacidad para escuchar. Creo que se echa en falta eso en los actuales mandos de la cruzada, incluso en Macaroth.

Los oficiales Pardus se removieron inquietos.

—No seguiré blasfemando, caballeros —dijo Gaunt arrancándoles a todos una sonrisa—. Mi consejo es simplemente éste: prepárense, esperen lo inesperado. El archienemigo no es un enemigo lógico ni previsible, tiene su propia estrategia. No podemos imaginarla, pero podemos muy bien padecerla cuando se produzca.

Dio un paso atrás al ver a Rawne, Kolea, Varl, Hark y la cirujana Curth que se acercaban por la zona de estacionamiento de rocacemento para reunirse con ellos. Se imponía una reunión sobre la marcha. Curth entregó al coronel-comisario una evaluación personal.

Tenían doscientos veinticuatro heridos, setenta y tres de ellos de gravedad. Curth le dijo a Gaunt con franqueza que si bien podían trasladar con ellos a todos los heridos, por lo menos dieciocho no sobrevivirían a más de un día de viaje, y nueve no sobrevivirían al período de tránsito.

—¿Qué recomienda usted, cirujana?

—Muy sencillo, señor. Ninguno de ellos debe viajar.

Rawne sacudió la cabeza con una risa seca.

—¿Qué hacemos? ¿Los dejamos aquí?

Kolea sugirió que estableciesen un baluarte en Bhavnager, donde se podría atender a los heridos en un hospital de campaña. Aunque eso significaba dejar un número reducido de hombres en la ciudad, expuestos a las incursiones de los infardi, tal vez fuera la única esperanza de supervivencia para los heridos. Además, la guardia de honor iba a necesitar las reservas de combustible de Bhavnager para el viaje de vuelta.

Gaunt reconoció el mérito de la idea. Dejaría a cien Fantasmas y a un grupo blindado de apoyo en Bhavnager para cuidar de los heridos y de los depósitos de combustible mientras ellos seguían su avance hacia las Colinas Sagradas. Curth se propuso de inmediato para quedarse; Gaunt aceptó y seleccionó a Lesp como médico en jefe de la misión. El capitán Woll se ofreció voluntario para hacerse cargo de la guardia blindada en Bhavnager. Gaunt y Kleopas dispusieron que se dejaran el Bufón Letal, el Xenófobo, el Redoble de Tambor y el Capricho de Klara, que estaban a medio reparar, bajo su mando. Gaunt puso a Kolea al mando de la posición, con el sargento Varl como su segundo.

Kolea aceptó obedientemente la orden y se fue a reunir a los pelotones que tenía bajo su mando directo. Varl se mostró más reticente, y cuando se disolvió la reunión llamó a Gaunt discretamente a un lado y le rogó que le permitiese estar con él en su

última misión.

—No es mi última misión, sargento —dijo Gaunt.

—Pero, señor…

—¿Ha desobedecido alguna vez una orden, Varl?

—No, señor.

—Pues no lo haga ahora. Esto es importante. Confío en usted. Hágalo por mí.

—Sí, señor.

—Por Tanith, tal como usted lo recuerda, Varl.

—Sí, señor.

—Por Tanith.

Entonces Gaunt reunió al grueso de sus fuerzas y emprendió el camino hacia las selvas pluviales, dejando las tierras bajas y Bhavnager detrás, en medio del polvo.

Grupos de Fantasmas y de Pardus observaban al convoy que se alejaba. Varl se quedó mirando largo rato cuando el último vehículo ya se había perdido de vista y sólo una nube de polvo indicaba su avance.

—¿Sargento?

Giró sobre sus talones abandonando su ensoñación. Kolea y Woll habían reunido a los jefes de escuadrón y a los comandantes de los tanques en tomo a una mesa cartográfica en la entrada del maltrecho ayuntamiento de la ciudad.

—Si no le importa sumarse a nosotros —sonrió Kolea—, vamos a estudiar la forma más adecuada de defender este lugar.



Al salir de Bhavnager, la ancha carretera presentaba una pronunciada pendiente de cinco o seis kilómetros hacia el norte. Gaunt observó que el territorio ya empezaba a estar menos despejado a ambos lados del camino. Ya no se veían tierras de labranza ni áreas cultivadas, a excepción de unos cuantos potreros y prados con abundancia de agua, en medio de los cuales aparecían, aquí y allá, pequeños núcleos exuberantes de vegetación boscosa. Predominaban las cicadas y una variante más grande de acestus, cubiertos a menudo de musgo esfagno y de una epífita llamada barba de monje. Flores de brillantes colores moteaban los matorrales, algunas de tamaño desusado.

El aire era cada vez más húmedo. Los bosques a uno y otro lado se hacían más espesos y altos. Durante la primera hora de viaje, la luz del sol empezó a llegar hasta el convoy filtrada en rayos oblicuos por los árboles.

Después de tres horas, la carretera se niveló y el polvo pasó a ser arena húmeda y barro. El aire era caliente y calmo, y la ropa se pegaba al cuerpo por la humedad del

ambiente. De vez en cuando, sin previa advertencia, caía una lluvia pesada, cálida, totalmente perpendicular a la tierra, a veces tan intensa que la visibilidad se reducía a unos cuantos metros y había que encender las luces. De repente, tan abruptamente como había empezado, la lluvia paraba, como si no hubiera existido, y del suelo empezaba a levantarse vaho. En el aire, denso por el calor, retumbaban los truenos.

Después del mediodía hicieron una parada para distribuir las raciones y relevar a los conductores. Las selvas pluviales de ambos lados de la carretera eran reinos misteriosos de sombras verdes, y todo estaba impregnado de un penetrante olor dulzón y vegetal. Entre uno y otro chaparrón, el lugar era un hervidero de vida salvaje: escarabajos rechinantes de alas como rubíes, colonias de acáridos, arácnidos y gastrópodos grotescamente grandes y acorazados que iban dejando un rastro viscoso y reluciente sobre la corteza de los árboles. También había abundancia de aves, no los pico de horquilla de las orillas del río, sino bandadas de pájaros diminutos y de colores que zumbaban al volar y se lanzaban en picado. Eran tan pequeños que habrían cabido en la mano cerrada de un hombre de no ser por sus picos largos y finos, curvados hacia abajo, de casi treinta centímetros de largo.

De pie junto a su Salamandra, mientras bebía agua y comía una barra de ración, Gaunt vio lagartijas de ocho patas y con una piel escamosa tan dorada como la estupa del templo de Bhavnager que relumbraba entre la vegetación. Del interior del bosque llegaban los silbidos, gritos y alaridos intermitentes de animales invisibles.

—Me sorprende que haya dejado a Kolea en la ciudad —dijo Hark que apareció junto a él. Hark se había despojado de su pesado abrigo y de su chaqueta y se había quedado en mangas de camisa y un chaleco con alamares plateados. Se secaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco. Gaunt no lo había oído acercarse, y las conversaciones de Hark solían empezar así, sin preámbulos, sin un saludo.

—¿Y eso, comisario?

—Es uno de los mejores oficiales del regimiento. Tremendamente leal y obediente.

—Lo sé. —Gaunt bebió un sorbo de agua—. ¿Quién mejor para dejar al mando de una operación independiente?

—Yo lo habría mantenido a mi lado. Al que hubiera dejado es a Rawne.

—¿Ah sí?

—Es un buen soldado, pero lucha con la cabeza, no con el corazón. Y está claro que tiene diferencias con usted.

—El mayor Rawne y yo tenemos un acuerdo. Él y muchos otros Fantasmas me culpan de la muerte de su mundo. Creo que hubo un tiempo en el que Rawne me habría matado para vengar a Tanith, pero ahora se ha acostumbrado al mando y creo que acepta el hecho de que simplemente no nos tenemos simpatía y lo sobrelleva bien.

—He estudiado sus antecedentes y en los últimos días también he estudiado al

hombre. Es un cínico y un descontento. No creo que sus problemas con usted estén superados ni mucho menos. Su cuchillo sigue ansiando su espalda. Encontrará el momento, simplemente se le da bien esperar.

—Slaydo solía decir: «Mantén a tus amigos cerca…

—… y a tus enemigos aún más cerca». Conozco ese dicho, Gaunt, pero a veces no funciona.

La orden de volver a montar en los vehículos recorrió el convoy.

—¿Por qué no hace en mi transporte la siguiente etapa del viaje? —le sugirió Gaunt a Hark. Confiaba en que no se hubiera perdido nada de la ironía que encerraba la propuesta.

Cuarenta minutos por delante del convoy principal, la unidad de reconocimiento había reducido la marcha e iba a paso lento. Rawne había optado por acompañar a la unidad de Mkoll, debido a ello, este tercer dia, estaba compuesta de dos Salamandra de exploración, un tractor Hydra, el Destructor Vengador Gris y el Conquistador Reza tus Oraciones.

El camino se iba estrechando, tanto que la cubierta vegetal empezaba a unirse por encima de sus cabezas y los grandes tanques pasaban rozando el follaje.

Mkoll no dejaba de consultar sus placas cartográficas para asegurarse de que no se apartaban de su rumbo.

—No había ninguna otra pista o carretera —dijo Rawne.

—Lo sé, y las coordenadas del localizador son correctas. Es sólo que no esperaba que la carretera se estrechara tan pronto. Tengo la sensación de que hemos pasado por alto el camino principal y nos hemos metido en un camino de ganado.

Los dos tuvieron que agacharse cuando una rama baja pasó rozando el habitáculo.

—Da la impresión de que es una vegetación de crecimiento rápido —dijo Rawne —. Ya sabe cómo puede ser la flora tropical. Es posible que todo esto haya crecido durante la estación húmeda, hace un mes.

Mkoll se asomó al lateral del Salamandra examinando el estado de la pista. Las selvas pluviales se internaban en los barrancos de las estribaciones de las colinas, lo cual significaba que el terreno hacía una leve inclinación hacia ellos. El centro de la pista estaba erosionado formando un canal por el que corría un riachuelo y torrenteras más profundas habían traído cieno, rocas y restos vegetales. Los Salamandra no tenían problema para avanzar por ella, ni tampoco el Hydra, pero los dos tanques grandes patinaban de vez en cuando. Y lo peor era que el camino empezaba a desintegrarse bajo su peso. Mkoll pensó con pesimismo en el peso de las máquinas que venían tras ellos, especialmente los camiones largos cincuenta-plus de la tropa cuyo sistema de tracción no era en absoluto tan potente como el de los vehículos de oruga.

Los escarabajos chispeantes atravesaban el espacio que quedaba entre el jefe de

exploradores y el mayor. Rawne no perdía de vista el auspex. Tanto él como Mkoll sabían que un número considerable de infardi había huido hacia el norte, hacia estas selvas, después de la batalla, pero no habían encontrado ni rastro de ellos en el camino. De alguna manera se habían ingeniado para mantener ocultos a los soldados y a los vehículos de combate.

Se oyó un grito más adelante, y la avanzadilla de la expedición se detuvo. Tras alertar a los exploradores y a las unidades blindadas, Rawne y Mkoll se adelantaron a pie. El Salamandra que iba en punta había encontrado, tras una curva, una enorme cicada atravesada en el camino. La masa de madera en putrefacción pesaba muchas toneladas.

—¿Pueden retirarlo a un lado? —preguntó Rawne al conductor del Salamandra.

—No hay bastante agarre en esta pendiente —contestó el conductor—. Necesitaremos cadenas para arrastrarlo.

—¿No podríamos cortarlo o volarlo? —preguntó el soldado Caober.

Mkoll se había acercado a las raíces descubiertas del tronco caído que estaban llenas de turba y de marga llena de gusanos. Había restos de óxido rojizo en algunas de las ramificaciones. Mkoll lo olfateó.

—Tal vez podríamos hacer pasar al Conquistador y retirarlo con su pala —estaba diciendo Brostin.

—¡Abajo! ¡Abajo! —gritó Mkoll.

Casi no había acabado de decir estas palabras cuando del subsuelo, junto a él, surgieron ráfagas de fuego láser que impactaban en los cascos de los vehículos o destrozaban las hojas de los árboles. El conductor del Salamandra que iba en cabeza recibió un impacto en el cuello y cayó de espaldas en el habitáculo de su máquina con un grito.

Mkoll se lanzó de un salto detrás del tronco de cicada para ponerse a cubierto junto a Rawne.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Rawne.

—Restos de fycelina en las raíces del tronco. Usaron una carga para derribarlo y bloquear el camino.

—Somos un maldito blanco… —maldijo Rawne.

Ahora los Fantasmas disparaban a su vez, pero no veían nada a qué apuntar. Ni siquiera Lillo, que casualmente estaba en el habitáculo del Salamandra que iba en cabeza y por lo tanto tenía un auspex para consultar, fue capaz de identificar un blanco. El auspex no detectaba nada que no fuera una lectura plana de la caliente y densa masa de follaje.

—¡Cañones! —ordenó Rawne por su transmisor.

Los cañones coaxial y móvil de las máquinas cobraron vida, haciendo trizas las copas de los árboles con sus disparos. Un momento después, el Hydra del sargento

Horkan los eclipsó a todos al comenzar a disparar. Las ametralladoras pesadas de cañón largo del equipo antiaéreo giraron en redondo y lanzaron ráfagas simultáneas de proyectiles luminosos hacia la selva a la altura de un hombre, cortando árboles, destrozando arbustos, pulverizando helechos, licuando el follaje. Una niebla hedionda de materia vegetal vaporizada y savia derramada cubrió la carretera haciendo que las tropas se ahogaran y produciéndoles náuseas.

Después de treinta segundos de disparar en automático, el Hydra paró. Aparte de la humedad que goteaba de las frondas, de la caída de las plantas destrozadas y del chasquido del cargador automático del Hydra que completaba su ciclo, todo era silencio. El Hydra estaba diseñado para derribar aviones a gran distancia. Disparando a quemarropa contra un objetivo de vegetación blanda, había abierto un claro en la selva de cincuenta metros de profundidad y treinta de ancho. Entre la pulpa de madera se veían unos cuantos troncos desnudos, rotos.

Mkoll y Caober avanzaron para comprobar la zona. Los restos totalmente desintegrados de dos infardi estaban tendidos en medio de la destrucción verde.

No había el menor rastro de otros enemigos.

No era más que una pequeña emboscada, apenas una táctica dilatoria.

—Pasad cadenas en torno al árbol —ordenó Rawne. A este paso, si los malditos infardi derribaban un árbol cada varios kilómetros, iban a tardar semanas en atravesar la selva.



Aproximadamente ciento veinte kilómetros al sur de la selva pluvial, un solitario Chimera avanzaba, medio ahogado, por la polvorienta carretera que atravesaba la aldea de Mukret. Desde que habían parado al amanecer llevaba en un lateral el nombre de Carro de los Heridos, pintado con pintura antióxido por una mano apresurada e imprecisa.

El día era decididamente caluroso y Greer vigilaba inquieto los indicadores de temperatura. La turbina jadeante de aquel montón de chatarra llegaba al límite rojo con regularidad, y ya habían tenido que parar dos veces para vaciar el líquido hirviente del sistema de refrigeración y cambiarlo por agua sacada del río en bidones vacíos. A estas alturas ya se les había terminado el refrigerante químico, y la mezcla del sistema, vaciado repetidas veces, estaba tan diluida que prácticamente funcionaba sólo con agua del río.

Greer sacó el vehículo al arcén y lo estacionó a la sombra de una fila de helechos arbóreos antes de que las agujas llegaran al punto de no retorno.

—Quince minutos de descanso —dijo volviendo la cabeza hacia el espacio de carga. De todos modos, también necesitaba estirar las piernas y tal vez tuviera tiempo de enseñar a Daur algo más sobre las habilidades necesarias para conducir aquel vehículo. La posibilidad de alternar los conductores les permitiría avanzar más sin necesidad de hacer paradas para descansar.

El grupo de Corbec se apeó a pleno sol. La sequedad del aire les hizo buscar de inmediato cobijo bajo los helechos. Los ventiladores y recirculadores de la cabina del Chimera tampoco funcionaban, de modo que era como hacer un viaje largo dentro de un horno.

Corbec, Daur y Milo consultaron el mapa.

—Deberíamos llegar al cruce de Nusera al oscurecer. Eso sería bueno. Si ellos ya están en la selva, irán más despacio y tal vez tengamos la posibilidad de alcanzarlos —dijo Corbec. Se volvió hacia un lado, destapó su cantimplora y tragó una o dos píldoras más.

—La otra orilla del río me preocupa —estaba diciendo Daur—. Es probable que sea allí donde están concentrados los infardi. La cosa se podría volver más complicada también para nosotros cuando lleguemos al cruce.

—Tomo nota —dijo Corbec—. ¿Qué es esto de aquí?

Milo echó un vistazo. El coronel señalaba una red de líneas poco destacadas que seguían el río hacia el norte después de la bifurcación de Nusera. Partían hacia el interior de las Colinas Sagradas, como copiando, aunque no con precisión, las ramificaciones de las fuentes del río sagrado.

—No lo sé. Dice «sooka» en clave. Voy a preguntarle a Sanian.

Cerca de allí, en el río, Vamberfeld estaba junto a la orilla lanzando piedras planas sobre la superficie del agua, entre los helechos. Una leve brisa removió las hojas plumosas en la otra orilla que resaltaban con su color blanco ceniza contra el azul del cielo.

Consiguió que una piedra diera cuatro saltos. Concentrarse en acciones simples como ésa le ayudaba a controlar el temblor de la mano. El agua ejercía una acción tranquilizadora y fresca sobre sus piernas.

Tiró otra. Justo antes de que diera el quinto salto, una piedra mucho más grande voló por encima de su cabeza y cayó con una zambullida sorda en el río. Vamberfeld se volvió a mirar.

En la orilla, Bragg le sonreía mansamente.

—Nunca conseguí hacer eso.

—Ya veo —dijo Vamberfeld.

Bragg se metió con cuidado en las aguas poco profundas, balanceando su cuerpo torpe sobre las piedras sueltas del fondo.

—¿Podrías enseñarme?

Vamberfeld se quedó un momento pensando. Sacó otras dos piedras planas del bolsillo de sus pantalones y le dio una al corpulento Tanith.

—Sosténla así.

—¿Así? —Los dedazos de Bragg empequeñecían los de Vamberfeld.

—No, así. Plana con respecto al agua. Ahora todo depende de la muñeca. Haz que gire cuando la lanzas. Así.

Tres saltos limpios. Paf, paf, paf.

—Muy bien —dijo Bragg y probó. La. piedra golpeó en el agua y desapareció.

Vamberfeld sacó otras dos piedras.

—Prueba otra vez, Bragg —dijo, y cuando el grandullón se rió se dio cuenta de que sin quererlo había hecho una broma.

Vamberfeld lanzó algunas más, y poco a poco Bragg también consiguió algo: un salto donde Vamberfeld conseguía cuatro o cinco. De repente y con alegría, el verghastita se dio cuenta de que estaba relajado por primera vez en los últimos tiempos. Estar aquí, tranquilo, al sol, enseñando informalmente a un hombre amable a hacer algo sin sentido como tirar piedras lo devolvía a su infancia, cuando iba de vacaciones al río Hass con sus hermanos. Por un momento, el temblor casi desapareció. La atención de Bragg estaba centrada totalmente en las manos de Vamberfeld y en sus demostraciones.

Por el rabillo del ojo, Vamberfeld vio los juncos blancos de la otra orilla del río movidos por la brisa… pero ahora había brisa.

No quería mirar.

—Sosténla con un poco más de fuerza, así.

—Creo que lo estoy consiguiendo. ¡Por Feth! ¡Dos botes!

—Ya lo consigues. Prueba con otra.

«No mires. Si no miras no estará allí. No mires. No mires. No mires.»

—¡Sí! ¡Tres! ¡Jaja!

«No hagas caso de las formas verdes que hay entre los juncos. Si no haces caso de ellas desaparecerán y el terror no volverá. No hagas caso. No mires.»

—¡Buen tiro! Mira ¡cinco! ¿Puedes hacer seis?

«No mires. No digas nada. No hagas caso de esas ganas de gritar. Sabes que si empiezas volverás a temblar. Bragg no se ha dado cuenta. Nadie lo sabe. Se pasará. Desaparecerá porque ni siquiera ha existido nunca.»

—Prueba otra vez, Bragg.

—Claro. Eh, Vambs… ¿Por qué te tiembla la mano?

—¿Qué?

«No está ahí, no mires.»

—Te está empezando a temblar la mano, chico. ¿Estás bien? Estás desencajado. ¿Vambs?

«No. No no no no.»

Detrás de ellos se oyó, sorprendentemente alto, el disparo de un rifle láser cuyo eco rebotó al otro lado del ancho río. Bragg giró en redondo y vio a Nessa agachada y preparada en la orilla, con su rifle largo apoyado sobre unas raíces. Volvió a disparar hacia la otra orilla.

—¿Qué diablos…? —gritó Bragg. Su intercomunicador cobró vida.

—¿Quién está disparando? ¿Quién está disparando?

Bragg miró en derredor y vio las formas verdes entre los juncos del río. Hubo unos fogonazos silenciosos y de repente las descargas de láser saltaban como piedras arrojadas con habilidad en el agua que lo rodeaba.

—¡Por Feth! —gritó. Nessa hizo un tercer y luego un cuarto disparo. Apareció Derin reptando detrás de ella por la orilla con el rifle láser en la mano.

—¡Infardi! ¡Infardi en la otra orilla! —gritaba Derin por su microtransmisor.

Los disparos hacían saltar las aguas poco profundas. Bragg se volvió hacia Vamberfeld y vio con horror que el hombre estaba paralizado, con los ojos en blanco y todo su cuerpo presa de espasmos. De su boca salía una mezcla se sangre y espuma. Se había mordido la lengua.

—¡Vambs! ¡Demonios!

Bragg cogió al conmocionado verghastita y se lo cargó al hombro. Su herida lanzó un pinchazo de protesta, pero no le hizo caso. Empezó a avanzar con dificultad hacia la orilla. Derin disparaba ahora en automático con su láser de asalto apoyando los certeros disparos de Nessa. Las descargas del enemigo alcanzaban al tronco y las hojas de los viejos árboles que los cubrían produciendo un ruido peculiar, quebradizo.

Corbec, Daur y Milo aparecieron en el bancal de la orilla con las armas preparadas. Dorden apareció dando botes al deslizarse sobre sus posaderas por la umbría pendiente y al caer al agua tendió una mano al esforzado Bragg.

—¡Pásamelo! ¡Pásamelo, Bragg! ¿Le han dado?

—¡No creo, doctor!

Un disparo de láser arañó la nalga izquierda de Bragg arrancándole un aullido. Otro pasó rozando la cabeza de Dorden y un tercero dio en su maletín y lo abrió.

Dorden y Bragg consiguieron llevar a Vamberfeld a la orilla y arrastrarlo a continuación hacia lo alto poniéndolo a cubierto tras el murete de la carretera. Los cinco Fantasmas que tenían a sus espaldas disparaban sin descanso contra la otra orilla. Al volver la vista, Bragg vio por lo menos una forma cubierta de seda verde flotando en el agua.

Greer llegó corriendo desde el Chimera con el cañón automático de Bragg. Sanian venía detrás con el miedo pintado en el rostro.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Greer mirando horrorizado a Vamberfeld sacudido por las extrañas convulsiones. Las manos temblorosas del

verghastita estaban curvadas como garras por el espasmo muscular extremo. También se había mojado los pantalones.

—Ah, por Feth, el chiflado se ha mojado.

—¡Cierra esa maldita boca y ayúdame! —gruñó Dorden—. ¡Sosténle la cabeza! ¡Sosténle la cabeza, Greer! ¡Ahora! ¡Asegúrate de que no se la golpee con nada!

Bragg le arrancó a Greer el cañón automático y volvió corriendo a la orilla mientras colocaba una carga. El fuego enemigo seguía siendo denso. Diez o doce tiradores, calculó Bragg. Mientras se preparaba para disparar vio caer al río otro infardi alcanzado por un disparo de Nessa. La potencia de fuego imperial hacía que de los juncos se levantaran nubes de fibra blanca.

Bragg abrió fuego. Su primer intento hizo impacto en el agua y produjo una descomunal salpicadura. Corrigió la puntería y empezó a descabezar juncos, poniendo al descubierto y matando a tres o cuatro figuras vestidas de verde.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritó Corbec.

En la otra orilla habían cesado los disparos.

—¿Todos bien?

Un coro de voces amortiguadas fue la respuesta.

—Volved al vehículo —ordenó Corbec—. Tenemos que ponemos en movimiento.

Salieron de Mukret en dirección oeste y a los tres kilómetros se apartaron de la carretera y pusieron el Chimera a cubierto entre unos acestus. Todos tenían todavía la respiración acelerada y el sudor les corría por la cara.

—¡Buena cosecha, muchacha! —le dijo Corbec a Nessa que le respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿No los viste, Bragg?

—Estaba hablando con Vambs, jefe. Se empezó a poner raro y lo siguiente fueron los disparos.

—¿Doctor?

Dorden se volvió desde donde estaba acostado Vamberfeld en un jergón, sobre el compartimento de carga.

—El ataque ya pasó. No tardará en recuperarse.

—¿Qué fue? ¿Otra vez el choque traumático?

—Eso creo. Una reacción fisiológica extrema. Este pobre hombre está muy enfermo. Tiene una enfermedad que a todos nos resulta difícil de entender.

—Es un chiflado —dijo Greer.

Corbec volvió su gran corpachón para enfrentarse con Greer.

—Si te vuelvo a oír hablar así, te rompo la cara. Es uno de nosotros. Necesita nuestra ayuda y vamos a dársela. Y no vamos a hacer que se sienta mal cuando se recupere. Lo que menos necesita es sentir que tenemos algo en su contra.

—Ha hablado usted como un verdadero médico, Colm —dijo Dorden.

—Bien. Apoyo. ¿Podemos dárselo entre todos? ¿De acuerdo?

—¿Y ahora qué? —preguntó Daur.

—Seguimos hacia el cruce. El problema es que a estas alturas es muy probable que sepan que vamos hacia allí. Tenemos que actuar con cautela.

* * *

Les llevó el resto de la tarde llegar a Nusera. Avanzaban lentamente y hacían paradas frecuentes. Milo no se apartaba del equipo de radio por si captaba alguna transmisión del enemigo. Sólo había ruido de fondo. Cuánto le habría gustado tener un auspex.

Se pararon más o menos un kilómetro antes del cruce, y Corbec, Milo y Nessa se adelantaron a pie para explorar. Sanian insistió en acompañarlos. Cruzaron varios campos de regadío y una pradera dedicada a pastos donde yacían los esqueletos de dos quelones cuyos enormes huesos se calcinaban al sol. Pasaron por una extensión boscosa donde vieron urnas de madera ricamente tallada plantadas sobre postes gruesos también decorados. Corbec había visto muchas semejantes a lo largo de la carretera de Tembarong.

—¿Qué son? —le preguntó a Sanian.

—Tumbas palafíticas —respondió—. El descanso final de sacerdotes peregrinos que mueren en el camino santo. Son sagradas.

Los cuatro fueron bordeando la ciénaga ocultándose en las sombras de las tumbas palafíticas. Sanian hizo un gesto de respeto ante cada una de ellas.

«Peregrinos que morían en el camino», pensó Corbec. Tristemente, se identificaba demasiado bien con ellos.

Al pasar por otra densa arboleda, Corbec pensó que desde allí se olía el río, pero él tenía el olfato atrofiado por los muchos años que llevaba filmando cigarros baratos. Nessa sí que pudo identificar el olor.

—Promethium —dijo por señas.

Tenía razón, era el olor de ese combustible. Unos cientos de metros más adelante empezaron a oír el ruido de los motores.

Atravesaron la entrada de un camino cubierto por la vegetación que accedía a la carretera desde el norte e hicieron el último trecho reptando entre los arbustos hasta llegar al cruce.

Del otro lado del río una columna de carros blindados y transportes pintados de color verde lima iban desembocando en la carretera de Tembarong desde los campos cultivables del sur. Corbec contó por lo menos cincuenta vehículos, y ésos eran sólo los que se veían. En torno a los transportes que avanzaban con lentitud iba la

infantería infardi, y por encima del ronco ruido de los motores pudo oír los cánticos y las alabanzas. Había una frase que se repetía una y otra vez y en el que se mencionaba el nombre de Pater Pecado.

—El maldito Pater Pecado —murmuró Corbec.

Milo observaba el espectáculo entre escalofríos. Después de Doctrinópolis, a pesar de la catástrofe de la Ciudadela, se suponía que los infardi estaban derrotados y que los que quedaban habían huido en desbandada hacia el interior, pero aquí había un maldito ejército que marchaba hacia el norte con un propósito. Y por los indicios de lucha de la noche anterior, las fuerzas de Gaunt se habían encontrado con otro semejante en Bhavnager.

Milo pensó que los infardi tal vez habían permitido que cayeran las ciudades de Hagia a fin de tener ocasión de reagruparse y estar preparados para recibir los refuerzos de su flota. Era una idea descabellada, pero tenía visos de realidad. Nadie era capaz de predecir las tácticas ilógicas del Caos. Acaso al enfrentarse a una fuerza imperial de liberación imponente, se habían limitado a abandonar las ciudades dejando tras de sí trampas como la de la Ciudadela y a retirarse y disponerlo todo para la siguiente fase, una fase que no tenían dudas de que ganarían.

—Imposible ir por ese camino —susurró Corbec volviéndose a mirar a sus compañeros. Suspiró y bajó la vista, aparentemente derrotado—. Diablos… A lo mejor deberíamos desistir.

—¿Y si seguimos el río hacia el norte en vez de ir por la carretera? —preguntó Milo.

—No hay camino, chico.

—Sí, sí que lo hay, jefe. Los… ¿cómo los llaman? Los sooka. Sanian ¿qué son?

—Acabamos de pasar uno hace un rato. Son las cañadas, más antiguas incluso que la ruta de los peregrinos. Son los caminos que usan los pastores para llevar a los rebaños de quelones hacia los pastos altos y traerlos de vuelta para el mercado todos los años.

—¿De modo que suben hacia las Colinas Sagradas?

—Sí, pero son muy antiguos. No están hechos para las máquinas.

—Eso ya lo veremos —dijo Corbec cuyos ojos habían recuperado el brillo. Palmeó a Milo en el brazo alegremente—. Vaya cabeza que tienes, Brin. Eso es pensar. Vamos a ver.

Fue así que el Carro de los Heridos empezó a abrirse paso hacia el norte esa noche, cuando ya había oscurecido, por los sooka que se extendían al este del río sagrado. La mayor parte del camino era muy estrecha y formaba un surco profundo hecho por miles de años de tránsito. El Chimera avanzaba a tumbos y se sacudía violentamente. De vez en cuando, los miembros del equipo tenían que desmontar y cortar la maleza alumbrados por los focos del vehículo.

La guardia de honor les llevaba ahora unos ciento cincuenta kilómetros de ventaja. Además, ellos avanzaban más lentamente y se iban desviando ostensiblemente hacia el norte.

Vamberfeld dormía. Soñaba con la pastorcilla, con sus crías de quelón y con los ojos penetrantes de la niña.



DOCE

Las profundidades sagradas

Una vista dolorosa, perdurable.

Santa Sabbat,

Biographica Hagia.

Fantasmas. Fantasmas cubiertos de nieve. Gigantes imponentes, de una altura inverosímil, que emergían de la niebla seca y distante.

Dos días completos le había costado a la columna de la guardia de honor abrirse camino por la densa, oscura y fragante selva. Se encontraran con dieciséis emboscadas azarosas, sin consecuencias, a lo largo del camino. Las fuerzas de Gaunt habían tenido escaramuzas con asaltantes invisibles que dejaban sólo unos cuantos muertos tras de sí. En el avance, Gaunt perdió otros dieciocho hombres, un Salamandra de exploración y un Chimera. Pero ahora, al amanecer del sexto día de su salida de Doctrinópolis, la guardia de honor iniciaba el esforzado ascenso desde la bruma húmeda de la selva hacia el pie de las Colinas Sagradas. En torno a ellos, y dominándolos desde las alturas, se cernía la cadena montañosa como una fila de monstruos silenciosos. Ya habían superado los tres mil metros por encima del nivel del mar, y algunas de las montañas circundantes tenían más de diez mil metros.

El aire era fresco y seco, y el camino atravesaba altos valles cuyo suelo estaba reseco y amarillo. La vegetación era escasa. Sólo crecían tojos retorcidos por el viento, liqúenes pegados a las piedras y una hierba parecida al quelpo y que formaba una especie de cintas.

El día estaba muy claro. La visibilidad alcanzaba hasta los cincuenta kilómetros. El cielo resplandecía, azul, y el contorno de las montañas se destacaba serrado y blanco por encima de la bruma de la selva.

Seis mil años antes, una niña llamada Sabbat, hija de un pastor de las alturas, había vivido en estas tierras inhóspitas pero de una belleza sorprendente. El espíritu del Emperador se había apoderado de ella llevándola a abandonar sus rebaños y a iniciar su camino a través de los sucios pantanos selváticos en un viaje que la llevaría, rodeada de fuego, acero y ceramita, hasta estrellas distantes y fabulosas victorias.

Ciento cinco años más tarde, había regresado llevada en un palanquín por ocho Marines Espaciales del capítulo Cicatrices Blancas del Adeptus Astartes.

Una Santa, desde el momento mismo de su martirio. Una Santa imperial llevada con todos los honores hasta el lugar de su nacimiento por los mejores guerreros del Emperador.

La galaxia local que en estas primeras horas de la noche parpadeaba encima de las montañas llevaba su nombre. El planeta fue declarado santo en memoria suya.

Santa Sabbat. La pastorcilla que había bajado de las montañas de Sabbat para guiar al rebaño del Imperio en una de sus más contundentes y rápidas cruzadas. Cien sistemas habitados a lo largo del Segmentum Pacificus: los Mundos de Sabbat. Una civilización multiplanetaria.

Gaunt se puso de pie en el habitáculo de su oscilante Salamandra para echar una mirada al panorama despejado, claro, alto, y sentir la frescura del viento en la cara. Había que evaporar el sudor de los dos días en la selva.

Gaunt recordó a Slaydo recitándole la historia de la Santa en aquellos primeros días de gestación de su cruzada. Fue poco después de Khulen. Todos hablaban con entusiasmo de la nueva cruzada. Los Altos Señores de Terra iban a elegir a Slaydo como Señor de la Guerra por lo de Khulen. A él le correspondería ese gran honor.

Gaunt recordaba que lo habían llamado a la oficina del gran señor comandante militar. Entonces él era un comisario.

La oficina, a bordo de la nave ciudadela Borealis, era una biblioteca circular de madera de nueve niveles, con cincuenta y dos millones de obras catalogadas. Gaunt fue uno de los dos mil cuarenta oficiales que asistieron a la reunión inicial.

Slaydo, un hombre encorvado pero poderoso de más de ciento cuarenta años, se dirigió cojeando al facistol central de la oficina vestido con su armadura color amarillo relumbrante.

—Hijos míos —la perfecta acústica del estudio hacía innecesario un amplificador de voz—, parece ser que los Altos Señores de Terra aprueban el trabajo que hemos hecho juntos.

Un monumental grito de entusiasmo llenó toda la estancia. Slaydo esperó a que se calmaran.

—¡Se nos ha asignado nuestra propia cruzada, hijos mios, los Mundos de Sabbat!

La respuesta fue ensordecedora. Gaunt recordaba haber gritado hasta quedarse ronco. Ningún sonido que hubiera oído después, ni el ruido que producían las fuerzas del Caos, ni el trueno de los titanes, podía compararse con aquellos vítores.

—Hijos míos, hijos míos. —Slaydo había levantado su mano protésica pidiendo silencio—. Permitidme que os hable de los Mundos de Sabbat, y antes que nada, permitidme que os hable de la propia Santa…

Slaydo había hablado con fe apasionada de Santa Sabbat, la beata, como él la llamaba. Le había parecido a Gaunt, incluso entonces, que Slaydo la honraba de una manera especial. Él era un hombre piadoso, que hacía suyos todos los valores imperiales, pero Sabbat era para él algo muy especial.

—La beata fue una guerrera —le había explicado Slaydo a Gaunt meses después, la víspera de la liberación de Formal Prime—. Encarna el credo imperial y el espíritu humano mejor que cualquier otra figura de nuestra historia. Cuando niño, me inspiraba. Esta cruzada es para mí una cuestión personal, una misión más grande que cualquiera de las que he llevado a cabo para el Trono Dorado. Retribuir su inspiración, recorrer su camino y volver a liberar los mundos que ella rescató de la oscuridad. Me siento como… como un peregrino, Ibram.

Jamás había olvidado aquellas palabras.

La meseta ancha y desnuda les permitía recuperar el tiempo perdido, pero también hacía que se sintieran vulnerables. En las tierras bajas, en las carreteras y pistas, la pesada columna de máquinas blindadas y transportes tenía un aspecto

imponente y enorme que dominaba el entorno, pero aquí, en esta altiplanicie majestuosa, parecía solitaria y pequeña, expuesta en medio de una llanura totalmente desprovista de árboles, empequeñecida por el paisaje.

Lesp ya había notificado los primeros casos de enfermedad de altura. No era cuestión de parar o de aminorar la marcha para dar lugar a la aclimatación. La cirujana Curth, siempre tan pragmática, había incluido cantidades convenientes de acetazolamida entre los medicamentos transportados en el camión de suministros médicos. Este diurético ligero estimulaba la absorción de oxígeno, y Lesp empezó a prescribirla a los hombres más afectados por la levedad de la atmósfera.

Escaseaban los puntos de referencia en la meseta, y su aparición ejercía una fascinación casi hipnótica sobre las tropas. No apartaban la vista durante todo el tiempo que las formas entrevistas a la distancia se iban definiendo lentamente al acercarse a ellas. Por lo general no eran más que grandes pedruscos, rocas erráticas dejadas por glaciares desaparecidos hacía tiempo. En ocasiones eran tumbas palafíticas aisladas. Muchos de los Fantasmas se quedaban durante horas con la vista fija en estos objetos solitarios hasta que se perdían de vista en la distancia por detrás de ellos.

A media tarde del quinto día de viaje, la temperatura volvió a experimentar un notable descenso. El aire seguía teniendo una tonalidad azul clara y el sol seguía brillando, tanto que varios Fantasmas se habían quemado sin darse cuenta, pero ahora un viento cortante soplaba sobre la llanura, y las grandes formas de las montañas ya no tenían un brillo blanco traslúcido. Se veían uno o dos tonos más oscuras y apagadas, con un color más grisáceo y como envueltas en una tenue niebla.

—Nieve —anunció el ayatani Zweil que viajaba con Gaunt. Se puso de pie en la parte trasera del Salamandra, balanceándose con el movimiento, y olfateó el aire.

—Nieve, decididamente.

—El aire está despejado —dijo Gaunt.

—Pero las montañas no. Tienen la faz oscura. Tendremos nieve antes de que acabe el día.

Lo cierto es que hacía frío. Gaunt se había puesto su chubasquero y sus guantes.

—¿Va a ser una nevada intensa? ¿Lo sabe?

—Puede durar algunas horas. Puede que cuaje y nos mate a todos. Las montañas son caprichosas, coronel-comisario.

—Ella las llama Profundidades Sagradas —dijo Gaunt con aire distraído, se refería a la Santa.

—Así es. En varios pasajes de su evangelio. Había nacido por aquí y luego descendió al mundo. Es típico de ella considerarlas desde la altura. En su mente, las Colinas Sagradas dominan todo lo demás. Incluso el espacio y los demás planetas.

—Siempre pensé que seria también una metáfora. La gran altura desde la cual el

Emperador nos mira a todos, sus indignos servidores que evolucionamos en las profundidades.

Zweil sonrió y jugueteó con su barba.

—Qué cosmos profundamente desolado e inhóspito éste que usted habita, coronel-comisario. No es de extrañar que luche tanto.

—De modo que… no es una metáfora.

—¡Oh, seguro que sí! Estoy seguro de que esa imagen dura es precisamente su significado. Recuerde, Santa Sabbat se parecía mucho más a usted que a mí.

—Lo tomo como un cumplido.

Zweil abarcó con un gesto los picos que formaban un circulo a su alrededor.

—En realidad, estar en la cumbre de una gran montaña sólo significa una cosa.

—¿Y es?

—Significa que la caída es muy larga.

Cuando la luz empezó a difuminarse, acamparon a la entrada del siguiente puerto de subida. Según las estimaciones de Mkoll, el Santuario estaba todavía a dos dias de distancia. Montaron tiendas y una fuerte valla rodeando el recinto. Se encendieron unidades de calefacción y fuegos químicos. A nadie se le había ocurrido traer leña del pie de las montañas y por aquí no había dónde conseguirla.

La nieve llegó justo antes de que se hiciera de noche. Llegaba en ráfagas silenciosas desde el norte. Unos minutos antes de que empezara, un soldado de guardia vio lo que él tomó como contactos en el auspex de banda ancha. Pero para cuando hubo reunido a Kleopas y Gaunt, la nieve se había hecho más espesa y el sensor ya no mostraba nada.

Sin embargo, durante el breve tiempo que había durado, habían parecido contactos. Una masa de vehículos avanzando hacia el norte por la planicie detrás de ellos, a veinte kilómetros de distancia.

—¡Atrás! ¡Atrás ahora! —gritaba Milo haciendo todo lo posible para que no lo alcanzara el barro líquido que levantaban las orugas del Chimera. Zumbando y resoplando, las turbinas del transporte volvieron a funcionar y el vehículo empezó a resbalar de un lado para otro en la profunda rodera.

—¡Páralo! ¡Páralo antes de que se recaliente! —gritaba Dorden exasperado. El motor emitió un quejido y se paró. El silencio volvió a reinar en el sooka. Los pájaros gorjeaban entre los macizos de tojos y los nudosos vipirios.

Greer saltó desde la escotilla trasera y rodeó el Carro de los Heridos para ver cuál era el problema. Un arroyo de corriente rápida que corría junto a este tramo de sooka había atravesado el camino y el peso del Chimera lo habia hundido, dejando la máquina inclinada en un ángulo imposible.

Ya llevaban dos días en el sooka desde que Corbec había decidido evitar a los infardi en Nusera, y ésta no era la primera vez que el transporte había quedado

atascado en el camino, aunque sí era la primera en que no habían conseguido enderezarlo al primer intento.

Las cañadas llevaban hacia las fuentes del río sagrado y en su mayor parte eran escarpadas. La pista estrecha y a veces sinuosa los había llevado a una zona boscosa donde no había ninguna otra señal de vida humana. Valiéndose de los conocimientos de Sanian habían tomado una ruta que evitaba lo peor de los espolones y barrancos más bajos donde crecían las espesas y malsanas selvas pluviales. En lugar de eso, se habían mantenido en terreno más abierto donde el declive de la zona estaba cubierto por grupos de árboles o pequeños bosques de hoja caduca a través de los cuales se abría camino la senda. Nunca estaban muy lejos del agua; riachuelos de aguas agitadas y pequeños torrentes que a veces saltaban entre los riscos y caían en pequeños chorros plateados, o el propio río principal que se precipitaba por la pendiente y transformaba caídas repentinas en borboteantes cataratas.

Cada vez que salían de la cobertura de los árboles podían mirar hacia atrás y ver allá abajo la gran llanura verde y amarilla de la cuenca del río.

—A lo mejor podríamos encontrar un tronco y nivelarlo —sugirió Bragg.

Greer miró al corpulento Tanith, luego al Chimera y otra vez al Tanith.

—Ni siquiera tú —dijo.

—¿Funciona eso? —preguntó Corbec señalando el tambor del cable con servomando montado bajo el morro del Chimera.

—Por supuesto que no —dijo Greer.

—Tratemos de acumular cosas aqui, debajo de la oruga —dijo Corbec—. Después Greer puede intentarlo otra vez.

Juntaron rocas y troncos del camino y trozos de pizarra del lecho del rio, y Derin y Daur acuñaron con ellos la oruga.

Los hombres se apartaron y Greer volvió a revolucionar los motores. Las orugas se agarraron, se oyó un chasquido al fracturarse un tronco y a continuación la máquina dio un salto hacia adelante y se colocó en el camino. Hubo vítores casi entusiastas.

—¡Todos arriba! —gritó Corbec.

—¿Dónde está Vamberfeld? —preguntó Dorden. El verghastita había hablado poco desde el episodio de Mukret y se había vuelto más reservado.

—Estaba aquí hace un segundo —dijo Daur.

—Voy a buscarlo —se ofreció Milo.

—No, Brinny —dijo Bragg—, déjame a mí.

Mientras los demás se preparaban, Bragg se apartó del camino y se dirigió hacia las ciénagas. Los pájaros cantaban y gorjeaban en las copas de los altos árboles de tronco desnudo. El lugar estaba bañado por el sol y surcado por sombras estriadas.

—¿Vambs? ¿A dónde vas, Vambs? —Bragg se había tomado un interés personal por el bienestar de Vamberfeld desde el episodio de las piedras. El coronel le había

pedido que tuviera vigilado al verghastita, pero para Bragg aquella orden era cosa del pasado. Era un hombre de corazón generoso y detestaba ver a otro Fantasma en estado tan lamentable.

—¡Vambs, están todos esperando!

Más allá de la ciénaga, la tierra se abría en un amplio prado de bancales sembrado de flores silvestres y montículos de piedra. En una esquina, contra la línea que formaban los árboles, Bragg vio las ruinas de una antigua choza, el refugio de un pastor. Hacia allí se dirigió llamando a Vamberfeld por su nombre.

Vamberfeld reparó en que había muchos quelones en el prado. No suficientes como para justificar un desplazamiento hasta el mercado, pero sí para iniciar un rebaño. Las hembras empujaban las hojas con el morro para formar montones donde depositar los huevos que pondrían antes de la siguiente luna nueva.

La muchacha estaba sentada con las piernas cruzadas junto a la choza y se puso de pie con aire receloso cuando vio que él se acercaba.

—Espera, espera por favor… —dijo Vamberfeld. Las palabras le sonaron cómicas. Todavía tenía la lengua hinchada por el mordisco que se había dado durante el ataque y sentía que su voz tenía un tono ridículo.

Ella se metió en la choza y él la siguió con cautela.

En la choza sólo había un antiguo jergón de hojas y unos cuantos palos. Por un momento pensó que la muchacha se habría escondido, pero no había dónde, ni tampoco tablones sueltos en la parte trasera por los que pudiera haber escapado. En el suelo había un par de cayados, y colgando de un gancho en la pared, la parte curva de otro. Era muy viejo y el extremo dentado por donde se había roto, estaba sucio y desgastado. Lo descolgó y lo pasó de una mano a otra.

—¿Vambs? ¿Vambs?

Tardó un minuto en darse cuenta de que alguien lo llamaba desde fuera. Volvió a salir al sol.

—Ah, estás aquí —dijo Bragg—. ¿Qué estabas haciendo?

—Sólo… estaba mirando —dijo—. Había una muchacha y ella… —Se calló al darse cuenta de que el prado estaba vacío. No había ni quelones ni nidos de hojas. La hierba del prado estaba crecida.

—¿Una muchacha?

—No, nada. No te preocupes.

—Vamos. Estamos listos para marchamos.

Volvieron al sooka, hasta donde estaba el Chimera. Vamberfeld se sentía extrañamente descolocado y confundido. La muchacha, el ganado. Estaba seguro de haberlos visto, pero…

Sólo cuando se hubieron puesto en marcha otra vez se dio cuenta de que todavía llevaba el cayado roto en la mano. De pronto se sintió dolorosamente culpable, pero

ya era tarde para devolverlo.

* * *

A pesar de todos los esfuerzos de Curth, otro de los heridos había muerto. Kolea asintió con la cabeza cuando se lo comunicó e hizo una inscripción en el registro de la misión. La noche estaba cayendo sobre Bhavnager, la cuarta desde que la guardia de honor había seguido viaje. No se habían vuelto a poner en contacto con ellos desde entonces, pero Kolea confiaba en que a estas alturas ya se habrían adentrado en las Colinas Sagradas.

Acababa de volver de un recorrido de inspección del lugar. Habían conseguido proteger bien la ciudad. Los dos Hydras que Gaunt le había dejado cubrían la entrada de la carretera por la que los propios Fantasmas habían llegado. Los carros blindados esperaban en la plaza del mercado, listos para desplegarse si los necesitaban, a excepción del Destructor Bufón Letal, que vigilaba escondido en las ruinas del templo. Los extremos sur y norte de la ciudad estaban bien defendidos por filas de Fantasmas ocultos en estrechas trincheras y en puestos fortificados. Habían dividido la munición disponible a fin de que no hubiera ningún punto vulnerable, y los transportes Chimera, ahora vacíos, servían como apoyo para la tropa. Los Conquistador habían usado sus palas mecánicas para empujar piedras y escombros formando barricadas en las calles y terraplenes de protección, reduciendo así drásticamente los posibles puntos de acceso a la ciudad. Existía la posibilidad de que, si el enemigo atacaba, los superara en número, pero ellos tenían la estructura de la ciudad a su favor y habían aprovechado al máximo las posibilidades de sus armas.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió? —le preguntó Kolea a la cirujana mientras le ofrecía una silla en la pequeña habitación de la planta baja del ayuntamiento donde había establecido su puesto de mando. Una radio de gran poder amplificador farfullaba cosas ininteligibles en un rincón, junto al aparador donde Kolea había desplegado sus mapas. La luz grisácea del anochecer se filtraba entre los sacos terreros apilados contra la ventana sin cristales.

—Ya no lo recuerdo —respondió la mujer mientras se sentaba y se sacaba las botas. Se masajeó un pie por encima del calcetín desgastado hasta que por fin se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Lo siento —dijo—. No es muy correcto.

—Por mí no se preocupe —dijo Kolea con una sonrisa.

Curth se recostó en su asiento y estiró las piernas, mirando desde lo alto sus dedos mientras los movía. Los calcetines estaban rotos en los dedos y en los talones.

—¡Demonios! ¡Vaya facha! ¡En una época yo era una persona respetable!

Kolea sirvió dos vasos generosos de sacra de una botella que le había dado Varl y le ofreció uno a Curth.

—En eso me lleva usted ventaja. Yo nunca fui respetable.

—¡Oh, vamos! —sonrió y aceptó el vaso—. Gracias. Usted era un trabajador de primera línea en nuestro planeta, un minero respetable, un hombre de familia…

—Bueno…

—¡Diablos! —dijo la mujer de repente en medio de un sorbo de licor. Su cara en forma de corazón se puso súbitamente seria—. Lo siento, Gol, lo siento realmente.

—¿Por qué?

—Eso de hombre de familia… Fue muy desconsiderado por mi parte…

—No se preocupe. Está bien. Ya ha pasado mucho tiempo. Sin embargo resulta interesante lo igualadora que es la guerra. De no ser por la guerra usted y yo nunca nos habríamos conocido. Nunca nos habríamos dirigido la palabra. Ni siquiera habríamos estado en los sectores de la ciudad donde vivíamos uno y otro. Y seguro que nunca nos habríamos sentado compartiendo un trago y mostrándonos los dedos sucios de los pies.

—¿Quiere decir que yo era una estirada? —preguntó Curth sonriendo todavía por su última ocurrencia.

—Lo que quiero decir es que yo vivía en los habitáculos exteriores, un minero, lo más bajo entre las clases trabajadoras. Usted, en cambio, era una cirujana destacada que tenía a su cargo un hospital de los habitáculos interiores. Buena educación, círculos sociales distinguidos.

—Hace que parezca una niña rica y mimada.

—No fue ésa mi intención. Lo que quiero decir es que resulta curioso ver lo que éramos y dónde estamos ahora. La guerra hace cosas extrañas.

—Lo reconozco —la mujer hizo una pausa y tomó otro sorbo—, pero yo no era una estirada.

Kolea se rió.

—¿Conocía a alguien de los habitáculos exteriores lo suficiente como para llamarlo por su nombre de pila?

Se quedó pensando un rato.

—Los conozco ahora —dijo—, y eso es lo que importa. Supongo que era a eso a lo que quería llegar.

Él alzó su vaso y ella hizo lo mismo con el suyo.

—Por la Colmena Vervun —dijo Kolea.

—Por Vervun y todos sus habitantes —respondió Curth—. Demonios ¿qué es este brebaje?

—Sacra, el veneno favorito de los hombres de Tanith.

—Ah.

Estuvieron sentados en silencio un rato, oyendo los gritos o conversaciones ocasionales que llegaban desde fuera.

—Debería volver al hospital —dijo la cirujana.

—Necesita descansar, Ana. Mtane puede arreglárselas por unas horas.

—¿Es una orden, sargento Kolea?

—Lo es. Estoy empezando a tomarle gusto.

—¿Todavía piensa… en ellos? —le preguntó la mujer de repente.

—¿En quiénes?

—En su esposa, sus hijos. Lo siento, no quiero ser entrometida.

—Está bien. Por supuesto que sí. Más que nunca desde hace unos días.

—¿Por qué?

El hombre se puso de pie con un suspiro.

—Ha sucedido una cosa de lo más extraña. No se lo he dicho a nadie porque no sabía muy bien qué decir ni qué hacer al respecto.

—Estoy intrigada —dijo Ana inclinándose hacia adelante, el vaso sujeto con las dos manos.

—Mi querida Livy, y mis dos hijos… todos murieron en la Colmena Vervun. Los lloré y durante mucho tiempo pensé en vengarlos. Creo que fue el deseo de venganza lo que me sostuvo durante la resistencia, pero ahora resulta… que mis hijos no están muertos.

—¿No? ¿Cómo es eso? ¿Cómo lo sabe?

—Lo que viene ahora es lo más raro de todo. Están aquí.

Ella miró en derredor.

—No, no en esta habitación, y espero que ya no estén en el planeta, pero están con los Fantasmas. Han estado con ellos desde que salimos de Vervun, sólo que yo no lo sabía.

—¿Y cómo es eso?

—Tona Criid. ¿La conoce?

—Conozco a Tona.

—Tiene dos niños.

—Lo sé. Están con el acompañamiento del regimiento. Yo misma los vacuné durante la revisión médica. Un par de chicos muy sanos, llenos de… de… oh, Gol.

—No son suyos, no por nacimiento. Dios bendiga a Criid, los encontró en la zona de guerra y se encargó de su protección mientras duraron los combates y los trajo con ella cuando se unió a la Guardia. Ahora ellos la consideran su madre sin cuestionamientos. Es joven ¿entiende? Muy joven. Y Caffran se comporta con ellos como un verdadero padre.

Curth quedó estupefacta.

—¿Cómo sabe esto?

—Lo descubrí por casualidad. Ella tiene unos retratos holográficos de los niños. Después fui preguntando, muy prudentemente, y me enteré de la historia. Tona Criid rescató a mis hijos de una muerte segura. Ahora viajan con nuestro regimiento en el convoy de apoyo. El precio que pagué por esa bendición es… haberlos perdido.

—¡Tiene que hablar con ella! ¡Tiene que decírselo!

—¿Decirle qué? Han pasado por tantas cosas. ¿No acabaría eso con las posibilidades que les quedan de llevar una vida estable?

Curth sacudió la cabeza y le alargó el vaso para que se lo volviera a llenar.

—Tiene que hacerlo… son suyos.

El le sirvió.

—Están contentos y a salvo. El hecho de que estén vivos ya significa tanto para mí. Es como… una piedra de toque. Una vía de escape del dolor. Cuando lo descubrí estuve hecho un lío, pero ahora… es como si me hubiera liberado.

Ella se recostó en la silla, pensativa.

—Esto no saldrá de aquí, por supuesto.

—Claro que no. Secreto entre médico y paciente. Llevo haciéndolo toda mi carrera.

—Por favor, ni siquiera se lo diga a Dorden. Es un hombre extraordinario, pero es el tipo de médico que… haría algo.

—Mis labios están sellados —empezó a decir, pero una señal de voz la interrumpió. Kolea corrió hacia la plaza mientras Curth volvía a ponerse las botas.

Mkvenner, su jefe de exploradores corrió hacia él.

—El perímetro exterior sur ha detectado movimiento en su auspex. Movimiento importante. Una columna blindada de más de cien vehículos avanzando hacia aquí.

—¡Demonios! ¿A qué distancia?

—A veinte kilómetros.

—Ah… tengo que preguntarlo… Por casualidad ¿no serán nuestros?

Mkvenner esbozó una de sus sonrisas más sombrías y escalofriantes.

—Ni la menor posibilidad.

—Prepárese —dijo Kolea poniendo a Mkvenner en movimiento. Después ajustó su transmisor—. Nueve a todos los jefes de unidades, respondan.

—Aquí seis, nueve —respondió Varl.

—Aquí dieciocho, nueve —ése era Haller.

—Aquí Woll, sargento.

—Todas las estaciones en pie de guerra. Preparen las defensas. Armas preparadas. Despliegue de blindados hasta una línea más al sur. Plan alfa cuatro. Los infardi se acercan. Repito, los infardi se acercan.



TRECE

Ershul en la nieve

Son más los copos de nieve que caen en un día en las Profundidades Sagradas que las estrellas que me quedan por conquistar.

Santa Sabbat,

Biographica Hagia

Estaban en mitad del puerto cuando el enemigo empezó a disparar sobre ellos desde atrás.

Eran las diez de la mañana del séptimo día, y la guardia de honor había visto retrasada su puesta en marcha. Había nevado durante toda la noche dejando un manto de por lo menos cuarenta centímetros de nieve que llegaba hasta un metro en los lugares más expuestos. Antes del amanecer, con los Fantasmas y Pardus tiritando en sus tiendas, dejó de nevar, el cielo se despejó y la temperatura bajó de golpe. A nueve grados bajo cero, la humedad recubría las rocas y el metal con la primera helada y luego formaba pesadas placas de hielo.

El sol salió en todo su esplendor, pero no alivió en nada los rigores del tiempo. Habían tardado más de una hora en poner en marcha algunos de los camiones y de los viejos Chimera. Los hombres estaban lentos y abatidos, no hacían más que quejarse, y de mala gana subieron sus petates a los transportes y se dispusieron a sentarse en los helados bancos de metal.

Se había distribuido una mezcla caliente de avena y agua, y Feygor preparó un brebaje de cafeína amarga para los oficiales. Gaunt puso una medida de amasec en cada taza antes de distribuirlas, y nadie protestó, ni siquiera Hark.

En el equipo estándar se incluían equipo y guantes térmicos. El Munitorium no había subestimado el frío ni la altitud, pero la mayor bendición para todos los Fantasmas era su característica capa de camuflaje que ahora les servía como un poncho contra el frío. A pesar de llevar la cremallera de sus chaquetas forradas de piel cerrada hasta el cuello y sus abrigos de cuero, los Pardus miraban con envidia a los Fantasmas.

Habían levantado el campamento a las 8:40 y la columna había emprendido la marcha por el puerto cubierto de nieve. De vez en cuando los azotaba una ráfaga de viento. El paisaje era blanco y carente de relieve, y la nieve reflejaba la luz del sol con tal fiereza que las gafas de sol aparecieron incluso antes de que se hubiera dado la orden.

En el auspex no había ni rastro de los contactos de la noche anterior. El convoy avanzaba a menos de diez kilómetros por hora, sacudiéndose y patinando mientras buscaba a tientas un camino que ya era imposible identificar.

Los primeros impactos levantaron columnas de nieve. Cerca de la cabecera del convoy, Gaunt oyó las características explosiones sordas y ordenó dar la vuelta a su vehículo.

Seguían sin tener contacto visual con el enemigo que los perseguía y en el auspex no aparecía nada, aunque Rawne y Kleopas coincidían en que el frío extremo retardaba el funcionamiento de los sistemas sensores. También era posible que el manto de nieve hiciera rebotar las señales de una manera desordenada, engañando y disfrazando las indicaciones del auspex.

El Salamandra de Gaunt atravesó entre sacudidas el terreno nevado levantando a su paso una estela de cristales de hielo. Se acercó a la retaguardia del convoy a tiempo para ver una salva de poderosas cargas explosivas que caían sobre la columna. Uno de los pesados Troyano fue alcanzado y explotó, sembrando la blanca extensión de metralla y chatarra en llamas.

—¡Uno, a cuatro!

—Aquí cuatro, uno, adelante.

—Mkoll, mantenga la velocidad y haga avanzar a la columna lo más rápido que pueda.

Mkoll iba en un Salamandra en cabeza del convoy.

—Cuatro a uno. Recibido.

Gaunt intercambió mensajes con los Pardus y cuatro tanques salieron de la fila para acudir a darle apoyo: el Corazón Destructivo, el León de Pardua, el Reza tus Oraciones y el Executor Conflicto.

—¡Alto! —ordenó Gaunt a su conductor. El calor de su aliento formaba nubes de vapor en el aire gélido. Cuando el tanque ligero consiguió parar, Gaunt se volvió hacia el ayatani Zweil que iba en su vehículo junto con el comisario Hark y Bonin, el explorador Tanith.

—Éste no es lugar para usted, padre. Bonin, hágalo bajar y escóltelo hasta los camiones de atrás.

—No se preocupe, coronel-comisario Gaunt, prefiero enfrentarme aquí a mi suerte —dijo el anciano, sonriendo.

—Yo…

—Sinceramente, es lo que prefiero.

—Bien, de acuerdo.

Seguían enterrándose los obuses en el manto de nieve. Un Chimera que transportaba munición y avanzaba lentamente hacia la retaguardia resultó alcanzado por un disparo de refilón, pero seguía su camino.

—Contacto por auspex —informó Hark desde el nivel inferior del habitáculo.

—¿Tamaño? ¿Número?

—Nueve marcas, acercándose rápidamente.

—¡Avance! —ordenó Gaunt al conductor.

El Salamandra de mando arrancó, arrastrándose sobre la nieve virgen. Los tres Conquistador y el viejo tanque de plasma se apartaron del convoy y giraron para seguirlos.

Avistaron al enemigo a la entrada del puerto. Cuatro SteG 4s de avance rápido, tanques ligeros de seis ruedas, desplegados en abanico delante de tres AT70s, y un par de Usurpador.

Las explosiones hacían hoyos en la nieve en todo su alrededor.

—¡El lanzamisiles! —gritó Gaunt a Bonin. Desde Bhavnager llevaba siempre un «maldición andante» en su vehículo. El explorador trajo el arma y la cargó.

—Acérquenos más —ordenó Gaunt al conductor.

Un AT70 logró impactar en el Reza tus Oraciones, pero el disparo fue detenido por el blindaje pesado del Conquistador.

El Corazón Destructivo y el León de Pardua dispararon casi al unísono. El disparo del Corazón fue demasiado largo, pero el del León dio de lleno en un SteG y lo hizo volar por los aires.

Acortando distancias, Gaunt levantó y apuntó el lanzacohetes contra el SteG más próximo que se acercaba a su vehículo en movimiento disparando el arma de su torreta.

—¡Disparar!

Gaunt disparó, pero el misil salió desviado.

—¡Diablos! ¡Es usted peor que Bragg disparando! —comentó Bonin.

Zweil rompió a reír estrepitosamente.

—¡Cargar! —ordenó Gaunt.

—¡Cargado! —gritó Bonin encajando el misil armado en la recámara.

De repente el cielo, la ladera de la montaña y el suelo cambiaron de lugar. Gaunt se encontró dando tumbos en la nieve, azotado por el viento.

Un disparo del SteG había alcanzado al Salamandra en un costado dándole una violenta sacudida. El vehículo había conseguido enderezarse, pero no antes de que Gaunt hubiese salido despedido. El Salamandra herido, resoplando, se paró por fin como un pato sentado.

El SteG se acercaba a toda velocidad, girando su pequeña torreta para apuntar al escorado Salamandra.

Escupiendo nieve, Gaunt se puso de pie, aturdido. Miró a su alrededor. El extremo posterior del lanzamisiles sobresalía de la nieve a diez metros de él. Gaunt corrió y tiró de él. Después lo sacudió fuertemente para quitar la nieve que se le había metido por el cañón y por los orificios de ventilación.

Entonces se lo colocó al hombro y apuntó, confiando en que la caída no hubiese mellado el cañón o desalineado el cohete. De ser así, el «maldición andante» le explotaría en las manos.

El SteG se acercaba a toda máquina al Salamandra para rematarlo. Gaunt podía ver a Hark de pie en el habitáculo disparando desesperadamente su pistola de plasma contra el vehículo atacante.

Gaunt se preparó y colocó la cruz filar sobre el SteG.

El tanque enemigo explotó, levantando una columna enorme de nieve y chatarra.

Gaunt no había disparado.

El Corazón Destructivo pasó por su lado rugiendo, levantando una lluvia de nieve

y lanzando una nube de humo por la abertura de su morro.

—¿Está bien, señor? —preguntó Kleopas por el intercomunicador.

—¡Bien! —fue la escueta respuesta de Gaunt mientras corría hacia el Salamandra. Hark lo izó a bordo.

—¿Todavía estamos vivos? —le preguntó Gaunt.

—Su explorador está ahí abajo —dijo Hark. Bonin estaba tendido en el habitáculo, conmocionado por el impacto.

Zweil sonrió a través de su barba y levantó las manos marchitas.

—¡En cuanto a mí, estoy de rechupete! —declaró.

—¿Podría encargarse de Bonin? —preguntó Gaunt. El ayatani saltó donde estaba Bonin y lo puso en una posición segura.

—¡Vámonos! —gritó Gaunt.

—¿S… señor? —El conductor se volvió a mirarlo desde la cabina, aterrorizado. Hark giró en redondo y apuntó al Pardus con su pistola de plasma.

—En nombre del Emperador ¡conduzca! —gritó.

El Salamandra salió rugiendo por la nieve. Gaunt miró hacia afuera y se hizo cargo de la situación.

El Corazón Destructivo y el León de Pardua habían dejado fuera de combate a los dos SteGs, y el Conflicto había volado un Guadaña. El Reza tus Oraciones había recibido dos impactos de obús del Usurpador y estaba parado. Parecía intacto, pero un pesado humo negro salía de las lumbreras de los motores.

Mientras el Salamandra de Gaunt giraba en redondo, el Conflicto disparó sobre el Usurpador más próximo e hizo explotar sus reservas de munición. La metralla se esparció por una extensión de varios cientos de metros.

Gaunt se preparó y disparó contra el AT70 más próximo. El misil hizo impacto en su guardaoruga. El tanque de combate retrocedió en el hielo e hizo girar su torreta a toda máquina para apuntar al Salamandra. Un proyectil pesado se incrustó en la nieve justo detrás de ellos.

—¡Carguen! —ordenó Gaunt.

—¡Cargado! —respondió Hark, y Gaunt sintió el chasquido del misil al encajar en su sitio.

Apuntó al carro de combate infardi y disparó.

Dejando un rastro de humo, el misil salió volando por encima de la nieve y alcanzó al tanque en la base de su torreta. Las explosiones internas hicieron volar las escotillas y a continuación estalló el cañón delantero.

Zweil lanzó un alarido de alegría.

—¡Carguen! —dijo Gaunt.

—¡Cargado! —dijo Hark.

Pero la batalla había acabado. El León de Pardua y el Corazón Destructivo

apuntaron y dispararon casi al mismo tiempo contra el Usurpador que quedaba, y el Reza tus Oraciones, que había vuelto repentinamente a la vida, alcanzó y luego destruyó al último de los Guadaña AT70. Los carros destruidos, lanzando columnas de humo negro, mancillaban la perfecta blancura del desfiladero.

El Conquistador de Kleopas hizo un giro cerrado levantando un torbellino de nieve y se puso al lado del Salamandra de Gaunt.

Kleopas se asomó por la escotilla superior sosteniendo su gorra de campaña en las manos y tirando de ella. Sacó algo y se lo lanzó a Gaunt que lo cogió al vuelo limpiamente. Era la insignia de plata de la gorra del regimiento Pardus.

—¡Llévela con orgullo, aniquilador de tanques! —dijo Kleopas riendo mientras su carro los dejaba atrás.



Por su mira telescópica, Kolea vio las fuerzas enemigas que avanzaban por los huertos de frutales hacia Bhavnager. Muchas máquinas, muchas tropas. A pesar de sus defensas y de sus minuciosos preparativos, iban a quedar ampliamente superados. Se les venía encima toda una horda, una maldita horda con una cantidad equiparable de blindados.

—Nueve a todas las unidades, esperen mis órdenes. Esperen.

La legión infardi avanzó y se dispersó. Casi los tenían encima. Gol Kolea se mantenía firme. Al menos venderían caras sus vidas.

—Quietos, quietos…

Sin alterar la marcha, el enemigo pasó de largo.

Pasaron de largo por Bhavnager y se internaron en las selvas pluviales. En menos de media hora, habían desaparecido.

—¿Y esa cara de preocupación? —preguntó Curth—. Nos han dejado tranquilos.

—Van a por Gaunt —dijo Kolea.

Ella sabía que tenía razón.



Todo era otra vez como en el maldito cruce de Nusera. Al frente, tenían el camino bloqueado. Por su catalejo, Corbec podía ver una larga fila de carros blindados y unidades de transporte pintados de verde que avanzaban hacia el norte por el

desfiladero ancho y árido que quedaba por debajo de ellos. Era toda una legión.

Se apartó del borde del precipicio y se puso de pie. Por un momento la cabeza le dio vueltas. Iba a tener que pasar algún tiempo antes de que se acostumbraran a este aire frío y constante.

Corbec bajó haciendo crujir el pedregal hasta llegar al sooka donde lo esperaba el Carro de los Heridos. Sus hombres, con las caras enrojecidas y arrebujados en sus chaquetas y abrigos, lo miraron expectantes.

—Podemos olvidarnos —dijo Corbec—. Hay un montón de máquinas y tropas enemigas dirigiéndose hacia el norte por el desfiladero.

—¿Entonces qué? —gimió Greer.

Habían hecho un buen tiempo en su ascenso por los sooka atravesando los altos pastizales del pie de las colinas. El viejo Chimera daba la impresión de responder mejor en este clima más fresco. Aproximadamente una hora antes habían superado las lindes del bosque y ahora la vegetación se estaba volviendo más escasa y rala. El paisaje se había transformado en un desierto inhóspito, sembrado de rocas de basalto rosado y halita de color naranja pálido, que formaba verticales de perfil dentado, y gargantas profundas que obligaban a la antigua cañada a plegarse y replegarse sobre sí misma una y otra vez. El viento gemía y los azotaba. Más allá, los imponentes picos de las Colinas Sagradas estaban oscuros y emborronados por lo que Sanian dijo que eran tormentas de nieve en altitudes superiores.

Se agruparon en torno a las placas cartográficas discutiendo las posibilidades. Corbec percibía la frustración que se adueñaba de su equipo, especialmente de Daur y Dorden quienes, al parecer, eran los únicos que sentían en sus corazones la auténtica urgencia de la misión.

—¿Y éstos de aquí? —dijo Daur señalando en la pantalla de la placa con los dedos entumecidos—. ¿Qué son? Van hacia el este a unos seis kilómetros por encima de nosotros.

Estudiaron la configuración radial de las ramificaciones del sooka que se extendían como una red de vasos capilares.

—Puede ser —dijo Milo.

Sanian sacudió la cabeza.

—Este mapa no está actualizado. Esos sooka son antiguos y llevan años bloqueados. Los pastores prefieren los pastos del oeste.

—¿Y no podríamos abrirnos camino?

—No lo creo. Esta parte de aquí se ha desmoronado totalmente y se ha precipitado hacia la garganta.

—¡Maldita sea! —musitó Daur entre dientes.

—Puede que haya un camino, pero no para nuestra máquina.

—Lo mismo dijiste de los sooka.

—Pero esta vez es cierto. Aquí. La Escalera del Cielo.

* * *

Cinco mil metros más arriba y sesenta kilómetros al noroeste, la columna de la guardia de honor ascendía por los altos desfiladeros irregulares a través de la espesa nieve. Ya era bien entrada la noche del séptimo día, pero seguían avanzando en una marcha desesperada, penetrando la oscuridad con los faros de los vehículos. La ventisca se arremolinaba ante los haces de luz.

Según la última lectura fiable del auspex, una fuerza enemiga de proporciones gigantescas venía pisándoles los talones.

El camino que seguían, conocido como el Paso de los Peregrinos, se estaba volviendo traicionero en extremo. La propia pista, que tenía una pendiente de uno a seis, no superaba los veinte metros de ancho. A la izquierda tenían la ladera de la montaña, y a la derecha, invisible en medio de la oscuridad y de la nieve, había un precipicio casi vertical hasta el fondo del desfiladero a unos seiscientos metros de profundidad.

Ya resultaba bastante difícil encontrar el camino de día, cuánto más de noche. Todos estaban tensos, temiendo que un giro indebido hiciera caer el vehículo al vacío. Y eso por no hablar de las posibilidades de un alud o de perder pie en la nieve. Cada vez que las ruedas de los transportes patinaban, los Fantasmas se ponían rígidos esperando lo peor: un largo e inexorable viaje hacia el olvido.

—¡Tenemos que parar, coronel-comisario! —urgió Kleopas por el intercomunicador.

—Ya, pero ¿qué sucede si sigue así toda la noche? Al amanecer podríamos estar tan enterrados en la nieve que no podríamos movemos.

Una hora o dos más, pensaba Gaunt. Podían arriesgarse a eso. Ya estaban a poca distancia del Santuario, aunque la duración del viaje estaba más determinada por las condiciones.

—A Sabbat le encanta poner a prueba a los peregrinos en el camino —dijo Zweil con una risita acurrucado en un saco de dormir en la parte trasera del habitáculo del Salamandra.

—No me cabe la menor duda —dijo Gaunt—. Que Feth se apodere de sus Profundidades Sagradas.

Eso provocó tal ataque de risa en el anciano sacerdote que empezó a toser.

La nevada pareció arreciar aún más.

De repente empezaron a sonar en la radio una serie de ráfagas ininteligibles. Las

luces traseras de los vehículos que iban delante se encendieron y se balancearon.

—¡Alto! —ordenó Gaunt y saltó del vehículo. Avanzó con dificultad contra el viento y la nieve. Sus botas se hundían entre treinta y cuarenta centímetros en el suelo.

El camino giraba de repente en torno a un espolón a casi cuarenta y cinco grados, advertido en el último momento por el vacilante auspex y por la mirada esforzada del conductor. Cerca como estaba, Gaunt casi no podía verlo. Uno de los dos Salamandra de exploración que iban a la cabeza de la columna estaba suspendido al borde del precipicio con toda una sección de su oruga colgando en el vacío. Gaunt acudió rápidamente cruzando los haces de luz de los vehículos que venían detrás, seguido por otros Fantasmas y por los tripulantes del vehículo. Los cuatro ocupantes del tanque ligero afectado: el conductor Pardus, el oficial de radio Raglon y los exploradores Mklane y Baen, estaban de pie en el habitáculo de la vacilante máquina, paralizados, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

—¡No se mueva! ¡No se mueva, señor! —le dijo Raglon a Gaunt que se aproximaba. Todos podían oír el ruido de las rocas y del hielo que se quebraba bajo el peso del vehículo de exploración.

—¡Echadle un cable! ¡Vamos! —gritó Gaunt. Un conductor Pardus avanzó con un gancho de remolque desenrollando el cable de malla de plastiacero. Gaunt cogió el gancho y con mucho cuidado alargó el brazo y lo colocó en uno de los enganches del Salamandra.

—¡Tensión! ¡Tensión! —gritó, y el tambor eléctrico del vehículo de atrás empezó a rotar eliminando la holgura hasta tensar el cable. El Salamandra basculó un poco hacia el camino.

—¡Salgan! ¡Ahora! —ordenó Gaunt, y la tripulación de Raglon saltó sobre la pista nevada dejándose caer de rodillas y respirando con alivio.

Entonces los hombres que los rodeaban empezaron la tarea de izar la máquina vacía para volverla al camino.

Gaunt ayudó a Mklane a levantarse.

—Ya nos dábamos por muertos, señor. La carretera se acababa ante nosotros.

—¿Dónde está el explorador número uno? —preguntó Gaunt.

Todos se quedaron de piedra y escudriñaron la oscuridad. Habían estado tan ocupados en salvar este vehículo que nadie se había dado cuenta de que el otro había desaparecido.

Había forzado el paso, pensó Gaunt, y la tripulación del vehículo había pagado un alto precio.

—Gaunt al convoy. Nos detenemos. No seguimos adelante esta noche.

—Puede que sí lo hagamos. —El ayatani Zweil apareció de repente a su lado. Señaló hacia la oscuridad y a través de la ventisca. Ahí había una luz. Potente,

amarilla, brillante, que resplandecía en la noche por encima de ellos.

»¡El Santuario! —dijo Zweil.



CATORCE

El santuario

En la guerra, uno debe prepararse para la derrota.

La derrota es el más insidioso de los enemigos.

Nunca llega de donde uno espera

Señor de la Guerra Slaydo,

de *Un tratado sobre la naturaleza de la guerra*

La guardia de honor se acercó al templo del Santuario de Santa Sabbat Hagio con la primera luz del día. Había dejado de nevar y el panorama montañoso era perfecto, de un blanco escultórico bajo un cielo dorado.

El Santuario era una estructura imponente que se elevaba en un promontorio de basalto algo por debajo de la alta cumbre nevada. La carretera recorría la cresta hasta una enorme puerta abierta en la más baja de dos murallas concéntricas. Dentro de esas murallas se encontraban los edificios de la basílica Shrinus, el monasterio del Tempelum Ayatani Shrinus y una gran torre de planta cuadrada rematada por un techo abovedado dorado con aleros inclinados. En la torre flameaban banderolas y cometas votivas. Los edificios y las paredes del Santuario eran de basalto rosado. Las celosías y las puertas estaban pintadas de color rojo brillante, y sus marcos de blanco. Más allá de las murallas y de la torre, al borde mismo del promontorio, habia un gran pilar de piedra de corindón negro encima del cual ardía la eterna llama votiva.

Gaunt detuvo la columna en el camino, ante la puerta, y se acercó a pie acompañado de Kleopas, Hark, Zweil, Rawne y una escolta de seis Fantasmas. Tal como había calculado el sargento Mkoll, el viaje les había llevado ocho días. Tenían que terminar rápidamente la misión que los había traído para poder volver a Doctrinópolis en los diez días que quedaban antes de la evacuación total. Gaunt ni siquiera quería pensar en lo duro que iba a ser ese viaje. Un número enorme de infardi venían pisándoles los talones y, por lo que sabia, no había ningún otro camino para bajar de las Colinas Sagradas.

Las gigantescas puertas rojas bajo la majestuosa águila de la entrada se abrieron silenciosamente al acercarse ellos. Subieron los escalones y seis hermanos ayatani con túnicas azules los saludaron con una inclinación de cabeza sin decir nada. Los condujeron por un ancho tramo de escalones de piedra de los que habían quitado la nieve, hasta la puerta de la muralla interior, y de allí a un imponente vestíbulo.

El lugar era de color pardo ahumado y sombrío y la luz entraba fría y pura por unas ventanas altas. Gaunt oyó cánticos y el sonido esporádico de campanas o gongs. El aire estaba cargado de humo de incienso.

Se quitó la gorra y miró en derredor. Las paredes estaban decoradas con mosaicos de relucientes colores donde estaban representados distintos momentos de su vida. En las hornacinas iluminadas que había a lo largo de las paredes estaban los retratos holográficos de los grandes generales, comandantes y Astartes que habían servido en su cruzada. Suspendido del techo abovedado podía verse el gran estandarte de Sabbat, un trozo de tela antigua y desgastada.

Algunos ayatani del Tempelum Ayatani Shrinus entraron en la sala a través de ks puertas del otro extremo, se acercaron al destacamento de la guardia imperial y los saludaron con una reverencia. Eran veinte, todos hombres ancianos de expresión apacible y piel curtida y arrugada, en la que se veían las huellas del viento, el frío y la

altitud.

Gaunt saludó.

—Coronel-comisario Ibram Gaunt, comandante de los Primeros de Tanith, Ejército Imperial de la Cruzada de Liberación. Estos son mis oficiales en jefe, el mayor Rawne, el mayor Kleopas y el comisario Hark. Estoy aquí cumpliendo órdenes de Señor General Militar Lugo.

—Sea usted bienvenido al Santuario, señor —dijo el que estaba al frente de los hermanos, cuya túnica era de un color violeta más intenso. Su cara reflejaba las huellas del clima igual que la de sus colegas, y sus ojos habían sido reemplazados por una prótesis de aumento que hacía que su mirada fuera lechosa y vacía, como las cataratas crónicas.

—Mi nombre es Cortona. Soy ayatani-ayt de este templo y monasterio. Les doy la bienvenida al Santuario y alabo su diligencia al hacer el arduo camino en esta época del año. ¿Tal vez les apetecería tomar con nosotros un refrigerio? También pueden rendir culto en el Santuario, si así lo desean, por supuesto.

—Gracias, ayatani-ayt. Un refrigerio será bienvenido, pero debo dejar claro que el carácter urgente de mi misión hace que tenga poco tiempo, incluso para las prácticas piadosas.

Los representantes imperiales fueron conducidos a una antesala donde habían servido refrescos de soda, frutos secos y cuencos de una infusión caliente y dulce sobre unas mesas bajas pintadas. Gaunt y sus hombres se sentaron en unos taburetes bajos y los ayatani, entre ellos Zweil, en esterillas sobre el suelo. Los refrescos fueron servidos por novicios esholi vestidos de blanco.

—Me conmueve que su general haya considerado oportuno ocuparse de nuestro bienestar —prosiguió Cortona—, pero me temo que la misión que los trajo aquí ha sido un esfuerzo inútil. Somos plenamente conscientes de que las fuerzas enemigas quieren arrasar este mundo, pero no necesitamos defensa. Si el enemigo viene, pues que venga. Así serán las cosas. Nuestra Santa creía muy sinceramente en el destino natural. Si está escrito que este Santuario caiga en manos del enemigo y que entreguemos nuestras vidas, nada puede hacerse. No hay tanques ni soldados, por numerosos que sean, capaces de modificar eso.

—¿Y no harían nada por evitar la entrada de la estirpe del Caos? —preguntó Rawne con incredulidad.

—¡Mida sus palabras, mayor! —le dijo Hark con tono sibilante.

—Es una pregunta comprensible —respondió Cortona—. Puede que nuestras creencias sean difíciles de comprender para mentes versadas y formadas en el arte de la guerra.

—Santa Sabbat era una guerrera, ayatani-ayt —señaló Gaunt sin alterarse.

—Lo era, tal vez la mejor de la galaxia, pero ahora descansa en paz.

—De todos modos sus recelos son infundados —continuó Gaunt—. Usted ha malinterpretado la misión que nos trae aquí. No hemos sido enviados para defenderlos a ustedes. El general Lugo me ha dado órdenes de recuperar las reliquias de la Santa y escoltarlas con todos los honores hasta Doctrinópolis para que desde allí se proceda a su evacuación de Hagia.

—Me temo, coronel-comisario, que no puedo permitir eso en modo alguno —respondió Cortona sin que la apacible sonrisa abandonara su rostro en ningún momento.

* * *

—Casi me deja sin aliento —murmuró Zweil—. Jamás imaginé que ésa fuera la razón de su viaje al Santuario. ¡Por la sangre de la beata, coronel-comisario! ¿En qué estaba usted pensando?

—Obedecía órdenes —respondió Gaunt. Estaban juntos en la terraza de la muralla interior del Santuario, mirando hacia el desfiladero a través de la blanca extensión nevada.

—¡Pensaba que había sido enviado para proteger este lugar! Sabía que al ayatani del tempelum no le haría ninguna gracia una intervención militar, pero eso lo dejaba a su criterio.

—Y si le hubiera revelado mi objetivo ¿me habría aconsejado que me volviera?

—Le habría dicho lo mismo que acaba de decirle el ayatani-ayt. Las reliquias de la Santa no pueden abandonar Hagia por ningún motivo. Es una de las doctrinas más antiguas, la profecía en su lecho de muerte. ¡Hasta individuos como ese general Lugo o su estimado Señor de la Guerra Macaroth deberían saber que es una locura faltar a ella!

—Yo lo he leído. Usted sabe que he leído los evangelios con atención. Simplemente suponía que era… un capricho. Un detalle sin importancia.

Zweil sacudió la cabeza.

—Creo que es en eso en lo que sigue equivocado, muchacho. La mitad de las veces se leen las escrituras buscando el sentido literal absoluto, la otra mitad se busca con demasiado ahínco el significado oculto. ¡Interpretación textual, sin duda! Tiene que encontrar el equilibrio. Tiene que entender el equilibrio fundamental de la fe por lo que a nosotros respecta. Si se espera que los ayatani guarden devota y estrictamente las costumbres, reliquias y tradiciones de la beata, también se debe esperar que observemos con convicción absoluta las instrucciones de sus escrituras.

—Está escrito —empezó Gaunt con aire pensativo—, que si los restos de Santa

Sabbat abandonaran Hagia alguna vez, si por accidente o por designio fueran trasladados, el Caos imperaría para siempre en los Mundos de Sabbat.

—¿Y qué es lo que no ve claro en eso?

—¡Es una profecía abierta! ¡Un pintoresco mito pensado para intensificar la devoción y el culto! ¡No podría suceder realmente!

—¿No? —Zweil paseó su mirada por las Colinas Sagradas—. ¿Por qué no? Usted cree en la Santa, en sus obras, en su santidad incorruptible. Usted tiene fe en ella y en todo lo que representa. Fue lo que lo trajo hasta aquí. Entonces ¿por qué no creer en la profecía que hizo en su lecho de muerte?

Gaunt se encogió de hombros.

—¡Porque es demasiado… descabellada! ¡Demasiado ampulosa, demasiado inverosímil! Demasiado improbable…

—Puede que sí. Dígame ¿quiere comprobarlo llevándosela de este mundo?

Gaunt no respondió.

—¿Y bien, muchacho? ¿Sabe usted más que la mártir más venerada del sector? ¿Saben más Lugo o el Señor de la Guerra? ¿Se arriesgará a perderlo todo, un millar de sistemas habitados, para siempre, sólo para averiguarlo? Olvídese de sus órdenes y de sus superiores. ¿Acaso ellos tienen derecho a asumir ese riesgo, o a ordenarle a usted que lo haga?

—No creo que lo tengan. No creo que yo lo tenga —replicó Gaunt en voz baja tras una larga pausa.

—No creo que ni siquiera tenga que considerar la cuestión —dijo Hark acercándose a ellos por detrás—. Sus órdenes son muy claras, señor, no dejan lugar a interpretaciones. Lugo le dijo con total claridad lo que debía hacer.

—Lugo cometió un error —dijo Gaunt fijando en Hark una mirada clara y decidida—. Y a mí no me interesa perpetuarlo.

—¿Va usted a desobedecer las órdenes, señor? —preguntó Hark.

—Eso es. Además ¿qué importa? Mi carrera está terminada, mi regimiento en vías de desaparecer y lo más probable es que no salgamos de aquí con vida de todos modos. ¡Voy a desobedecer las órdenes con plena consciencia, porque ya es tiempo de que sea un poco coherente y deje de obedecer a hombres que están equivocados de una manera clara y demostrable!

Zweil miraba ora a uno ora a otro de los oficiales imperiales con absoluta fascinación, pendiente de cada palabra. Hark lentamente se puso su gorra con galones plateados, suspiró ostensiblemente y movió la mano para abrir su cartuchera.

—Oh, ni siquiera se moleste en intentarlo, Hark —le dijo Gaunt con absoluto desprecio mientras se alejaba.

* * *

Se encontraban ahora a suficiente altitud como para que la nieve de la que les había advertido Sanian se hiciera realidad. Era ligera pero persistente y se posaba en la ropa y en las pestañas. Un poco más arriba, en el desfiladero, la cortina de nieve impedía la visibilidad hasta el punto de que las grandes montañas desaparecieron de su vista enmascaradas por la tormenta.

Por fin, dos horas antes habían dicho adiós al Carro de los Heridos, abandonándolo en un punto del sooka donde un antiguo alud había hecho desaparecer lo poco que quedaba de vía transitable. Cargaron todo lo que fueron capaces de llevar y continuaron a pie.

El camino era tan leve y desolado como el aire. A su derecha se alzaba la cara sur de las Colinas Sagradas más internas y altas. A su izquierda, una gran pendiente de pedregal y roca desnuda se hundía en las misteriosas sombras de gargantas y desfiladeros que había más abajo. Cada pocos pasos, alguno de ellos tropezaba con una piedra suelta que rodaba y se deslizaba pendiente abajo.

La Escalera del Cielo había sido tallada por los peregrinos poco después de la fundación del Santuario, hacía ya seis mil años. Se habían lanzado a la labor con celoso entusiasmo, considerándolo como una tarea sagrada y un acto de devoción. Una escalera de quince kilómetros que subía montaña arriba hasta el Santuario. Sanian les había explicado que ahora casi nadie la usaba porque el ascenso era arduo e incluso los peregrinos más esforzados preferían subir por los desfiladeros. Pero esa opción más suave no estaba ahora a su alcance.

Sanian los condujo hasta el pie de la Escalera cuando empezó la primera nevada.

No prometía mucho esa serie de escalones estrechos y desgastados excavados en la propia ladera de la montaña, erosionados por el tiempo y la intemperie. Los liquenes se pegaban como óxido a las superficies. Cada escalón tenía unos dieciséis centímetros de alto, permitiendo un paso bastante cómodo, y una profundidad uniforme de dos metros del frente hasta el fondo, salvo en los lugares donde estaban seccionados o había un recodo. La Escalera describía un camino sinuoso entre las rocas y desaparecía en lo alto.

—Esto parece bastante fácil —dijo Greer subiendo con facilidad los primeros escalones.

—No lo es, se lo aseguro, especialmente cuando el tiempo es duro como hoy. Los peregrinos solían elegir este camino como un acto de penitencia —dijo Sanian.

Empezaron a subir. Greer iba a la cabeza, ansioso, seguido por Daur, Corbec y Dorden, después Milo y Sanian, Nessa, Derin y, cerrando la marcha, Vamberfeld y Bragg.

—Se va a matar si no dosifica sus fuerzas —le dijo Sanian a Milo mientras señalaba a Greer que iba muy por delante de ellos.

El grueso del grupo subía con un ritmo constante. Después de unos veinte minutos, Corbec empezó a sentirse agobiado por la monotonía del esfuerzo. Empezó a divagar, tratando de ocupar la mente. Calculaba la distancia y la altitud, la profundidad y el ancho de los escalones. Hizo una o dos sumas mentales.

—¿Cuántos escalones dicen que hay? —le preguntó a Sanian.

—Dicen que veinticinco mil.

Dorden gruñó.

—Es precisamente lo que yo había calculado. —Corbec sonaba genuinamente orgulloso.

Cincuenta kilómetros. Las tropas podían recorrerlos en un día sin dificultad, pero cincuenta kilómetros de escalones…

Podría llevarles días. Días duros, penosos, monótonos.

—Tal vez debería haberte preguntado esto quinientos metros antes, Sanian, pero ¿cuánto tiempo suele llevar el ascenso?

—Depende de los peregrinos. En el caso de los más esforzados y capaces… cinco o seis días.

—¡Por Feth bendito! —dijo Dorden con voz audible.

Corbec volvió a concentrarse en los escalones ya que la nieve empezaba a acumularse sobre ellos. En cinco o seis días, cuando llegaran al Santuario, Gaunt estaría prácticamente de vuelta en Doctrinópolis listo para evacuar. Estaban perdiendo el tiempo.

Claro que no había manera posible de que la guardia de honor de Gaunt pudiese bajar la montaña con todas las fuerzas infardi que lo esperaban. Lo más probable era que usara el Santuario como base y los combatiera desde allí.

Tendrían que esperar a ver. No tenía sentido volver ahora. No tenían nada por lo qué volver.



A solas, Ibram Gaunt descorrió el viejo cerrojo y abrió la puerta del sepulcro del Santuario. De dentro salían las voces de esholi varones que entonaban un cántico solemne, armonioso, a ocho voces. El viento frío ululaba al infiltrarse por las aberturas de ventilación del monasterio.

No sabía qué debía esperar. Era consciente de que jamás había imaginado que vendría aquí. Slaydo, que el Emperador lo tuviera en su gloria, habría sentido envidia.

Se sorprendió al ver lo pequeña y oscura que era la estancia. Las paredes estaban cubiertas de corindón negro que no reflejaban en absoluto la luz de las muchas filas de velas encendidas. El aire olía a humo y a sequedad mohosa, a polvo de siglos.

Entró y cerró la puerta trás de sí. El suelo estaba hecho de extrañas baldosas lustrosas que relucían bajo la luz de las velas y hacían un extraño ruido plástico al pisarlas. Se dio cuenta de que había secciones cortadas y pulidas de perladas conchas de quelón, cubiertas de una pátina parduzca por el paso del tiempo.

A uno y otro lado de donde se encontraban había hornacinas en el corindón, cada una de las cuales contenía un holograma de tamaño natural de un Marine Espacial del Capítulo Cicatrices Blancas, con espadas de energía alzadas en gesto de luctuoso triunfo.

Gaunt siguió andando. Tenía justo ante sí el altar del relicario que estaba recubierto con más concha de quelón pulida y brillaba con una luminiscencia etérea. Incrustado en su parte frontal en relieve había un hermoso mosaico de trozos de concha policromados que representaban los Mundos de Sabbat. Gaunt estaba seguro de su precisión cartográfica. Detrás del altar se elevaba una cubierta enorme, abovedada, que remataba el altar como un sombrerete. Estaba hecha de una sola concha de quelón que debía de haber pertenecido a un animal de tamaño increíble, mucho mayor que cualquiera de los que Gaunt había visto en Hagia. Por debajo de ella, detrás del altar, estaba el relicario propiamente dicho, una caverna iluminada con la luz de velas situadas debajo del caparazón. En la parte frontal había dos expositores de madera dura con las puertas abiertas, en los cuales, protegidos por un cristal, estaban los manuscritos originales de los evangelios.

Gaunt se dio cuenta de que su corazón latía muy rápido. El lugar le producía un efecto extraordinario.

Siguió avanzando. A su izquierda había un cofre con diversas reliquias medio envueltas en satén: un cuenco para beber, una pluma de ave, un cayado gastado y oscurecido por el paso del tiempo y varios otros fragmentos que no consiguió identificar.

A su derecha, encima de otro cofre igual al anterior, estaba la armadura Imperator de la Santa, pintada de azul y blanco con marcas de desperfectos antiguos, orificios y surcos ennegrecidos donde había saltado la pintura: eran las marcas de las nueve heridas del martirio. Algo le llamó la atención, se dio cuenta de que era… pequeña. Había sido hecha a medida para un cuerpo más pequeño que el de los Marines Espaciales varones.

Al frente, en el fondo mismo de la cúpula de concha, estaba el santo relicario, un féretro con tapa de cristal donde descansaba el cuerpo de Santa Sabbat.

Ella no había querido ni campo de estasis ni suspensión de energía, pero a pesar de todo se mantenía intacta después de seis mil años. Tenía las facciones hundidas, la

carne desecada y la piel oscura y pulida. En torno al cráneo quedaban rastros de fino cabello. Gaunt vio los anillos en sus dedos momificados y el medallón del águila imperial en las manos cruzadas sobre el pecho. El color azul de su túnica casi había desaparecido, y en el acolchado violeta del féretro se veían restos de flores antiguas.

Gaunt no sabía qué hacer. Era incapaz de marcharse, de apartar los ojos de la forma marchita, pero incorruptible de la beata.

—Sabbat Mártir —susurró.

—Ella no está obligada a contestarle, ya lo sabe.

Miró a su alrededor. El ayatani Zweil estaba al otro lado del altar, observándolo.

Gaunt saludó a la Santa con una reverencia digna y breve y se encaminó a donde estaba Zweil.

—No he venido en busca de respuestas —dijo en voz baja.

—Usted me dijo que sí después de abandonar Mukret.

—Eso fue entonces, ahora ya he tomado mi decisión.

—Decisiones y respuestas no son lo mismo. Pero es cierto que ha tomado una decisión, una buena decisión, si se me permite decirlo. Una decisión valiente. La única acertada.

—Ya lo sé. Antes dudaba, pero ahora que he visto esto, ya no. No tenemos por qué sacarla de aquí. Aquí se queda, al menos mientras podamos protegerla.

Zweil asintió y palmeó el brazo de Gaunt.

—No va a ser una decisión popular. Al pobre Hark le sentó como una patada en la boca del estómago cuando se lo dijo. —Zweil hizo una pausa y volvió la vista hacia el relicario—. Disculpa mi forma grosera de hablar, beata. No soy más que un pobre imhava ayatani que debería guardar las formas en este lugar sagrado.

Salieron juntos del sepulcro y atravesaron el vestíbulo exterior lleno de corrientes de aire.

—¿Cuándo hará pública su decisión?

—Pronto, si es que Hark no se lo ha dicho ya a todo el mundo.

—Puede que él lo releve del mando.

—Puede intentarlo. Si lo hace, haré algo más que desobedecer órdenes.

La noche estaba cayendo, y otra tormenta de nieve amenazaba desde el noroeste. El ayatani-ayt Cortona había permitido a las fuerzas imperiales montar su campamento dentro de la muralla exterior del Santuario, y ahora el espacio estaba lleno de tiendas y braseros químicos. Habían estacionado los vehículos del convoy en el prado de la muralla exterior, a excepción de los carros blindados que estaban alineados y atrincherados, con el casco oculto, para proteger el acceso al promontorio desde el desfiladero. También se habían cavado trincheras para los soldados en los bancos de nieve exteriores y se habían fortificado las armas pesadas. Cualquier cosa que intentase atravesar el puerto iba a encontrar una férrea resistencia.

En una antesala del monasterio, Gaunt reunió a los oficiales y jefes de sección de la guardia de honor. Los esholi del Santuario trajeron alimentos y té dulce, y los sacerdotes no se quejaron del amasec y el sacra que se distribuyeron. El ayatani-ayt Cortona y algunos de sus sacerdotes más ancianos se reunieron con ellos. La luz de las lámparas parpadeaba y un viento huracanado golpeaba los postigos. Hark permanecía en el fondo de la estancia, solo, con aire sombrío.

Antes de entrar, Gaunt hizo un aparte con Rawne en el helado vestíbulo.

—Quiero que lo sepa antes que los demás —le dijo Gaunt—. Voy a desobedecer las órdenes de Lugo. No vamos a trasladar a la Santa.

Rawne enarcó las cejas.

—¿Por esa antigua y estúpida profecía?

—Exactamente por esa antigua y estúpida profecía.

—¿No porque todo se haya acabado para usted? —preguntó Rawne.

—Expliqúese.

Rawne se encogió de hombros.

—Hemos sabido desde el principio que Lugo lo tiene sentenciado. Cuando vuelva a Doctrinópolis, con las manos vacías o con los huesos de la vieja criatura, será el fin. El fin del mando, el fin para usted, el fin de la historia. O sea que tal como yo lo veo, usted no tiene nada que perder ¿no es cierto? Y eso dejando de lado que decirle a Lugo que se vaya a la mierda y se meta sus órdenes por su muy personal ojo del terror no va a empeorar las cosas para usted. De hecho, tal vez haga que se sienta mejor cuando lo despida.

—¿Cree que hago esto porque ya no me importa nada? —preguntó Gaunt.

—Bueno, ¿no es así? Esta última semana no ha sido usted el hombre a cuyo mando estuve durante estos años. La bebida. Las rabietas. El malo, malisimo genio. Decayó usted mucho. En Doctrinópolis se comportó como es debido, pero desde entonces fue cuesta abajo. Ah…

—¿Qué? —gruñó Gaunt.

—Pido permiso para hablar sinceramente, señor, con efecto retroactivo.

—¿No lo ha hecho siempre, Rawne?

—Espero que si. ¿Sigue bebiendo?

—Bueno, yo…

—Quiere que crea que está bien, que si hace esto es por razones auténticas y no sólo porque ya nada le importa un bledo. Entonces, mejore su aspecto, aséese, gáneselo. Usted nunca me ha gustado, Gaunt.

—Lo sé.

—Pero siempre lo he respetado. Sólido, profesional, un guerrero que tiene un código. Es cierto que por ese código ardió Tanith, pero usted se atuvo a él sin importarle lo que pensara nadie. Un hombre de honor.

—Eso es lo más parecido a un cumplido que me haya hecho jamás, mayor —dijo Gaunt.

—Lo siento, señor. No volverá a suceder. Lo que necesito saber es esto… ¿Se trata ahora de su código? ¿Es una cuestión de honor? Esta maldita misión es una guardia de honor… ¿Pretende que sea merecedora de ese título?

—Sí.

—Entonces demuéstremelo. Demuéstrenoslo a todos. Demuestre que no es un arranque de furia y de frustración porque lo hizo mal y lo cogieron. Demuestre que no es un fracasado que bebe y que trata por todos los medios de arrastrar a los demás consigo. Si lo seguimos, el general nos va a someter a todos a un consejo de guerra y nos hará fusilar. Todos tenemos algo que perder.

—Lo sé —dijo Gaunt. Hizo una pausa y se quedó mirando los copos de nieve que se acumulaban contra el cristal de la ventana.

—¿Y bien?

—¿Quiere saber por qué me importa esto, Rawne? ¿Por qué me sentó tan mal el desastre de Doctrinópolis?

—Me encantaría.

—He dedicado la mayor parte de las dos últimas décadas a esta cruzada. He luchado duro en cada paso del camino. Y aquí, en Hagia, la estupidez ciega de un hombre… de nuestro querido general… me hizo forzar la mano y echar por tierra todo ese trabajo. Pero no es sólo eso. La cruzada a la que he dedicado todos estos años es en honor de Santa Sabbat, pretende liberar los planetas que ella convirtió en mundos imperiales hace seis mil años. Por ello la tengo en una consideración muy especial y me dedico a honrarla, y ese bastardo de Lugo me hace fracasar precisamente en el mundo consagrado a ella. No sólo metí la pata durante una acción de la cruzada, mayor. Metí la pata en una acción en el propio Santuario de la beata. Pero no se trata solamente de eso.

Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Rawne lo miraba desde la penumbra.

—Fui uno de los elegidos por Slaydo para llevar adelante esta guerra. Él fue el comandante más grande que haya conocido jamás. Se tomó esta cruzada como algo personal porque tenía una devoción sincera por la Santa. Ella era su tótem, su inspiración, el modelo en el que había basado su carrera militar. Él mismo me dijo que esta cruzada era una oportunidad de pagar esa deuda de inspiración. No voy a deshonrar su memoria fallándole aquí. Justo en este lugar.

—Déjeme adivinar —dijo Rawne—. Pero tampoco se trata sólo de eso ¿verdad?

Gaunt negó con la cabeza.

—En Formal Prime, en los primeros meses de la cruzada, luché junto a Slaydo en una fiera batalla para tomar las torres de la Colmena. Fue uno de los primeros grandes triunfos de la cruzada.

«Durante la celebración de la victoria reunió a todos sus oficiales. Éramos cuarenta y ocho los escogidos. Todo era juerga y festejos. Acabamos todos un poco bebidos, incluso el propio Slaydo. Entonces él… se puso solemne, con esa tristeza amarga que afecta a algunos hombres en lo peor de la borrachera. Le preguntamos qué pasaba y dijo que tenía miedo. ¡Nos reímos! ¿El Gran Señor de la Guerra Slaydo tenia miedo? Se puso de pie, vacilante. Por aquel entonces tenía ciento cincuenta años y no estaba pasando por un buen momento. Nos dijo que tenia miedo de morir antes de terminar su obra. Miedo de no vivir el tiempo suficiente para supervisar la liberación plena y final de los mundos de la beata. Era la única ambición que lo consumía, y tenía miedo de no conseguirlo.

»Todos protestamos…¡iba a sobrevivimos a todos! Sacudió la cabeza e insistió en que la única manera de poder garantizar el éxito de su sagrada misión, la única manera de conseguir la inmortalidad y de cumplir su deber para con la Santa, era a través de nosotros. Nos exigió un juramento, un juramento de sangre. Usamos las bayonetas y los cuchillos de mesa para hacernos un corte en la palma de la mano y hacemos sangre. Uno por uno chocamos su mano ensangrentada y juramos. Por nuestras vidas, Rawne, por nuestras propias vidas. Terminaríamos su labor. ¡Seguiríamos adelante con esta cruzada hasta el final y protegeríamos a la Santa contra todo el que quisiera hacerle daño!

»Slaydo cayó en Balhaut, en la batalla de batallas, tal como temía, pero su juramento perdura, y con él también perdura Slaydo.

—Lugo lo está obligando a romper su juramento.

—Lugo me obligó a marchar a sangre y fuego sobre Doctrinópolis, la ciudad de la Santa, y arrasar sus antiguos templos. Ahora Lugo quiere que desafíe a la beata y perturbe su descanso eterno. Lo lamento si di la impresión de tomarme mal todo eso, pero tal vez ahora entienda por qué.

Rawne asintió lentamente.

—Ahora será mejor que se lo diga a los demás —dijo.



Gaunt avanzó hasta el centro de la atestada antesala, rechazó una copa que le ofrecía un esholi y carraspeó para aclararse la garganta. Todos los ojos estaban fijos en él y se hizo el silencio.

—A la luz de lo sucedido en el campo y de… otras consideraciones, quiero informarles de que voy a realizar una alteración ejecutiva de nuestras órdenes.

Hubo un murmullo.

—No vamos a proceder de acuerdo con las instrucciones del general Lugo. No retiraremos las reliquias del Santuario. A partir de este momento, mis órdenes son que la guardia de honor se fortifique aquí y permanezca en defensa del Santuario hasta que nuestra situación se modifique.

Una exclamación general recorrió la estancia. Hark guardó silencio.

—Pero las órdenes del general, Gaunt… —empezó a decir Kleopas mientras se ponía de pie.

—Ya no son ni viables ni adecuadas. Como comandante de campo y tras considerar las cosas sobre el terreno, está dentro de mis atribuciones.

El intendente Elthan se puso de pie, temblando de rabia.

—¡Pero nos van a matar! ¡Tenemos que volver a los campos de aterrizaje de Doctrinópolis en el tiempo establecido o no podremos evacuar! ¡Usted sabe lo que se avecina, coronel-comisario! ¿Cómo se atreve a sugerir esto?

—Siéntese, Elthan. Por si sirve de algo les diré que lamento que los no combatientes como usted o como los conductores de los vehículos se vean involucrados en esto, pero ustedes son servidores del Emperador y a veces su deber es tan perentorio como el nuestro. Tendrán que obedecer. Que el Emperador los proteja.

Unos cuantos oficiales y todos los ayatani repitieron la invocación.

—Señor, no puede desobedecer las órdenes así, sin más. —En la voz del teniente Pauk se advertía la alarma. Kleopas se apresuró a asentir ante las palabras de su oficial subalterno—. Todos nos enfrentaremos a la disciplina más estricta. Las órdenes del general Lugo fueron simples y precisas. ¡No podemos desobedecerlas!

—¿Ha visto usted lo que viene por el desfiladero detrás de nosotros, Pauk? —Todos se volvieron. El capitán LeGuin estaba de pie al fondo de la estancia, apoyado contra la pared—. Aunque sólo sea por necesidad, yo diría que el coronel-comisario ha tomado una decisión sensata. Ahora no podríamos volver a Doctrinópolis aunque quisiéramos.

—Gracias, capitán. —Gaunt acompañó sus palabras con una inclinación de cabeza.

—¡Al diablo con sus opiniones, LeGuin! —gritó el capitán Márchese, comandante del Conquistador P48J—. ¡Al menos podemos intentarlo! ¡Eso es lo que el general y el Señor de la Guerra esperan de nosotros! Si nos quedamos aquí y luchamos, podríamos resistir hasta la semana que viene más o menos, pero una vez que llegue la flota, estaremos muertos de todos modos.

Varios oficiales, Fantasmas entre ellos, aplaudieron las palabras de Márchese.

—¡Seguimos las órdenes! ¡Cogemos las reliquias y salimos ahora! ¡Probemos suerte y luchemos contra los infardi! ¡Si perdemos, perdemos! ¡Mejor morir así, con gloria, que esperar a una muerte segura!

Los apoyos eran más numerosos.

—Capitán Márchese, debería haber sido comisario. Sabe hacer una arenga —sonrió Gaunt—, pero yo soy el comisario y soy quien está al mando. Nos quedaremos, tal como he ordenado. Nos quedamos y luchamos.

—¡Por favor, reconsidérelo, Gaunt! —gritó Kleopas.

—Pero vamos a morir, señor —dijo el sargento Meryn.

—Y de mala manera —gruñó Feygor.

—¿No nos merecemos una oportunidad, señor? —preguntó el sargento Soric enderezando su imponente humanidad, la gorra apretada en la mano.

—Todas las oportunidades del cosmos, Soric —dijo Gaunt—. Ya he considerado cuidadosamente todas las opciones y esto es lo adecuado.

—¡Está loco! —gimió Elthan. Se volvió y miró implorante a Hark—. ¡Comisario! ¡Por el Emperador! ¡Haga algo!

Hark dio un paso adelante. Todos guardaron silencio.

—Gaunt. Sé que siempre me ha considerado su enemigo. Yo sé por qué, pero el Dios-Emperador sabe que no lo soy. Siento admiración por usted desde hace años, he estudiado la forma en que tomó decisiones de mando de las que no hubieran sido capaces hombres de menor valía. Nunca le ha preocupado cuestionar las exigencias de los altos mandos.

Hark paseó la mirada por la concurrencia silenciosa y a continuación sus ojos se fijaron otra vez en Gaunt.

—Yo le conseguí esta misión, Gaunt. Llevo un año trabajando con el estado mayor del general y sé qué clase de hombre es. Quiere que usted cargue con la culpa por lo de Doctrinópolis para tapar su propia falta de aptitud para el mando.

»Después del desastre de la Ciudadela lo habría relevado a usted del mando, pero yo sabía que usted merecía mucho más y sugerí una misión final, esta guardia de honor. Pensé que le daría la oportunidad de redimirse, o al menos de acabar su carrera con una nota de respetabilidad. Incluso pensé que podría darle a Lugo tiempo para reconsiderar y cambiar de idea. Un rescate de las reliquias del Santuario en las mismas narices de unas fuerzas enemigas muy superiores en número podría transformarse incluso en una famosa victoria con una interpretación adecuada. Lugo podría acabar como un héroe y usted, en consecuencia, podría recuperar el mando.

Hark suspiró y estiró la pechera de su chaleco.

—Ahora usted incumple las órdenes y ya no hay vuelta atrás. Se va a colocar usted donde Lugo quiere que esté. Se va a transformar en el chivo expiatorio que necesita. Además, como oficial de su comisariado personal, no puedo permitirlo. No puedo permitir que siga usted al mando. Lo siento, Gaunt. He estado todo el tiempo de su parte, pero usted me obliga. Asumo el control de la guardia de honor tal como estoy autorizado a hacerlo por la orden general 145.f. La misión continuará de acuerdo con nuestras órdenes. Me gustaría que pudiera ser de otra manera, Gaunt. Mayor Rawne,

recoja las armas del coronel-comisario Gaunt.

Rawne se puso de pie lentamente. Atravesó la estancia hasta donde estaba Gaunt y entonces se puso a su lado, enfrentándose a Hark.

—No creo que eso vaya a suceder, Hark —declaró.

—Eso es insubordinación, mayor —dijo Hark entre dientes—. Siga mis instrucciones y recoja ahora mismo las armas de Gaunt o presentaré cargos contra usted.

—¿Acaso no he sido claro? —dijo Rawne—. Al diablo con usted.

Hark cerró los ojos, hizo una pausa, volvió a abrirlos y sacó su pistola de plasma, la levantó lentamente y apuntó a Rawne con ella.

—Última oportunidad, mayor.

—¿Para quién, Hark? Eche una mirada a su alrededor.

Hark miró en derredor. Una docena de armas lo estaban apuntando, sostenidas por oficiales de los Fantasmas y unos cuantos Pardus, entre ellos LeGuin y Kleopas.

Hark enfundó el arma.

—Veo que no me dejan otra opción. Si sobrevivimos, este incidente llegará a conocimiento del comisariado de la cruzada.

—Si sobrevivimos, estaré ansioso de que eso suceda —dijo Gaunt—. Ahora, preparémonos.



En medio de la ventisca nocturna, en la señal 00.02, a la entrada del desfiladero, el soldado explorador Bonin y los soldados Larkin y Lillo estaban atrincherados en un búnker de hielo. Tenían un calefactor químico en la base de la excavación, pero el frío seguía siendo feroz. Bonin vigilaba la unidad auspex portátil mientras Larkin escudriñaba la ventosa oscuridad con la mira telescópica nocturna de su láser largo. Lillo se frotaba las manos mientras esperaba junto a la ametralladora pesada montada sobre un trípode.

—Movimiento —dijo Larkin en voz baja.

—Nada en la pantalla —replicó Bonin comprobando la placa de cristal relumbrante del auspex.

—Mira por ti mismo —dijo Larkin haciéndose a un lado para que Bonin pudiera ver por la mira de su arma de francotirador.

—¿Dónde?

—Un poco a la izquierda.

—Diablos —murmuró Bonin. Resaltados en color verde fantasmagórico podían

verse borrones de luz que avanzaban hacia ellos por el camino cortado a pico. La luz deslumbrante de los faros se reflejaba en la nieve que caía.

—Los hay a montones —dijo Bonin retrocediendo.

—Y no has visto ni la mitad —musitó Lillo mirando la pantalla del auspex. Unas señales amarillo brillante se arracimaban en torno a las líneas de contorno del mapa holográfico. El contador táctico había identificado por lo menos trescientos contactos, pero el número aumentaba mientras observaban.

—Usad el transmisor —dijo Larkin—. Decidle a Gaunt que el infierno en pleno está subiendo por el desfiladero.



QUINCE

La espera

El combate en sí es una parte ínfima de la guerra.
La mayor parte de la vida del soldado es espera.

Señor de la Guerra Slaydo,
de *Tratado sobre la naturaleza de la guerra*

Cuando dejó de nevar, cerca del amanecer, la avanzadilla de los infardi inició su primer asalto del desfiladero. Sus tanques de reserva y armas autopropulsadas empezaron a bombardear, pero la mayor parte de los proyectiles no alcanzaron las murallas del Santuario. Seis SteGs y ocho Guadaña avanzaban por la nieve hacia el promontorio, y tras ellos venía a buena marcha una línea de cuatrocientos soleados.

Se encontraron con los blindados Pardus y con las secciones atrincheradas de los Primeros de Tanith. Con el casco fuera de la vista, el Vengador Gris se encargó de las cuatro primeras unidades blindadas antes de que hubieran conseguido siquiera superar el espolón. Las carrocerías ardiendo mancharon el terreno nevado de chatarra ennegrecida y fuego.

Los emplazamientos de armamento pesado abrieron fuego contra la infantería. En menos de un cuarto de hora, las blancas pendientes quedaron sembradas de muertos vestidos de color verde.

Un SteG y un AT70 lograron traspasar la defensa exterior, por detrás del alcance del Vengador Gris. Allí los recibieron y destruyeron el Corazón Destructivo de Kleopas y el P48J de Márchese.

Los infardi se replegaron.

Gaunt entró en la tienda donde los soldados Fantasmas vigilaban al oficial infardi tomado prisionero en Bhavnager. El pobre desgraciado estaba tiritando y deshecho.

Gaunt ordenó que lo soltaran y le entregó una pequeña placa de datos.

—Llévales esto a los tuyos —dijo con firmeza.

El infardi se puso de pie, se encaró con Gaunt y le escupió en la cara.

Gaunt le rompió la nariz de un puñetazo y lo hizo caer sobre la nieve.

—Llévales esto a los tuyos —repitió mientras sostenía la placa.

—¿Qué es?

—Un ultimátum para que se rindan.

El infardi se rió.

—Última oportunidad… Ve.

El infardi se puso de pie y tomó la placa. La sangre que le salía por la nariz salpicaba la nieve. Atravesó la veija y desapareció pendiente abajo.

Cuando los imperiales volvieron a verlo, estaba atado abierto de brazos y piernas en la parte delantera de un AT70 que subía la pendiente hacia la línea exterior. El tanque se detuvo como retando a los imperiales a dispararle o al menos a que repararan en él.

A continuación disparó su cañón principal. Al oficial infardi lo habían atado de modo que su torso estaba sobre la boca del cañón del tanque.

Un chorro de restos pulverizados y sangre cubrió la nieve. El AT70 se dio la vuelta y regresó a sus líneas.

—Supongo que es una respuesta en especies —le dijo Gaunt a Rawne.

* * *

En la Escalera, habiendo subido apenas una cuarta parte de la distancia, los hombres de Corbec se despertaron bajo el frío gélido de la mañana y se encontraron medio enterrados en la nieve caída durante la noche. Cada uno de ellos se había tendido en un escalón con su saco de dormir. Tiritando y con movimientos lentos se levantaron. El frío los calaba hasta los huesos. Corbec echó una mirada a la Escalera que subía serpenteante. Esto iba a ser mortal.

* * *

Durante cinco días, los infardi no volvieron a intentar el ataque. Gaunt ya empezaba a pensar que estaban esperando a la llegada de la flota. Para las tropas imperiales atrincheradas tras las defensas del Santuario, la espera se hacía insoportable.

Entonces, a mediodía del decimocuarto día de la misión, el enemigo volvió al asalto.

De la boca del desfiladero salieron carros blindados, y empezaron a lanzar proyectiles contra el Santuario. El Conquistador Reza tus Oraciones y dos Chimera, sorprendidos en la embestida inicial, cayeron. El humo del Conquistador alcanzado formaba una columna que subía hacia el cielo.

El resto de los blindados Pardus repelió el ataque y resolvió el asunto mano a mano. Los Fantasmas, encabezados por Soric y Mkoll salieron de sus trincheras y se enfrentaron a la infantería enemiga que subía por el desfiladero.

Desde sus trincheras, los francotiradores Tanith empezaron a competir. Larkin superó con facilidad a Luhan, pero Banda era otra cosa. Al ver la competencia, Cuu apostó dinero. Larkin descubrió furioso que había apostado por la chica verghastita.

Les llevó dos horas a las fuerzas imperiales rechazar el ataque. Al final quedaron exhaustos.

Al decimosexto día, los infardi volvieron a intentarlo, esta vez con mayor número de efectivos. Los proyectiles impactaron en las murallas y en la torre del Santuario. Un aluvión de fuego láser surcó el aire, cayendo sobre las filas imperiales. En cuanto vieron que causaban daño al enemigo, los infardi cargaron. Eran cinco o tal vez seis mil adeptos que avanzaban entre las filas de sus máquinas de guerra. Desde la muralla, Gaunt los vio venir.

Iba a ser un combate sangriento.

* * *

En lo alto de la implacable Escalera del Cielo, que parecía no tener fin, Corbec se detuvo para recuperar el aliento. Jamás había experimentado un agotamiento como éste, ni un dolor o una dificultad para respirar comparables. Se dejó caer de rodillas en el escalón cubierto de nieve.

—¡No… no se atreva a… a rajarse ahora! —exclamó Dorden. Su respiración se convertía en vapor mientras trataba de tirar de Corbec para que se pusiera de pie. El médico en jefe estaba delgado y demacrado, tenía la piel seca y pálida y le costaba respirar.

—Pero doctor… jamás deberíamos haberlo… intentado siquiera.

—¡No se atreva, Corbec! ¡No se atreva!

—¡Escuchen! ¡Escuchen! —dijo Daur volviéndose hacia ellos. El y Derin estaban unos cuarenta escalones por encima de ellos y se recortaban contra la blancura brillante del cielo.

Oyeron un rugido prolongado que no era el del viento incesante. Un martilleo atronador mezclado con lo que lentamente fueron identificando como voces de miles de hombres que entonaban un cántico.

Corbec se levantó. Ya no sentía los pies. Sólo le apetecía echarse y morir, pero se levantó y se apoyó en Dorden.

—Creo, viejo amigo, que tal vez hayamos llegado por fin. Y creo que hemos llegado en un momento muy movido.

Unos cuantos escalones por detrás de ellos aparecieron los demás, todos excepto Greer que últimamente se quedaba muy rezagado. Bragg y Nessa se sentaron en la nieve para recobrar el aliento. Vamberfeld jadeaba con los ojos cerrados. Milo miró a Sanian cuyo rostro exhausto estaba empañado por lo que él interpretó como pesadumbre.

En realidad era indignación.

—Es el sonido de la guerra —dijo con desesperación, pugnando por no dejarse vencer por la fatiga—. Lo sé. No basta con que la guerra llegue a mi mundo. ¡Ahora tiene que llegar aquí, al lugar más sagrado de todos, al lugar donde sólo debería reinar la paz!

Levantó la mirada hacia Dorden.

—¿Lo ve doctor? Yo tenía razón. La guerra lo consume todo y nos consume a todos. Sólo hay guerra. Lo demás ni siquiera importa.

Subieron los últimos cientos de metros de escalera que quedaban, cansados hasta el agotamiento y atenazados por el hambre y el frío, pero el hecho de saber que estaban cerca del final los animaba a hacer ese último esfuerzo.

El combate se oía cada vez más cerca, aumentado por los ecos que devolvían las montañas y el desfiladero.

Prepararon las armas con mano torpe y temblorosa y avanzaron. Corbec y Bragg iban en cabeza, subiendo un escalón tras otro.

La Escalera terminaba en una ancha plataforma rocosa cubierta de nieve en cuyo extremo se veían trazas de un antiguo muro de retención. Subían a un gran promontorio rocoso, un contrafuerte montañoso de cima plana que sobresalía de la ladera por encima de un enorme desfiladero. A la izquierda se veía una imponente estructura amurallada que no podía ser otrá cosa que el propio Santuario. Entre él y el lugar donde el ancho promontorio sobresalía de la parte alta del desfiladero, se estaba librando una batalla encarnizada. Estaban allí como espectadores, ocultos a la vista, a medio kilómetro del campo de batalla. El aire gélido de la montaña estaba lleno de humo espeso y de cenizas.

Una marea de máquinas de guerra y tropas infardi, inexorable como un glaciar, avanzaba desde la boca del desfiladero hasta el promontorio que estaba más allá de ellos. En la pendiente nevada que se extendía frente al Santuario, las fuerzas del Caos eran recibidas por los defensores imperiales. Las bombas habían horadado la muralla exterior del Santuario y había vehículos incendiados. La batalla era tan intensa que costaba entender lo que ocurría.

—Vamos —dijo Corbec.

—¿Vamos a entrar en eso? —dijo Greer con voz lastimosa—. ¡Si a duras penas podemos caminar, maldito chiflado!

—Coronel maldito chiflado para ti, amigo. No, no vamos a entrar en eso, al menos no directamente. Vamos a bordear este promontorio, pero es allí a donde vamos, y tendremos que participar tarde o temprano. Puede que no me tenga en pie, pero he hecho un camino endiabladamente largo para tomar parte en esto.



Gaunt estaba en lo más encarnizado del combate, al pie de la muralla exterior. No había estado en una lucha tan encarnizada desde Balhaut. Era tan intensa, tan directa. El ruido resultaba ensordecedor.

Cerca de él, el Executor del teniente Pauk lanzaba un haz tras otro de plasma recalentado contra las filas atacantes, dejando un reguero de cuerpos mutilados en la nieve medio derretida. Tanto el Corazón Destructivo como el Bastardo Afortunado habían agotado sus misiles y se veían reducidos a apoyar a los Fantasmas con sus armas de gran calibre y coaxiales. Brostin, Neskon y los demás portadores de

lanzallamas estaban en el flanco derecho, escupiendo chorros de fuego amarillo que dejaban la espesa capa de nieve medio derretida y hacían retroceder a los soldados infardi entre gritos, con la ropa y la carne presas de las llamas.

Las tropas imperiales mantenían su posición, pero en medio de esta confusión infernal existía siempre la posibilidad de que se perdiera la coherencia de mando mientras las fuerzas del Caos avanzaban, oleada tras oleada, contra ellos.

Gaunt vio la primera pareja de oficiales enemigos. Eran apenas unas manchas energéticas borrosas que se movían entre sus hombres, protegidas por el halo reverberante de un escudo refractor. Sólo el disparo directo de un tanque podría alcanzarlos. Contó cinco de ellos entre las gruesas hileras de enemigos que avanzaban. Cualquiera de ellos podía ser el famoso Pater Pecado que habría venido hasta aquí para cosechar su triunfo final.

—¡Denme apoyo! —gritó Gaunt al grupo de ataque que le pisaba los talones y que se lanzó al asalto, combatiendo a los infardi a veces cuerpo a cuerpo. La pistola bolter de Gaunt disparaba una y otra vez, y la espada de energía de Heironymo Sondar que empuñaba emitía su letal silbido.

Dos Fantasmas que lo flanqueaban fueron derribados. Otro se tambaleó y cayó con un brazo cortado a la altura del codo.

—¡Por Tanith! ¡Por Verghast! ¡Por Sabbat! —gritó Gaunt lanzando bocanadas de aliento humeante—. ¡Los Primeros! ¡Los Primeros de Tanith!

Contaba con apoyo conveniente a su izquierda inmediata: Caffran, Criid, Beltayn, Adare, Memmo y Mkillian. La sección del sargento Bray los flanqueaba, así como lo que quedaba de un grupo de ataque liderado por el cabo Maroy.

Mientras cercenaba vidas con su espada, Gaunt se preocupaba por el flanco derecho. Estaba seguro de que el cabo Mkteeg estaba muerto, y no había el menor rastro de la sección de Obel, ni de Soric que, junto con Mkoll, tenían mando operativo sobre aquel sector.

Ya estaba cerca de uno de los oficiales infardi que vociferaba algo, invisible dentro de su escudo energético contra el cual el fuego láser imperial no hacía mella. Valiéndose de él como cobertura móvil, la infantería ershul castigaba a los Fantasmas. Memmo se tambaleó. Un disparo en la cabeza acabó con él. Un segundo después cayó Mkillian, alcanzado en la cadera y en el muslo.

—¡Caffran! ¡Láncele una carga explosiva! —gritó Gaunt.

—¡No atravesará el escudo, señor!

—Entonces, láncela a sus pies. ¡Haga que el maldito bastardo caiga al suelo!

Caffran cogió una carga explosiva y le dio vueltas en el aire antes de lanzarla; rebotó en la nieve justo a los pies del oficial infardi y estalló con un fogonazo.

La explosión no dañó al oficial ershul, pero sí le hizo perder pie y caer mientras su espejo refractor chirriaba en contacto con la nieve.

Gaunt se lanzó de inmediato sobre él, dando alaridos y descargando repetidamente su espada de energía con ambas manos. Criid, Beltayn y Adare le pisaban los talones y disparaban una y otra vez sobre la protección corporal del ershul.

La espada de energía tocó el escudo refractor, que era un modelo fabricado en las plantas del Mechanicus contaminadas por el Caos en el mundo-forja Ermune. Era poderosa y eficaz. La espada de energía era tan antigua que nadie sabía de dónde procedía, pero pinchó el escudo como una aguja que atraviesa una ampolla.

La reverberante protección energética se desvaneció y la espada de Gaunt siguió su trayectoria, atravesando al infardi que apareció dentro y que no dejaba de chillar.

Gaunt arrancó la espada y se puso de pie. Los infardi que había en las inmediaciones y que todavía no habían sido derribados por sus Fantasmas retrocedieron y salieron corriendo presas del pánico. Al matar al oficial ante sus propios ojos, Gaunt había quebrantado su confianza ciega.

Sin embargo, eso no fue más que un diminuto triunfo dentro de una batalla de proporciones ingentes. El mayor Rawne, al mando de las unidades más próximas a la entrada principal, no encontraba tregua en el asalto. Los infardi se lanzaban contra su posición con la misma velocidad con que sus tropas situadas en las trincheras o parapetadas en la muralla disparaban sobre ellos. Una hilera de armas autopropulsadas se abría camino detrás de la infantería enemiga, y ahora sus disparos atravesaban el aire y levantaban grandes cortinas de nieve y íuego. Dos bombas cayeron dentro de la muralla y otra impactó sobre la propia pared abriendo un boquete de diez metros.

Rawne vio que el Vengador Gris avanzaba sobre la nieve, lanzando ráfagas titánicas de fuego láser sobre los cañones del Usurpador. Uno fue alcanzado y voló por los aires en medio de una enorme nube en forma de hongo. Los misiles golpeaban y rebotaban en el casco del Vengador. El León de Pardua aplastó sin miramientos a un titubeante grupo de infantería infardi, con la pala en posición baja, mientras procuraba también alcanzar de un disparo las ametralladoras pesadas del enemigo. La descarga de un tanque salido del Emperador sabe dónde destruyó su oruga derecha y se vio forzado a detenerse. Los vociferantes infardi lo rodearon por todas partes y tomaron el vehículo por asalto cubriendo de verde el tanque inmovilizado. Rawne trató de dirigir parte del fuego de sus hombres para ayudar al Conquistador, pero no tenían alcance suficiente y ellos también estaban rodeados. Abrieron las escotillas del tanque a tiros o con explosivos, y la turba infardi arrastró fuera a la tripulación del León que no paraba de gritar.

—¡Cielos, no! —dijo Rawne con la voz entrecortada mientras su aliento se convertía en vapor.

Sin previa advertencia, otro tanque disparó sobre el León y lo destripó, haciendo

volar con él a varias docenas de infardi. Al parecer, lo único que le importaba al enemigo era acabar con las unidades blindadas imperiales.

En una trinchera abierta en la nieve, a diez metros a la izquierda del mayor, Larkin profirió una maldición.

—¡Cubridme! —gritó retirándose de su posición de disparo. Los soldados Cuu y Tokar se adelantaron y echándose a tierra al lado de Banda siguieron disparando.

El cañón del láser largo de Larkin había fallado. Desatornilló el supresor del fogonazo y a continuación dio media vuelta al cañón estropeado y tiró de él. Larkin era tan ducho en esta tarea que podía cambiar los cañones reforzados del XC 52/3 en menos de un minuto, pero en esta ocasión su reserva de recambios se había agotado.

—¡Por Feth! —se arrastró hasta donde estaba Banda mientras los disparos volaban por encima de su cabeza—. ¡Verghast! ¿Dónde están tus cañones de recambio?

Banda soltó otro disparo y a continuación buscó con la mano y abrió el cierre de su mochila.

—¡Ahí dentro! ¡En uno de los laterales!

Larkin rebuscó dentro y sacó un rollo de tela. Dentro había tres XC 52/3.

—¿Es todo lo que tienes?

—Es todo lo que Twenish llevaba encima.

Larkin colocó uno, comprobó la alineación y volvió a atornillar el supresor.

—¡No van a durar nada a este paso! —gruñó.

—Debería haber más en el almacén de munición, Tanith —dijo Cuu colocando una nueva batería de energía en su arma.

—Ya, pero ¿quién va a volver al Santuario a buscarlos?

—Es un detalle —murmuró Cuu.

Larkin se sopló las manos cubiertas con mitones y empezó a disparar otra vez.

—¿Cuántos llevas? —le susurró a Banda.

—Veintitrés —dijo la chica sin volver la vista.

Sólo dos menos que él. Diablos. Sí que era buena.

Pero ¿cómo no acumular puntos cuando había tantos malditos blancos a los que disparar?

Rawne hizo avanzar a un grupo de ataque hasta donde alcanzaba la cobertura que ofrecía uno de sus propios Chimera en llamas. Lillo, Gutes, Cocoer y Baen se dejaron caer a su lado en la nieve sucia, disparando a través del humo espeso que salía de la máquina. Un momento después, Luhan, Filain, Caill y Mazzedo se acercaron y proporcionaron un eficaz fuego cruzado bajo las órdenes de Feygor.

Rawne hizo señas a un tercer grupo, formado por Orul, Sangul, Dorro, Raess y Muril, de que rodearan el otro extremo del Chimera. Estaban llegando a la posición cuando hubo un contraataque infardi. Dos disparos de un AT70 estallaron como

pequeños volcanes entre ellos y Filain y Mazzedo murieron instantáneamente. Cocoer fue alcanzado por un trozo de chatarra y cayó al suelo gritando. El contacto de su sangre caliente con el aire frío hacía brotar vapor. Gutes y Baen corrieron para arrastrar al gimiente y sangrante Tanith y ponerlo a cubierto, pero Gutes fue herido en la pierna por una ráfaga de láser. Baen se volvió sorprendido y recibió dos disparos en la región lumbar. Levantó los brazos y cayó de bruces.

Por la izquierda aparecieron soldados infardi disparando. En el salvaje tiroteo que siguió, primero Orul y después Sangul resultaron muertos con grandes heridas en el torso. Dorro consiguió poner a cubierto a Baen y a Cocoer y a continuación él mismo fue herido en la mandíbula con tal fuerza que el disparo a punto estuvo de arrancarle la cabeza.

Rawne se encontró bloqueado junto con Luhan, Lillo, Feygor y Caill y disparando en apoyo de Raess y Muril que estaban más cerca del trío de Fantasmas heridos.

—¡Tres! ¡Aquí tres! ¡Estamos acorralados!

Los restos ennegrecidos de un transporte de tropas del Munitorium que estaba a cincuenta metros por delante de ellos empezaron a moverse y a deshacerse empujados de lado por algo de gran tamaño. Rawne se sintió aliviado, seguro de que era uno de los Conquistadores Pardus, pero no lo era. Era un SteG4 que se arrastraba por el manto de nieve con las cubiertas llenas de nieve derretida, aceite y sangre.

—¡Demonios! ¡Atrás! ¡Atrás!

—¿Atrás a dónde, señor? —se quejó Lillo.

El SteG disparó y el proyectil salió zumbando y atravesó los restos del Chimera.

Un ruido escalofriante surgió detrás de la posición de Rawne, en parte chillido animal, en parte silbido neumático, un sonido que pasó del alto al bajo. El disparo de una poderosa arma de onda dirigida penetró en la parte frontal del SteG y una llama presurizada voló los paneles laterales. El vehículo dio algunos tumbos hasta detenerse soltando una humareda.

—¡Repliégúese! ¡Despeje! —le gritó a Rawne el comisario Hark mientras disparaba otra vez al centro de un pelotón infardi que cargaba contra ellos. Entre los dos cargaron y arrastraron a Gutes, Cocoer y Baen veinte metros hacia atrás hasta llegar a la trinchera más próxima.

—Me sorprende verlo —fue el único comentario que hizo Rawne.

—Seguro que sí, mayor, pero no me iba a quedar sentado en el Santuario esperando el fin.

—No habría tenido que esperar mucho, comisario —dijo Rawne, cambiando su cargador—. Estoy seguro de que se alegrará al saber que ya está aquí. La última actuación de Gaunt y sus Fantasmas.

—Yo… —empezó a decir Hark, pero guardó silencio. Como comisario, aunque impopular y rechazado, su principal obligación era arengar, inspirar a los hombres y

sofocar ese tipo de comentarios. Sin embargo, no pudo hacerlo. Mirando a las fuerzas que avanzaban arrolladoramente para aplastarlos y masacrarlos, no había posibilidad de negarlo.

Aquel mayor de sangre fría tenía razón.

En lo más crudo de la batalla, también Gaunt tuvo la certeza. Los hombres caían como moscas. Vio a Caffran, herido en una pierna, al que Criid arrastraba tratando de ponerlo a cubierto. Vio cómo Adare, alcanzado por dos disparos, se sacudía y caía. Vio a dos Fantasmas verghastitas lanzados al aire por la explosión de una granada. A punto estuvo de caer encima del cadáver rígido del soldado Brhel. La sangre que salía de sus heridas, congelada, relucía como piedras preciosas.

Una ráfaga de láser alcanzó a Gaunt en el brazo izquierdo y lo hizo tambalearse. Otra atravesó los faldones de su chubasquero.

—¡Primeros de Tanith! —gritó, con su respiración humeante—. ¡Primeros de Tanith!

Algo pasó en el cielo que de un blanco puro pasó a un amarillo fulgurante en un remolino de nubes. Un viento repentino, casi caliente, barrió el desfiladero.

—¿Qué diablos es eso? —murmuró Banda.

—Oh, no —musitó Larkin—. La locura del Caos. La maldita locura del Caos.

Auroras silenciosas de color púrpura y escarlata reverberaron en el cielo. Unos borrones carmesíes se arremolinaron y mancharon el cielo como la tinta cuando cae en el agua. Relámpagos de desgarradora luz violeta crepitaron y estallaron, acompañados de truenos tan fuertes que la montaña se estremeció.

La feroz batalla cesó. Ante el diluvio alienígena, los infardi huyeron en desbandada por el desfiladero, abandonando en su huida a sus heridos y su chatarra. El masivo éxodo fue tan repentino que los accesos al Santuario quedaron despejados en menos de diez minutos.

Las fuerzas imperiales se encogían aterrorizadas bajo el espectáculo de las luminarias. Los motores de los vehículos se pararon. Los radiotransmisores se hundieron en un mar de interferencias y corrientes estáticas. Muchos soldados se arrancaron los auriculares con gestos de dolor. El oficial de radio Raglon sangraba por los oídos cuando consiguió arrancarse los cascos. El aire estaba cargado de una corriente estática incontrolada que chisporroteaba en las armas y ponía los pelos de punta. Un fuego de San Telmo de color verdoso y unas bolas relampagueantes serpenteaban y chisporroteaban entre los aleros y tejados del Santuario.

Enfrentada a la derrota final, algo había salvado a Gaunt y a su guardia de honor, o al menos le había concedido un indulto temporal.

Por irónico que resultara, ese algo era el Caos.

* * *

—He consultado a los sensitivos y psíquicos-adeptos del monasterio —dijo el ayatani-ayt Cortona—. Fue una tormenta de disformidad, un flujo del empíreo que está afectando a todo el espacio próximo a Hagia.

Gaunt estaba sentado en un taburete en el salón principal del Santuario, con el torso desnudo mientras el oficial médico Lesp le suturaba y vendaba el brazo.

—¿La causa?

—La flota del archienemigo —respondió Cortona.

—Pero se supone que no tendría que llegar hasta dentro de cinco días —dijo Gaunt enarcando una ceja.

—No creo que haya llegado, pero una flota de esas proporciones moviéndose por el éter puede crear una perturbación enorme, semejante a la ola que produce un gran barco, y desplazar delante de sí los remolinos y torbellinos de la disformidad.

—¿Y esa ola acaba de romper sobre Hagia? Ya entiendo. —Gaunt se puso de pie y flexionó su brazo vendado—. Gracias, Lesp. Un zurcido impecable, como siempre.

—Señor, supongo que no tiene sentido aconsejarle que tiene que descansar.

—No, no lo tiene. Si salimos de ésta, descansaré todo lo que usted quiera.

—Señor.

—Ahora vaya a la estación de clasificación y haga un buen trabajo. Hay muchos más necesitados que yo.

Lesp saludó, reunió su equipo médico y salió rápidamente. Mientras se ponía la camiseta, Gaunt caminó con Cortona hasta uno de los postigos abiertos y observó la furia enardecida y maligna del cielo por encima de las Colinas Sagradas.

—Ya no hay forma de abandonar el planeta.

—¿Cómo dice, coronel-comisario?

Gaunt se volvió y miró al anciano y alto sacerdote.

—Esta tormenta no tiene nada de bueno, ayatani-ayt, pero al menos de ella se deriva alguna satisfacción. Si hubiera obedecido las órdenes y regresado a Doctrinópolis, no habría llegado hasta mañana por muy buenas que hubieran sido las condiciones. De modo que aunque habría llegado antes de la fecha tope de evacuación, habría estado igualmente atrapado.

—Como sin duda lo estarán Lugo y otros cientos de naves —dijo Hark que apareció de repente y se metió en la conversación. Muy típico de Hark eso de entrar sin anunciarse.

—Parece casi complacido, Hark.

—Hagia está a punto de ser barrida del espacio, señor. Complacido no es la palabra correcta, pero, al igual que usted, apuesto a que hay algo de cruel satisfacción

en la idea de que el general Lugo sufra junto con nosotros.

Gaunt empezó a abotonarse los alamares de su guerrera.

—El mayor Rawne, otra de sus bestias negras, me dijo que había tenido usted una brillante actuación en la batalla. Que los había salvado a él y a muchos otros.

—No pretendí servirlo a usted, sino al Trono Dorado de Terra. Soy un soldado del Imperio y me comportaré con dignidad hasta la muerte, el Emperador nos proteja.

—El Emperador nos proteja —asintió Gaunt—. Mire, comisario…, independientemente de lo que valga, no tengo la menor duda sobre su coraje, lealtad o capacidad. Ha luchado usted bien todo este tiempo. Ha intentado cumplir con su deber, aunque no siempre me haya gustado. Reconozco que hizo falta mucho valor para enfrentarse a mí y tratar de despojarme del mando.

—El valor no tuvo nada que ver con aquello.

—El valor lo tuvo todo que ver con aquello. Quiero que sepa que no emitiré un informe negativo de usted… si llego y cuando llegue a hacerlo. No importa el tipo de informe que usted tenga pensado, no le guardo rencor. Siempre me he tomado con absoluta seriedad mi deber para con el Emperador. Endiabladamente en serio. ¿Cómo podría tomar a mal que otro hombre haga lo mismo?

—Le… agradezco tanta franqueza y amabilidad. Desearía que las cosas hubieran sido… y pudieran ser… distintas todavía entre nosotros. Hubiera sido para mí un placer servir con usted y con los Primeros de Tanith sin esta sombra de resentimiento que se cierne sobre mí.

Gaunt le tendió la mano y Hark la estrechó.

—Yo pienso lo mismo.

Las puertas del salón se abrieron de golpe y un aire helado se coló en la estancia al entrar el mayor Kleopas, el capitán LeGuin, el capitán Márchese y los oficiales Fantasmas Soric, Mkoll, Bray, Meryn, Theiss y Obel. Todos golpearon el suelo con sus botas y se sacudieron de las mangas los copos de nieve.

—Venga conmigo —le dijo Gaunt a Hark. Ambos se reunieron con los oficiales.

—Caballeros ¿dónde está Rawne?

—Hubo una alerta en el exterior del recinto, señor. Fue a comprobar de qué se trataba —dijo Meryn.

Gaunt hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Se sabe algo del cabo Mkteeg?

—Lo encontraron vivo, pero malherido. Sólo dos hombres de su escuadrón se salvaron de la matanza —dijo Soric.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó el cabo Obel—. ¿Qué fue lo que hizo que se retiraran los infardi? Creí que ya nos tenían acorralados, de veras que lo creí.

—Y así era, cabo. Sinceramente, así hubiera sido a no ser por la más maldita de las suertes. —Gaunt explicó rápidamente los efectos de la tormenta hasta donde él los

entendía—. Creo que esta repentina tormenta de disformidad conmocionó a los ershul. Tal vez pensaron que era alguna señal apocalíptica de sus Dioses Oscuros y simplemente… perdieron su oportunidad. Por supuesto que es una señal apocalíptica de sus Dioses Oscuros, ése es el aspecto negativo. Una vez que se reagrupen, volverán, y yo diría que con fuerzas renovadas. Ya sabrán para entonces que el todopoderoso infierno viene en su ayuda.

—Entonces ¿van a volver al asalto? —preguntó Márchese.

—Yo apostaría que antes del anochecer, capitán. Debemos reestructurar la distribución de nuestras fuerzas para repeler el próximo ataque de los ershul.

—¿Es así como los llamamos ahora, señor? —preguntó el oficial Soric.

—Puede llamarlos como quiera, Soric.

—¿Bastardos? —sugirió Kleopas.

—¿Gusanos chupaescoria de la disformidad? —dijo Theiss.

—¿Dianas? —apuntó Mkoll con toda sencillez.

Todos rieron.

—Lo que les resulte más funcional —dijo Gaunt. Al menos todavía les quedaba un poco de moral.

—¿Bray? ¿Obel? Lleven esa mesa hacia allá. Capitán LeGuin, veo que ha traído mapas. Pongámonos a trabajar.

No habían hecho más que extender los mapas del cazador de tanques cuando el receptor de voz de Gaunt empezó a pitar.

—Uno, adelante.

Era el oficial de radio Beltayn.

—El mayor Rawne le pide que venga al frente, señor. Algo disparatado.

—¡Disparatado! Siempre esa palabra, como restando importancia. ¿De qué se trata esta yez, Beltayn?

—Señor…, ¡es el coronel, señor!



Gaunt bajó corriendo los escalones y atravesó el espacio nevado que había entre las murallas interior y exterior hacia la puerta.

Rawne y un pelotón estaban entrando en aquel momento y traían consigo a diez figuras demacradas, vacilantes, cubiertas de mugre y escarcha, agotadas y medio muertas de hambre.

Gaunt se detuvo. No daba crédito a sus ojos.

El soldado Derin, «Prueba otra Vez» Bragg. Los verghastitas Vamberfeld y Nessa.

El capitán Daur que cargaba con un oficial Pardus medio muerto al que Gaunt no conocía. Dorden… ¡Gran Dios-Emperador! Y Milo, a quien el Emperador proteja, que llevaba en brazos a una chica hagiana.

Y allí, encabezando el grupo, el coronel Colm Corbec.

—¿Colm? Colm ¿qué diablos está haciendo aquí?

—¿Nos… nos hemos perdido toda la diversión, señor? —preguntó Corbec en un susurro antes de caer redondo sobre la nieve.



DIECISÉIS

Los infardi

Fue siempre la mayor de sus armas. Supongo que la llamarían sorpresa. La magnitud de su capacidad para hacer que sucediera lo inesperado. Para dar la vuelta a una situación, incluso la peor de las derrotas. Lo vi suceder muchas veces. Algo surgido de la nada. El triunfo surgido del desastre. Hasta el mismísimo final, cuando ya no pudo hacer sus milagros. Entonces cayó.

Señor de la Guerra Kiodrus,

de *El sendero de las nueve heridas:*

Una historia de servicio con la Santa

Cayó la noche del decimosexto día, aunque no era noche propiamente dicha. La vorágine ascendente de la tormenta de disformidad iluminó el cielo por encima del Santuario con impulsos y ciclones de luz caleidoscópica y espectros electromagnéticos. Había dejado de nevar, y bajo el resplandor silencioso y destellante, los imperiales sitiados montaban guardia dispuestos para el combate, observando el reflejo de unas luces coloridas y cambiantes sobre la tierra nevada y el hielo de las Colinas Sagradas.

Era el momento más silencioso, casi tranquilo. El vivido colorido se agitaba y se expandía, crecía y menguaba en el cielo. Había apenas una brisa. Puede que como resultado de los remolinos de disformidad, la temperatura había subido algo por encima de cero.

En una antesala del monasterio, los ayatani encendían con cuidado las lámparas de aceite y a continuación salían sin una palabra.

Gaunt puso su gorra y sus guantes en una mesa auxiliar.

—Estoy… muy contento de tenerlo aquí, pero el comisario que llevo dentro quiere saber por qué. ¡Por Feth, Colm! ¡Usted estaba herido y tenía órdenes de evacuar!

Corbec se recostó en una especie de triclinio debajo de los postigos cerrados pintados de rojo brillante, envuelto en su capa de camuflaje como si fuera un chal y con una taza de caldo caliente entre las manos.

—Ambas cosas son ciertas, señor. Me temo que realmente no puedo explicarlo.

—¿No puede explicarlo?

—No, señor. No sin parecer tan loco como para que haga que me pongan grilletes y me encierren inmediatamente en una habitación acolchada.

—Corramos ese riesgo —dijo Gaunt. Se había servido una copa de sacra pero se dio cuenta de que realmente no le apetecía. Se la ofreció a Rawne que sacudió la cabeza y luego a Dorden, que la aceptó y empezó a bebería a sorbos. El médico en jefe de los Tanith estaba sentado cerca del fuego central. Gaunt nunca lo había visto con un aspecto tan viejo y cansado.

—Dígaselo, Colm —dijo Dorden—. Maldita sea, dígaselo. Yo tampoco le creí en el primer momento ¿recuerda?

—Sí, es cierto. —Colm tomó un sorbo de su caldo, lo dejó y sacó una caja de cigarros del bolsillo trasero. Ofreció a todos.

—Si me permite —dijo el ayatani Zweil levantándose de su estera para coger uno. Corbec se lo encendió con una sonrisa sorprendida.

—No he fumado uno desde hace años —sonrió Zweil saboreando las primeras bocanadas—. ¿Qué es lo peor que puede hacerme? ¿Matarme?

—La menor de sus preocupaciones por ahora, padre —dijo Rawne.

—Bien cierto.

—Estoy esperando, Colm —insistió Gaunt.

—Yo… eh… veamos… la mejor manera de decirlo… Yo… bueno, la cuestión es que… al principio…

—La Santa le habló —dijo Dorden abruptamente.

A Zweil le dio un ataque de tos. Corbec se inclinó para dar unas palmadas al anciano sacerdote en la espalda.

—¿Corbec? —gruñó Gaunt.

—Bueno, es cierto ¿verdad? —dijo Dorden. Se volvió hacia Gaunt y Rawne—. Ustedes dos no me miren así. Sé que suena descabellado. Así me sentí cuando Colm me lo contó. Pero piensen en esto… En el nombre del buen Dios-Emperador ¿qué podría inducir a un hombre viejo como yo a recorrer todo este camino? ¿Eh? A punto estuvo de acabar conmigo esa maldita Escalera del Cielo. Casi acaba con todos, y ninguno de nosotros está loco. Ninguno. Ni siquiera Colm.

—Oh, gracias por eso —dijo Corbec.

—Necesito saber más —comenzó Gaunt.

—Mucho más —exigió Rawne que después de todo pensó que necesitaba un trago.

—He tenido unos sueños. Soñaba con ni padre, allá en Tanith, en el condado de Pryze —dijo Corbec.

—Ajá, allá vamos… —intervino Rawne.

—¡Salga fuera si no está dispuesto a escuchar! —Dorden sonó definitivo. Rawne se encogió de hombros y se sentó. El buen médico nunca le había hablado así.

—Trataba de decirme algo —prosiguió Corbec—. Esto fue justo después de haber caído en las garras de ese Pater Pecado.

—¿Un trauma? —sugirió Gaunt.

—Oh, es probable. Si eso se lo pone más fácil puede suponer que hice estos trescientos malditos kilómetros sólo porque quería estar con usted en la última misión de los Fantasmas. Y éstos estaban lo bastante locos como para seguirme.

—Eso es más fácil de entender —dijo Rawne.

—De acuerdo, mayor —intervino Gaunt—. Pero denos el gusto de contarnos el resto, Corbec.

—A través de mi padre, en mis sueños, la Santa me llamó. No puedo probarlo, pero es cierto. Me llamó. No sabía qué hacer, pensaba que me estaba volviendo loco. Entonces descubrí que a Daur le pasaba lo mismo. Desde el momento en que lo habían herido lo había perseguido esta obsesión, esta ansiedad que no lo quería abandonar, por más que quisiera librarse de ella.

—¿Capitán? —preguntó Gaunt. Daur estaba sentado en un rincón y no había dicho nada hasta entonces. El frío y el agotamiento de este arduo viaje habían resultado fatales para su herida y su estado de debilidad.

—Es como lo describe el coronel. Yo tenía una… una sensación.

—Bien —dijo Gaunt. Se volvió hacia Corbec—. Y entonces ¿qué? ¿Esa sensación fue tan fuerte que usted y Daur desobedecieron las órdenes, desertaron y trajeron a los demás con ustedes?

—Más o menos —admitió Corbec.

—Desobedecer órdenes… ¿Dónde he oído eso recientemente? —murmuró Zweil volviendo a encender su cigarro.

—Cállese, padre —dijo Gaunt.

—Corbec me contó lo que estaba pasando —dijo Dorden tranquilamente—. Me contó lo que tenía en la cabeza y lo que pensaba hacer. Yo sabía que estaba tratando de reunir soldados físicamente capacitados para que fueran con él. Traté de disuadirlo, pero…

—¿Pero?

—Pero para entonces la Santa también me había hablado a mí.

—¡Por Feth! —exclamó Rawne.

—¿También le habló a usted, Tolin? —preguntó Gaunt sin inmutarse.

Dorden asintió.

—Sé lo que parece, pero yo había estado soñando con mi hijo Mikal.

—Es comprensible, doctor. Fue una pérdida terrible para los Fantasmas y para usted.

—Gracias, señor, pero cuanto más me hablaba Corbec de sus sueños, más me daba cuenta de que se parecían a los míos. Su padre muerto. Mi hijo muerto. Ambos venían con un mensaje. Al capitán Daur le pasó lo mismo, pero de otra manera. Alguien… algo… estaba tratando de comunicarse con nosotros.

—¿Y por eso desertaron los tres?

—Sí, señor —respondió Daur.

—Lo lamento, señor —dijo Corbec.

Gaunt dio un largo suspiro mientras los miraba.

—¿Y los demás? ¿También habló con ellos?

—No que yo sepa —dijo Corbec—. A ellos los reclutamos nosotros. Milo había llegado con los heridos y deseaba desesperadamente reunirse con la compañía, de modo que resultó fácil convencerlo. Él trajo a la chica, Sanian es su nombre. Es una esholi. Sabíamos que necesitábamos a alguien que conociera el lugar. De no haber sido por ella, a estas alturas ya habríamos muerto varias veces. Nos habrían matado o estaríamos congelados en medio de la montaña.

—Ella encontró nuestro camino —bromeó Dorden con gesto sombrío—. Sólo ruego al Trono Dorado que pueda encontrar el suyo ahora.

—Bragg, bueno, ya sabe, «Prueba otra vez». Él haría cualquier cosa que yo le pidiera —dijo Corbec—. Estaba tan ansioso de ayudar. Derin, lo mismo. Vamberfeld,

Nessa. Cuando hay un coronel, un capitán y un médico en jefe que le piden a uno que no respete las normas y los ayude a salir de algo, que les plantea una cuestión de vida o muerte, creo que no se duda. Ninguno de ellos tiene la culpa y no deben ser castigados. Realmente lo dieron todo por usted.

—¿Por mí? —se asombró Gaunt.

—Fue por eso que lo hicieron. Los habíamos convencido de que era una misión a vida o muerte, que estaba por encima de cualquier tipo de órdenes. Que usted lo habría aprobado. Que usted lo habría querido así. Que era por el bien de los Fantasmas y del Imperio.

—Dice que tuvo que convencerlos, Corbec —dijo Rawne—. Eso implica que tuvo que mentir.

—Ninguno de nosotros mintió, mayor —fue la respuesta directa de Dorden—. Sabíamos lo que teníamos que hacer y se lo dijimos a ellos. Nos siguieron porque son Fantasmas leales.

—¿Y qué me dicen del Pardus… del sargento Greer? ¿Se llama así?

—Necesitábamos un conductor, señor —dijo Daur—. Había conocido a Greer poco tiempo antes. No me costó mucho convencerlo.

—¿Le dijo lo de la Santa y sus mensajes?

—Sí, señor. Obviamente, no me creyó.

—Obviamente —repitió Rawne.

—Entonces yo… —Daur vaciló, avergonzado—. Le dije que desertábamos para ir a rescatar un tesoro de oro ayatani en las Colinas Sagradas. Entonces vino de buena gana. Fue así de sencillo. —Daur chasqueó los dedos.

—¡Por fin! —dijo Rawne volviendo a llenar su vaso—. Una motivación creíble.

—¿Hay un tesoro de oro ayatani en las Colinas Sagradas? —preguntó Zweil haciendo distraídamente unos perfectos anillos de humo.

—No lo creo, padre —dijo Daur con gesto compungido.

—Ah, bien. No me gustaría ser el último en enterarme.

Gaunt se sentó en un taburete junto a la puerta con gesto preocupado y volvió a ponerse de pie enseguida. Corbec se dio cuenta de que estaba nervioso, crispado.

—Lo siento, Ibram… —empezó.

Gaunt alzó una mano con gesto autoritario.

—No se moleste, Colm. Quiero que me diga algo… Si llego a creerme un milímetro de esta historia milagrosa… ¿Qué va a suceder ahora? ¿Para qué están aquí todos ustedes?

Corbec miró a Dorden que se encogió de hombros. Daur se cogió la cabeza entre las manos.

—Ahí es donde todos perdemos la credibilidad, señor —dijo Corbec.

—¿Es ahí donde sucede? —Rawne rió entre dientes—. Perdóneme, Gaunt, pero

creo que ese momento ya llegó hace rato.

—Puede ser, mayor. ¿De modo que… ninguno de ustedes tiene la menor idea de lo que se supone que están haciendo aquí?

—No, señor —respondió Daur.

—Ni la menor idea —añadió Corbec.

—Lo siento —dijo Dorden.

—Muy bien —replicó Gaunt—. Ahora deben volver a los alojamientos que se han dispuesto para ustedes y dormir un poco.

Los tres miembros del Carro de los Heridos asintieron y se dispusieron a obedecer.

—¡Oh no, no, no! —intervino Zweil de repente—. ¡Ahí no acaba todo! ¡De ninguna manera!

—Padre —empezó Gaunt—. Es tarde y todos vamos a morir por la mañana. Dejémoslo así.

—No estoy dispuesto —dijo Zweil. Aplastó lo que quedaba de su cigarro en un plato—. Buen cigarro, coronel. Gracias. Ahora siéntese y cuénteme más.

—No es el momento, padre —dijo Gaunt.

—Es el momento. Si no lo es no sé qué diablos es. ¡La Santa les habló a estos hombres y los envió en pos de nosotros por una causa santa!

—¡Por favor! —dijo Rawne agriamente.

—¡Una causa santa! ¡Le guste o no, lo crea o no, estos hombres son infardi!

—¿Que son qué? —gritó Rawne poniéndose de pie de un salto mientras echaba mano a su pistola láser.

—¡Infardi! ¡Infardi! ¿Cuál es la palabra que ustedes usan para ello…? ¡Peregrinos! ¡Son unos malditos peregrinos! ¡Han hecho todo este camino en nombre de la Santa beata! ¡No los desprecie!

—Siéntese, Rawne y deje su arma. ¿Qué sugiere que hagamos, padre Zweil?

—Hágales la pregunta obvia, coronel-comisario.

—¿Cuál es?

—¿Qué les dijo la Santa?

Gaunt se pasó las manos por el pelo bien cortado.

—Muy bien. Para que quede claro… ¿Qué les dijo la Santa?

—Sabbat Mártir. —Dorden, Corbec y Daur respondieron al mismo tiempo.

Gaunt se sentó de golpe.

—Oh sagrado Feth —murmuró.

—¿Señor? —inquirió Rawne poniéndose de pie—. ¿Qué significa eso?

—Eso significa que tal vez me haya hablado también a mí.

* * *

—¿Sanian? —llamó Milo mientras enfilaba los oscuros corredores del Santuario.

Afuera, el viento aullaba penetrando por los huecos de ventilación. Por las ventanas entraba la extraña luz producida por la tormenta de disformidad que se reflejaba en el techo. Milo vio una figura sentada en uno de los bancos del pasillo.

—¿Sanian?

—Hola, Milo.

—¿Qué estás haciendo?

Veía perfectamente lo que estaba haciendo. Con manos torpes e inexpertas estaba desmontando y montando un rifle láser imperial.

Sanian levantó la vista al ver que se acercaba, dejó la recámara y el trozo de tela sucia e impetuosamente le dio un beso en la mejilla. Sus dedos le dejaron un rastro de aceite en el mentón.

—¿Y eso por qué?

—Por haberme ayudado.

—Ayudarte ¿a qué?

La respuesta no llegó inmediatamente. Estaba tratando de atornillar el cañón del rifle al revés.

—Déjame a mí —dijo Milo echando mano del arma—. ¿En qué te he ayudado, entonces?

Ella observó mientras las manos expertas del muchacho montaban el mecanismo.

—Que la Santa te bendiga, Brin. Que te bendiga.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho? —preguntó Milo mientras ella le quitaba el rifle de las manos.

—Tú —sonrió Sanian—. Tú y tus Fantasmas. Gracias a vosotros encontré mi camino. Ya no soy una esholi. Veo el futuro. Al fin veo mi camino.

—¿Tu camino? ¿Y cuál es?

Fuera, la tormenta de disformidad burbujeaba en el cielo nocturno.

—El único camino posible —respondió.



—¡Lo siento, pero esto es una locura! —gritó Rawne apresurándose para alcanzar a Gaunt, Corbec, Zweil y Daur que a grandes zancadas atravesaban los largos claustros en dirección al santo sepulcro.

—¿Qué es toda esta conmoción? —preguntó un ayatani que salió por una puerta interior.

—Vuelva a la cama —le dijo Zweil sin detenerse.

Gaunt se paró en seco y todos los que venían detrás chocaron con él.

—¡Rawne tiene razón! ¡Esto es una maldita estupidez! ¡No tiene sentido!

—Usted mismo dijo que una voz le murmuró varias veces Sabbat Mártir —le recordó Dorden.

—¡Y así fue! ¡Creo que lo hizo! ¡Por Feth! ¡Es una locura!

—¿Cuánto tiempo hemos pensado eso? —Dorden miró a Corbec.

—No importa que parezca una locura —dijo Zweil—. Entren ahí. ¡En el sepulcro! ¡Pónganse a prueba!

—¡Yo ya estuve ahí! ¡Usted lo sabe! —dijo Gaunt.

—Usted solo, tal vez, pero no con estos otros infardi.

—Quisiera que dejara de usar esa palabra —dijo Rawne.

—Y yo que usted se largara —le replicó Zweil.

—¡Basta ya! ¡Todos ustedes! —gritó Gaunt—. Entremos y veamos lo que pasa…



—¿Vambs? —Bragg hablaba en voz baja mientras abría la puerta roja del sepulcro. No estaba seguro de dónde estaba, pero tenía todo el aspecto de ser un lugar donde no debería estar.

La cámara estaba oscura, en el aire había humo y el suelo estaba impecablemente limpio. Bragg avanzó por las baldosas relucientes con cuidado. Parecían valiosas, demasiado valiosas para sus grandes botas.

—¿Vambs? ¿Compañero?

Unos hologramas espeluznantes de Marines Espaciales lo miraban amenazadores desde las hornacinas de las paredes negras.

—¡Por Feth! ¿Vambs?

Detrás del pulimentado altar y bajo un gran capuchón de un material que a Bragg le pareció hueso, vio a Vamberfeld inclinado en la penumbra sobre un pequeño cofre de madera.

—¿Vambs? —Bragg se acercó al altar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Mira, Bragg! —Vamberfeld levantó un objeto que había sacado del cofre—. ¡Es su cayado! ¡El cayado que la propia Sabbat usaba para guiar sus quelones al mercado!

—Estupendo. Vaya… creo que deberías ponerlo donde estaba… —dijo Bragg.

—¿Tú crees? Tal vez. ¡De todos modos, mira, Bragg! ¿Te acuerdas del cayado roto

que encontré? ¡Casa perfectamente con la vara rota que tienen aquí! ¿Puedes creerlo? ¡Perfectamente! ¡Creo que he encontrado un trozo del auténtico cayado de la santa!

—Creo que debería llevarte al médico, compañero —dijo Bragg con cautela—. No deberíamos estar aquí.

—Creo que debemos. Creo que yo debo.

La puerta del sepulcro se abrió a sus espaldas.

—Diablos, viene alguien —dijo Bragg preocupado—. Quédate aquí. No toques nada ¿de acuerdo? Nada. —Regresó a la zona principal del sepulcro.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —Vamberfeld oyó que Bragg preguntaba unos segundos después.

Se volvió y apartó la vista del sombrío relicario. Su amigo Bragg estaba hablando con alguien.

—Lo mismo que tú, Tanith. He venido a por el oro.

—¿El oro? ¿De qué maldito oro me hablas? —oyó que respondía Bragg.

—¡No me jodas, grandullón! —respondió el otro.

—No pretendo joderte. Deja el arma, Greer. Esto ya no tiene gracia.

«No. Aquí no» pensó, Vambs. «Por favor, aquí no.» Empezaba a temblarle la mano.

Se levantó y salió del relicario. Greer estaba junto a la puerta roja que había cerrado tras de sí. Se lo veía descompuesto, desesperado y nervioso. Tenía la piel macilenta por la agotadora experiencia pasada. Estaba apuntando a Bragg con la pistola automática estándar de la guardia.

Cuando vio aparecer a Vamberfeld, Greer desvió el arma para cubrirlos a ambos.

—Ah, sois dos. Ya me lo temía, por eso vine. Estáis tratando de dejarme sin mi parte ¿no? ¿Os manda Daur o también lo estáis traicionando a él?

—Pero ¿de qué diablos estás hablando? —preguntó Bragg.

—¡Del oro! ¡Del maldito oro! ¡Dejad de haceros los inocentes!

—No hay ningún oro —dijo Vamberfeld tratando de controlar el temblor de su mano—. Ya te lo dije.

—¡Cállate! ¡Tú no estás bien de la cabeza, chiflado! ¡Nada de lo que digas me interesa!

—¿Por qué no dejas el arma, Greer? —preguntó Bragg, dando un paso adelante. La pistola pasó a apuntarlo a él.

—No te muevas. Deja esas estupideces. ¡Muéstrame el oro! ¡Ahora! Llegasteis aquí antes que yo. ¡Tenéis que haberlo encontrado!

—No hay oro —repitió Vamberfeld.

—¡Maldita sea! ¡Cierra el pico! —soltó Greer apuntando ahora al verghastita.

—Esto se te está yendo de las manos —dijo Bragg—. Tenemos que tranquilizamos…

—De acuerdo, de acuerdo. —Greer dio la impresión de acceder—. Mirad, nos lo repartiremos entre los tres. El oro es pesado. Yo no puedo cargar con todo y no estoy dispuesto a pasar aquí la noche. El Caos va a caer sobre este pozo de mierda en cualquier momento. Lo dividimos en tres partes. Todo lo que podamos llevar. Me ayudáis a llevarlo de vuelta por la Escalera hasta el Chimera. ¿Qué me decís?

—Pues no sé… En primer lugar, no conseguiríamos hacer todo ese camino de vuelta, especialmente llevando carga… En segundo lugar, el planeta está siendo invadido por el Caos, con lo cual no hay a donde ir… Y en tercer lugar ¡no existe el maldito oro! —dijo Bragg.

—¡Entonces que os jodan! ¡Yo me llevaré todo lo que pueda! ¡Todo el oro que pueda cargar!

—No hay oro —insistió Vamberfeld.

—¡Cállate, maldito chiflado! —gritó Greer apuntando a Vamberfeld con su arma —. ¡Haz que se calle, Tanith! ¡Que deje de decir eso!

—Pero si es verdad —volvió a insistir Vamberfeld. La mano le temblaba tanto, tanto, que para que no se notara trató de meterla en el bolsillo.

—¿Qué diablos? ¿Vas a sacar un arma? —Greer encañonó a Vamberfeld con el arma activada y dispuesto a apretar el gatillo.

—¡No! —Bragg se lanzó contra Greer tratando frenéticamente de apoderarse del arma.

La pistola se disparó y el proyectil alcanzó a Vamberfeld en el pecho haciéndolo caer de espaldas.

—¡Vambs! —gritó Bragg horrorizado—. ¡Que el Emperador se apiade de ti, bastardo! —Su enorme puño izquierdo golpeó a Greer en pleno rostro y lo mandó directo al otro lado del sepulcro, sangrando por la nariz y con los dientes rotos. El arma disparó otras dos veces. Un proyectil atravesó el muslo derecho de Bragg y el otro dio contra el frente del altar de concha de quelón arrancando lustrosos fragmentos.

Bragg se lanzó otra vez contra Greer, atenazándolo con sus manazas.

El primer disparo del sargento Pardus ni siquiera restó velocidad a Bragg a pesar de haberlo alcanzado en pleno torso, tampoco el segundo. El tercero derribó finalmente a Bragg que cayó boca abajo a los pies de Greer.

—¡Estúpido par de bastardos! —exclamó Greer con tono despectivo mientras procuraba limpiarse la sangre de la cara magullada.

El verghastita yacía en el suelo junto a Bragg, boca arriba, con los ojos sin vida fijos en las sombras. Bragg estaba boca abajo. Dos charcos de sangre se iban extendiendo por las antiguas y valiosas baldosas del lugar, uno por cada uno de ellos. El sargento Pardus se dirigió al sepulcro.

* * *

—¡Qué demonios! ¿Han oído eso? —gritó Corbec.

—¡Disparos! Desde el sepulcro —dijo Gaunt. Sacó su pistola bolter y echó a correr. Los otros lo siguieron. Dorden iba el último porque sus piernas cansadas no le permitían correr más.

Entraron en el sepulcro cuya puerta abrió Gaunt de par en par de una patada.

—¡Oh, no! ¡Maldita sea! ¡Doctor! —bramó Corbec al ver los cuerpos y la sangre.

—¿Quién pudo hacer esto? —dijo Zweil con la voz entrecortada.

—¡Allí! ¡Al fondo! —gritó Rawne que ya llevaba la pistola láser en la mano.

En el propio relicario, Greer se refugió detrás del altar. En su frenética búsqueda había volcado el cofre de madera dura en el que se conservaban las reliquias, diseminando los objetos antiguos por el suelo. La cubierta de cristal de los evangelios se había roto. La venerada armadura Imperator estaba medio descolgada de su soporte.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el oro, malditos bastardos? —gritó mientras hacía varios disparos. Rawne emitió un grito de dolor mientras se retorcía y caía al suelo. Gaunt cogió a Zweil y se arrojó al suelo encima de él para protegerlo. Corbec y Daur se agacharon, y Dorden, que acababa de entrar por la puerta, se refugió detrás del marco.

—¡Greer! ¡Greer! —gritó Corbec—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Atrás! ¡Atrás o los mato a todos! —chillaba Greer, subrayando sus palabras con otros tres disparos que se incrustaron en la puerta del altar y arrancaron trozos del corindón negro de las paredes.

—¡Greer! —gritó Daur—. ¡Soy yo, Daur! ¿Qué estás haciendo?

Varios disparos más pasaron rozándole la cabeza.

Daur tenía su pistola láser en la mano. Miró significativamente a Corbec que estaba agachado sobre las pulidas baldosas, a su lado.

—¡Greer! ¡Lo vas a volar todo! ¡Vas a echar a perder nuestros planes!

—¿Dónde está, Daur? —gritó Greer mientras ponía un nuevo cargador en su arma—. ¡No está aquí!

—¡Sí que está, Greer! ¡Maldita sea! ¡Estás echando a perder nuestros planes!

—¿Planes? —murmuró Rawne con los dientes apretados. Dorden lo estaba arrastrando para ponerlo a cubierto detrás de la puerta. La bala le había atravesado el antebrazo.

—¡Se suponía que no ibas a hacer nada hasta que yo te lo dijera! —gritó Daur mientras trataba de avanzar. Greer volvió a disparar, destrozando varias baldosas de concha de seis mil años de antigüedad.

—¡Los planes cambian! ¡Ustedes me iban a dejar de lado!

—¡No! ¡Todavía podemos hacerlo! ¿Me oyes? ¿Quieres hacerlo? ¡Puedo enseñarte el oro! ¡Estamos juntos en esto!

—Yo no…

—¡Vamos! —gritó Daur al tiempo que se ponía de pie y se volvía para apuntar con su pistola láser a Corbec, a Gaunt y a los demás.

—¡Tiren las armas! ¡Tírenlas!

—¿Qué? —balbuceó Gaunt.

—Nos tiene cogidos, Daur —dijo Corbec tirando su arma y mirando a Gaunt tan significativamente como pudo.

—¡Los tengo controlados, Greer! ¡Vamos! ¡Podemos ir a por el oro! ¡Vamos! ¡Te llevaré hasta donde está y dejaremos que estos bastardos mueran aquí! ¡Greer!

Greer salió de su escondite detrás del altar con el arma en la mano.

—¿Usted sabe dónde está el oro?

Daur se volvió. Su arma pasó de apuntar a los Fantasmas a encañonar a Greer.

—No hay oro, estúpido bastardo —dijo, y le disparó a Greer entre los ojos.

Dorden entró corriendo y se arrodilló junto a los cuerpos de Bragg y Vamberfeld.

—Están muy mal, pero los dos tienen pulso. Gracias al Emperador que ese maníaco no tenía un láser. Que venga un equipo médico enseguida.

De pie junto a la puerta, sosteniéndose el brazo ensangrentado, Rawne habló por su intercomunicador.

—Aquí tres, en el sepulcro. ¡Envíen equipos médicos ahora mismo!

Gaunt se puso de pie y ayudó al azorado Zweil a levantarse.

—Capitán Daur, sería conveniente que me advirtiera la próxima vez que se tire un farol de tal magnitud. A punto estuve de dispararle.

Daur se volvió al coronel-comisario y le alargó su pistola láser cogida por el cañón.

—Dudo que haya una próxima vez. Esto fue culpa mía. Yo engañé a Greer. Sabía que era peligroso, pero no imaginé que pudiera llegar tan lejos.

—¿Qué hace, Daur? —preguntó Gaunt mirando la pistola que le tendía.

—Es una falta para un consejo de guerra, señor —respondió Daur.

—Ah, sí, por lo menos —dijo Corbec con una ancha sonrisa—. Haber salvado así la vida de sus oficiales superiores.

—La verdad —Rawne se dirigió a Daur con una inclinación de cabeza—, nunca pensé que fuera usted un bastardo tan retorcido, capitán.

—Ya hablaremos de esto más tarde, Daur —dijo Gaunt mientras pasaba junto al altar y al cadáver de Greer abierto de brazos y piernas. Miró con disgusto la profanación sin sentido que había cometido Greer.

—Sólo para que yo pueda estar seguro —le susurró el ayatani Zweil al capitán

Daur—. Realmente no hay un tesoro de oro ayatani ¿verdad?

Daur sacudió la cabeza.

—La única manera de asegurarse es comprobándolo.

Gaunt puso en su sitio el cofre de las reliquias y empezó a reunir respetuosamente los fragmentos diseminados.

—¿Por qué no viene Lesp? —se quejó Dorden. Estaba tratando de contener la hemorragia de la más grave de las heridas de Bragg—. Necesito material médico. ¡Se están desangrando! ¡Colm! ¡Aplique presión sobre el pecho de Vamberfeld! No, más arriba. Apriete fuerte.

De fuera llegó el ruido de pasos. Milo y Sanian entraron por la puerta y se quedaron paralizados.

—Oí disparos —dijo Milo sin aliento—. ¡Oh, gran Dios-Emperador! ¿Qué ha sucedido? ¡Bragg!

—Todo está bajo control, chico —lo tranquilizó Corbec con las manos empapadas de la sangre de Vamberfeld. No estaba convencido. En el relicario, Gaunt parecía casi fuera de sí mientras trataba de poner las cosas en orden.

—¿Qué fue eso? —preguntó Rawne de repente mirando en derredor.

—¿Qué fue qué? —inquirió Corbec.

—Ese ruido, esa especie de zumbido.

—Yo no… Oh, sí. Da miedo.

—¡Una vibración! —dijo Rawne—. ¡Todo el lugar está temblando!

—¡Deben de estar atacando los infardi! —sugirió Milo.

—No —declaró Zweil con una calma sorprendente—. Creo que deben ser los infardi que llegan al sepulcro.

Las luces parpadearon y luego se apagaron todas al mismo tiempo. La antigua tumba empezó a irradiar una luz pálida, verde y fría como la de las profundidades del mar. Los hologramas de los Adeptus Astartes se desvanecieron y desaparecieron y en su lugar aparecieron unas columnas de luz hololítica blanca y brillante que se extendieron desde el suelo hasta el techo. Las paredes de piedra negra se humedecieron y un dibujo antes invisible de barras azules geométricas cobró vida extendiéndose por toda la habitación. Todo se sacudía con aquel sonido profundo, ultrasónico.

—¿Qué diablos está pasando? —tartamudeó Rawne.

—Estoy oyendo… —empezó Daur.

—Yo también —dijo Dorden mirando hacia lo alto maravillado. Unas luces silenciosas, fantasmales, semejantes a las bolas relampagueantes, relucían y formaban círculos encima de sus cabezas.

—Oigo cánticos —dijo Corbec con los ojos llenos de lágrimas—. Oigo a mi anciano padre cantando.

En el relicario, Gaunt se puso de pie lentamente y miró el féretro que contenía los restos de Santa Sabbat.

Su olfato percibió una fragancia dulce e incorruptible a especias, acestus e islumbina. El cuerpo de la Santa empezó a brillar cada vez con más intensidad hasta que resultó imposible mirarlo.

—Beata… —musitó Gaunt.

La luz que salía del féretro era tan intensa que todos tuvieron que cerrar los ojos. Lo último que vio Corbec fue la desvaída silueta de Ibram Gaunt arrodillado junto al féretro de la Santa, enmarcado por la blanca ferocidad de un núcleo de estrella.

La luz se desvaneció y el sepulcro volvió a quedar como antes había sido. Se miraron silenciosamente los unos a los otros, parpadeando con extrañeza.

En el escaso tiempo que había durado, apenas unos segundos, una fuerza psíquica apacible pero de poder inconmensurable había penetrado en sus mentes.

—Un milagro —murmuró Zweil sentado en el suelo—. Un auténtico milagro. Un milagro trascendental. Todos lo sentimos ¿verdad?

—Sí —dijo Sanian entre sollozos y con el rostro bañado en llanto.

Dorden asintió.

—Por supuesto que sí —reconoció Corbec en voz baja.

—Yo no sé lo que fue, pero no pasé tanto miedo en toda mi vida —dijo Rawne.

—Le digo que fue un milagro, mayor Rawne —dijo Zweil.

—No —dijo Gaunt saliendo del relicario—. No fue un milagro.



Los milagros no existen. Sólo existen los hombres.

Santa Sabbat,

Epístolas.

El asalto final de los ershul empezó a las dos de la mañana del día decimoséptimo. En el silencio de una noche clara, sin nieve, bajo las auroras espasmódicas de la tormenta de disformidad, empeñaron todas sus fuerzas en el ataque al Santuario. Todo el día y hasta bien entrada la noche habían estado llegando por el desfiladero columnas de refuerzo. Los ershul eran toda una legión. Nueve mil guerreros fanáticos. Quinientos setenta carros blindados.

Apenas quedaban dos mil soldados imperiales aptos para defender el Santuario, apoyados por los cuatro últimos Conquistador, un Executor, un Destructor y un puñado de Chimera, Salamandra y baterías Hydra. Todo lo que tenían a su favor era la fuerza estratégica de su posición amurallada y la relativa estrechez del acceso al promontorio.

La potencia imponente del bombardeo ershul hacía que se estremecieran las líneas imperiales. La guardia de honor no devolvía los disparos. Era tal la escasez de munición y de bombas que tenían que elegir muy bien los blancos. Las huestes ershul avanzaban hacia ellos.

De pie en la muralla interior, Gaunt observaba con su catalejo la inminencia del desastre. Según sus cálculos más optimistas, no podrían resistir más de veinte o treinta minutos.

Se volvió a mirar a Rawne y a Hark. El brazo de Rawne estaba fuertemente vendado.

—Creo que realmente no importa lo que hagamos ahora, pero quiero que ustedes dos lideren y arenguen a los hombres por mí todo el tiempo que puedan. Hagan todo lo posible por ganar tiempo.

Los hombres asintieron.

—Que el Emperador nos proteja —dijo Gaunt estrechando la mano a ambos.

—Todavía no han acabado con nosotros —añadió Hark.

—Ya lo sé, comisario, pero recuerde… a veces el toro lo coge a uno.

Los oficiales bajaron juntos los escalones de la muralla.

Mirando una última vez al mayor y al comisario, Gaunt pensó que iban hacia una muerte segura y que él debería ir con ellos.

Se dio la vuelta y volvió a toda prisa al sepulcro donde esperaban los demás.

—¡Un milagro! —decía una y otra vez el ayatani-ayt Cortona rodeado de sus clérigos principales.

—Vuelvo a decirle que no —insistía Zweil—. Y lo sé de buena fuente.

—¡Usted es sólo un imhava! ¿Qué va a saber? —le soltó Cortona.

—¡Maldita sea! Mucho más que usted, tempelum —replicó Zweil.

—Creo que ha andado usted en malas compañías, aprendiendo un lenguaje inadecuado, como ése —le susurró el coronel Corbec a Zweil.

—Pido perdón por la deplorable vida que he llevado, coronel —respondió Zweil.

Gaunt entró en el sepulcro y todos se volvieron a mirarlo.

—Hay tan poco tiempo que tengo que ser breve. Esto no fue un milagro.

—¡Pero todos lo sentimos! ¡En todo el Santuario! ¡El poder bendito cantando en nuestras mentes! —gritó Cortona.

—Fue una especie de prueba psíquica. La señal activadora de un antiguo dispositivo que creo que está enterrado debajo de este altar.

—¿Un qué? —preguntó uno de los ayatani.

—El Adeptus Mechanicus construyó este lugar para albergar a la Santa. Creo que infiltraron toda la roca en la que se asienta con una tecnología psíquica durmiente cuyo poder y finalidad sólo podemos imaginar. ¿Fui yo el único que dedujo eso de la onda psíquica? Estaba muy claro.

—¿Tecnología para hacer qué? —inquirió Cortona.

—Para proteger a la beata en el caso de una auténtica catástrofe, como el influjo de la disformidad. Para salvaguardar su profecía final.

—¡Absurdo! Entonces ¿cómo es que nosotros no lo sabíamos? —preguntó otro sacerdote del Santuario—. Nosotros somos sus elegidos, sus hijos.

—Seis mil años es mucho tiempo —dijo Corbec—. Suficiente como para olvidar. Suficiente para convertir los hechos en mitos.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué se manifiesta ahora? —preguntó Cortona.

—Porque llegamos nosotros, sus infardi. Nos reunimos en su sepulcro y disparamos el mecanismo.

—¿Cómo?

—Porque nuestras mentes respondieron a la llamada. Porque vinimos. Porque a través de nosotros el mecanismo reconoció que había llegado el momento de activarse.

—¡Esos son tonterías! ¡Blasfemias! —gritó el ayatani-ayt—. ¡Eso equivale a decir que ustedes, los soldados, son más santos que la sagrada hermandad! ¿Por qué habría de activarse por ustedes cuando no lo hizo nunca por nosotros?

—Porque ustedes no son los iluminados. No en ese sentido —respondió Zweil arrancando un grito de incredulidad a los sacerdotes—. Ustedes se encargan de la atención, están vigilantes y releen los textos, pero lo hacen porque han heredado ese deber, no por fe. Estos hombres tienen fe auténtica —añadió señalando a Corbec, Daur y Gaunt.

Se levantaron gritos de protesta.

—¡No hay tiempo para debatir esto! ¿Está claro? ¡Tenemos a las puertas a las fuerzas del Caos! Tenemos una oportunidad de usar la tecnología que la Santa nos ha dejado y a duras penas nos queda tiempo para averiguar cómo podemos hacerlo.

—Sanian y yo hemos estado estudiando los hologramas, señor —dijo Milo. Señaló con un gesto las brillantes barras de luz de las paredes de corindón del altar, luces que

aún no se habían desvanecido.

—Hay descripciones de su santa cruzada —dijo Sanian señalando ciertas runas. Una mención de sus comandantes de confianza. Aquí, por ejemplo, el nombre del Señor Militar Kiodrus…

—Va a tener que abreviar —interrumpió Gaunt—. Sólo nos quedan unos minutos.

Sanian asintió.

—El mecanismo de activación de la tecnología parece estar aquí. —Señaló un pequeño diagrama rúnico que brillaba en la pared—. El pilar de la llama votiva que está en la cima misma del promontorio.

—¿Cómo debemos usarlo?

—Hay que colocar algo en su sitio —dijo Sanian frunciendo el ceño—. Algún icono activador. No estoy segura de lo que representa este pictograma.

—Yo sí —dijo Daur. Se levantó de su taburete y sacó de su bolsillo la chuchería de plata—. Creo que esto es lo que necesitamos.

—Parece usted especialmente seguro, Ban —dijo Gaunt.

—En mi vida he estado tan seguro de algo, señor.

—Muy bien. Ya no hay tiempo para hablar. Entrégueme eso y yo…

—Señor —replicó Daur—. Me fue entregado a mí. Creo que debería hacerlo yo.

Gaunt asintió.

—Muy bien, Ban, pero yo voy con usted.



—¡Adelante! ¡Adelante, mis valientes! —gritaba Soric a voz en cuello para hacerse oír a pesar de las explosiones. Las bombas infardi habían roto la veija y la parte frontal de la muralla interior—. ¡Hemos nacido para esto! ¡Para rechazar al archienemigo de la especie humana! ¡Para rechazarlo ahora!

Gaunt, Corbec, Milo, Sanian y Daur se dirigieron a la puerta trasera de la muralla exterior del Santuario. Detrás de ellos, el estruendo de la batalla era ensordecedor.

Prepararon sus armas. Sanian levantó su rifle láser.

—Vamos a salir ahí a que nos maten —le dijo Milo—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Es mi camino ¿recuerdas? La guerra. La guerra es el único camino verdadero que he encontrado.

—¡Por Sabbat! —gritó Gaunt mientras abría la puerta de un tirón.

—¡Las baterías de energía han fallado! —le dijo a Pauk su artillero.

—¡Reiniciar! ¡Vamos, reiniciar! —gritó el teniente.

—¡Las conexiones sé han fundido! ¡Las hemos sometido a demasiada tensión!

—Diablos, tiene que haber alguna manera… —empezó Pauk.

Nunca terminó lo que estaba diciendo. Misiles de Usurpador volaron el viejo tanque Executor Conflicto.

—¡Haz que retrocedan! ¡Feygor, que retrocedan! —gritó Rawne. Los ershul o comoquiera que se llamasen estaban ahora encima de todas las posiciones.

Daba la impresión de que el pilar estuviera a cien kilómetros, al otro lado de una extensión nevada, resplandeciente, en la mismísima cima del desigual promontorio. Gaunt y su grupo avanzaron corrieron por la nieve, mientras el luego láser del enemigo que tenían alrededor pasaba por encima de sus cabezas o entre ellos.

—¡Vamos! —gritaba Gaunt disparando su pistola bolter contra los ershul vestidos de verde que corrían a cortarles el paso.

—¡No! ¡No! —chilló Corbec cuando una ráfaga láser le dio en la pierna y lo derribó.

Sanian se volvió y disparó su rifle en automático contra el enemigo. No estaba habituada al retroceso, y cayó de espaldas en la nieve.

—¡Sanian! ¡Sanian! —Milo se detuvo para ponerla de pie mientras Gaunt y Daur seguían adelante—. ¡Vamos! ¡Voy a llevarte de vuelta…!

La culata de su rifle golpeó a Milo en un lado de la cabeza y el muchacho cayó inconsciente.

—Bendito seas, Milo, pero no vas a privarme de esto —murmuró la chica—. Es mi camino y voy a asumirlo en nombre de la Santa. Perdóname.

Corrió para reunirse con los demás dejando a Milo hecho un ovillo sobre la nieve.

Veinte metros más adelante, Daur fue herido. Cayó de lado al suelo, gritando de furia.

Gaunt se detuvo y corrió hacia él. Estaba herido en el costado y aullaba de dolor. No había manera de llevarlo.

—¡Ban! ¡Deme el icono activador! ¡Ban!

Daur tenía la baratija de plata entre los dedos ensangrentados.

—Quienquiera que haga esto, morirá —dijo.

—Lo sé.

—La explosión psíquica me lo dijo. Necesita un sacrificio. Un mártir.

—Lo sé.

—El mártir de Sabbat.

—Lo sé, Ban.

—Que el Emperador nos proteja, Ibram.

—Que el Emperador nos proteja. —Gaunt cogió la figurita de plata y empezó a correr hacia la columna. Ban Daur trató de levantarse para poder ver. El fuego láser

del enemigo era demasiado brillante.

El ruido atronador de la guerra, del armagedón, sacudía los muros. Con las manos ensangrentadas, Dorden luchaba por salvar la vida de Bragg en la antecámara del Santuario. Lesp se había convertido en un enfermero improvisado.

—¡Grapa! ¡Aquí!

Lesp obedeció.

Era inútil, Dorden lo sabía. Por más que le salvara la vida a Bragg, estaban todos muertos.

—¡Foskin! —gritó Dorden mientras trabajaba—. ¿Cómo va Vamberfeld?

—Creía que lo estaba atendiendo usted —dijo Foskin levantando la vista de otro de los heridos.

—No está aquí —añadió Chayker.

—¿Dónde diablos ha ido? —gritó Dorden.

A través de la mira prismática de su visor, LeGuin vio el P48J del capitán Márchese volar por los aires en un remolino de chispas.

Apenas un segundo después, el mismo AT70 que había matado a Márchese y a su tripulación alcanzó con una bomba un costado del Vengador Gris y el cargador y el artillero de LeGuin quedaron desintegrados. El Destructor se sacudió y quedó paralizado, sus turbinas fallaron por última vez. El fuego se apoderó del compartimento, bajo los pies de LeGuin cuyo pelo quedó chamuscado.

Trató de abrir la escotilla que tenía encima, pero estaba atascada. Resignado, el capitán LeGuin se sentó en su sillón de mando a esperar la muerte.

Un aire helado inundó la cabina al abrirse la escotilla.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le gritó el sargento explorador Mkoll tendiendo los brazos. LeGuin echó una última mirada al interior en ruinas de su amado tanque.

—Adiós —dijo. Luego extendió un brazo y permitió que Mkoll lo izara y lo sacara del tanque.

Mkoll y LeGuin estaban a veinte metro del Vengador Gris cuando éste explotó y los arrojó a ambos al suelo.



—¡Son demasiados! ¡Demasiados! —gritaba Larkin disparando con el último cañón que le quedaba.

Junto a él, un disparo de láser alcanzó al soldado Cuu en el hombro y lo hizo caer de espaldas en la nieve ensangrentada.

—¡Oh, diablos! ¡Demasiados! —repetía Larkin.

—No, Tanith —sonrió Banda junto a él mientras disparaba una y otra vez—. Ni siquiera suficientes.

—Creo que voy a ganar mi apuesta —dijo Cuu con voz ronca levantando la vista hacia la tormenta de disformidad que se arremolinaba en lo alto—. Es lo más seguro.

Gaunt estaba apenas a treinta metros del pilar, corriendo bajo una lluvia de disparos. Los infardi se acercaban a él por todos . lados.

No sintió siquiera la ráfaga de láser que lo alcanzó en la espinilla, pero le falló la pierna y cayó, después de trastabillar una y otra vez en la nieve.

—No —gritó desesperado—. No, por favor…

Una figura se inclinó sobre él. Era Sanian que apuntaba con su rifle al enemigo que avanzaba. Lanzó una ráfaga y luego se volvió hacia Gaunt.

—Lo llevaré yo. Démelo.

Gaunt sabía que no podía moverse sin ayuda.

—Sólo ayúdame a levantarme, muchacha. Puedo conseguirlo.

—¡Démelo! ¡Puedo ir más rápido si voy sola! ¡Es lo que ella quiere!

Vacilante, Gaunt extendió la mano en la que tenía el icono.

—Hazlo bien, muchacha —dijo con los dientes apretados por el dolor.

—No se preocupe, yo… —dijo cogiendo firmemente el icono de plata.

Feroces disparos se estrellaban contra la nieve alrededor de ellos. Tres soldados ershul estaban sólo a unos cuantos metros de distancia.

Sanian se volvió para disparar manejando torpemente el rifle láser con el que aún no estaba familiarizada.

El ershul más próximo alzó su rifle láser para matarla y ella se echó al suelo en su desesperación.

Una ráfaga de láser a quemarropa acabó con su inminente asesino y con los dos ershul que venían detrás.

Sin dejar de disparar su láser contra el enemigo, Milo corría hacia sus compañeros chorreando sangre de la herida que tenía en la cabeza.

—Buen trabajo, Milo —dijo Gaunt jadeando y apoyado sobre un codo para disparar su pistola láser.

—¡El icono! ¿Dónde está el icono? —preguntó Milo mirando en derredor—. ¡Puedo conseguirlo! ¡No está lejos! ¿Dónde está? ¡Por Feth!

—¡Estaba aquí! ¡Lo tenía en la mano! —replicó Sanian mientras buscaba en la nieve y los disparos no dejaban de caer a su alrededor.

—¿Dónde está? ¡Oh, Dios-Emperador! ¿Dónde demonios está?

El mayor Kleopas sonreía. No le hacía falta su implante de aumento para verlo. La imagen a través de su visor era clara. El último disparo del Corazón Destructivo había hecho volar un Guadaña en un estallido de fuego.

Pero fue su último disparo, el último de su vida.

Su valiente tripulación estaba muerta. Las llamas se habían apoderado de la torreta y sus ropas ardían. No tenía forma de escapar. La metralla le había destrozado las piernas y le había roto la columna vertebral.

—Malditos… todos… al infierno… —dijo pronunciando cada palabra por separado mientras el infierno lo rodeaba y se lo tragaba a él.

En torno a él los Fantasmas retrocedían espantados a la vista de las huestes arrolladoras.

—No hay adonde escapar —musitó el comisario Hark mientras disparaba al enemigo. Por la mejilla le corría la sangre de una herida en la cabeza y había perdido la gorra.

Un oficial ershul, otra bola reverberante de energía protectora, apareció ante él. Hark había matado ya a tres como éste y deseó con todas sus fuerzas que éste fuera Pater Pecado.

—¡Por la Santa! ¡Por los Fantasmas! ¡Por Gaunt! —gritó a voz en cuello.

Disparó su pistola de plasma y el escudo explotó.

Medio enterrada en la nieve bajo el asalto enemigo, Sanian gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Miren! ¡Miren!

Sin dejar de disparar, Gaunt y Milo se volvieron a mirar.

—¡Por Feth! —tartamudeó Gaunt.

Hacía muchísimo frío ahí fuera, en el borde del promontorio. Desde abajo soplaba un viento ululante que cortaba como un afilado cuchillo. En lo alto, la tormenta de disformidad continuaba abrasando el cielo.

El pilar estaba frente a él, una enorme columna de corindón en cuya parte superior ardía el fuego votivo.

Ya estaba cerca.

Estaba malherido y le costaba mucho llegar. Incluida la del pecho que le había hecho Greer, tenía siete heridas. Los ershul se habían ensañado con él en los últimos diez metros.

Llevaba muy apretada en la mano la baratija de plata de Daur que había encontrado tirada en la nieve, como si estuviera esperándole él.

Una ráfaga de láser lo alcanzó en la pantorrilla.

Ocho.

Ya casi había llegado.

Podía ver los ojos penetrantes de la niña, de la pastorcilla. Podía sentir el olor húmedo de los nidos de los quelones y del viento frío de las praderas de las alturas.

Su olfato recogió la fragancia del acestus y de la islumbina silvestre Vamberfeld se apoyó sobre la dura superficie del pilar que sostenía la llama votiva. Abrió la mano que sostenía la pieza de plata y colocó la baratija en la hendidura, exactamente del modo que se le había revelado durante el milagro.

Su mano había dejado de temblar y eso era bueno.
Un bolter ershul lo alcanzó en la nuca.
Vamberfeld cayó de espaldas en la nieve con una triste sonrisa en su cara.
Nueve, contó.



DIECIOCHO

Guardia de honor

Considerado fríamente, parecía que estábamos locos.

A decir verdad, yo creo que lo evidente es que estamos locos el resto del tiempo.

Colm Corbec,

en Hagia.

Desde las profundidades del núcleo del planeta, obedeciendo antiguas instrucciones, los mecanismos de la Santa cobraron vida. Unos tremendos amplificadores psíquicos se activaron y transmitieron su señal.

Fue apenas un instante.

Un instante bastó para impregnar de un terror absoluto las almas de los engendros del Caos que infestaban el planeta.

Un instante bastó para fulminar las mentes de las huestes ershul que subían con dificultad el promontorio.

Un instante bastó para que Tolin Dorden pudiera ver otra vez a su hijo sonreír, para que Colm Corbec tuviera una visión relámpago de su padre, para que Ban Daur volviera a ver a la anciana del pelo tan blanco entre la multitud de refugiados. Para que el soldado Niceg Vamberfeld se llevara a la otra vida la imagen de la mirada intensa y penetrante de las pastorcilla de los quelones.



Desde el exterior del Santuario, bajo un cielo frío y azul, Ibram Gaunt bajaba cojeando por el amasijo de nieve medio derretida y piedras que habían sido escalones. Iba ataviado con su uniforme de gala.

Lo que quedaba del convoy esperaba abajo.

Más allá, semienterrados en la nieve del promontorio, quedaban los esqueletos derretidos y chamuscados de nueve mil seres humanos contaminados por el Caos y los restos ennegrecidos de más de quinientas máquinas de guerra.

—¿Hark?

Hark dio un paso adelante y saludó al coronel-comisario.

—Unidades presentes y números correctos, señor.

—Muy bien. —Gaunt hizo un alto y se volvió a mirar, al otro lado del promontorio, la solitaria tumba palafítica erigida por los tempelum ayatani sobre la roca cubierta por la nieve junto al pilar de corindón de la llama votiva.

Gaunt montó en el Salamandra que le esperaba.

—Guardia de honor, ¡monten!

—Columna dispuesta para partir, señor —informó Hark.

Gaunt pensó por un momento en Slaydo y aquel antiguo pacto de sangre. Se tocó la cicatriz que tenía en la palma de la mano y luego echó una última mirada a la solitaria tumba palafítica de Vamberfeld.

Bajo un cielo totalmente limpio, de un color azul helado, las unidades iniciaron el descenso hacia la entrada del desfiladero.